LEOPLÁN

MAGAZINE POPULAR ARGENTINO

En este número:

NAVIDAD TRAGICA

apasionante novela de **EDITH HOWIE**

PRIMAVERA DE LA VIDA

una deliciosa novela de **NICOLAS GARIN**

21 de abril de 1948

60 centavos en todo el país

3337

LEOPLÁN

MAGAZINE POPULAR ARGENTINO

UNA PUBLICACIÓN DE LA EDITORIAL SOPENA ARGENTINA

AÑO XIV - Nº 334
21 de abril de 1948

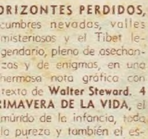
CORREO ARGENTINO Central B | FRANQUEO A PAGAR CUENTA 78 | TARIFA REDUCIDA CONCESIÓN 3016

ESMERALDA 116
T. A. 33 - 0063
BUENOS AIRES

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº. 246.085

En este número:











ILUSTRARON ESTE NUMERO:
ARTECHE - RAUL VALENCIA - OLIVAS - GUBELLINI - MARIANO ALFONSO

DIBUJOS E HISTORIETAS DE:
LIOTTA - DOMINGO VILLAFAÑE - MARIANO ALFONSO - SEVILLA - GONZALEZ FOSSAT, etc.

En el próximo número:

GRAND-HOTEL

la extraordinaria novela de **VICKI BAUM,** cuya adaptación al cine dió motivo a una de las películas más afamadas de la historia del cine y que interpretaron

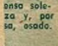
GRETA GARBO, JOHN BARRYMORE y JOAN CRAWFORD.

●

LEOPLÁN aparece el 5 de mayo
60 centavos en todo el país

conse-
envol-
:ación
: con-
mbres
l, han
que la
le sus
el pla-
barro,
rande-
masca-
:acos",
e aho-
porta-
visión,
de un
elle y

los se-
os que
que la
posee
onven-
no les
na ex-
tiem-
la ha-
o pico.



Horizontes

Su rostro está curtido por todos los vientos. Es de la raza sufrida que mora en el valle de Nubra.

La sombría belleza de un rincón del Himalaya que sólo unos pocos pri- viados conocen.



perdidos

UNA VISION DE LAS CUMBRES DONDE EL MUNDO SE AGIGANTA Y EL HOMBRE SE EMPEQUEÑECE

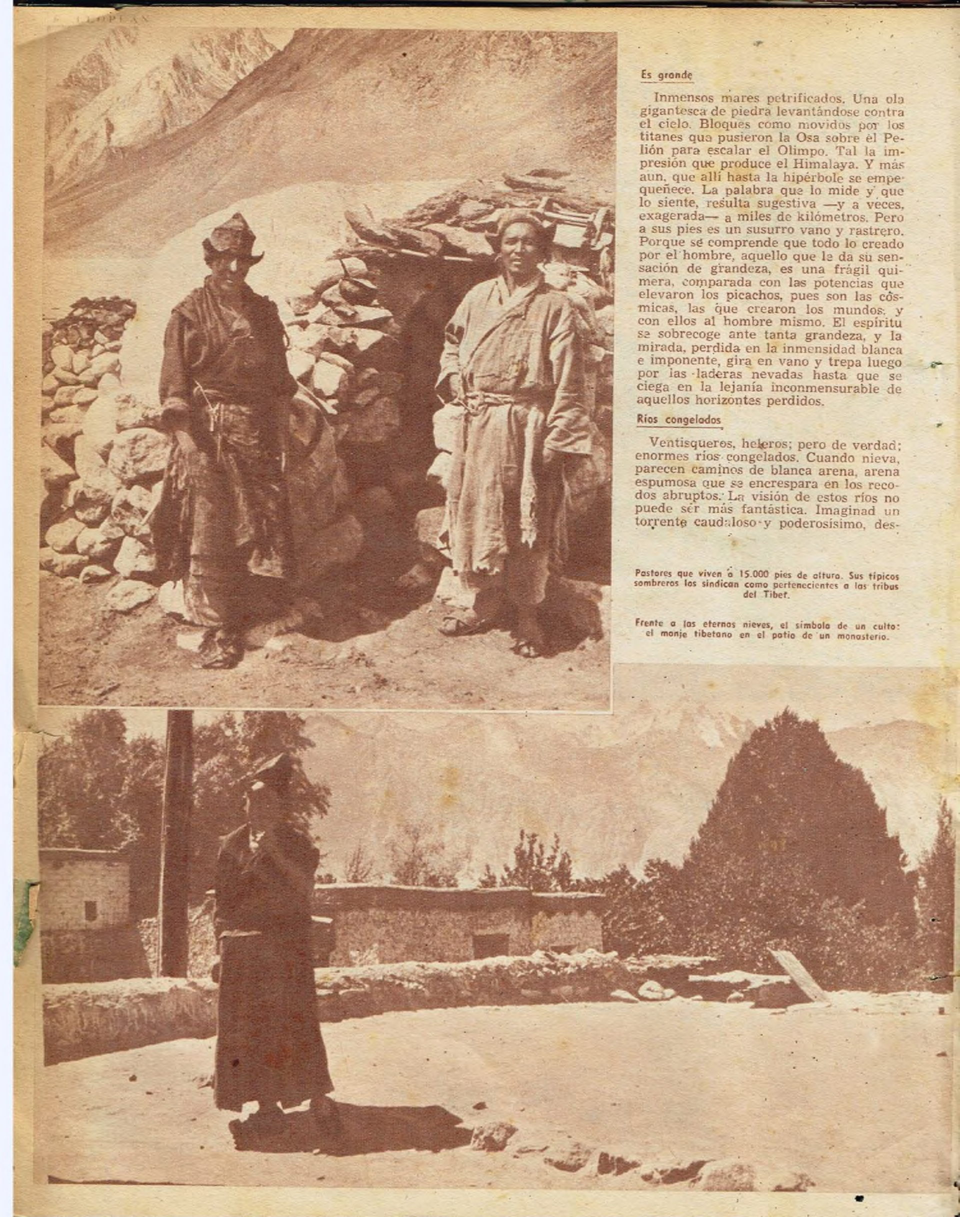
Por **Walter Steward**

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

DURANTE los últimos años, como consecuencia del extraordinario desenvolvimiento de los medios de comunicación realmente asombrosos, tanto que convierten los océanos en lagunas, hombres de ciencia y gobernantes, por igual, han propalado a los cuatro vientos que la tierra se ha achicado. A través de sus palabras, uno llega a creer que el planeta es un miserable grumito de barro que pudo tener pretensiones de grandeza en época de las carabelas con mascarones y los barriletes con "monicacos", como dicen en San Juan, pero que ahora, en época de los cuatrimotores, portaaviones, energía nuclear y televisión, sólo presenta las características de un lindo parque municipalizado, muelle y fácilmente recorrible.

"No tan calvo que se le vean los sesos", reza el refrán. Para aquellos que han llegado al convencimiento de que la tierra es una píldora, el Himalaya posee una inmutable respuesta. Les convendría un paseo por sus laderas. Y no les aconsejamos de ningún modo una excursión aérea, pues hace muy poco tiempo se cumplió, por primera vez, la hazaña de sobrevolar su más alto pico.

Horizontes perdidos; inmensa soledad de grandiosa belleza y, por ello, el hombre que pasa, osado.



Es grande

Inmensos mares petrificados. Una ola gigantesca de piedra levantándose contra el cielo. Bloques como movidos por los titanes que pusieron la Osa sobre el Pelión para escalar el Olimpo. Tal la impresión que produce el Himalaya. Y más aun, que allí hasta la hipérbole se empequeñece. La palabra que lo mide y que lo siente, resulta sugestiva —y a veces, exagerada— a miles de kilómetros. Pero a sus pies es un susurro vano y rastrero. Porque se comprende que todo lo creado por el hombre, aquello que le da su sensación de grandeza, es una frágil quimera, comparada con las potencias que elevaron los picachos, pues son las cósmicas, las que crearon los mundos, y con ellos al hombre mismo. El espíritu se sobrecoge ante tanta grandeza, y la mirada, perdida en la inmensidad blanca e imponente, gira en vano y trepa luego por las laderas nevadas hasta que se ciega en la lejanía inconmensurable de aquellos horizontes perdidos.

Ríos congelados

Ventisqueros, heleros; pero de verdad; enormes ríos congelados. Cuando nieva, parecen caminos de blanca arena, arena espumosa que se encrespara en los recodos abruptos. La visión de estos ríos no puede ser más fantástica. Imaginad un torrente caudaloso y poderosísimo, des-

Pastores que viven a 15.000 pies de altura. Sus típicos sombreros los sindican como pertenecientes a las tribus del Tibet.

Frente a las eternas nieves, el símbolo de un culto: el monje tibetano en el patio de un monasterio.

peñándose a enormes borbotones y arrastrando descomunales piedras que, de pronto, como al toque de una varita mágica, se inmoviliza tal cual viene saltando, y suspende una peña enorme en la cresta de una ola. Pasma. Suponed un bailarín endurecido en su última pose, como si el movimiento fuese un traje que lo aprisionara de pronto, convencido de haber hallado la forma perfecta.

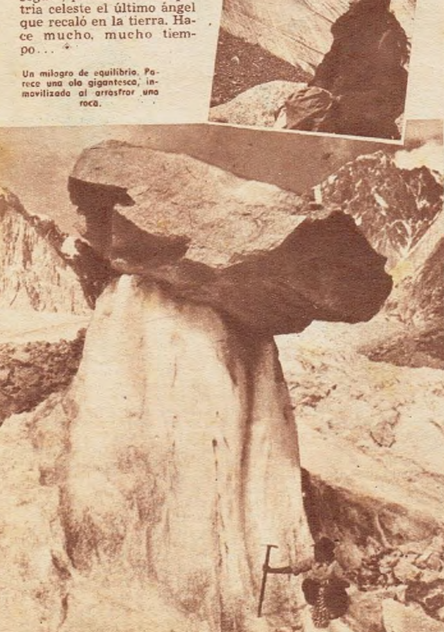
Los tibetanos

Sólo personas fuertes y sanas pueden incursionar por el Himalaya. Pero radicarse, vivir en sus dominios, únicamente los tibetanos. Esta raza sobria y resistente, hace milenios que se ha adaptado a la montaña. Antiguos en la historia, dieron guerreros célebres. A los pies de sus macizos pasan viejas rutas de conquista. Por ellas cruzaron legendarias invasiones a la China. Tienen sus dioses, sus templos, sus credos. Desde los monasterios que dirigen los lamas, la visión es de cimas y nieves eternas: de infinito. En ese paisaje extraordinario, más de un renombrado escritor europeo ha colocado la acción de historias que van desde los cuerpos inmortales y la juventud eterna, al espíritu de un Gran Lama, con poderío de dios.

Nudo del mundo

Al Himalaya se le llama "nudo del mundo"; otros dicen: "nudo de Pamir"; y una denominación curiosa, con inevitable sugestión de budismo, lo designa como "ombligo del mundo".

La verdad es que nudo, ombligo o nariz, su cumbre mayor, el Everest, no ha sido hollada jamás por la planta del hombre. Se la juzga inaccesible. Debe de ser divina. De ella, a buen seguro, partió hacia su patria celeste el último ángel que recaló en la tierra. Hace mucho, mucho tiempo...



Un milagro de equilibrio. Parece una ola gigantesca, inmovilizada al arrastrar una roca.

PRIMAVERA DE LA VIDA

célebre novela de

NICOLAS GARIN

ILUSTRACIONES DE RAUL VALENCIA

UN DIA MALO

I

Tioma tiene ocho años. Está parado ante una flor, intensamente afligido por la terrible situación en que se halla.

Habíase levantado unos minutos antes, y luego de rezar su cotidiana oración y tomar su desayuno —una taza de té con dos rebanadas de pan enmantecado—, cumpliendo así con sus deberes de niño bien educado, salió contento y gozoso a la terraza, y después al jardín. ¡Qué gradable ambiente se respira en el jardín!... El pequeño paséase por las floridas avenidas, aspirando la deliciosa frescura de la mañana y el aroma acariciador de las flores.

De pronto, el corazón del niño palpita de alegría. ¡La flor preferida de papá, que él ha cuidado con cariño mucho tiempo, está abierta! Ayer mismo la examinó papá atentamente y dijo que no se abriría antes de ocho días. ¡Qué encantadora, magnífica flor! Papá dice que nadie, ni el mismo jardinero del *Botánico*, *herr* Gottlieb, vió nunca una flor parecida. ¡Y él, Tioma, fué el primero que la vió *florecer!*... Inmediatamente irá al comedor y gritará con todas sus fuerzas:

—¡Está abierta! ¡Está abierta..., la flor de papá!

Y papá en seguida se levantará de su silla, y con su uniforme militar y su pipa en la mano, irá al jardín. Tioma correrá delante de él, volviéndose a cada instante para ver qué contento está papá.

No cabe duda de que papá, después de haber admirado la flor, irá presuroso a la ciudad, a casa del jardinero del *Botánico*, *herr* Gottlieb. Y el cochero de papá, Eremev, un hombretón tuerto, buenazo, muy lerdo y perezoso, enganchará al coche el caballo *Moreno*. Eremev jura que es el caballo más veloz de toda la ciudad, y que no hay otro que corra como él. Y el caso es que quizá papá lo lleve en el coche a él, ¡a Tioma! ¡Qué alegría!

El corazón de Tioma desborda felicidad. En un acceso de ternura inclínase hacia la flor, se pone ante ella, casi sentado sobre las piernas, y quiere besarla. Pero, ¡ay! A causa de la posición violenta en que se halla, pierde el equilibrio... y cae.

¡Todo se ha perdido! ¡Dios mío! ¿Cómo ha podido suceder esto? ¿Acaso puede repararse el mal todavía... ¡No!... Nada puede hacerse. ¡Qué desgracia! Toda la alegría del niño se ha apagado de súbito, y su corazón se llena de tristeza.

En torno, los pájaros cantan gozosamente; los rayos del sol proyectan manchas de luz sobre el follaje; los insectos zumban en el aire matinal. Pero esto ya no *dice nada* a Tioma, ahora no le causa ninguna alegría. ¡Oh! ¡Si pudiera olvidar, no pensar en lo que ha hecho! ¿Por qué es tan desgraciado? ¿Por qué cuando quiere obrar bien, ser un niño bueno, termina siempre por hacer mal? Decididamente, Tioma es un mal muchacho. Cometió una falta grave y merece el castigo. Las que hicieron el daño son sus manos, ¡esas malas manos! El quiere hacer bien, y ellas, sus manos, siempre hacen mal. Irá a ver a papá y le dirá:

—Papá, ahora sé quién es *culpable;* son mis manos. Córtamelas, y así seré un buen niño. Porque es el caso que te quiero a ti, a mamá y a todos, pero a causa de estas manos os hago sufrir. Córtamelas; no lamentaré no tenerlas.

Tioma está convencido de que sus argumentos serán comprendidos y apreciados por su padre.

Y la flor tronchada sigue allí, en el suelo. Muy pronto vendrá papá al jardín. Verá lo que Tioma hizo; entonces lo mirará severamente, y, sin decir una palabra, le tomará de la mano y lo llevará a su despacho, procurando que mamá no lo vea. Luego cerrará la puerta con llave y quedarán los dos frente a frente.

Va a ser terrible presentarse ante papá. Tendrá un semblante duro. No dirá nada, ni una palabra, pero desabrochará su uniforme y se sacará la correa. Tioma se quedará como paralizado al ver aquel abominable cinturón. Papá lo doblará, su rostro se pondrá encarnado de ira y Tioma verá con horror que el hombre a quien tanto ama puede llegar a ser terrible y *extraño* para él; que ese papá, a quien quisiera amar con todo su corazoncito, puede convertirse en su enemigo y verdugo.

Tioma, pálido, con los ojos muy abiertos, sigue mirando la flor tronchada, y piensa en el castigo que le aguarda... Hay que buscar un remedio a lo sucedido; pero, ¿cómo?...

Se oye un ruido, que viene de la terraza, y el niño lo percibe. Sin darse apenas cuenta de lo que hace, recoge la flor y la entierra. Así no la verá. Esto le permitirá a Tioma ganar algún tiempo, hasta que se levante su madre. Entonces le contará lo ocurrido, y acaso ella pueda salvarlo, disipar la tempestad que se cierne sobre su infantil cabeza.

Tioma echa a correr por el jardín, como si lo persiguiesen las brujas o los diablos de que le habla por las noches la nodriza. Corre en dirección opuesta a la terraza, para no encon-





trarse con papá, quien, solamente con verlo, comprenderá que ha hecho algo malo.

Tioma sigue su carrera. Entre los árboles ve un espacio claro en cuyo centro hay un trapecio y otros aparatos gimnásticos. Sus hermanas y el aya alemana, a quien los niños llaman *fraülein*, están allí... Es menester que no lo vean; agachándose, cruza la viña que el humo, todo sigue su curso normal. El cobertizo, salta la valla que separa el jardín del patio y, por fin, llega a la cocina. Entonces lanza un suspiro de alivio.

En la cocina, baja y amplia, ennegrecida por el humo, todo sigue su curso normal. El cocinero, Akim, un joven rubio, con el mandil sucio, dispónese a prender el fuego. No debe de tener muchas ganas de comenzar la faena cotidiara, pues sus movimientos son perezosos, tardíos, mira despacio la hornilla, como si la viese por primera vez, ráscase el pescuezo y masculla palabras de contrariedad.

Sobre una gran mesa de pino se ven apilados, en desorden, los platos sucios. La doncella, Tania, que lleva una larga trenza sin peinar todavía, chupa en un rincón, presurosa, un hueso que quedó de la comida de la víspera. Eremey el cochero, en otro rincón, arregla las correas del arnés. Nastasia, su mujer, es la encargada de lavar la vajilla; es gruesa y poco limpia, y lava los platos, que introduce con estrépito en un perol de agua caliente. Está irritada, hasta el extremo que se diría que cada plato es su enemigo mortal; a cada movimiento tiembla todo su cuerpo, aprieta fuertemente los labios y sus ojos parecen despedir chispas.

El pequeño Joska, de la misma edad que Tioma, y que es hijo único del cochero Eremey, y de la *fregona* Nastasia, está sentado en la cama, balanceando las piernas, e insiste con voz llorosa para que su madre le dé un *copeck*.

—No, no te doy nada. ¡Vete al diablo! — grita la madre, apretando los dientes y mirando furiosamente al chico.

—¡Dame un *copeck*! — insiste Joska, lloriqueando.

—¡Déjame en paz, sinvergüenza! — grita la madre, con voz como si la matasen —. ¡Qué demonio de chico!

Tioma oye sus gritos y piensa que le gustaría cambiarse por Joska. La madre de éste grita, jura, pero Joska no le teme a sus amenazas. Cuando ella manifiesta la intención de pegarle — y Joska adivina admirablemente ese momento — huye al patio. Cuando la madre, corriendo tras él, quiere agarrarlo, el chico se detiene a cierta distancia, dispuesto a proseguir la huída, en una *actitud* defensiva; y estudia con la mirada las intenciones y disposiciones del enemigo. Nastasia, al ver que es impotente contra aquel pilluelo, suelta otra vez algunos juramentos y maldiciones y concluye por volver a la cocina. Joska se queda en el patio; entretiénese como puede, va de acá para allá, juega, pero muy pronto el apetito lo obliga a volver a la cocina. Entonces se acerca a la puerta y dice lloriqueando:

—¡Mamá!

Esta palabra es a la vez una súplica y una reclamación.

—¡Atrévete a entrar! — exclama la madre —. Verás cómo te enseño... ¡Sinvergüenza!

—¡Mamá! — vuelve a gritar Joska, con voz llorosa.

Entonces la madre se dirige hacia la puerta. Pero Joska, veloz como el viento, sale huyendo. La madre le tira un palo, pero el muchacho evita casi siempre el golpe con hábiles maniobras estratégicas. Sin embargo, ese acto desarma a Nastasia, y entonces cesan las hostilidades. El chico sabe muy bien que, a partir de ese momento, puede entrar, sin temor a las represalias, y sentarse a la mesa, en la cual se hallan los restos de la cena de los señores. Como un ser atareado que no tiene tiempo que perder, Joska dirígese hacia la mesa. Cierto es que su madre suele darle en esos casos algún pescozón o tirón de orejas, pero Joska lo recibe con la sumisión de un verdadero filósofo, como un pequeño e inevitable inconveniente del oficio.

Tioma, viendo esas relaciones sencillas y naturales, quisiera estar en el lugar de Joska.

—¡Eremey! Engancha el *Moreno* — gritan desde fuera.

—¿Quién va a salir? — pregunta Tioma en voz alta, muy agitado.

—Papá y mamá — responde la nodriza —; van a la ciudad.

Ciertamente, esto es un verdadero acontecimiento para el niño.

—¿Se marchan en seguida? — vuelve a preguntar.

—Sí; están terminando de vestirse.

Tioma piensa que papá tiene prisa y no puede, por consiguiente, bajar al jardín. Lo que quiere decir que hasta el regreso de sus padres no tiene que temer nada.

Entonces se siente aliviado y exclama alegremente:

—¡Joska! ¡Vamos a jugar!

Sin miedo va, vuelve al jardín, y resuelto se acerca a sus hermanas.

—Juguemos a los indios —les dice.

Y, lleno de alegría, realiza, delante de sus hermanas, un salto prodigioso.

Mientras *fraülein* y las hermanas de Tioma deliberan, presididas por la hermana mayor, Zina, acerca de la proposición, el muchacho recorre el jardín en busca de materiales para la fabricación de los arcos. Pronto encuentra unas vides, colocadas en un tonel. Prueba si se doblan bien, pero las vides se quiebran conforme las va probando.

—¡Tioma! —gritan de pronto sus hermanas, asustadas.

El niño presiente una nueva desdicha y estremécese.

—Son las vides de papá —dicen las hermanas—. ¿Qué hiciste?

Tioma se da cuenta de su nuevo crimen. "Hay que ganar tiempo antes de la vuelta de papá", se dice.

—Lo sé —responde—. Pero papá me dijo que las tirara, porque no valían.

Y para convencerlas definitivamente dice a Joska, que llega en ese momento:

—Ayúdame a tirar estos sarmientos al foso.

Y los dos muchachos inician la tarea. Zina, recelosa, sigue a su hermano con la mirada. Este representa bien su papel, y va despacio, como una persona que tiene tranquila la conciencia. Pero cuando observa que su hermana no lo ve, tira las vides y se abandona a la desesperación. Siente que nuevas nubes se acumulan sobre su cabeza. ¡Dios mío! ¡Si su padre se marchase pronto!...

Entonces va al encuentro del cochero. Este está parado ante el coche; se rasca con indecisión la espalda; dirige extrañas miradas al coche, cubierto de barro, y no se decide a comenzar la tarea. El niño, nervioso, procura animar al cochero.

—Vamos, Eremey, ¡termine de una vez!...

—Sí, sí —dice el cochero flemáticamente.

Por fin engancha el caballo, con la mayor calma.

Los minutos parecen siglos a Tioma.

Un momento después está dispuesto el coche.

Eremey se pone su casaca y un sombrero de hule de bordes rojos, se coloca en el pescante y conduce el carruaje hasta la escalinata.

"¿Por qué tardarán tanto papá y mamá? ¡Dios mío!", piensa Tioma.

Por fin se oye el ruido de la puerta y los padres del niño aparecen.

El padre, de blancos cabellos, con su aire grave de siempre, vestido de chaqueta blanca, parece ensimismado; la madre, con miriñaque, arregla su sombrero de largas cintas negras. Las hermanas de Tioma acuden presurosas al jardín. La madre las besa y busca con la mirada al niño, que, en compañía de Joska, se ha escondido en un rincón.

—Está en el jardín —dice una de las hermanas.

—Sed buenas con él —les recomienda la madre.

Al oír estas palabras, Tioma sale de su escondite y corre hacia su madre. Si el padre no hubiese estado allí, se lo habría confesado todo a ella.

Pero se concreta a besarla con mucha efusión.

—Bueno, está bien, hijo mío —dice, como adivinando que la conciencia del muchacho no está muy tranquila.

Pero en ese momento recuerda haber olvidado las llaves.

—¿Dónde están las llaves? —dice.

Todos se dirigen hacia la casa para buscarlas.

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 85)

Buenos Aires y



"LA FUENTE", BARRANCAS DE BELGRANO, POR GUIDO.

REVIVE una antigua tradición porteña: la de sus litógrafos. Antaño, el artista transeúnte hizo la histórica gráfica de la ciudad y fué testigo enamorado de su crecimiento asombroso. Lo que el progreso derribó, lo que los hábitos nuevos desterraron, conservóse así, para nuestro deleite, merced a las láminas del litógrafo paciente y fidelísimo.

Hoy, por iniciativa de la Intendencia Municipal, y por intermedio de su Secretaría de Cultura, el viejo arte — arte viviente y subjetivo, sin mecánicas facilidades — retoma la misión que momentáneamente delegara a la fotografía.

sus artistas

Alfredo Guido, con sus "Parques y jardines"; Rodolfo Castagna, con sus "Lugares y recuerdos", renuevan la memorable tradición porteña y Buenos Aires entrega al amor de sus artistas la misión de retratarla.

1 SAN TELMO, HUMBERTO I Y BALCARCE, UNA CALLE DEL BUENOS AIRES TRADICIONAL, VISTA POR RODOLFO CASTAGNA.

2 TORRES DE SANTO DOMINGO TITULASE ESTA LITOGRAFIA DEL MISMO ARTISTA, RECUERDO DE UN BUENOS AIRES QUE SE VA.

3 "CAMINO DE LAS ESTATUAS", EN LA RECOLETA, UN BELLISIMO Y SOLEADO RINCON CIUDADANO, POR ALFREDO GUIDO.

4 "FIN DE SIGLO", LAS GRACIAS RECARGADAS DE SU ARQUITECTURA, EN ESTA ESQUINA PORTEÑA, CONSERVADA POR CASTAGNA.

5 "LA ISLA DE LOS PAJAROS", EN EL PARQUE 3 DE FEBRERO, UN RINCON ROMANTICO DE LA CIUDAD, POR ALFREDO GUIDO.



3



4

5

Fantasmas de entre dos siglos

La otra gloria de

HUBO UN INSTANTE EN QUE REVERDECIO SU FAMA DE ORADOR, YA UN TANTO MARCHITA, CON LOS LAURELES DEL POETA DRAMATICO

Por Valentín de Pedro

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

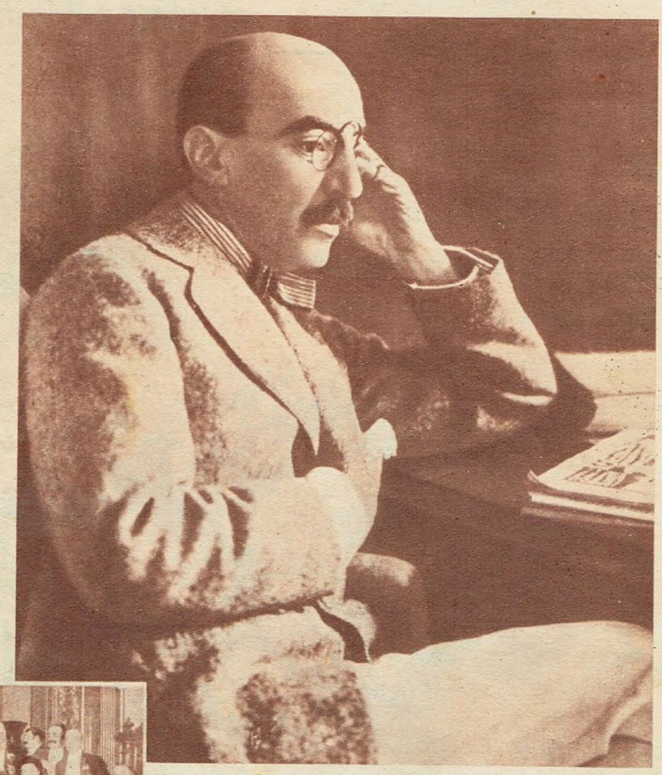
AUNQUE sólo contaba 27 años cuando terminó el siglo XIX, pasó al XX como representante de uno de sus rasgos más característicos: la elocuencia. Fué el siglo en que el hombre se embriagó de progreso, y esa embriaguez pareció desatar su lengua, para cantar las muchas loas a que el progreso era acreedor. Y era la libertad la que la desataba.

Como hijo de la Revolución Francesa, el siglo XIX había sido arrullado en su cuna por grandes ilusiones de libertad. Y la palabra en libertad era buen incentivo para esas ilusiones. Así, los grandes caudillos liberales del siglo XIX fueron grandes oradores. Y el mayor de todos, asombro no sólo de España, sino de Europa y el mundo todo, Emilio Castelar.

Belisario Roldán fué, según el asenso unánime, un Emilio Castelar argentino. El mismo se acoge al recuerdo del orador insigne cuando ocupa la tribuna del Ateneo de Madrid, exclamando:

—Sombra de Emilio Castelar, cuya voz resuena en este recinto, exornado de imágenes históricas, como una basílica del pensamiento un hijo de las Indias pone bajo el amparo protector de vuestros manes el verbo americano, que llega opulento de lealtad a esta España eterna...

Difirió, sin embargo, de Castelar, en su ideología. Entró en la vida política afiliándose a un partido reaccionario, y de su breve actuación parlamentaria, de 1902 a 1906, queda el recuerdo de su polémica con el doctor Alfredo L. Palacios, oponiéndose a la derogación de la ley de residencia.



Belisario Roldán, en la época de su gran triunfo como autor dramático.

En la embajada argentina en Madrid, después de un banquete dado en su honor, rodeado de ilustres personalidades españolas, entre las que puede verse a la condesa de Pardo Bazán, don José Canalejas, don Segismundo Moret, Mariano Benlliure, Manuel Linares Rivas, Vicente Blasco Ibáñez y otros.

Belisario Roldán



Caricatura de la época en que fué diputado.

De cara a la patria

Pero su condición política estuvo siempre relegada a un segundo plano en su vida. Poseía, para aunar voluntades en torno a su nombre, la magia de la palabra, con la cual, por otra parte, se elevó a la región de los sentimientos e ideas inherentes a todo argentino. Y esto ocurría cuando hablaba, no de cara a ninguna doctrina política, sino de cara a la patria. Así en Boulogne Sur-Mer, en la ocasión solemne de la inauguración de la estatua de San Martín:

—Padre nuestro que estás en el bronce..."

O en su oración a la bandera:

—Asuma el verbo sus majestades más altas; inspírelo la República, y brote del labio, en cláusulas opulentas de unción y verdad, el himno a la bandera de la Patria...

Es obligado el recuerdo de Nicolás Avellaneda. También el glorioso tucumano se elevó hasta el más alto cielo de la inspiración al cantar a nuestra enseña. En ese cielo se encuentran. Los dos poseyeron el hechizo verbal, y, al hablar, la exigua talla de los dos se agigantaba. Por cierto que Roldán, para sacarle alguna ventaja a su estatura, usaba unos altos tacones, para lo cual encontraba esta orgullosa justificación:

—Así los llevaba el presidente Avellaneda...

Pero él no llegó a Presidente porque no había nacido político, sino poeta. Se reveló ante el gran público como mantenedor de unos juegos florales, a fines del siglo pasado, en una fiesta de la poesía celebrada en la Opera. Como Argüelles en las Cortes de Cádiz, alcanzó en aquella ocasión el supremo título de divino: "el divino Roldán". Tal es la magia de la palabra, que diviniza a quienes la poseen.

Traspuso los umbrales del nuevo siglo con el caudal de su fama, que había de acrecentarse día a día, culminando en su viaje a España, donde se midió con los grandes oradores peninsulares de aquel tiempo y escuchó aplausos que valían por una consagración.

Los periódicos publicaron entonces una fotografía tomada en la embajada argentina en Madrid, durante una fiesta dada en su honor, en la que se veía a Belisario Roldán en compañía de eminentes figuras hispanas, de la política y el arte, sin que faltaran los grandes oradores, como don Segismundo Moret, como don José Canalejas —Presidente del Consejo, poco después asesinado junto al escaparate de una librería de la Puerta del Sol—, y como el propio Blasco Ibáñez, de una pasmosa facundia y brillantez verbal. Entre una profusión de barbas tradicionales, Belisario Roldán —rasurado y con cierto aire pueril, que no excluía el dandismo—, era como el Benjamín de una estirpe gloriosa, nacida al otro lado del mar, identificándose con ella de este modo:

—Ama a España mi país en todos los rasgos de su doble fisonomía moral y material; ámala en su idioma, perfecto idioma, como que, sobre tener del romance policromo la procedencia inmediata, del francés la sutileza, del italiano la dulzura y de las lenguas sajonas la precisión, posee de sí misma, riqueza aparte, esa potente rotundidad que desde el Fuero Juzgo hasta nuestros días le ha permitido traducir sin intervalos el pensamiento de miles y millares de hombres y perdurar mientras haya en el tímpano de la criatura humana una placa sensible a la gracia, la pureza y la diafanidad fonética.

Su primer ensayo teatral

Y llegó el año 14, hasta el cual se prolongaron las glorias y las ilusiones del siglo XIX, y en el que se hundiría cuanto fué su esplendor y su grandeza. Llegó la guerra, piedra de toque para todos los espíritus. Belisario Roldán arrastraba ya fatigosamente, como en un viaje de vuelta —de vuelta de la cumbre—, su fama de gran orador. Su magia verbal, en

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 113)

CARGA GENERAL



No vale la pena que les describa el físico del capitán Christian, pues creo que ni el color de sus ojos, ni su estatura, ni el tamaño de sus pies de pronunciados juanetes, ni sus manías, si las hubiera tenido, podrían explicar nada de lo que ocurrió en aquel viaje a Santos a fines de 1900. De sus antecedentes tampoco podría decir gran cosa, no porque no los conociese, sino porque eran los comunes para un hombre de nuestra profesión con más de treinta años de marina mercante, de los cuales, veinte transcurrieron en el comando de veleros y vapores de la Blue Castle Co.

Sólo puedo asegurarles que era buen marino y buen navegante, y que había cumplido con todas las condiciones y exámenes requeridos para optar al título de Capitán de Altura; conocía su profesión y nadie hubiera podido decir que en las más espesas nieblas, sus recaladas no fueran mesuradas, precisas y respondiendo a la más elemental ortodoxia marina; sabía, sin vacilaciones, sacar conclusiones lógicas y exactas de un sondaje y, sin ser extremadamente temerario, tampoco resultaba demasiado cauto.

Supo siempre defender los intereses de sus armadores, para lo que se conocía de *pe a pa* las intrincadas y arcaicas cláusulas de un Conocimiento de carga o las parrafadas de un contrato de fletamento; sabía distinguir los mil matices del leguleyo y justificar las demoras de su buque en elaboradas cartas, dirigidas a los agentes y cargadores, que comenzaban invariablemente así:

"Muy señores míos: Cúmpleme poner en su conocimiento..."

En fin, cumplía con todas las obligaciones corrientes de un buen capitán, con la naturalidad del que sabe que su oficio consiste en llevar un buque de un punto a otro con seguridad y precisión, sin aspirar a otro premio que el de poner al final del Informe de viaje: "amarrado a tal hora, sin novedad".

En otra forma no hubiera obtenido el comando del "Bellatrix" que, si bien no era más que un carguero corriente de 5.000 toneladas, resultaba el mayor buque de la Blue Castle Co. Los armadores no quieren hombres excepcionales, sino buenos marinos que les cuiden los intereses y traten al buque como una entidad económica más que como un yate.

¿Defectos? No le conocía más que uno, si es que se puede llamar defecto —en tiempos en que el marino mercante veía transcurrir su vida en el mar y llegar a la vejez más avanzada sin otro amparo que sus ahorros—: el ser muy interesado.

Se critica demasiado a la ligera al hombre interesado, como si el interés fuese algo peor

PARA SANTOS

Por ***E. Biggeri***

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

ILUSTRACIONES DE ARTECHE



que la mentira vulgar, la envidia, la intolerancia, la vanidad, la pedantería y tantas otras características del animal de presa que es el hombre; por mi parte, nunca he visto un animal de esta especie absolutamente desinteresado, y eso que soy muy propenso a creer que hasta los pantanos pueden reflejar las estrellas.

Pero la verdad es que, aun siendo Christian muy interesado, este defecto no tenía nada que ver con lo que ocurrió durante aquel viaje al puerto de Santos a fines de 1900.

El puerto de Santos es hoy tan salubre como Buenos Aires o Nueva York, aunque bastante más caluroso y húmedo. Naturalmente, esta salubridad fué conseguida a costa de unos cuantos rasgos típicos y costumbres coloniales muy del gusto de determinados turistas que, como ciertos pintores, no encuentran tema si no es en la decrepitud, la falta de higiene, la miseria, la vejez, los mercados malolientes y las callejuelas sórdidas. En 1900 existían muy pocas posibilidades de pasar impunemente por aquel puerto de horror en que la malaria, la fiebre amarilla y la viruela flotaban densas en la atmósfera vibrante bajo el sol de fuego, que batía las "traversas" inundadas de olor a café en torrefacción y bananas agrias.

Comprendo que ha sido este el resultado directo del progreso en la ingeniería hidráulica, pero lo que no comprendo es por qué la cerámica sanitaria, como se ha dado en llamar muy decorosamente a los artefactos de baño, no ha hecho más que mejorar el físico del hombre, sin influir mayormente en su espíritu o por lo menos en sus sentimientos. Esto me hace un tanto escéptico acerca del mejoramiento de la raza humana por medio del progreso material. Evidentemente existe alguna hendidura entre el Progreso y la Civilización. En todo caso, el hombre sólo cambi a través del tiempo sus vicios y sus virtudes: la brutalidad y la traición de la Edad Media bien pudieron convertirse en nuestro egoísm e hipocresía, con la ventaja para los primeros de que exigían, por lo menos, coraje e iniciativa. Quizá el hombre no sea más que un animal ingrato que ha creado todas las virtude para tener oportunidad de ejercer todos lo vicios; habla de la verdad y miente; habl de tolerancia y comete atropellos; los dictadores más estúpidos saben bien cómo debe usar de la palabra libertad.

Cuando el "Bellatrix" recibió órdenes d tomar un cargamento general para Santo donde embarcaría un cargamento de café, al gadón y maderas para Nueva York, el capitá Christian comenzó a pensar en presentar s renuncia.

Me mandó a llamar por el mayordom

como siempre a Bilbao o Cartagena a cargar mineral o naranjas con su maldito "Templaire"... Linda forma de explotar los buques... No conocen ni esto de negocios — y hacía crujir la uña del índice, quemada por la pipa.

Yo escuchaba en silencio, paseando la vista por su cuello de celuloide y su corbata violeta; la cadena del reloj, que le cruzaba de banda a banda el chaleco, bailoteaba furiosa sobre su estómago. Aun después de cuarenta años veo la medalla y los dijes que la adornaban. Resulta extraño cómo los hombres más serios se aficionan a las chucherías ínfimas, a las joyas, los cortaplumas, los llaveros, los encendedores de gusto dudoso. En algunos es un rasgo infantil, en otros mera simplicidad chabacana; otras veces es un complejo de egoísmo; pocas de sentimentalismo barato, o de rutina cuando se trata de hombres llanos o de carácter.

—No hay poder que me obligue, señor Frank — vociferaba plantado frente a mí como si yo fuera el gerente o el capitán de armamentos.

Sin embargo, hubo un poder más fuerte que su voluntad o sus temores; el afán de lucro. Excelente marino y buen navegante, Christian no tenía otro vicio aparente que la tacañería. Lo llamo vicio aparente, no sólo porque era el único que exteriorizaba, y tengo para mí que no hay hombre sin vicio, sino porque no creo que la tacañería sea un vicio en el hombre de mar. En todo caso, y aunque parezca extraño, resulta nada más que falta de imaginación o de actividad interior.

Pese a lo que puedan decir todos los escritores de temas marítimos, el verdadero marinero se debate en una lucha constante por abandonar el mar, manotea en una atmósfera espesa de tedio, de monotonía, de soledad, solo consigo mismo, esté donde esté, en puerto o en alta mar. En puertos extraños, entre gente que habla otra lengua y tiene su propio círculo de sentimientos, relaciones e intereses, está solo; solo sufre y solo no goza, porque no comparte. En el mar está solo, absolutamente solo, aunque abra su corazón a cualquier compañero de a bordo; puede ser comprendido, pero nunca acompañado. Unicamente la imaginación lo puede salvar llenando las horas vacías con una actividad que absorba su atención: lecturas o artesanías de las más raras especies. ¡Y es bien sabido que no hay filósofo más sencillo, más humano y más profundo que el artesano! Cuántas sentencias, cuántas meditaciones derrama la boca de un carpintero o un zapatero mientras modela la materia. Las palabras fluyen sencillas y transparentes como agua de un manantial. Si algo ha perdido el hombre, de verdadero valor, en el enmarañado armazón del progreso, es la serenidad que obtenía hallándose a sí mismo en las jornadas de amorosa artesanía, cuando las manos elaboraban belleza, y el cerebro, virgen de convencionalismos y pedantería, buscaba el camino de las verdades sencillas. ¿Para qué sirve el progreso si el hombre no halla satisfacción a sus angustias, si ha perdido el sentido del ritmo y del equilibrio e ignora la belleza de las pequeñas cosas? ¿Para qué, si ya no sabe mirar a las estrellas, ni ver los colores, ni apreciar las formas elementales?

Cuando el marino carece de imaginación se hunde en el tedio más horroroso, le oprime la soledad, odia al mar y a su oficio y cuenta y recuenta sus ahorros para medir la posibilidad de abandonarlo. Cae en la tacañería. Se hunde de más y más; se priva de un buen libro, de la buena música y hasta del buen tabaco, que hace flúido y ágil el pensamiento, se hace egoísta y sórdido, mediocre y chismoso, y deja de ser marino para convertirse en un ganapán torturado de la más lírica de las profesiones y de la más hermosa de las aventuras.

(CONTINUA EN LA PAGINA 110)



Christian, en traje de calle, se paseaba de babor a estribor por la cámara de oficiales, cámara penumbrosa con sus paneles de roble opaco por el tiempo y penetrado de olor a tabaco; cámara de viejo "tramp", con su larga mesa, su cojín de terciopelo rojo y su gran lámpara de bronce.

—Usted lo ve, Frank, despacharemos para Santos — exclamó excitado mientras me extendía la carta de los armadores —. No pienso ir; naturalmente que no; el buque irá, pero yo renuncio. Odio a Santos — gritaba.

Tomé la carta por no contradecirle, y me quedé mirándolo. Para mí, su primer oficial, resultaba un espectáculo nuevo verlo en ese estado de ánimo; pero era el Capitán, y sus razones debía tener; no me correspondía analizarlas; sabía que la primera cualidad de un buen primer oficial era recibir la descarga y tratar luego, lealmente, de neutralizarla antes de que llegara a los otros oficiales.

—Señor Frank, le juro que odio a Santos; dos ataques de fiebre amarilla y uno de viruela, sin contar varios accesos de malaria, me dan derecho a no intentar más pruebas. Voy ahora mismo a cantarles las cuarenta a esos señores de la oficina.

Metía las manos en los abultados bolsillos para sacar la pipa, el tabaco, papeles y, por fin, su gran pañuelo. Se detuvo frente a mí secándose el sudor de la frente tostada.

—¿Por qué tengo que ser yo? ¿Por qué tiene que ser el "Bellatrix"? ¿No está el "Antares", recién salido del dique de "carena"? ¿No está ese estúpido de Shaw, fondeado en lastre esperando órdenes? No señor, él irá


APLICADA EN EL HOGAR
Y LA ESCUELA
CIDA
TESIA
REGISTRADA
ANA PEINADA
RIA ARGENTINA
ja je ji
ka ke ki
la le li
lla lle lli
HETESIA
PARA LAS CUATRO ESTACIONES Y TODAS LAS EDADE

"Más que pintar,

ASI SE DICE DE MAURICIO UTRILLO, EL PINTOR FRANCES QUE



UTRILLO, EN SU ESTUDIO DE PARIS.

SENCILLO, nada virtuoso, pleno de humildad, Mauricio Utrillo, lírico y soñador, se pone de rodillas ante Dios. Inútil que el diablo lo tiente en su juventud, que quiera hacerle buscar extravíos; él, bondadoso de corazón, como lo son las existencias puras, concluye por juntar sus manos dando gracias al Creador, o, arrodillado ante Santa Juana de Arco, después que Eduardo Herriot le acuerda la Legión de Honor, le agradece haber colmado de felicidad su vida y el haber pintado de azul el cielo de ese hermoso día.

No le busquemos por tanto filiaciones intelectualistas a las que demasiado estamos acostumbrados en otros artistas de lacerada inquietud. Utrillo se presenta espontáneo, sin requiebros, pintando hacia los atardeceres, a media luz, como acogido por la soledad, como envuelto por un halo de dulce misterio. Nada de intensos tormentos, de locuras de la sangre o de la inteligencia; Utrillo se ciñe a sí mismo, y es la nostalgia de su alma que le lleva a pintar las calles parisienses, perspectivas con casas de humilde frescura, o las pequeñas iglesias, ya de Montmartre, ya de la campiña francesa (Villiers-le-Bel, Villeneuve, Grasley, Clichy), y también las grandes catedrales, esa suma del pensamiento religioso de un pueblo: Bayonne, Moulins, Notre Dame, Chartres, Reims, Rouen, Amiens, la basílica de Saint-Denis o *Le Sacre Cœur*.

Hijo de la pintora Suzanne Valadon, es reconocido en su niñez por el periodista y pintor español Miguel Utrillo, razón de su nombre. Su infancia transcurre silenciosa, y a los veinte años su

CON SU ESPOSA, ENTREGADO A SUS TAREAS.



ANTE UNO DE SUS CUADROS.

"parece que reza..."

HIZO DE LO HUMILDE Y COTIDIANO TEMA DE SUS CUADROS

Por
Romualdo Brughetti

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

madre le señala los secretos de la pintura. Entonces, rápidamente sometido a ese nuevo encantamiento, pinta paisajes de rincones populares y aldehuelas y ya se acerca al paisaje mayor de su ciudad natal. La bohemia lo acicatea: en Montparnasse se hace amigo del triste Amadeo Modigliani y ambos beben hasta la madrugada en los cafés, en ambientes sórdidos que sólo ellos verán siempre con ojos alucinados, con limpia nitidez de tonos, con suaves y bellos arabescos.

Tres etapas marcan el camino pictórico del artista. La primera abarca las pequeñas iglesias, las calles, los aspectos melancólicos, y la pintura se carga de una materia densa. Hacia la época de la guerra del 14, su paleta se depura, se enriquece y se aclara. Parece que un suceso alegre avivará sus perspectivas, su colorido. Mas entre su primero y tercer período definitivo, surge la época *blanca*. Antes, fué la influencia impresionista, aquí y allá toques de Pissarro y Sisley; luego sus blancos adquieren lograda libertad expresiva y lo definen con un candor de sana claridad y serena gracia en su sensible y afinado oficio de pintor. En versos escritos por él mismo canta a esos blancos, y a los rosas dulces, a los verdes esperanza plenos de transparencias, al azul "divino y enemigo del mal". Su espíritu de creación, la fuente de pureza que anida en su voz tímida, le depara un piadoso misticismo que lo salva. Después de los días de duras miserias, de alcohol, de sueños, de sinsabores, viene un tiempo en el que el triunfo lo lleva a habitar en el castillo de Saint-Bernard, o a una villa de

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 84)



CON LUCIE PAUWELS, SU ESPOSA.

ANTE EL CRUCIFIJO, ENTREGADO A SUS ORACIONES.



SUCESO EN EL RIO

cuento, por

Máximo Fresero

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

ILUSTRACIÓN DE GUBELLINI

Desde el pespunte del agua a la costa barrancosa destacábase un amplio vacío, una ensenada resguardada de vientos, donde habían varado ramas y cascajos barridos por la creciente; entre ellos veíase un bote amarrado a la costa, de proa acanalada y cubierta.

Las huellas de las zancudas llegaban hasta más allá de la línea del agua, perdiéndose en los esteros producidos por la bajante. Allí las mojarritas quedaban prisioneras al retirarse el agua, sirviendo de comida a las aves.

El río mantenía sin embargo un considerable nivel. Desde un tramo de la costa se podía ver la otra orilla y calcular su gran anchura.

Hubo un colectivo aleteo y las aves que picoteaban en el barro junto a los esteros se elevaron precipitadamente. Por la quebrada de la costa apareció un hombre llevando unos remos; lo seguía un chico con una pequeña canasta. Uno tras otro avanzaron hasta alcanzar el bote. El hombre dejó los remos dentro y se dispuso a desatar las amarras, un ancla herrumbrosa, diminuta, con una larga cadena que enrolló y dejó sobre la proa de la embarcación junto con el ancla. Antes de continuar quedó por un momento mirando las aguas turbias del río. El chico, a su lado, no hablaba. Miraba a su padre y su mirada era una interrogación afanosa por lograr la respuesta. El hombre permaneció silencioso y caminaba de un lado a otro breves trechos, deteniéndose a cada instante. Después empujó la embarcación al agua. Bien pronto navegaba y ambos estaban sobre ella. El hombre colocó los remos en los toletes y las palas accionaron bajo la presión de sus fuertes brazos.

En cada movimiento los remos se hundían a la vez en las turbias aguas levantando cadenas brillantes que se deshacían en el aire. A breves intervalos el hombre dejaba que el bote se meciera solo. Preparaba un espinel.

Llevados por la corriente observaban el agua barrosa que huía siempre como enloquecida. Después el hombre volvía a remar vigorosamente y el bote sesgaba la corriente buscando la hondura del centro, donde sin duda paseaban los peces más grandes, los esquivos dorados y los lentos surubíes.

La costa estaba lejos ya y el río extendíase como una gran manta plomiza, animado por una constante vibración, cuyo lomo perdíase a la distancia tras una saliente costera.

—Papá, ya andan los pescados...

Juan miraba con creciente ansiedad el agua que corría despavorida a los flancos del bote. Agarrado a la tabla del asiento, permanecía sentado y golpeaba con sus pies descalzos la madera del piso. Aureolábalo el grave regocijo de su edad.

El padre lo contempló un rato, un buen rato; casi lo contemplaba desde que se sentó, porque lo tenía enfrente, en silencio, con un orgullo sereno al tiempo que remaba; luego se sonrió. El chico sonrió a su padre también, como correspondiendo a su tosca ternura, lleno de felicidad.

—Ya te cansarás de verlos.

A lo lejos se veían tremendas alas blancas, algunas lonas de veleros que se distanciaban favorecidos por el viento.

—Papá, aquél es el puerto.

—...

—Papá, es un remolcador.

—...

—Es el remolcador de Iturbe; Iturbe lo maneja.

—...

—Papá, ¿es el remolcador de Iturbe?

—No hablés tanto que me vas a marear. Sí, es un remolcador, pero está muy lejos para saber si es el de Iturbe. ("Bueno, tiene seis años").

Las palas de los remos sumergíanse en el agua en un movimiento casi humano, que las diestras manos del hombre les imprimía; a la vez que éste accionaba su cuerpo, producíase un ruido tonante, rítmico, en los toletes resecos por el roce violento y continuo.

Con su joven vista, inquieta y pujante, Juan seguía a su padre en ese movimiento, y entonces tenía noción de la fuerza con que remaba. Un irreprimible sentimiento de admiración lo hacía reír. Miraba la costa, el agua y al padre, y volvía a dar con la vista en la costa.

—Papá, aquél es el puerto. Lo conozco por la torre blanca del resguardo. Y señaló el bulto negro del muelle con sus patas de madera, que parecía un caballo metido en el río. Era lo único grande que se destacaba en la costa.

—Fijate bien; esa no es la torre de ningún resguardo. Es el guinche que carga las bodegas de las chatas. ("Es mi hijo y tiene seis años").

El chico se puso de pie sobre el asiento, y para ver mejor hizo pantalla con sus manos.

—¡Juan! ¡Cuidado! No debes pararte. Quédate sentado — resonó la voz del padre. ("Lo miro; sé que es mi hijo").

Volvió a sentarse y por un instante quedó observando el agua, luego a su padre y por fin retornó a mirar hacia la costa lejana.

El río comenzaba a mover mucho el bote por la gran cantidad de remolinos que se sucedían formados por la corriente. Pero el hombre era hábil en manejar los remos y enderezaba con vigor la embarcación.

—Papá, ¿cuándo vas a pescar?

—Debes callarte y mirar, si no, no te traigo otra vez. ("Quisiera traerlo siempre conmigo, porque tiene seis años y es mi hijo").

En los ojos del chico se dibujó el arrepentimiento, y en seguida una ansiedad de aventura frustrada lo desalentó.

El hombre dejó un momento de remar; los remos se plegaron como alas al tronco del bote, que se movía ahora a expensas de la corriente. Era ésa la parte del río que se conocía por más honda. Terminó allí de largar el extremo del espinel, en cada uno de cuyos grandes anzuelos había puesto una mojarrita como carnada. La maciza plomada sujetó la boya, una lata de aceite vacía y soldada.

Volvió la cabeza a uno y otro lado, después apretó las correas en los toletes para asegurar los remos. Apresurándose, empezó a desenvolver un aparejo de piolín grueso, en cuyo extremo colgaban grandes anzuelos empatillados con alambre. Colocó las carnadas y fué sumergiendo primero la plomada y, tras ésta, anzuelos y piolín eran tragados por el agua con gran regocijo del hijo, que observaba con ojos ávidos.

El hombre ató el aparejo a la argolla de proa y tomó nuevamente los remos, que volvió a dejar al andar el bote un buen trecho. Quedó con la vista puesta en la parte del aparejo que emergía del agua. Al cabo de un momento se puso tenso el piolín y los ojos del hombre brillaron. Se preparó al envión.

Junto a la cadena enrollada, el anclita mostraba los dos corazoncitos en sus puntas.

En ese instante, por el brusco movimiento del hombre y el impulso de los continuos remolinos, el bote viró de improviso colocándose contra la corriente. El movimiento fué simultáneo; el bote se inclinó de golpe, sin dar tiempo a nada, y hombre y chico cayeron al agua.

El hombre salió en seguida a la superficie con la exacta noción de lo que había pasado. Observó el agua en los remolinos. Dificultado por la corriente, se mantenía en el agua con la cabeza bien afuera. El bote quedó fondeado; en el semivuelco, el ancla había caido también al agua y los metros de cadena sujetaron la embarcación. El hombre respiró y se sumergió inmediatamente. En contados segundos volvió apretando contra su pecho el cuerpo del hijo. Como la corriente lo había alejado, tuvo que nadar desesperadamente; alcanzó con dificultad la borda del bote.

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 111)



por AMELIA MONTI

ANGULOS Y ENFOQUES



Carlos Hugo Christensen ha roto moldes con su dinámico y minucioso, a la par que original, movimiento de cámara con que enriquece las escenas de "Los pulpos", que señaló para Lumiton un éxito de cartel. Por primera vez el lente de una cámara argentina registra nuestra ciudad en toda la nerviosa inquietud de sus arterias céntricas, de su gente, de su tránsito y de la vistosidad de sus vidrieras y sus letreros luminosos. Una fotografía precisa y nítida concurre a hacer más notable esta característica del film, que corre pareja con toda la proyección, tanto en los exteriores como en los interiores, y en algunas atrevidas tomas realizadas con seguridad y valentía.

* *

Interamericana contrató a Jorge Rigaud para hacerlo intervenir en dos importantes papeles de sus producciones. Se están estudiando argumentos para tal fin y también se hacen tentativas para elegir la actriz que ha de acompañarle.



* *



Después de las óptimas noticias recibidas de las escenas tomadas en Tierra del Fuego por el plantel de técnicos que se trasladó a aquellas latitudes, Soffici se apresta a trabajar en los interiores de la película, que será una de las más espectaculares y costosas de Emelco.

* *

Es un hecho que Delia Garcés formará pareja con Marianito Mores en una producción musical extraordinaria de Film Andes y Pyada. El argumento y los diálogos estarán a cargo de la prestigiosa pareja Pondal Ríos y Olivari.

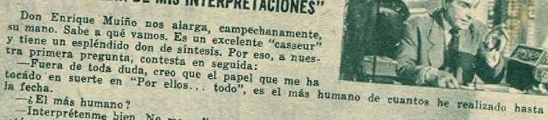


"ROMANCE SIN PALABRAS", UN NUEVO FILM NACIONAL



Se están por iniciar, en E.F.A., las tareas preliminares de filmación de la producción que dirigirá Leopoldo Torres Ríos, "Romance sin palabras", que tendrá carácter de "extraordinaria". Encabeza el reparto Miguel Faust Rocha, secundado por Carmen Valdés, Lidia Denis, Elina Colomer, Alejandro Maximino, Darío Garzay y José Comellas, con la actuación, por primera vez en nuestra pantalla como músico y actor, del concertista argentino Roberto Locatelli. La adaptación fílmica del tema, original de Adela Beltrán, la ha realizado el mismo Leopoldo Torres Ríos y la música de fondo pertenece a Alejandro Gutiérrez del Barrio.

EL COW-BOY... Y LA DAMA



Por quinta vez consecutiva Roy Rogers ha conquistado el título de "Rey de los cow-boys"... de la pantalla, pero esta vez se ha decidido a compartir su trono, y hace una semana optó por entrar en la sagrada institución del matrimonio. Fueron inútiles todos los consejos de los amigos, y Dale Evans, simpática estrellita, que fuera su "leading-woman" de todos los films del oeste, lo ha enlazado, y en forma más firme que lo que es capaz de enlazar el más auténtico de los "cow-boys". Aquí vemos a la flamante pareja, concretando en la realidad una escena que, con otro atuendo, habían representado ya muchas veces en la vida de ficción...

"LA MAS HUMANA DE MIS INTERPRETACIONES"

Don Enrique Muiño nos alarga, campechanamente, su mano. Sabe a qué vamos. Es un excelente "casseur" y tiene un espléndido don de síntesis. Por eso, a nuestra primera pregunta, contesta en seguida:

—Fuera de toda duda, creo que el papel que me ha tocado en suerte en "Por ellos... todo", es el más humano de cuantos he realizado hasta la fecha.

—¿El más humano?

—Interprétenme bien. No me refiero a "humano" en su sentido general. Creo —salvo que esté equivocado— que todos los papeles que he tenido a mi cargo tuvieron siempre ese rasgo en mayor o menor grado, pero éste es más..., ¿cómo diría yo?..., más sencillamente humano: "ellos", los muchachos, son los que le dan esa tónica a mi cometido, y todos los padres del mundo se sentirán identificados en mí. Así lo espero.

—¿Y respecto a la película en sí?

—Respecto a ella, sólo puedo decir —ya queda sobreentendido por lo que opino del personaje que interpreto— que Carlos Schlieper va a brindarnos una de las grandes satisfacciones del cine argentino, por la manera en que ha conducido el rodaje de "Por ellos... todo", y... Artistas Argentinos Asociados un nuevo jalón en su itinerario de éxitos artísticos. Y cuenten con que, gracias a Dios, de un tiempo a esta parte lo artístico está resultando cada vez más comercial... Creo que ya el público ha superado la etapa más difícil y gusta de lo artístico como gustaba antes de lo fácil, sin profundizar en cuestión de valores auténticos.

ENTRE ASTERISCOS

Más de dos mil quinientas muchachas acudieron a los estudios de R. K. O. para participar en un concurso que organizó el director Richard Wallace, a fin de seleccionar las 25 bellezas que aparecen en la película de "Simbad el marino", cuyo actor principal es Douglas Fairbanks (h). Entre las elegidas las hay morenas, rubias y pelirrojas, y todas verdaderamente bellas. Maureen O'Hara contribuyó a darle brillo a esta selección.

Alan Lad está considerado como uno de los campeones de los astros de Hollywood por la serie continuada de películas en las que ha desempeñado papeles difíciles, peligrosos y audaces, los que, de paso, son los favoritos del astro. Conserva, este actor, su buen estado físico gracias a un severo régimen de entrenamiento que le es habitual desde hace muchos años, dado que se destaca como corredor de velocidad y excelente nadador, desde sus días escolares.



Una nueva cualidad que "descubrió" Bárbara Stanwyck durante la filmación de "California", fué la de cantar, cosa que nunca había hecho en la pantalla. Deja oír en esta película tres canciones escritas especialmente para ella por el compositor E. Robinson.



Jessica Tandy, una de las actrices inglesas de más reciente actuación en Hollywood, interpretó su primer papel cinematográfico en 1944, en la recordada pensión de "La séptima cruz", de la Metro. Nacida en Londres, desde niña puso su afán en el cine. Apareció también en "Los verdes años", la veremos en "Por siempre Ambar", y forma pareja con Charles Boyer en "Venganza de mujer", su último film, actualmente en las carteleras porteñas.



Una actriz que se perfila con rasgos definidos es Wanda Hendrix, llamada en Hollywood la "sorpresa 1947". Tiene diecinueve años, y hasta hace poco estudiaba en la escuela superior, mientras seguía cursos en la escuela dramática.

Apareció en "El intruso adorado", con Bing Crosby, y ahora tiene su primer papel importante junto a Robert Montgomery en "Del lodo brotó una flor".

DE ACTOR TEATRAL A GRAN "METTEUR"

William Dieterle es uno de los realizadores cinematográficos más conocidos y de bien ganada fama en Hollywood. Después de haber obtenido halagadores triunfos en el teatro y en el cine de Europa, se dirigió a los Estados Unidos en 1930, y desde entonces, puede decirse, esa fama ha ido aumentando película por película.

Nació en Alemania y estudió la técnica directiva bajo los auspicios de Max Reinhardt. Fué también actor e hizo el papel de caballero en "El milagro" y el de Bruto en "Julio César", alcanzando su mayor éxito en "Dantón". Posteriormente tuvo su propio teatro en Berlín y en él producía y representaba sus obras. En el cine, dedicóse a la difícil tarea directiva desde el principio de su carrera, y, siguiendo su táctica teatral, actuaba también en las películas que dirigía. Su admirable dirección de "La vida de Emilio Zola" le valió un premio de la Academia de Hollywood, y después de infinidad de films nos dió "Cartas a mi amada", con Jennifer Jones y Joseph Cotten.



EL GALOPE

Cuento, por ***Jorge Calvetti***

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN" ▪ ILUSTRACION DE RAUL VALENCIA

USTED sabe que he venido a Maimará a vivir mi luna de miel. Necesito contarle ahora que la serenidad de tan deliciosa temporada está conmoviéndose íntegra por algunos sucesos para los que no encuentro explicación.

Esto sucedió el Día de los Difuntos. Para esa fecha se cumple en esta región una ceremonia tradicional que se inicia en la noche del primero de noviembre con el rito llamado "de las ofrendas". Para entonces preparan en la pieza principal del rancho, debajo de un crucifijo colgado en una pared cubierta con paños negros, dos mesas en forma de T. En una de ellas, la que hace de palo ma-



yor — de vertical, diré —, amontonan en forma de ataúd toda la ropa del muerto a quien se recuerda; alrededor y hacinados, gran cantidad de bizcochos, empanadillas, galletas, etc., y al medio, exactamente debajo del crucifijo, un pan de exprofeso amasado en forma de escalera, que apoyan contra la pared. Cerca de esta escalera, y aun sobre ella, unos muñecos de masa en los que creen ver figuración o representación de almas y que tienen formas impresionantes, descansan como en mitad de su marcha ascendente hacia el Cristo. A la luz de las velas pueden verse, distribuídas profusamente, todas las comidas que fueron gusto del difunto, y también sus "vicios": coca, chicha, vino, cigarrillos, etc.

Desde la tarde comienza una serie de visitas a casa de las familias que hacen "ofrendas"; durante esas visitas las libaciones son abundantes, de manera que todos los deudos — no exceptúo las mujeres — esperan la noche ayudados por el alcohol.

Es de fe entre la gente del pueblo que el alma de sus finados visita en esta noche, después de las doce, la casa donde han vivido, y debe encontrar a su regreso todo lo que supo querer y gustar en la tierra; de no hacerlo así, el "alma" se enoja y entonces la ruina de la familia es segura. Cuidan por ello de mantener vivos en el recuerdo todos, hasta los que fueron más particulares y pequeños deseos del muerto. Esa es la razón por la que no en todas las casas se ven los mismos elementos de "ofrenda".

Esa tarde fuí acompañado por mi esposa a casa de una familia que rendía su tributo a la superstición que le refiero. Por la noche, ella no quiso acompañarme, entre otras razones porque, siendo del sur, estas ceremonias primitivas y lúgubres la impresionan mucho.

Después de cenar salí acompañado por Prudencio Méndez, muchacho criado por mi madre, persona de toda mi amistad y confianza. Visitamos a dos familias, y en ambas oportunidades, después de la chicha, tomamos "yerbiaos", como nombran aquí al mate cebado con alcohol y agua. Cuando nos dirigíamos a visitar a los deudos de mi amigo el finado Marciano Sánchez, noté que ni Prudencio ni yo conservábamos un grado normal de verticalidad, aunque todavía estábamos lúcidos y bien dispuestos.

Como le he dicho, era muy importante llegar antes de la medianoche a casa de los Sánchez, de modo que partimos a paso regular. En estos lugares, cuando no hay luna, la noche es de una lobreguez cerrada y brutal. Que fuera, pues, por esa oscuridad con ráfagas de viento helado, por las fantasmagorías de las sombras de nuestros cuerpos, sombras que temblaban a la luz de las velas, que se estiraban en el suelo y parte del techo, que se perdían — como en la noche —, en los trapos negros de la pared, por el sentido sobrenatural de la fecha (o por la conjunción de esos elementos), lo cierto es que yo me había impresionado y hubiera preferido no salir de allí. Sólo el deber de cumplir con un amigo me puso en camino.

Ya en marcha, quise explicarle a Prudencio que si bien yo no creía en nada de lo que animaba esa ceremonia, estaba seguro de que cumplía con la memoria de mi amigo, al visitar en esa fecha su casa y sus familiares. En rigor de verdad — debo declararlo aquí —, no puedo decir que no creo. Soy sincero si afirmo que jamás me había detenido a pensarlo. No soy un hombre religioso, usted lo sabe. No he

(CONTINUA EN LA PAGINA 114)



DICE BERNARD SHAW

■ Nos han contado que Jehová, cuando hubo creado el mundo, dijo que estaba bien. ¿Qué diría ahora?

◆

■ Es peligroso ser sincero, a no ser que se sea un estúpido.

◆

■ Si injurias a tu vecino, vale más que no lo hagas a medias.

◆

■ El sentimentalismo procede del error de suponer que se puede dar o tomar cuartel en los conflictos morales.

◆

■ Los que admiran la civilización moderna, generalmente la identifican con los barcos de vapor y con el telégrafo eléctrico.



Ricardo Molinari y "la manzana

Existe en Palermo una manzana famosa en nuestros anales poéticos: "La manzana pareja que persiste en mi barrio —cantó Borges—: Guatemala, Serrano, Paraguay, Gurruchaga", y a la que, en aquel momento de la fundación mitológica de Buenos Aires imaginada por el poeta, "sólo faltó una cosa: la vereda de enfrente". A esa vereda que hoy existe, vamos ahora en busca de uno de los más puros poetas de la Argentina actual, pues en zona de tan preciosa referencia lírica y en casa frontera a la manzana de Borges, rodeado de viejos libros maravillosos, de antiguas tipografías, de raros infolios e impares ediciones, habita, vive y sueña Ricardo Molinari, nuestro entrevistado de hoy.

—¿De qué tiempo datan sus primeras manifestaciones poéticas, Molinari?

—Publiqué por vez primera en el año 1919. Mis primeros versos aparecieron en la revista "La Nota", que dirigía el emir Emin Arslan. Más tarde lo hice en "Nueva Era", en 1920, un periódico en el que colaboraban, también, Ernesto Palacio, Alfredo R. Bufano, Pablo Suero, Roberto Mariani, Conrado Nalé Roxlo y otros.

—Figuró en los grupos literarios de renovación, ¿no es cierto?

—Sí. Estuve en el núcleo de "Inicial", revista en que escribían Roberto Smith, Ortelli, Ruiz de Galarreta, Brandán Caraffa, Homero Guglielmini... Luego participé en el movimiento centrado alrededor del periódico "Martín Fierro" y que llevó este nombre. Fué por aquellos años cuando, a instancias de Evar Méndez, escribí y publiqué mi primer libro, "El Imaginero", aparecido en 1927 en una edición de "Proa" y que hoy se encuentra completamente agotado. En 1933 me fuí a Europa, costeándome el viaje con los dos mil pesos del premio municipal obtenido por mi libro "Panegírico", y con los cuales les alcancé a permanecer allí unos cuatro meses.

—¿Qué consecuencias tuvo con relación a su poesía ese viaje a España?

—Ese viaje a España trajo para mí un nuevo rumbo en mi poesía, pues dejé entonces el tema puramente intelectual por la cosa viva, vital...

—¿A quiénes vió en la península?

—Conocí allí a García Lorca, a Alberti, a Gerardo Diego, a Salinas, a José María de Cossío, es decir, a los más jóvenes. Recuerdo qua a Sánchez Mejías, el torero, lo visité en su residencia de Pinamontano. También vi a Guillén, a Cernuda, a Altolaguirre. Con Cossío viví en su casa de Tudanca, en las montañas de Santander, en un paisaje admirable, y dormí allí en el mismo cuarto y en el mismo lecho en que poco antes lo hiciera, huésped también él de Cossío, don Miguel de Unamuno.

Mientras habla, Molinari va sacando de los anaqueles de su librería algunos volúmenes, recuerdos vivos de amistades que perduran a través de la distancia y del tiempo: una edición, primorosamente encuadernada, la primera, del "Romancero Gitano", con su deliciosa carátula dibujada y coloreada por Federico García Lorca; un ejemplar dedicado de la última edición de "Cántico", de Guillén, publicada en Méjico; la antología que de sus propios versos le dedicó Gerardo Diego no hace mucho: "A Ricardo E. Molinari, austral, poeta, amigo."

—Pero en realidad —añade—, más que a ver sus escritores, yo había ido a ver España, la tierra, el paisaje, las cosas. Al salir de la península prometíme a mí mismo volver, cosa que hasta ahora no he podido hacer. En ese viaje pasé por Portugal y llegué también a Francia.

—Entre sus libros ¿cuál le parece el más afortunado, el más logrado?

—El libro que más me interesa de los míos es el libro "Odas". En él tomo un tema poético amoroso, que se va desarrollando luego a través de "El Alejado" (obra que mereció el segundo premio nacional) y termina en "El Huésped y la Melancolía", último de mis libros. Ese tema es como una larga fuga, y he querido encontrar en ese juego de la poesía la expresión más feliz. Es como una declinación del sentimiento, en que he tratado de llegar a dar con la línea perfecta. Ello explica la repetición de palabras que se observa en mi poesía: es como si fuera dedicándolas en el sentimiento, para mejorarlas...

Poesía, únicamente libros de poesía, es lo que Molinari ha publicado hasta ahora. Le preguntamos si acaso no le han tentado otros géneros literarios.

—Fuera de la poesía, nada más.

Y sonriendo casi imperceptiblemente, añade:

—Apenas, la poesía...

—Sin embargo —insistimos—, nos parece haber visto anunciadas por usted mismo, obras de otro carácter...

—Es cierto, pero la promesa es una aventura de la voluntad. Es como el que cree tener mucha fuerza, y luego... Tal vez dé, sin embargo, un libro de prosa. De prosas poéticas, claro está.

—Y en verso ¿prepara algo?

LIBROS Y PUBLICACIONES RECIBIDAS

ROMANCE EN NUEVA POMPEYA, novela de JUANA CAPUTO GIOIA. 160 págs. Bs. As.

●

ALBORES Y TORMENTAS (En mi tierra joven), por JUANA CAPUTO GIOIA. 320 págs. Bs. Aires.

●

ESCUELA DE MONTAÑA, ensayo por ODIN GOMEZ LUCERO. 60 págs. Tucumán.

●

REVISTA DE CIENCIAS JURIDICAS Y SOCIALES, de la Universidad Nacional del Litoral. Nº 52-53.

●

EN TIEMPOS DE LA REPUBLICA. Tomo IV, por FEDERICO PINEDO. 160 págs. Ed. Mundo Forense. Bs. Aires.



"Rama patriótica" titúlase el cuadernillo de la colección "El balcón de madera", donde se publican bellos poemas de inspiración civil, de Fernández Moreno.



Roberto Castro, pianista de destacada actuación en Radio El Mundo, que ha mostrado reales dotes de concertista y que revélase como un valor positivo de la música argentina.

"GRAND HOTEL", de VICKI BAUM

Hay escritores que no rechazan ninguna clase de trabajo o sacrificio con tal de dotar a sus obras del mayor parecido con la realidad. Entienden que para dar verosimilitud a una novela, por ejemplo, les es esencial captar con fidelidad el ambiente en que van a situar el desarrollo de su acción, como también pintar caracteres o describir situaciones que realmente se producen en la vida corriente.

Vicki Baum, la difundida escritora europea, es uno de esos autores. Así, documentándose para escribir "Grand Hotel", durante seis semanas trabajó como camarera en uno de los establecimientos más elegantes de Berlín.

Nacida en Viena —"prefiero no decir exactamente cuándo", ha declarado alguna vez, con comprensible coquetería femenina—, Vicki Baum inició su carrera literaria a los dieciocho años, estando casada ya con un escritor. Entre los libros que lleva publicados, a través de los cuales se denuncia un espíritu de gran sinceridad y una manifiesta predilección por el estudio de caracteres femeninos, "Grand Hotel" es sin duda uno de los que ofrece mayor interés humano, pudiendo decirse que sus páginas están extraídas de la propia vida. A tal punto que en él se retrata el drama real de la famosa bailarina Ana Pavlova, en cuya figura inspirase evidentemente uno de los personajes de la novela.

"Grand Hotel" es, también, la obra que la condujo a una resonante popularidad. Su éxito no sólo le deparó la amplia celebridad de que hoy disfruta, sino asimismo mucho dinero, pues debe saberse que Vicki Baum es una de las plumas más cotizadas de la literatura actual, calculándose que en los últimos años ha recibido no menos de diez millones de dólares en concepto de derechos de autor.

"Grand Hotel", que se desarrolla en un ambiente cosmopolita con intervención de una diversidad de tipos y personajes, fué llevada al cinematógrafo hace años, con un espléndido reparto en el que figuraban astros como Greta Garbo, Joan Crawford, los Barrymore y Wallace Beery. Esta novela, que no ha perdido lozanía ni interés, será publicada en el próximo número de LEOPLAN.

de enfrente"

—Sí, preparo un libro de largos poemas.

Nuestro entrevistado rehusa extenderse sobre él. Hablamos de la poesía, de la inspiración, del método de trabajo. Molinari se refiere a "El Huésped y la Melancolía", nos habla de su plan, de su estructura, y nos muestra cómo, a modo de espléndido y maravilloso fruto, unas partes del libro correspóndense con otras, simétricamente, con precisión casi matemática, como si los poemas formasen capas de hojas sucesivas que guardasen en su seno el corazón mismo de la obra, el poema central.

—La inspiración — nos dice finalmente — está en trabajar todos los días. Yo trabajo infatigablemente, pulo, reviso, transformo. Encaro mi labor poética como lo haría un arquitecto, me trazo un plan y lo cumplo. No trabajo al azar ni a ciegas. Y, sin embargo, a veces me asombra que me llamen escritor. En realidad, recién ahora puede decirse que me he puesto a escribir verdaderos libros, es decir, algo orgánico, bien pensado y construído.



RICARDO MOLINARI

DEFINICIONES

También ellas tienen ingenio. Elsa Maxwell, novelista estadounidense, ha demostrado poseer un espíritu ágil, vivo, agudo.

En una ocasión alguien declamaba la tardía novedad de que "la felicidad no está en ser millonario", en su presencia, y ella comentó:

—Sí, así es. ¡Claro que ser feliz no está en eso! Pero bien podría ser que lo fuera el poder vivir como un millonario...

En otra oportunidad afirmaba:

—Todas las experiencias que he hecho me han demostrado que la timidez es una eminente virtud social, pues es ella la que impide a muchas personas honestas convertirse en canallas...



NOTICIAS BREVES



• Para estos días está anunciada la aparición de una nueva novela de Manuel Gálvez. "La ciudad pintada de rojo", que así se titula la nueva producción del fecundo autor, se desarrolla en los días de la dictadura rosista.

• *William Thomas Walsh, conocido historiador norteamericano, autor de obras como "Santa Teresa de Avila", "Carácter de la Inquisición", "Isabel de España", "Felipe II", "Isabel la Cruzada" y otras, en las que trata de la vida de personajes históricos de la madre patria, ha preparado un nuevo libro en el que estudia el milagro de la aparición de la Virgen a unos niños portugueses. Lleva por título el volumen "Nuestra Señora de Fátima".*

• "Calles de Marzo" se denomina el último libro de que es autor el joven poeta Mario De Lellis, el cual se ha puesto en circulación durante las últimas semanas.

•

• *"Jerarquización del Martín Fierro" se intitula un trabajo crítico sobre nuestro poema máximo, que el conocido escritor y periodista Eduardo Castillo dará a la estampa en fecha próxima.*



•

PAJA



ILUSTRACION DE OLIVAS

TUVE *tres* encuentros con este chico. El primero ocurrió en una escuela de la Capital Federal. Me acuerdo perfectamente. Entonces, Pajarito tenía siete años. Recién se iniciaban las clases, y el niño, en cuanto entró en el aula, se aproximó al pupitre y me saludó respetuosamente. Traía una cartera terciada al hombro y estaba limpio y reluciente como un espejo. Su figura diminuta y rubicunda desaparecía literalmente detrás de una corbata más grande que la chalina de un poeta. Sus ojos lagrimeaban de alegría. Venía, por lo visto, resueltamente a quemarse el espíritu. Su entusiasmo, empero, se apagó rápidamente. Tres meses después del ingreso, empezó a declinar su pasión por el estudio, y antes de terminar el año escolar abandonó definitivamente la casa del alfabeto.

La historia de Pajarito, en el grado, fué una historia fulminante. Duró lo que dura una descarga eléctrica. Es cierto que el niño, a pesar de su edad, no acudió allí, como todos, a aprender palotes. Acudió, según lo supe en seguida por su propia confesión, a estudiar de ingeniero. ¡Sí, señor! De ingeniero de puentes y caminos. O de casas. Pajarito no precisaba bien el objetivo de su carrera. Su intención, al parecer, consistía en abordar directamente el estudio de la ingeniería, y su plan de trabajo, apurar los exámenes, a fin de doctorarse al terminar el primer grado inferior de la enseñanza primaria. El lo creía posible. Y yo no salía de mi asombro, tratando de averiguar de dónde sacaba eso. Si era una idea que había concebido



RITO

Un cuento de
ELIAS CASTELNUOVO
ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

él o si era una sugestión que partía de su familia. Porque la criatura no era corta de luces. Al contrario. Era sumamente despejada y dinámica. Hay que decirlo: capaz de todo. Tenía en su favor una cabeza sólida. Muy bien construída. Tenía, además, una imaginación viva y exaltada. Por último, tenía una memoria prodigiosa. Era y quería ser.

Al principio lo ubiqué en los últimos bancos del aula. Apenas si lo veía. Mas, pronto, Pajarito comenzó a ponerse en evidencia, y lo pasé al frente, junto a mi escritorio.

El método inicial del aprendizaje, seguramente, lo tomó de sorpresa. No esperaba, tal vez, encontrarse con una cuestión tan ajena a la ingeniería. O esperaba tropezar con un panorama más amplio, o esperaba tropezar con un repertorio más complicado. Una de dos. El método de enseñanza que yo aplicaba entonces siguiendo la rutina oficial, no obstante, era muy simple y se reducía, en definitiva, a esto: un cuarto de hora de palotes y otro cuarto de hora de recreo. Entre palotes y recreo, y recreo y palotes, después, transcurría todo el tiempo que comprendía el turno. Así un día. Y así dos. Al tercero, antes de reiniciar la nueva jornada paloteril, Pajarito, serio, preocupado, se me acercó y me dijo:

—Maestro: ¿hoy también toca palotes?

—Sí — contesté formalmente —. Hoy también.

—¡Ufa! — resopló el niño, manifiestamente ahito y disgustado —. ¿No puede cambiar?

—¿Cambiar? ¿Por qué?

—¿Y todavía lo pregunta? ¡Porque ya no doy más! ¡Todos los días lo mismo: palotes y recreo, recreo y palotes, y otra vez palotes, y otra vez recreo! Y serrucha, y serrucha...

Hizo una pausa, y agregó:

—Dígame una cosa: para estudiar de ingeniero, ¿se precisa saber hacer palotes?

Yo guardé silencio, y Pajarito, al no obtener una respuesta satisfactoria, siguió rezongando en el banco.

—¡Qué embromar! —protestaba por lo bajo—. ¡Los ingenieros no hacen palotes! ¡Los ingenieros hacen casas! ¡Ponen vías de tren! ¡Y de ferrocarril! ¡Palotes, palotes: ni que uno viniera a estudiar para escobero!

Pronto, sin embargo, Pajarito se adaptó al ambiente y a la simetría del grado y principió a descollar. Terminó por ser el tambor mayor de la clase, dando la pauta en todo, particularmente en los cálculos, para los cuales se veía que disponía de una organización cerebral muy adecuada. Llegó un momento en que, cuando había que resolver un problema difícil, el aula entera estaba pendiente de su solución.

(CONTINUA EN LA PAGINA 81)

ACTUALIDADES GRAFICAS



EXPOSICION. — Valiosas piezas se exhibieron en la reciente Exposición de Historia y Arte Religioso, realizada con el auspicio del Superior Gobierno de la Nación, en el Museo Histórico de la Iglesia en la Argentina. El público, examinando los crucifijos expuestos.





ARTISTICAS. — En el Salón Impulso inauguróse una muestra de telas artísticas. Durante el acto pronunció una conceptuosa conferencia sobre el tema "Pajaritos, cateillos y papirolas", el doctor Vicente Solórzano, que aparece en ángulo.







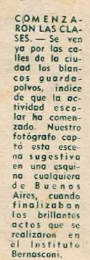
VISITA. — El señor Albert R. Bartlett, vicepresidente de The Knox Company, visita nuestro país en viaje de negocios. Le acompaña aquí el señor Luis O. Bernabó, de la Compañía Industrial Farmacéutica, quien representa en la Argentina a dicha firma.

VIAJERO. — El señor Lionel Wharton, quien partió recientemente hacia el exterior por vía aérea. El señor Wharton, dirigente de la firma comercial Sudamtex, visitará diversas ciudades de los Estados Unidos y de Europa, en viaje de estudios textiles.



DIPLOMATICAS. — El representante diplomático de Holanda en nuestro país, barón van Pallandt, realizó una visita a su patria, viajando por avión, en compañía de su señora esposa. Le acompaña un grupo de amigos, momentos antes de la partida.





COMENZARON LAS CLASES. — Se ven ya por las calles de la ciudad los blancos guardapolvos, índice de que la actividad escolar ha comenzado. Nuestro fotógrafo captó esta escena sugestiva en una esquina cualquiera de Buenos Aires, cuando finalizaban los brillantes actos que se realizaron en el Instituto Bernasconi.



RADIOTELEFONICAS. — Con motivo de la iniciación de "El álbum de la familia", audición que se trasmite por la Red Argentina de Emisoras Splendid, se sirvió un lunch al que asistieron conocidas figuras del ambiente radioteatral.



CULTURALES. — Como parte de un ciclo de visitas auspiciadas por el Ministerio de Marina, con fines culturales, delegaciones del personal de la Armada visitaron la Exposición de Historia y Arte Religioso, recorriendo sus diversas dependencias.



ANIVERSARIO — En la fecha del aniversario de la batalla de Maipú efectuáronse en el país diversas ceremonias conmemorativas. He aquí a los representantes de las fuerzas armadas rindiendo homenaje, con tal motivo, a San Martín y O'Higgins.



DEPORTIVAS. — Mucho éxito tuvieron las reuniones de natación que organizó el Hindú Club en su sede central. Destacadas figuras femeninas tomaron parte en la competencia, que dieron lugar a reñidos encuentros. Arriba, un grupo de juveniles participantes. A la derecha, Dorotea Turnbull, que tuvo una brillante actuación.

"MI DESCANSO

ASI DICE JOSE LEON PAGANO, EL CONOCIDO CRITICO Y COMEDIOGRAFO, PARA QUIEN ESCRIBIR CONSTITUYE AUTENTICA FUNCION VITAL.

por Andrés Muñoz

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

ENCONTRAMOS a José León Pagano en su domicilio de la calle Olleros al 1800, en horas de la tarde.

— Salgo poco de casa — empieza diciéndonos —. Lo indispensable para atender a mis obligaciones afuera. Soy un espíritu hogareño —continúa—. El sentimiento del hogar tiene en mí dos raíces igualmente fuertes: una, emocional, va unida a mi propio sentir; otra, atávica, arranca de mis antepasados genoveses. El genovés siente y practica como pocos el culto familiar. Es un culto a la vez afectivo y jerárquico. Esa jerarquía arranca del padre, se transfiere a la madre y se resuelve en el hijo menor, quien, por representar el último retoño del árbol familiar, usufructúa un privilegio afectivo equivalente a su deber de obediencia. Yo soy el penúltimo de mis hermanos, y como fuimos catorce, me corresponde el número 13 en el nomenclador paterno. Por fortuna, nunca fuí supersticioso.

El escritor, el hogar y la familia

—¿Dónde y cuándo nació usted?

—En Buenos Aires, el 20 de enero de 1875. Quince años antes, mis padres habían llegado a la Argentina. Vinieron en un bergantín. Mi padre era navegante. En el pórtico de mi obra

El celebrado autor, posa con la compañía de Angelina Pagano, en ocasión de estrenarse la obra "Lasalle".



En el hogar, con la familia, nexo que enlaza su pasado con su porvenir.

ES TRABAJAR"

"El arte de los argentinos" hago referencia a aquel viaje. ¿No conoce usted ese pórtico? Véalo aquí.

Pagano nos muestra esa página, y creemos oportuno transcribirla. Dice así: "Consagración. Digo a mi hijo, sentado en mis rodillas: Hace años, muchos, más de tres cuartos de siglo, una pareja animosa equipaba en Génova un bergantín propio y zarpaba de su Liguria natal. Marino él, compañera abnegada ella, izaron velas al viento y dirigieron la proa rumbo a la esperanza. Eran Agustín Pagano y Angela Ravizoni, tus abuelos. Tras largo navegar arribaron a estas playas de promisión. Aquí amarraron; aquí fundaron un hogar. Cuanto había de mortal en ellos descansa ahora en esta tierra libre de América. A su memoria consagro "El arte de los argentinos" como un pacto de fidelidad entre un recuerdo augusto y un fervor. Y beso a mi hijo en la frente, sellando la evocación del doble ejemplo como un augurio."

—Al escribir estas palabras —comenta su autor—, quise enlazar en una misma página mi pasado y mi porvenir, pues sin ellos poco valdría mi presente. Y mi presente, el presente de mi obra, no está sólo en mí; va unido a los míos. Así lo dije en otra ocasión y así quiero repetirlo ahora. No estaba solo al escribir "El arte de los argentinos". Compartió conmigo toda suerte de afanes una colaboradora abnegada y clarividente: la doctora Luciana Baré, mi esposa. Tomó ella a su cargo la parte más ardua, la menos agradecida: ordenación del texto, distribución del complemento ilustrativo, corrección de pruebas. Para atender a labor tan espinada, interrumpió más de una vez sus tareas médicas. Con toda justicia podría decir: "Nuestro libro", porque es, en verdad, hijo de nuestro espíritu. Y también coadyuvó en la revisión de pruebas, hasta donde se lo permitió la preparación de su doctorado, mi hija María Angélica, cuyo entusiasmo juvenil fué para mí otro aliciente. En "El arte de los argentinos" van por tanto, unidos, la emoción de patria y el calor de hogar: dos términos humanizados en una misma belleza.

El historiador, el crítico y el viajero

—¿Tardó usted mucho tiempo en escribir esa obra?

—En realidad, es la obra de una vida. Mucho de lo que se dice aquí hubiera desaparecido. Para comprender nuestro fenómeno artístico era necesario situarnos frente a Europa. ¿Cómo era esto cuando arribó a estas playas el conquistador? Cuando el conquistador construye las primeras chozas de barro y paja, próximas al Riachuelo, las rapsodias homéricas habían sido recopiladas desde hacía dos mil años. Vuélvase esto mismo a la actualidad local: cuando el poblador hispano edificó la choza rudimentaria de referencia, lo separan del aborigen más de veintidós siglos de cultura. Y hoy estamos al día. En el momento de la conquista casi todas las agrupaciones étnicas de los aborígenes se hallaban en el estado cultural neolítico de la evolución industrial humana. Las más avanzadas habían llegado a fundir el bronce. ¿Cómo fué posible tan rápida evolución? Justamente reseñar las sucesivas etapas de ese proceso evolutivo de nuestra estética fué el intento, y no sé si el logro, de mi libro. Por lo menos aseguro no haber escatimado esfuerzo para dar cima a mi obra.

—No sólo nos interesa su obra. También debemos ocuparnos hoy de usted. Convendría contar algo de su vida.

—Mi vida y mi obra son una misma cosa.

Pagano afirma que los autores de antes tenían buenos intérpretes; lo prueba la compañía Carcavallo, que estrenó "El zarpazo".



Están unidas por el doble cordón umbilical del tiempo y la vocación. Podemos, entonces, referirnos simultáneamente a las dos. Cursé mis estudios preparatorios en Buenos Aires, y los superiores en Europa. En mis comienzos fuí un mal estudiante, en el sentido académico de la frase. Luego me convertí en un estudiante serio y perpetuo, y hasta la fecha no he deseado pasar de esa condición de estudiante. En realidad, eso es lo que yo soy: un estudiante libre, antiacadémico, lo cual no es óbice para pertenecer a varias academias de Europa y América.

—¿Cuándo hizo usted su primer viaje a Europa?

—En 1892. Dos años antes había fallecido mi padre, y mi madre lo reemplazó en la dirección del hogar y en el manejo del patrimonio familiar. Ambos los tuvo, por imperativo de la salud y de la tradición genovesa, hasta su muerte, ocurrida hace más de veinte años. Mi madre era una mujer de espíritu, de voluntad y de carácter. Ella alentó siempre mis ansias de saber, de viajar, de crear. Fué mi freno y mi acicate. Nunca me hubiera atrevido a decir en su presencia una palabra impropia de sus oídos, ni a escribir una línea indigna de ser leída por ella. Cuando cumplí los diecisiete años me envió a Europa, y en Europa viví once años, alternados con viajes a la patria y al hogar. Y cuando no podía venir yo, era mi madre quien iba a verme. Nunca estuvimos más de un año separados. Mi espíritu y mi obra necesitaban su contacto frecuente. Primero me radiqué en Milán, para cursar mis estudios artísticos. Allí fué donde se desarrolló mi curiosidad intelectual. Me convertí en un lector apasionado. Asistía a conferencias, a cursos libres universitarios. Concurrí a los museos y a los teatros. Todo eso absorbía totalmente mis horas. De Milán me trasladé a Florencia, donde he vivido varios años en distintas ocasiones.

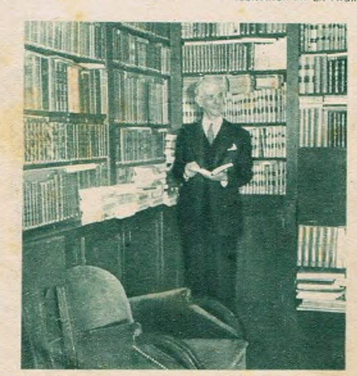
—Digamos, entonces, algo de Florencia.

—Florencia me conquistó con su hechizo de siglos. En Florencia fué donde intensifiqué mis estudios, afianzados con la frecuentación personal de hombres eminentes. Y también con el simple hecho de residir en la ciudad. El sentimiento estético es allí un patrimonio común. Su desarrollo está condicionado por la cultura individual, pero todos sienten el influjo de la tradición y del ambiente. Florencia dió el renacimiento de las artes al mundo. Produjo a Miguel Angel y a Leonardo, a Dante y a Lorenzo el Magnífico. Cuando volvía a Florencia sentía la emoción de llegar a ella por primera vez. Y también de haberla visitado en los siglos pretéritos. Porque el hechizo de Florencia es así: siempre tiene para el viajero una sorpresa inédita y un recuerdo remoto. Personalmente siento devoción por Florencia. Cuando en 1913 se me nombró miembro honorario y profesor de la Real Academia de Bellas Artes de Florencia, sentí una emoción conturbadora, como si no fuera yo, sino otra persona de mi mismo nombre y apellido, quien había recibido tan alto honor.

—¿Visitó usted otros países?

—Conozco toda Italia y toda España. Fuí también varias veces a Francia, Inglaterra, Alemania, Bélgica, Holanda. Creo conocer, como pocos, los museos y las grandes galerías de toda

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 84)



El conocido autor y crítico, en su estudio.

RISA Y SONRISA





—No quiere subir, ¿eh? ¡Pues esos malditos vendedores me devolverán la plata!



—Claro que no es como los verdaderos; éste escribe con letra de imprenta...



—¡Eh, diga! ¿No vió por aquí mi avionci...?

En alas de la brisa



—¿Ese ruido? Es el avioncito del nene.



—¿No te parece que Héctor está exagerando un poco?



—¡Ya está!... ¡Tu padre no necesita planos para estas simplezas!



Drama de un hombre delgado

Cuento, por Julio Franzoso

ESPECIAL PARA "LEOPLAN" ILUSTRACIONES DE GUBELLINI

UN momento antes aquellos dos hombres se ignoraban mutuamente. Pero esa tarde, la casualidad habíase propuesto reunirlos, acercarlos, en un mismo banco, en el Rosedal, para lo cual empleó uno de sus tantos recursos: el cigarrillo de uno y los fósforos del otro.

—¿Me permite, señor?

—¡Oh, sí!

—Olvidé los fósforos...

—Ocurre con frecuencia...

Nada más. Eso fué todo..., aparentemente. Volvieron a ocupar los extremos del banco, separados con corrección, como se acostumbra entre personas que no se conocen. Sólo que la casualidad — mujer al fin — había ya preparado su pequeña trampa. Tras una pausa larga, las miradas de ambos se encontraron de nuevo, y como si coincidieran en un mismo pensamiento, cambiaron unas frases.

—Hermoso lugar, ¿verdad?

—En efecto: hermosísimo.

—Yo vengo todos los sábados por la tarde, a leer un poco...

—Yo también..., pero no a leer..., sino a recordar.

El de la izquierda representaba cuarenta años. Era delgado, pero fantástica, extraordinariamente delgado. Ante esa respuesta, el de la derecha, más joven, treinta años quizás, tuvo un presentimiento. Ese hombre tan delgado acababa de suspirar. De inmediato se arrepintió por haber ocupado aquel pequeño espacio en el banco. Ensayó un ademán de defensa ante un peligro desconocido...

—Perdóneme, señor... Yo no quisiera...

—De ningún modo... Conversar es recordar en voz alta... Por eso, yo...

—¡Oh, no! Se recuerda mejor estando solo...

El joven de la derecha quería echar a correr, cruzar la amplia avenida, exponerse gratuitamente a un accidente, sonreír a la muerte, cualquier cosa antes que permanecer allí, en el banco, junto al hombre de los recuerdos. ¡Y era tan hermosa la tarde! Sin embargo, su educación, su agradecimiento por su cigarrillo encendido, le retenía, prohibiéndole marcharse.

—Todos los hombres tenemos una historia...

—Hay quien tiene varias, señor...

—Pero de amor, una sola... Y la mía, ¡ay!, es una historia de amor.

Sonrió el otro, fría, fotográficamente. Se cumplía el presentimiento. Debía escuchar una historia de amor. Y ello debíase simplemente a la casualidad de haber salido de su casa sin fósforos.

—Yo quise mucho a una mujer...

—¡Ah! (En estos casos no deben comprometerse opiniones.)

—Nos conocimos aquí mismo..., en el Rosedal... Una tarde...

—...de primavera... Tal vez los pájaros...

—No, señor. Fué una tarde de lluvia... ¿Me permite una pregunta?

—Varias, señor.

—¿Quién cuenta esta historia: yo o usted?

—Usted.

—Marta, "ella", tropieza en el momento en que iba a descender del auto.

—Es natural. La lluvia, el auto, el paraguas...

—...tropieza con mis ojos, que la miran asombrados. Desde aquel día comenzó mi felicidad.

—Felicidad que nació en una tarde de lluvia. ¡Es conmovedor!

—Exacto. Después volvimos a vernos... Nos mirábamos desde lejos. Así nació aquel inmenso cariño... Usted dirá

que éramos románticos.

—Yo no digo nada... Soy un hombre que habla poco.

—Un día me aproximé a Marta... ¿Le dije que se llamaba Marta?

—Sí. Me lo dijo.

—Era hermosa. Delgada. Muy delgada... Más aun que yo...

—¡No!

—¡Sí!

—Sorprendente.

—Pues así era, sin embargo... Hablamos... Nos comprendimos en seguida... Puede decirse que habíamos nacido el uno para el otro.

—Tengo la idea de que esa frase la he oído...

—Nos casamos... He ahí el error...

—No comprendo...

El semblante del hombre delgado adquirió una expresión sombría. Diríase que unos recuerdos muy tristes acababan de pasar por su alma. Tanto que, hasta el mismo joven de la derecha corrióse un poco hacia él, preparando una frase de consuelo no muy gastada. Como no la encontró en seguida, el otro continuó hablando:

—El drama comenzó casi de inmediato... ¡Ah, señor!

El joven volvióse al sitio que ocupaba antes. Era una medida discreta de seguridad personal. Aquel personaje misterioso le resultaba ahora un poco amenazador. Luego, miró en derredor suyo. La soledad de aquel lugar era un poco impresionante. Apenas si allá a lo lejos se distinguía la silueta borrosa de un agente de policía. (Indudablemente, la policía debiera velar más por la existencia de esos ciudadanos solitarios que llenan los parques, los paseos. No puede exponerse la vida de un ciudadano a los caprichos de un señor que, de improviso, a quemarropa, nos sorprende un sábado por la tarde y nos dispara en los oídos un drama, una historia de amor.)

—Usted no imagina la tragedia, ¿verdad?

—No.

—¡Ah, señor! Asómbrese.

—No puedo. Nada me asombra. Soy un hombre al que le ocurren cosas inverosímiles...

—Lo siento por usted. Figúrese que Marta, mi esposa, que era casi transparente de delgada, cada día que pasaba... ¡Quisiera llorar!

—No lo haga. Pasa gente... Es feo.

—De un día para otro perdía visiblemente aquella delgadez de la cual yo me había enamorado. Aquellas líneas que me conmovieron tan hondamente se oscurecían, se rellenaban...

—Entonces..., y perdóneme..., usted estaba algo así como enamorado de su esqueleto... ¡Es monstruoso!

—Tal vez. Pero yo sólo sé que mi esposa no se parece a mi novia... Ese es mi drama. Yo la miro ahora como a una persona desconocida que alguien, para burlarse, pone a mi lado todos los días...

Hubo una pausa. El joven tuvo temor de que ese desconocido se pusiese a llorar. Por evitar complicaciones, dijo:

—Pero... algo se puede intentar con regímenes especiales de comidas...

—¡Inútil! ¡Todo inútil! Llegamos a sacrificios extraordinarios, sin resultados...

—Y ahora... ¿qué piensa hacer?

—Nada. Ya estoy resignado... Por eso le dije al principio que yo venía a este paseo nada más que a recordar..., a recordar a *mi novia* cuando no era *mi mujer*...

—Comprendo... En fin, señor...

—¿Se va?

—Sí... Me espera un amigo... ¡Buenas tardes!

—Adiós.

El joven se marchó apresuradamente, quizá con el secreto temor de que aquel hombre extraordinariamente delgado lo siguiese.

Luego, ya lejos y seguro, volvió la cabeza. No pudo contener una carcajada. En el banco, en el mismo lugar que él había ocupado, estaba sentado ahora otro señor. Y pensó entonces, con alegría, satisfecho, en todo lo que le esperaba a su sucesor, cuando el desconocido, sentado a la izquierda, comenzase una nueva edición de aquella triste historia de la esposa que engordaba un poco más cada día... ♦





AVERIGÜELO



LAS SERPIENTES. — Este que ven ustedes aquí es el gran fakir Abdullah, descendiente de su padre en línea directa y el encantador de serpientes más famoso de la India. Sin embargo, el gran Abdullah sufrió hoy un terrible desengaño cuando abrió su canasta de mimbre con cierre hermético, made in USA, donde guarda por las noches, cuidadosamente envasadas, su troupe de cobras. En efecto, las serpientes — femeninas al fin — habían tenido una pequeña diferencia sobre cuál de ellas lucía las manchas más hermosas, y el resultado de todo ello fué que Abdullah las encontró trenzadas del modo que ustedes ven, comiéndose mutuamente una a la otra por la cola. Como ahora las cobras han subido mucho de precio, el gran fakir quiere salvarlas. ¿Pueden ustedes decir cómo?

SOLUCION. — Hasta ahora nadie ha podido dar una respuesta satisfactoria a este problema. A lo mejor alguno de ustedes es más afortunado...

Coleccionistas

por GORDON

—La cacé en el campo. Ella asegura que es un caso de "Mariposis Gigantis".

—Señora, ésta es la estatua más antigua que se conoce; tiene más de cuatro mil años.
—Pero, ¿cómo puede ser si estamos en 1948?

—Le aseguro, señor comisario, que le deben de haber informado mal. Yo soy tan sólo un modesto coleccionista de estas cositas.



—Este es el criptosaurio de quien le hablé.
—Mucho gusto, señor profesor...

Aire de familia

NOTA IMPORTANTE: Toda semejanza o similitud que tengan estas fotos con gentes conocidas es completamente casual. Nuestros personajes son absolutamente imaginarios.

DESFACHATEZ

Inquilino.—¿Conoce el nombre del caballo que llegó penúltimo en el clásico de ayer?,

El dueño de la casa.—No me interesan los caballos de carrera . . .

Inquilino.—¡Caramba! Pues éste que le digo tendría que interesarle, porque a él había apostado el dinero del alquiler.

ERA DIFERENTE

El. — Te amaré siempre, querida mía . . .

Ella. — No te creo . . . ¡Roberto me decía lo mismo, y luego me dejó!

El. — ¡Ah, pero él no era corto de vista como yo!

DISTRACCION

El padre.—¿Hiciste ya la lista de los once hombres más famosos del mundo?

—Aun no, papá. No sé a quién poner de arquero . . .

DIALOGO

—Mamita, estoy intranquila. Ayer encontré esta carta en el saco de mi marido.

—¿Una carta? ¿De qué tenor?

—No es de ningún tenor. Es de una cancionista radiotelefónica . . .

¡SI LO SABRIA!

La señora reprendiendo al sobrinito:

—¿Tú sabes adónde van a parar los ni que sacan las monedas de su alcancía?

—Sí, tía; al cine . . .

SERVICIAL

En un hotel, el sabio que allí se hosp llama al mucamo y le pregunta:

—Dígame, amigo, ¿no tendrían en la c algún diccionario enciclopédico?

—No, señor; pero, ¿qué es lo que de averiguar? . . .

PINCELITO PURAPOSE — *Fuga* — **Por DOMINGO VILLAFA**



EVIDENCIA

Por JORGE PALACIO



—¿Ya estás otra vez leyendo novelas de terror?...

DE LA VIDA ARGENTINA

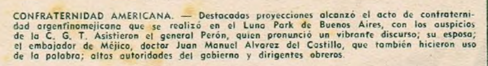
LOS ACTOS DE BOGOTA. — La 9ª Conferencia Panamericana, que abrió recientemente sus sesiones en la ciudad de Bogotá, contó con la asistencia de la brillante delegación argentina, que preside el doctor Juan Atilio Bramuglia. Nuestro ministro de Relaciones Exteriores aparece aquí haciendo uso de la palabra, con la elocuencia que le es habitual, para presentar uno de los varios proyectos con que la Argentina prestigió su concurrencia a tan alta asamblea.





INICIACION DE CURSOS. — En el Instituto Bernasconi tuvieron lugar los actos con los cuales se declaró oficialmente inaugurado el año lectivo de 1948. La ceremonia se vió realzada con la presencia del primer magistrado de la Nación, su señora esposa, el secretario de Educación, doctor Ivanissevich — quien aparece haciendo uso de la palabra —, y altas autoridades nacionales y escolares. El general Perón dirigió, en la ocasión, un mensaje de profundos alcances a la juventud estudiosa argentina.





CONFRATERNIDAD AMERICANA. — Destacadas proyecciones alcanzó el acto de confraternidad argentinomejicana que se realizó en el Luna Park de Buenos Aires, con los auspicios de la C. G. T. Asistieron el general Perón, quien pronunció un vibrante discurso; su esposa; el embajador de Méjico, doctor Juan Manuel Alvarez del Castillo, que también hicieron uso de la palabra; altas autoridades del gobierno y dirigentes obreros.









LA PROCLAMACION DE LOS DIPUTADOS. — En el recinto de la Cámara de Diputados tuvo lugar el acto de la proclamación de los diputados nacionales recientemente electos por la Capital Federal en los comicios del 7 de marzo pasado. La nota gráfica muestra diversos aspectos de la ceremonia, donde pueden verse conocidas figuras de nuestros círculos políticos.



NAVIDAD TRAGICA

apasionante novela policial de

EDITH HOWIE

TAPA E ILUSTRACION DE ARTECHE

I

Al mirar ahora todo, ya pasado el tiempo, es evidente que una simple demora de dos horas fué la causa de que Peter y yo nos viéramos envueltos en los asesinatos de la familia Dravis.

Hasta este momento no puedo saber qué estábamos haciendo en Niágara ni por qué habíamos idó allí tres días antes de Navidad.

Esa mañana el cielo estaba muy negro y amenazador. Recuerdo que miré hacia arriba pensando en los cientos de paquetes que tenía que envolver antes de Nochebuena, y exclamé:

—No llegaremos nunca, Peter. ¡Te aseguro que nevará!

Peter y el empleado del garaje, al oírme, se rieron.

—No te preocupes, querida —me con-



testó Peter—. Estarás en casa con tiempo suficiente para colgar tu media frente al hogar. ¡Espera tranquila!

A pesar de sus palabras, no sentí muchas esperanzas, pero no tuve más remedio que esperar.

Al llegar el mediodía comenzaron a desprenderse de las alturas los primeros copos de nieve y azotaron el parabrisas de nuestro coche. Aproximadamente a las tres de la tarde, el viento sopló con gran fuerza y los copos de nieve obstaculizaban la visión.

No obstante, tal vez no hubiera ido tan mal el asunto si no fuese por la costumbre de Peter de seguir los consejos de los empleados de las estaciones de servicio. Se le ocurrió tomar por un atajo que nos llevaría al camino real ahorrando seis o siete millas... El resultado fué que nos hallamos perdidos en un sendero muy poco transitable y en el que no se veía nada, por la nieve caída.

—Procura doblar en el primer cruce —le dije.

—Si es que encontramos uno —repuso él, apesadumbrado—. Lo siento, querida, pero creo que no podrás colgar tu media frente al fuego.

—No importa —le dije, y en verdad no importaba. Lo que me tenía preocupada era el problema de encontrar alguna casa o un camino que nos condujera a la civilización.

—Llamaremos en la primera casa que veamos —dijo Peter—. ¡Tengo que sacarte pronto de esta tormenta!

—Pero, ¿y si es el castillo de un ogro? —bromeé, tratando de tomar con calma el asunto, aunque sin mayor éxito.

Peter encogióse de hombros.

—Yo vigilaré este lado; tú, en cambio, el otro.

Pero habíamos avanzado trabajosamente durante casi una hora antes de que yo lograra ver una distante lucecilla. Tomé a Peter del brazo y lo sacudí.

—Peter, recién vi una luz.

—¿Qué? —respondió Peter, y detuvo tan bruscamente el coche que nos impulsó hacia adelante.

—¿Una luz? ¿Dónde?

El también la vió. Puso de nuevo el coche en marcha y dirigióse hacia la luz. Finalmente llegamos frente a la casa y logramos distinguir su fachada entre el velo formado por la espesa nieve que caía.

—Es un caserón, Peter —comenté—. ¿Cómo lo habrán hecho en un lugar tan solitario?

—Supongo que será la casa de campo de algún rico —gruñó Peter—. Muchos de ellos tienen grandes mansiones aquí entre las colinas.



Cerca del caserón se bifurcaba el camino y uno de los senderos llevaba a la entrada, y el otro hacia las cocheras ubicadas a un costado. Peter frenó el coche frente a las cocheras y se apeó. Yo espié por la ventanilla, viéndole ascender los escalones y tocar el timbre. A poco le vi hablando con alguien y penetrar en la casa.

Apenas había pasado un segundo cuando regresó.

—Todo se arregló, querida; ven. Por suerte conozco al dueño de casa. Es un señor llamado Dravis.

Salté del coche y en un instante me hallé en la puerta.

—Dravis —repetí—. No conozco a nadie de ese nombre.

—No me extraña —repuso Peter—. Es un hombre de unos sesenta años, que se enriqueció hace mucho tiempo y se retiró para dedicarse a su colección. Vamos, te llevaré en brazos.

—¿Colección? —repetí—. ¿Qué colecciona?

—Esposas, querida —repuso Peter, riendo—. La actual señora Dravis es la cuarta de la serie.

—¡Cielos! —exclamé, pero Peter pareció no oírme.

Habíase detenido y observaba algo en la pared de la casa. Le oí inspirar profundamente antes de dejarme en pie a su lado.

—Un momentito —dijo.

En seguida se arrodilló al lado de algo que parecía una mancha oscura sobre la nieve. Le vi rebuscar en su bolsillo y al instante brilló la llama de su encendedor.

—¡Bueno, que me maten! —exclamó.

—¡Oh, Peter, vamos! —le dije con voz doliente—. Tengo frío. ¡Ya podrás mirarlo mañana!

—No sé —dijo él, pero no dió muestras de incorporarse, y yo no tenía intención de hallarme sola frente a extraños—. Ven aquí —agregó—. Necesito que tú veas esto también.

Supongo que como esposa de un detective tendría que estar habituada a esas cosas, pero, ¿de qué se trataba? No era un cadáver; de eso estaba segura.

A regañadientes me acerqué, hasta que la mano de Peter me detuvo.

—Mira —me dijo.

—¡Uf! —exclamé, retrocediendo.

Acababa de ver varias manchas de sangre en la nieve. Instintivamente busqué su origen.

—¿No te parece algo raro? —me preguntó él.

—No —repuse, enojada—. Habrán matado un cerdo o un perro. Tienes la costumbre de los detectives. Si los misterios no vienen a ti, tú vas a ellos.

—Hay mucha sangre y me extraña que esté aquí. Si se tratara de un perro o un cerdo, ¿dónde está el cadáver? Además...

—Se me están congelando los pies —le interrumpí—. Por favor, Peter, olvídate de esa sangre por un instante. Ya podrás salir a entretenerte con ella después. Quizá tu amigo el señor Dravis se cansa de sus esposas y las mata.

Peter se puso a reír, y dijo:

—No. Se divorcia de ellas. A propósito, creo que una de las ex señoras Dravis está en la casa: la número 2 ó 3. El viejo siempre sigue siendo amigo de ellas. Esta ya se ha casado con otro.

—¡Qué interesante! —comenté—. ¿Y qué hace aquí?

—Creo que se realiza una fiesta familiar —me dijo Peter por lo bajo.

—¡Qué suerte la mía! —exclamé, desesperada—. Y no tengo nada que ponerme. ¡Peter, no podemos quedarnos aquí! ¡Piensa cómo estarán arregladas las mujeres! Y si no podemos irnos mañana...

Era demasiado tarde. La puerta se abrió y un sirviente nos hizo pasar. Parpadeé al ver las brillantes luces. Una doncella ataviada de negro apareció para sacarme los chanclos. El sirviente, que había cerrado la puerta, esperó en silencio hasta ver terminada la operación. Luego dirigióse a mí por primera vez:

—El señor Dravis los está esperando en la sala, señora. Tengan la bondad de seguirme...

Le seguimos por un largo corredor. Mis pies se hundían en una mullida alfombra de Persia. Entramos en un *hall* que cruzaba la casa en dirección opuesta. Este *hall*, más ancho que el primero, aunque no tan largo, estaba más iluminado y mucho mejor amueblado. A mi derecha, en el umbral de una habitación en la que chisporroteaba un alegre fuego, hallé un hombrecillo regordete y de ojos alegres y muy brillantes.

Al vernos adelantóse rápidamente:

—Holgate, ¿su esposa? Encantado... Señora Holgate, nos complace mucho tenerla entre nosotros. Tiempo terrible para viajar. Aproxímese al fuego, mi estimada señora... ¡Está usted tiritando!

No tuve otra alternativa que avanzar; el hombrecillo me tomó del brazo y me acercó al fuego.

—Necesitan tomar algo pronto... ¿Qué desea usted, Holgate? ¿Whisky? Por supuesto... ¡Whisky, Simmons! ¿Y usted, señora?

—Un poco de Jerez —repuse, por complacerlo.
—Jerez —repitió él—. Bien, Jerez, Simmons. Ahora tome asiento y ponga los pies sobre la barandilla del hogar.
El hombre tenía un cierto atractivo que no estaba sin duda en su físico. Este atractivo explicaba muchas cosas, entre ellas la sucesión de esposas, por ejemplo. Mientras servía las bebidas que acababa de traer Simmons, observé su reluciente calva y su abdomen prominente.
—Su Jerez, señora. ¿Soda, Holgate? ¿Poco? Bien. Tendrán que perdonar a mi esposa. Le es imposible bajar... Se está vistiendo para la cena. A las ocho estaremos en la mesa.
Un reloj sobre la chimenea marcaba las siete y treinta, y yo, por el momento, me sentía demasiado cómoda como para preocuparme. Bebí a pequeños sorbos el Jerez. El calor fué invadiendo mi cuerpo.
—Mucho me temo que le vamos a causar demasiadas molestias —comenté.
Levantó la mano, pidiéndome que me callara.
—¡Nada de eso! En realidad, a ustedes los envía la Providencia. Permítame... —tomó mi vaso y lo colocó sobre una mesita cercana—. ¿Desea ir a su habitación ahora? Simmons ya hizo llevar las maletas arriba... —y Simmons inclinóse, cortésmente—. Judith, querida... —y elevó la voz ligeramente.
—Sí, papá.
Al oír la dulzura de una voz juvenil me volví.
"Judith, querida" se hallaba en el umbral.
—Mi hija —anunció Carter Dravis, con evidente orgullo.
Había razón para ello, pues era una joven alta y de facciones que tenían la perfección de una estatua griega. Lucía rubios cabellos y grandes ojos grises, que nos miraban impersonalmente.
Creo que su silencio y su falta de cordialidad molestaron algo a Dravis, pues dijo casi con aspereza:
—¡Judith! ¿Quieres llevar a la señora Holgate a su habitación y ocuparte de que no le falte nada?
—¿Cree usted que deberíamos bajar? —pregunté dudosa—. Quizá si nos llevan una bandeja a nuestra habitación...
Carter Dravis agitó su índice cerca de mi nariz.
—Nada de bandejas —rezongó—. Ya di órdenes para que pongan su cubierto al lado mío.
"Deliciosa perspectiva", reflexioné mientras subía la escalera detrás de Judith.
—Su padre es muy bondadoso —aventuré.
—Sí, ¿verdad?—dijo fríamente, lanzándome una mirada hostil.
No me extrañó en absoluto el carácter de la joven. Con tres madrastras, cualquiera pierde el buen humor.
Ya en mi cuarto, la joven pareció algo inquieta.
—Papá siempre es un desconsiderado —dijo—. Supongo que usted no deseará bajar a la mesa.
—¿Qué le parece? —le contesté, mostrándole mi vestido arrugado—. Peter cree que no tiene importancia.
Ella acercóse más.
—Los hombres son así. Y no se disculpe, señora Holgate. Ya oí a su esposo hablar con papá y sé qué clase de viaje han tenido. Creo que podré prestarle uno de mis vestidos, si es que no tiene inconveniente en ponérselo.
Ya éramos casi amigas íntimas cuando hube elegido uno de sus vestidos de moaré, con una cascada de cintas plateadas que le caía hasta el ruedo.
La joven no hizo caso de mi agradecimiento.
—No tenemos mucho tiempo —manifestó—. Si necesita a la doncella, toque el timbre.
Al llegar a la puerta se detuvo y volvió a mi lado. Me dijo:
—No puedo expresarle cuánto me alegra que estén aquí.
Eso me halagó, aunque no lo comprendí.
—¡Oh, usted, naturalmente, no me entiende! Y tal vez sea una superstición tonta; pero si no hubiesen llegado ustedes, esta noche hubiéramos sido 13 a la mesa.
El genuino horror de su tono me divirtió. Y cuando Peter entró en el cuarto se lo conté.
—¿Sabes que hemos salvado a esta gente de ser 13 a la mesa? —le dije—. ¿No te parece que somos altruístas?
—Ajá —musitó Peter con tan poco entusiasmo que me di vuelta para ver qué le pasaba. Le vi en pie al lado de la cama.
—¿Qué ocurre? —le pregunté.
Encogióse de hombros y repuso:
—Que me maten si lo sé. Tal vez no sea nada...
—Supongo que esa sangre te tiene preocupado.
—Sí, Marcia... La vimos, ¿no es cierto? ¿No estaba soñando? Porque cuando volví a salir, hace un minuto, en compañía de Simmons, no había rastros de ella. Te aseguro que había desaparecido por completo.
Yo también me encogí de hombros, y exclamé:
—La habrá limpiado alguien.
—Sí, ¿pero quién? ¿Y por qué? Cuando se lo pregunté a Simmons, éste dió a entender que yo estaba loco..., que no la había

isto. Una tontería: ¡tú también la viste!
—Tal vez Simmons no sepa nada del sunto —observé.
—Puede ser —admitió Peter—, peró si si es, ¿quién la limpió y por qué no llamaron a Simmons para hacerlo?
—Pues porque quien lo hizo no quería ue nadie lo supiera —repuse rápidaente.
—¿Por qué mantenerlo en secreto..., a enos que pase algo? —dijo Peter.
Me senté en la cama.
—Oye —le dije—, ahora se me ocurre ue una persona pudo haberla limpiado. s una tontería la idea, pero recuerdo sus apatos y cuando los vi me pareció exaño.
Peter me tomó por los hombros.
—¡Marcia! ¿De qué estás hablando? Los zapatos de quién?
Lo miré y repuse:
—Los de Judith Dravis. Eran de color osa pálido y estaban húmedos por cometo... ¡como si hubiera estado camindo en la nieve!
Peter me miró con fijeza y yo sostuve mirada.

II

—¡Imaginé que se trataba de una fiesta miliar! —dije con tono de reproche.
—¿Y no lo es? —me preguntó Bill Dras muy alegre.
Era el hijo de Carter, a quien conocí na hora y media antes y al que ya llamaba Bill con tanta tranquilidad como si hubiera conocido toda la vida. Contaba intidós años y era hermano de Judith. parecía mucho a ella, aunque su rostro más movedizo y reflejaba con mayor cilidad las emociones.
Me di cuenta de que me estaba obserndo.
—¿Bien? —preguntó con cierto tono de paciencia—. ¿Qué me dice? ¿No es una sta familiar?
—No sé —repliqué con toda naturalid.
Y no lo sabía. Si en efecto era una fiesta niliar, no estaba de acuerdo con lo ostumbrado en esos casos. Eran las nuey media y estábamos tomando el café spués de la cena. En el exterior la tornta se descargaba con gran violencia, ro en la sala, cálida por el alegre fuego la chimenea, uno no se acordaba de . Lo que era una gran cosa, pues en el erior de la casa parecía estarse prepado otra clase de tormenta.
—Bien —dijo Bill—, mi padre así lo e.
—Lo siento —repuse—. Temo haber o algo brusca. Pero esta gente parece... estarse mutuamente...
Al ver que él me miraba, mordiéndome labios, callé.
—¿Y por qué no puede ser así? —me guntó.
Guardé silencio y él, después de una lia pausa, continuó:
—Lo siento... Me olvidaba de que usno está al tanto de las ideas raras de á.
Calló, esperando un comentario, de maa que lo hice.
—¿Quiere usted insinuar que su padre á que esta gente se detesta..., que los nió deliberadamente... y hasta hizo fueran 13 a la mesa?
—¿Trece a la mesa? —y Bill pareció igado por un instante; luego rió—. ed estuvo hablando con Jude. No, eso ué más que un accidente.
—Ajá —repuse—. ¿Quiere decir, enes, que aparte de Peter y yo hay aln aquí a quien no esperaban?

—Ya lo creo que sí: ¡la gata salvaje!
La descripción no estaba mal. Si Tanya Ludokova hubiera tenido cola, estoy segura de que la estaría agitando en ese momento. Como no era así, golpeaba con uno de sus pies sobre la alfombra, mientras que una de sus manos movíase al ritmo de su pie. Sus verdes ojos se fijaban sombriamente en el hermoso joven que estaba sentado frente a ella y la miraba hoscamente.
—Si no la invitaron, ¿por qué vino? —pregunté.
—Como la dama no habla más que ruso, polaco y un poco de francés —repuso el joven—, me parece que tendremos que aceptar la explicación de Andranoff. Dice que vino por amor.
—¡Por amor! —repetí tontamente.
—Por amor a él. De paso debo decirle que Andranoff no pareció muy halagado. Lo que dijo cuando vió a la dama...
Lancé un suspiro mientras miraba al mencionado caballero. Lo conocía, por supuesto. Estaba causando sensación con el gran *ballet* ruso, y los críticos lo comparaban con Nijinski y Massine y otros grandes del mundo de la danza. Al observarle, decidí que era el hombre más bello que había visto en mi vida. Su cabello castaño adheríase a una cabeza digna de haber sido esculpida por Praxiteles. Sus ojos tenían un color dorado como los de un gato, y sus delgadas y movedizas manos llevaban una fortuna en anillos de zafiros y otras piedras preciosas.
—Me parece que no entiendo tampoco por qué el señor Andranoff está aquí —dijo lentamente—. Es muy ornamental y hermoso, sin duda alguna, pero...
La voz de Bill Dravis endurecióse.
—Ya le dije que es una fiesta de papá. Yo nada tuve que ver con ella. Si hubiese sido cosa mía, ¿cree usted que le habría dado una oportunidad a ese cerdo de Kinross de robarme mi chica? ¡No lo crea usted!
Lancé una mirada hacia el famoso actor-director, que ahora se hallaba en el otro extremo de la sala.
—¿Su prometida? —pregunté—. ¿Está aquí?
—No es mi prometida... —repuso él—. Pero está aquí. ¡Oh, sí, papá se ocupó de eso! Sabía que yo no deseaba que la viera Kinross..., lo que le bastó para traerla. El mismo la invitó y la hizo sentar al lado de Kinross en la mesa. Ella está loca por entrar en el teatro y ésta era su oportunidad. Lo convencerá de que le dé un papel...
—¿En la cena? —le interrumpí; acababa de recordar a una jovencita de cabellos rubios—. Entonces usted se refiere a la señorita Schofield, que por cierto es muy bonita.
—Es bastante bonita —admitió él sin entusiasmo—, y su cabello no está teñido, como el de Daphne.
El tono con que se refirió a su hermosa madrastra era venenoso. Lancé un suspiro. No me gustaba mucho esta conversación, pero no tenía medios para librarme de ella. Peter estaba en la biblioteca jugando bridge con Carter Dravis, un tal Rostand, que era el agente de Nicholas Andranoff; la señora Lydia Dravis Hoyt, hasta hacía poco la tercera señora Dravis, y con Nedda Graham, la actriz.
Miré alrededor para examinar a los otros. Frente al piano, Alden Hoyt inclinaba su rostro sobre el teclado, en tanto sus dedos ejecutaban una triste melodía eslava..., seguramente en homenaje a los rusos.
A Judith Dravis no se la veía por ningún lado. Entre nosotros y el pequeño grupo reunido frente al fuego, sólo quedaban los dos rusos, aparentemente ocupados ahora en mirarse con fijeza.
Bien, por lo menos estaban callados, pensé. Eran un contraste singular con los otros que se hallaban frente al fuego. Cada vez que se oía la fresca risa de Paula Schofield, yo notaba que el joven Bill Dravis hacía una mueca.
—Parecen hacer mucho ruido para ser tan sólo cuatro personas —observé—. Tal vez sería bueno que nos acercáramos a ellos.
La expresión de horror de Bill no fué fingida.
—¿Escuchar a ese batracio? ¡No, gracias! ¡No tengo deseos!
Convine en que la palabra "batracio" aplicada a Charles Kinross estaba muy de acuerdo con su apariencia. Desde luego que nunca podría ganar un premio de belleza el famoso actor-director. Tenía algo de rana en su chata cabeza, en la amplia boca que cortaba en dos su cara y en la barbilla que formaba parte integrante de su garganta fláccida y que parecía latir. Recordé un versito de mi niñez, llamado "La rana que quiso enamorar a la princesa." La fantasía me divirtió y Bill Dravis vió mi sonrisa.
—Si quiere usted ir con ellos... —dijo haciendo una mueca.
—No sea tonto —le interrumpí—. No siento el menor deseo. Estoy muy a gusto aquí. A menos que sus responsabilidades como anfitrión se extiendan hacia allí —señalé hacia los rusos.
El arrellanóse en la silla.
—No —repuso firmemente—. Papá los invitó y, por lo tanto, que él se entienda con ellos.
—¡Lo curioso del caso es que "papá" parece interesarse más por el bridge! —observé.
—También tenemos una anfitriona —me recordó—. ¿Se le ha olvidado? Nadie puede decir que papá haya descuidado el detalle...
—¡Me disgusta usted —exclamé con serenidad—, y me parece que me iré con los otros!
—Lo siento mucho —murmuré—. ¡Ja, ja! Se retrasó usted. Mi hermana le ha ganado.
Levanté la vista y vi que Nicholas Andranoff se había puesto en pie. Judith Dravis tomó asiento a su lado y aceptó un cigarrillo.
—Si Jude quiere ser una mártir... —comentó Bill.
Lo miré con curiosidad.
—¿Le desagrada tanto el señor Andranoff? ¿Más que el señor Kinross?
—Los detesto a todos —repuso Bill—. Excepto a Paula.
—¿Y a su hermana?
En el acto lamenté haberlo dicho. Su mirada pareció ocultar algo.
—Y a Jude..., por supuesto.
Fruncí el ceño, pues el tono de su voz no me convencía.
—Me tiene usted muy confundida —dije con lentitud—, y terriblemente curiosa. Si quisiera aclararme las cosas...
—¿Cuáles? —preguntó.
—Por ejemplo el señor Andranoff. ¿Cómo es que está aquí?... ¿Y los Innes?...
—¡Ea! Ea! —exclamó bienhumorado—. No deje que Nedda la oiga llamarle Innes. Son una pareja... Graham e Innes, y Graham se dice en voz más alta.
Bien podría habérmelo imaginado al recordar la majestuosidad de Nedda Graham. Me parecía extraño, pero no podía recordar a su esposo. Me parecía que era

alto, de escasos cabellos y ojos salientes.

Bill notó la dirección de mi mirada.

—No malgaste su simpatía en Hugo —me aconsejó—. Se dedica a las pequeñas compensaciones. Sobre todo si las compensaciones tienen cabellos rubios. Y no le importa si tienen la marca de otro encima.

Lanzó hacia su madrastra una mirada, que aclaró muy bien lo que quería decir.

Me puse en pie.

—¡Esto es horrible! —declaré—. No le escucharé más. No es justo...

Su voz me interrumpió:

—¿Adónde va usted?

—A la biblioteca. Quiero ver cómo juega mi esposo.

—Me parece que no —dijo muy fresco.

Le miré y estuve de acuerdo con él. Tenía una de las cintas de mi vestido entre sus dedos. Al mirarle le dió un tirón.

—Siéntese —me ordenó—. A menos que quiera que le arranque esta cinta.

Me senté enfurecida.

—¿Cómo se atreve usted?

—¿Por qué no? Pero no piense que no soy una persona buena, señora Holgate.

Lo miré fijamente.

—Peter y yo nos iremos en seguida. Prefiero caminar por el campo a...

Al verle reír me interrumpí.

—¿Cómo creen que podrán irse? ¿No les invitó papá a quedarse para Navidad?

—Pero no nos puede obligar a quedarnos —protesté.

—No son prisioneros, si eso es lo que quiere decir —contestó—. Pero sé muy bien que papá se alegró muchísimo cuando supo que Peter Holgate golpeaba a la puerta. Para él debe haber sido como la respuesta de una plegaria.

—¿Qué quiere usted decir? —le pregunté asombrada.

El evitó enfrentar mi mirada.

—¿Tengo que decírselo? Es bastante claro. Hubiera usted visto a mi padre rogar al detective que le salvara la vida y le protegiera...

Lo tomé del brazo y le sacudí.

—¿A Peter? —pregunté—. Si es así se quedará. Pero seguramente que...

El me miraba muy serio.

—¿Su esposo no le dijo nada?

—No, y usted me lo dirá.

—Bien —repuso de mala gana—, pero guarde el secreto, porque nadie lo sabe todavía. En primer lugar, han cortado los cables del teléfono. Sólo lo sabemos papá, Jude y yo. Ni siquiera Holgate lo sabe, a menos que se lo haya dicho papá. Daphne tenía un perrito pekinés. Esta noche, poco antes de que ustedes vinieran, alguien lo mató y lo arrojó por una ventana afuera.

—Ahora sé de dónde venía la sangre. Nosotros la vimos...

—¿Ustedes vieron qué?... —me interrumpió asombrado.

—La... la sangre —tartamudeé.

—No es posible. No había nada de sangre.

—Había sangre en el camino de entrada —le aseguré—. Nosotros la vimos. Puede preguntárselo a mi esposo.

El joven recostóse en el respaldo de la silla y me miró con gravedad. Cuando habló, lo hizo con voz cambiada.

—Mire usted —dijo lentamente—. Hace un momento me estaba burlando de papá. Ahora no lo hago. Si usted y su esposo quieren irse, pueden hacerlo. Lo que sucede aquí, no tiene nada que ver con ustedes.

—No sea tonto —le contesté—. Si Peter le prometió a su padre que le ayudaría, ni pensará siquiera en irse...

Me interrumpí al notar que no me escuchaba y ver que en su rostro se reflejaba una expresión de horror que me hizo estremecer.

—¿Es por la sangre? —pregunté tímidamente—. ¿Eso le preocupa? Estaba allí, pero cuando Peter salió de nuevo había desaparecido...

—¿Qué?... —exclamó—. ¿Ha desaparecido?

—Alguien la había limpiado y cubierto con nieve.

—¡Cielos! —exclamó.

—Tiene que haber una explicación para eso —le dije.

—Me temo que la hay y que no nos gustará —repuso lentamente.

La insinuación me hizo apretar los dientes para que no me castañetearan.

—Pero no es posible... ¿Qué quiere usted decir? Todos están aquí, ¿no es verdad? —protesté—. No ha desaparecido nadie..., ¿no es así?

Su respuesta demoró un momento.

—No —dijo—. No ha desaparecido nadie, pero papá ha estado esperando a un hombre todo el día y ese hombre no se presentó.

Sentí que se me hacía un nudo en la garganta.

—¿Quién..., quién es? —pregunté—. ¿Alguien de importancia?

—Eso depende —contestó— del punto de vista. Desde el de Jude y mío, era de importancia. Le diré, es George Drew, el abogado de papá.

—Un abogado —repetí con vaguedad—. ¿Pero por qué... en Navidad?...

Sonrió torcidamente.

—Porque papá le pidió especialmente que viniera. Su regalo de Navidad para Jude y para mí iba a ser muy especial.

Pensaba hacer un nuevo testamento y dejarnos a nosotros totalmente fuera de él. Ahora dígale a su detective que aclare eso.

—¿Que aclare eso?

Bill lanzó un gruñido de disgusto.

—¿No sabe lo que significa eso? —me preguntó, acercándose a mí.

Lo miré estúpidamente.

—No..., no lo sé.

—¿No, eh? Bien, yo sí lo sé. Y también lo sabrá Peter Holgate. ¡Le diré lo que significa! Sólo una cosa: ¡asesinato!

III

No me sorprendieron sus palabras. Toda la conversación parecía haber estado encaminada hacia ese desenlace.

Quise decir algo para calmarlo, pero, en cambio, y para desesperación mía, no pude hacer otra cosa que lanzar una risita.

El se puso furioso y estaba a punto de alejarse cuando lo detuve:

—¡Bill, por favor..., lo siento mucho!

El libróse de mi mano con un ademán brusco.

—¡No necesitaba reírse!

—Temo que los dos perdimos un poco la calma —traté de tranquilizarle—. Por el solo hecho de que había un poco de sangre en el camino y los cables del teléfono estén cortados, hemos construído un edificio para el asesinato. ¡Olvidándonos que se necesita un cadáver para que sea tal cosa!

Palabras proféticas eran las mías, aunque entonces no lo sabía. Menos de una hora más tarde teníamos un cadáver, y sin duda alguna consideramos el asunto como asesinato.

El rehusaba mirarme.

—¿Qué me dice del perro? —preguntó—. Porque lo mataron al perro. No hay duda al respecto. Yo mismo lo encontré.

Un estremecimiento me recorrió el cuerpo. ¿Quién habría matado a un perro a sangre fría?

—¿Era un perro bueno?

—¿Qué tiene que ver eso con el asunto? Era un pekinés gritón. Nos odiaba a todos, menos a Daphne. Justamente lo tiraron por la ventana de su cuarto de tocador.

—¿Cree usted que fué ella quien lo mató?

—¡Cielos, no! Lo quería mucho.

—Entonces, ¿por qué lo habrán matado?

—No sé —repuso.

—Tal vez estuviera allí alguna persona..., no su madrastra, sino alguien que no quería ser hallado allí, y el perro ladró...

En ese instante nos interrumpió el dueño de la casa, que se había detenido en el centro de la sala y golpeaba las manos.

—¡Atención, señoras y señores! Ahora prepararemos el arbolito de Navidad. ¡Simmons, el árbol!

En seguida entró Simmons, acompañado por tres criados que llevaban el árbol y lo colocaron en el centro de la habitación. Mientras de las ramas colgaban globos, estrellas y lucecillas, alguien halló un bar en la parte baja de la radio, y Hugo Innes y Charles Kinross se dedicaron a preparar bebidas. Oí a Nedda Graham que indicaba cómo le debían preparar el ajenjo. Bill Dravis y Paula Schofield estaban juntos y riñendo. Carter Dravis, la rubia Daphne, la señora Hoyt y Peter formaban un pequeño grupo en el centro de la sala. Jules Rostand conversaba con Judith Dravis cerca de la ventana. Sólo Alden Hoyt, que seguía tocando sus sombrías melodías, y los dos rusos permanecían distantes de la alegría general.

Muy pronto estuvo listo el árbol y Peter se me acercó. Alden Hoyt ejecutó entonces una danza que me hizo estremecer.

—¿Qué te sucede, querida? —me preguntó Peter.

—Esa música es la "Danza macabra", de Saint-Saëns —le dije.

—La danza de la muerte, ¿eh? —comentó él—. No me gusta eso.

Encaminóse hacia el piano y le dijo al ejecutante en voz alta:

—Oiga usted, Hoyt: ¿no podría tocar alguna canción de Navidad?

—No, no, Holgate —le interrumpió Carter Dravis—. Esta noche, no. Ya tengo todo arreglado. Mañana cantaremos canciones de Navidad. Después que traigamos el leño tradicional de las colinas. Claro está que sólo invitaré a los hombres.

—Y no a todos —comentó Hugo Innes. Le guiñó un ojo a Nicholas Andranoff.

—¿Me quería decir algo? —preguntó el ruso.

Pero Innes no le prestó atención. Se volvió hacia Charles Kinross.

—¿Y después, qué? —preguntó este último.

—Después viene Santa Claus —replicó nuestro anfitrión, muy orgulloso—. ¡Para los niños, naturalmente!

—¿Niños? —dije al oído de Peter.

—Sí —repuso mi esposo—. Dos de la señora Hoyt. Una es hija de Dravis y el otro de Hoyt.

—¡Cielos! —exclamé disgustada—. ¡Qué mezcla!

Los otros hacían diversos comentarios. Dravis anunció muy orgulloso:

—Yo haré de Santa Claus.

Oyóse un sonido discordante cuando Alden Hoyt golpeó el teclado con fuerza. Se incorporó a medias.

—¡Eso sí que no!

—¿Qué? —dijo Carter Dravis.

—¡No seas tonto, Alden! —dijo alguien.

—Está ebrio... —comentó otro, para ser interrumpido por el aludido.

—No estoy ebrio y sé bien lo que digo. Que haga de Santa Claus para su mocoso, pero no para el mío.

De nuevo eleváronse protestas de todos. Alden Hoyt los miraba frunciendo el ceño, hasta que Judith se le acercó y le habló por lo bajo. Entonces lanzó una carcajada y tomó asiento nuevamente.

—Tiene razón —le dijo a Judith—. ¿Qué importa? ¡Que haga lo que quiera! ¡No será por mucho tiempo!

Apoyó sus manos sobre el teclado y, una vez más, oyéronse los acordes de la horrible melodía.

—¡Peter! —dije—. ¡Haz algo! No puedo soportar esto...

Pero era demasiado tarde. Peter se había ido y me hallé frente al señor Andranoff.

—¿No le agrada la música?

—Es horrible —contesté, con un estremecimiento.

—Pero es muy buena para *ballet*.

—Sí, pero estamos en Navidad, ¿no comprende usted? ¡No es éste el momento de tocar la "Danza macabra"!

—Algo más alegre, quizá —me dijo tarareando algunos acordes del *Soldadito de plomo*—. *Comme ça?*

—*Comme ça!* —repuse enfáticamente.

—Que también es una música interesante para bailar —observó.

No respondí. No me hallaba de humor para discutir bailes y músicas. Además, Bill Dravis estaba a mi lado.

—¿Solita? —me preguntó.

—Por el contrario —repuse con arrogancia—. El señor Andranoff ha sido muy bondadoso... ¿Dónde se fué? ¡Estaba aquí hace un momento!

Bill encogióse de hombros y yo miré a mi alrededor.

—¡Vaya, se fueron todos! —dije.

Lo cual no era exacto, pues Alden Hoyt estaba frente al piano, Nedda Graham bebía tranquilamente su ajenjo frente al fuego y conversaba con Charles Kinross, quien se hallaba de espaldas al hogar. En un extremo de la sala estaba Tanya Ludokova, pero el resto había desaparecido... Hasta Peter.

—¿Dónde están? —pregunté a Bill.

—¿Cómo puedo saberlo? Por aquí o por allá —repuso ligeramente—. Pero regresarán cuando se les ordene.

—Supongo que esa tontería significa algo... ¿Qué?... —pregunté.

—Significa que usted verá a mi padre ensayar su papel de Santa Claus. Se hizo enviar dos disfraces, uno rojo y otro blanco...

—Pero, Bill —protesté—; eso es fantástico. ¡Santa Claus nunca se viste de blanco!

—Cuando lo personifica mi padre, se viste de cualquier modo —repuso Bill—. Creo que Simmons tiene servida una bandeja de bocadillos en el comedor. ¿Tiene apetito?

—No —respondí.

De manera que me dejó sola y quedé en situación de ver a los otros cuando regresaron. No es que notara nada entonces. Fué más tarde cuando recordé.

No pareció que había pasado más de un segundo cuando algunos de ellos regresaron pidiendo que se tocara de nuevo la radio. Observé a Hugo Innes acercarse a Tanya Ludokova con un vaso de bebida, y vi que ella se negaba a aceptar. Vi a Daphne Dravis entrar y tomar asiento durante un instante antes de convertirse en la más alegre de todas. También noté a Bill Dravis acercarse al piano y entregar a Alden Hoyt unas páginas llenas de música manuscrita. Hoyt asintió, y comenzó a ejecutar una pieza extraña. Bill se me acercó y apoyóse en el respaldo de mi silla.

De pronto apareció un figura fantástica en las amplias puertas que separaban el *hall* de la sala. Un hombre vestido con brillantes pantalones rojos, botas negras, una chaqueta roja con adornos de pieles blancas y un cinturón que ceñía una cintura delgada.

—Ese no es... No es... —comencé.

—¡Oh, no! —dijo Bill a mi oído—. ¡No es papá!

Era Andranoff, por supuesto. Aunque no se había puesto las frondosas barbas de Santa Claus, cubría su cabeza una cabellera blanca que sentaba muy bien a su rostro juvenil. Antes de que nos recobráramos del asombro empezó a danzar.

Todos se quedaron silenciosos mientras le observamos dar los pasos del *ballet* en forma maravillosa. No se oía otro sonido que el de las botas de Andranoff que seguían el ritmo de la música.

Y de pronto quebróse el silencio al oírse el estridente grito de una mujer, seguido por otros que aumentaban en intensidad. Andranoff hizo la señal de la cruz y se quedó inmóvil frente al árbol. Alguien dijo:

—¡Cielos! ¿Qué fué eso?

Nos pusimos en pie y noté que Bill me tomaba del brazo.

—Quieta — me advirtió —. No sabemos qué ha pasado.
Luego oyóse la voz de Peter que dominaba a todos.
—¡Quietos! No podemos ir todos a la vez. Alguien que conozca la casa... Dravis — Bill apartóse de mí para adelantarse hacia Peter —, usted venga conmigo. Los restantes que se queden aquí.
Era una orden y todos la obedecimos.
—Probablemente no será más que una mucama que ha sufrido un ataque de histeria — comentó Paula Schofield.
Nadie la contradijo, pero todos sabíamos que se trataba de otra cosa.
Pronto regresó Peter y se quedó en pie en el umbral.
—Tengo que decirles... — comenzó y calló. Sus ojos se habían fijado en Daphne Dravis —. Señora Dravis... — empezó de nuevo, pero ella le interrumpió.
—Por favor, señor Holgate — le dijo serenamente —, ¿se trata de Carter? ¿Le ha sucedido algo? ¿Qué es? ¿Un accidente?
La misma tranquilidad de la señora debe haber irritado a Peter, pues se tornó brutal.
—Si a la muerte se le llama accidente... sí — repuso —. Su esposo yace en el piso de la biblioteca, señora Dravis, y tiene un cuchillo clavado en el corazón.
Oyóse un murmullo de sorpresa que partió de todos los labios. Daphne Dravis se tambaleó un poco.
—Muerto... — repitió —. ¿Carter? ¿Quiere decir que... se ha matado?
Peter sacudió la cabeza y contestó gravemente:
—Por el contrario. No es un suicidio, señora Dravis. Carter Dravis no pudo haberse matado. Eso sería físicamente imposible. ¡Lo asesinaron!

IV

Me parecía que al oír las palabras mencionadas todos lanzarían un suspiro de alivio. Era como si se dijera: "Oh, Carter Dravis... ¿De modo que era él? Bien, no me sorprende. Los pecados de un hombre caen al fin sobre su cabeza".
Pero durante un rato nadie habló, ni siquiera Peter, y el silencio resultaba terrible. Creo que esa circunstancia intrigaba a mi esposo. Nunca le había visto tan serio. Me acerqué a él y lo tomé del brazo.
—¡Peter! — dije, pero él me apartó suavemente.
—Silencio — me ordenó.
Le obedecí. En ese momento Lydia Hoyt preguntaba en tono casual:
—Bien, parece que todos estamos aquí. ¿Quién gritó?
—La señorita Dravis. Encontró a su padre y el choque fué demasiado para ella.
Sobrevino un corto silencio antes de que Nedda Graham comentara pensativamente:
—Judith..., no sé por qué, pero no me la imagino perdiendo la cabeza y gritando como una niña histérica. Me extraña en ella.
—Es cierto — dijo Lydia Hoyt —. A menos que gritara por fórmula o para cubrir algo.
—¿Por qué no dicen lo que piensan? — exclamó de pronto Alden Hoyt desde el piano —. Sean francas y digan que les parece que Judith mató a su padre y...
Las dos mujeres volviéronse hacia él.
—No he dicho...
—Tú sabes que ella odiaba a Carter. Nunca se llevaron bien...
—No sé nada en absoluto — afirmó Alden Hoyt con perversidad. Estaba encendiendo tranquilamente un cigarrillo.
—No te hagas el tonto — le increpó Lydia fríamente —. Tú sabes lo que has visto por ti mismo y lo que yo te he dicho...
El rompió a reír.
—Mi querida esposa, con respecto a las pruebas de oídas, sólo sé lo que leo en los diarios. Y con respecto a lo que he visto... eso es otra cosa, y en vista de las circunstancias prefiero olvidarlo.
—¡Bueno, bueno! — exclamó su esposa. En sus ojos había un brillo amenazador —. ¡Me parece que das muchos rodeos para no decir nada!
—¿Nada? — Hoyt enarcó las cejas —. Mi querida Lydia, he dicho todo. He hecho más...: he bosquejado la conducta que deben seguir todos si tienen un poco de sentido común.
Siguió un instante de silencio.
—Creo que estás bebido — declaró Lydia con tono receloso.
El le sonrió.
—¡Oh, no! Lo que ocurre es que veo las cosas con claridad, y...
Lo interrumpió la clara y resonante voz de Hugo Innes.
—Bebido o no, creo que Alden tiene razón, y yo estoy de acuerdo con él.
Eso fué demasiado para Peter. Furioso, dió un paso hacia adelante.

—¡Un momento! —dijo, y todos volvieron la vista hacia él—. En la biblioteca hay un hombre muerto..., asesinado, con un cuchillo clavado en la espalda. Pero ninguno de ustedes puede pensar en otra cosa que en salvar sus miserables pellejos.

—Y el suyo, señor Holgate... ¿Podemos decir que también el suyo? — le interrumpió Alden Hoyt.

—Su humorismo no está de acuerdo con el momento, señor Hoyt — replicó Peter. Miró a su alrededor—. ¿Hay alguno de ustedes que se dé cuenta de que se ha cometido un asesinato y de que el asesino está en la casa?

En ese momento habló Charles Kinross con una voz que me hizo olvidar que lo había comparado con una rana.

—¿Está usted bien seguro de que se trata de un asesinato, señor Holgate? — preguntó.

—Si hay alguien que lo dude, puede ir a mirar el cadáver, o puede tratar de apuñalearse por la espalda...

—Por la espalda... — repitió Kinross—. Es imposible, ¿eh?

—Completamente imposible — repuso Peter. Se notaba su alivio por haber hallado a una persona sensata en el grupo.

—Eso elimina la posibilidad de suicidio, ¿verdad?

—Si puede usted mostrarme un hombre que se apuñalee por la espalda, aunque eso fuera posible, lo que dudo, cuando es mucho más sencillo y más seguro...

—Carter Dravis era un hombre muy raro — observó Kinross.

—Pero no era un contorsionista — repuso Peter.

Creo que en ese momento se dió por vencido y decidió que la responsabilidad recayera sobre otro. Tomó asiento en un sillón cercano a la puerta y dijo:

—No me hagan caso. Al fin y al cabo no es más que mi opinión.

—Y me parece que todos le hemos dado demasiada importancia a su opinión.

Entonces ocurrieron dos cosas. Peter se puso en pie, furioso.

—Oiga usted — exclamó—. No sé qué se trae entre manos, pero si quiere...

Eso fué lo primero y lo menos importante, pues Peter no finalizó la frase. Yo le interrumpí. Me había puesto furiosa la actitud de Kinross y de un salto me incorporé.

—¡Ya lo creo que la opinión de Peter tiene importancia! — dije en voz alta—. Más que la de ningún otro. Es la opinión de un profesional...

Callé al ver los ojos de Peter fijos en los míos.

Tanya Ludokova, que no hablaba inglés, aprovechó el momento para dirigirse a Nicholas Andranoff en polaco. El bailarín le contestó con unas cuantas frases explosivas, cuyo resultado fué que la joven lanzó una mirada de temor a su alrededor y guardó silencio.

Lo inesperado del diálogo hizo callar a los otros por un momento. Su atención volvióse luego hacia Peter.

—¡De modo que usted es ese Holgate! — observó Charles Kinross.

—¿Y qué Holgate es ése? — inquirió Alden Hoyt, al ver que Peter guardaba silencio—. No me gusta preguntar, pero Charles se me adelanta tanto...

Lydia Hoyt le interrumpió.

—¡Oh, Alden! ¡Deja de hacer el idiota!

Pero nadie le prestó atención. Todos mirábamos a Paula Schofield, que acababa de decir muy asustada:

—Ahora sé... Es un detective...

Y nos miró a todos temblorosa.

Me pregunté qué le pasaría. Luego miré el rostro pálido de Bill Dravis y casi en el acto me di cuenta de que él era el único aliado que teníamos allí.

Me llamó la atención que todos los otros parecieran temer a Peter. De pronto me sobresaltó ver a Hugo Innes que se disponía a hablar, y lo vi tan cambiado que no parecía el mismo Innes que viera en la mesa. Parecía dominar la habitación con su personalidad.

Estaba en el mismo centro de la sala, con las manos hundidas en los bolsillos de su smoking. En su boca tenía un cigarrillo apagado. Hasta el timbre de su voz era distinto. Miró a Peter y dijo sin sacarse el cigarrillo de la boca:

—Detective, ¿eh?

Peter levantó la vista y asintió.

—Algunos no aprobarían la idea de que un detective privado investigara sus asuntos — dijo Innes—, pero gracias a Dios no soy yo uno de ellos. Me alegro de que esté usted aquí.

Peter pareció recobrar algo de su tranquilidad anterior. Irguióse en la silla y miró a Innes como si fuera éste una nueva especie de insecto.

—Bien; le agradezco sus palabras, Innes — dijo.

Innes levantó un dedo.

—Sólo hay una dificultad, señor Holgate — aquí se sacó el cigarrillo de la boca y lo miró antes de apuntar con él a Peter—. ¿Cómo sabremos que usted es el hombre que dice ser?

Peter se puso en pie. Sonreía, pero me di cuenta de que era una sonrisa peligrosa la suya.

—La misma pregunta puede aplicarse a usted, señor Innes. ¿Cómo puedo saber que es usted la persona que pretende ser?

Por extraño que parezca, eso pareció apabullar a Innes.

—Pues... — comenzó y luego calló.

La voz de Nedda Graham le interrumpió.

—Basta ya, McKee de Centre Street. Este detective no te da las respuestas correctas.

Ante el desdén de su voz, Innes pareció disminuído. Ella volvió sus ojos a Peter.

—Y en cuanto a usted, señor Holgate, ¿no es bastante buen detective como para reconocer un actor cuando lo ve? Lo que acaba de observar, amigo mío, era a Hugo Innes en uno de sus mejores personajes característicos: el de sargento de policía, y toda la escena pertenece al primer acto de *Niebla sobre Broadway*.

—¡Oh, Dios mío! — exclamó Peter, alejándose hacia las ventanas. Apartó las cortinas y quedóse mirando la tormenta durante un momento. Cuando se volvió de nuevo, no había expresión alguna en su rostro—. Les he dado a ustedes demasiada rienda — declaró con firmeza—. En parte para ver qué hacían; el resto..., bien, tal vez lo hice para librarme de la responsabilidad. No quiero encargarme de éste asunto; pero ustedes no me dejan otra alternativa. Tal vez esperaba que todos cooperaran y me dejaran a mí como espectador...

—O sospechoso — sugirió Alden Hoyt.

—...pero prefirieron tomar el asunto a broma, adoptar una conducta indiferente, o con muy poco gusto, aprovecharon la oportunidad para demostrar sus mediocres condiciones de actores...

Hugo Innes lanzó un rugido de furia.

—¡Mediocre!... ¡Demonios, me llama mediocre! ¿Y quién le nombró a usted crítico, señor Holgate? ¿Qué sabe usted de teatro? ¿Qué?...

—Cállese — le ordenó Peter—. Ya estoy harto de todos ustedes. No crean que no me puedo poner pesado... En realidad, me parece que sería un placer hacerlo.

Como antes, fué Kinross el que habló por los otros.

—Me temo que le gusta a usted mucho hacer el papel de héroe, señor Holgate — dijo con suavidad—. Le pregunto, sinceramente y con todo deseo de saber: ¿qué es lo que quiere que hagamos?

La respuesta de Peter fué de una sencillez asombrosa.

—Averiguar quién mató a Carter Dravis.

Todos elevaron sus protestas, aduciendo que era imposible y ridículo.

Charles Kinross extendió las manos para acallar a los otros.

—Me parece que la tarea está más de acuerdo con su personalidad y profesión que con la nuestra, señor Holgate.

—No tengo ninguna autoridad — respondió Peter con tranquilidad.

—Pero la autoridad se puede obtener — repuso Kinross.

—Es verdad — contestó Peter, mirándolo fijamente. Luego volvióse hacia Bill Dravis—. ¿Qué me dice, Dravis? ¿Me concede usted esa autoridad?

—¡Cristo, sí! — repuso Dravis en seguida.

—¿Señora Dravis?

Daphne Dravis elevó sus ojos con expresión de ruego.

—Alguien tiene que hacer algo, ¿no es verdad? — dijo vagamente.

—¿Alguien tiene que hacer qué? — preguntó Judith desde la puerta.

Exceptuando su palidez un poco más pronunciada y el hecho de que tenía el delantero de su vestido manchado de agua, parecía la misma de antes.

—Tomar a cargo el asunto — contestó Peter—. Efectuar una investigación preliminar con respecto a la muerte de su padre.

—¿Y pide usted mi permiso? — dijo ella, frunciendo los labios—. ¿Es necesario? Pues se lo doy. Daphne tiene razón. Algo hay que hacer y sin duda la persona apropiada es usted.

Peter inclinóse. Me pareció ver un brillo divertido en sus ojos.

—Y ahora que se ha efectuado el acuerdo del siglo — intervino Kinross—, ¿puede un profano hacer una pregunta?

Peter lo miró con gravedad.

—¡Sí! — dijo secamente.

—¿Qué piensa usted hacer?

—Averiguar quién mató a Carter Dravis — fué la brusca respuesta.

Kinross frunció el ceño.

—Ajá. ¿Y quién cree usted que sea el criminal?

—No creo nada — replicó Peter sobriamente—. No necesito



GRAND - HOTEL

ES UNA MAGNIFICA NOVELA.

LLEVADA AL CINE HACE ALGUNOS AÑOS, CONSTITUYO UNO DE LOS MAS SEÑALADOS EXITOS DE SU TIEMPO. LA INTERPRETO EL CONJUNTO MAS SELECTO Y EXTRAORDINARIO QUE LOGRO REUNIR LA PANTALLA:

GRETA GARBO, JOHN BARRYMORE, JOAN CRAWFORD, LIONEL BARRYMORE, LEWIS STONE, etc.

GRAND - HOTEL

la humana, conmovedora, dramática novela de

VICKI BAUM,

será publicada en las páginas de

LEOPLÁN

en su PROXIMO NUMERO... Aparece el 5 de MAYO

creer nada. Sé quién mató a Carter Dravis. ¡Fué uno de ustedes!

V

La respuesta de Peter carecía sin duda de todo tacto. Alguien exclamó:

—¡Inaudito!

—¿Quiere usted decir que uno de nosotros mató a Carter? —preguntó una de las mujeres.

Y luego siguió un revuelo de preguntas y exclamaciones cuyo receptor era Peter.

—¡Calma, calma! —gritó al fin—. Convengo en que ninguno de ustedes está complicado en esto y que yo soy un idiota. Pero ¿tienen inconveniente en que investigue y compruebe la verdad?

Fué Bill Dravis el que interrumpió las discusiones. Se puso en pie y acercóse a Peter.

—Oiga usted —le dijo—. ¿No le parece que deberíamos comenzar las investigaciones? ¿Registrar las habitaciones y cosas por el estilo?

Nedda Graham observó en seguida que nadie revisaría su cuarto, y sus palabras parecieron despertar a su marido.

—Me parece... —comenzó, y me pregunté de qué obra habría sacado las palabras. Miré a su esposa para ver si ella me daba el nombre y el acto—. Me parece que todos olvidamos una cosa. Esta casa está alejada del camino real y de la ciudad, pero el caso es que no estamos más allá del alcance de la ley. ¿Por qué no ha notificado usted a la policía del Estado?

Todos se volvieron hacia Peter.

—Si yo lo dijera, probablemente podrían ponerlo en duda —contestó mi marido—. De modo que dejaré que lo diga otra persona. ¡Señorita Dravis! ¿Quiere usted decírselo?

—¿Se refiere usted a que los cables del teléfono están cortados? —dijo la joven al instante.

—Exactamente... —repuso Peter—. ¿Responde eso a su pregunta, señor Innes?

Sobrevino un silencio mientras todos pensaban en el detalle que hasta entonces habían desconocido. Por extraño que parezca, fué Andranoff el que interrumpió el silencio.

—¿Entonces no podemos esperar ayuda? —preguntó cortésmente—. Nos encontramos... ¿cómo es que dicen ustedes?... abandonados en una isla en medio del desierto...

Ignorante de que acababa de cometer un error de expresión, el ruso miró ansioso el rostro de Peter.

—Usted lo ha dicho claramente, señor Andranoff —contestó Peter muy serio—. Estamos en medio de un desierto..., y por el momento sin posibilidades de auxilio. Pero eso no es lo importante, sino el hecho de que una de las personas que nos acompaña es un asesino.

—Ya dijo eso antes —objetó Innes—. No me agrada en absoluto.

Charles Kinross aclaróse la garganta.

—Debe haber alguna forma de salir de aquí anunció—. Judith, ¿quiénes son sus vecinos más próximos?

Judith pareció dudar un momento.

—No tenemos vecinos próximos. Papá era el dueño de casi toda la tierra entre la casa y Corners. La casa más cercana creo que está a unos siete u ocho kilómetros.

—¿Ve usted? —dijo Peter.

—Es ridículo —manifestó Lydia Hoyt—. ¡Siete u ocho kilómetros no son nada! No es posible que estemos completamente aislados en esta época.

—¿No? Mire usted —contestó Peter.

Cruzó hasta las ventanas y corrió las cortinas. En el exterior no se veía más que una blancura interminable. Hasta los árboles habían desaparecido bajo los velos de nieve que caían en forma incesante.

Nos convencimos de que no había modo de abandonar la casa.

Entonces Peter decidió comenzar de lleno su trabajo. Apagó su cigarrillo en un cenicero cercano. Cuando habló, lo hizo con voz autoritaria y resonante:

—Tengo la impresión de que varios de ustedes permanecieron en la sala cuando los demás fuimos a tomar café y sandwiches. Esas personas, naturalmente, están a salvo de toda sospecha.

—¡Ah! —exclamó Kinross—. Se refiere usted a...

—Usted, la señorita Graham, *Madame* Ludokova y la señora Holgate.

—Verdad, verdad —repuso Kinross con tono de aprobación—. Tenía la esperanza de que no me fuera necesario indicar ese detalle.

—Omitió mi nombre, señor Holgate —dijo entonces Alden Hoyt con suavidad.

Peter lo miró fríamente.

—De ex profeso.

—¿Y por qué?

—Es muy sencillo —repuso Peter—. Porque no creo que usted permaneció aquí todo el tiempo.

En los ojos de Alden Hoyt reflejóse cierto humorismo.

—¿Qué dice su esposa?

Por mi parte, supuse que Peter hacía el ridículo. ¡El hombre había estado tocando el piano toda la noche! De modo que cuando Peter me miró interrogativamente, repuse:

—¡Por supuesto que sí!

Alden Hoyt miró a Peter con expresión triunfadora, pero mi esposo insistió:

—¿Lo estuviste observando todo el tiempo?

—No —repuse, algo enojada—. Claro que no; pero estaba tocando esa espantosa "Danza macabra".

—¿Lo jurarías?

—¡Naturalmente! Peter, ¿qué pasa? ¿Por qué?...

Una vez más se oyó la voz suave de Hoyt.

—¿Rechaza usted el testimonio de su esposa?

—En este punto... sí. Sospecho que ese piano tiene propiedades que la señora Holgate no ha sospechado.

—¿Y usted sí?

—Creo que sí.

Mientras yo lo miraba boquiabierta, Peter se acercó al piano y tomó asiento en el banquillo. Casi simultáneamente llenaron la sala los acordes familiares de la "Danza macabra".

VI

Olvidé que eso significaba que Alden Hoyt no tenía coartada. Olvidé todo, excepto el hecho de que me habían engañado. Me volví hacia él con expresión de reproche.

—¡Un piano automático! ¡De modo que no era usted al fin y al cabo el que ejecutaba!

Peter levantó la palanca que detenía el mecanismo y se puso en pie.

—¡Bien, creo que ya está arreglado el asunto!

Pero Hoyt no le prestaba atención. Estaba mirándome.

—Pero era yo, señora Holgate. Le doy mi palabra de honor... —Calló, sonrojándose un poco y volvióse hacia Peter—. Está bien, Holgate, usted gana... Señora Holgate, era yo el que tocaba, excepto por uno o dos minutos. Ese rollo que estaba en el piano es una simple coincidencia; fué casualmente al verlo cuando se me ocurrió tocar eso.

A pesar de mi misma, le creí. Me convenció su instintiva defensa de su arte.

—Me alegro —repuse.

Empero, Peter no parecía muy alegre. Acababa de sacar el rollo y lo examinaba detenidamente.

—¿Cómo sabe que no fueron más que uno o dos minutos? —preguntó. Luego volvióse hacia mí—: ¿Crees que su técnica estaría a la altura de eso?

Asentí.

—Sí, creo que sí. A veces noté algo raro, pero estoy segura de que la ejecución no era mecánica. Creo que me hubiera dado cuenta.

—Tal vez no —dijo Hoyt—, ya que el rollo es uno de los que imprimí yo —miró el rollo y volvió a entregarlo—. Sí es uno de los míos. De modo que aunque no era yo quien tocaba... era yo.

Peter no hizo comentarios.

Hoyt lo observaba con curiosidad.

—¿Podría usted decirme —preguntó— cómo adivinó lo del rollo?

—Corrí el albur —repuso Peter con un encogimiento de hombros—. Pero la mayoría de la gente usa estos pianos en estos días, y especialmente en una casa como ésta.

—Así es —dijo Hoyt—. Comienzo a creer que no le dimos suficiente importancia a su sagacidad, Holgate.

—Nunca es tarde para cambiar de opinión —repuso Peter seriamente—. A propósito, ¿qué me dice usted de ese minuto o dos en que no estuvo tocando? ¿Dónde estaba entonces?

—Fuí al piso alto —contestó Hoyt—. Los niños no han dormido bien últimamente. En especial Tim. No me gusta que los pequeños estén despiertos en la oscuridad y no confío mucho en la niñera.

—¿Y estaba despierto? —preguntó Peter.

—No. Dormía, pero usted puede confirmar mi declaración interrogando a la niñera.

—¿Dónde duermen los niños? —inquirió Peter.

Hoyt elevó las cejas.

—En el ala derecha. Su habitación está al lado de la nuestra, con el cuarto de tocador de por medio.

—Para llegar a la escalera debió usted pasar muy cerca de la biblioteca. ¿Notó algo al subir?

—Yo... —comenzó Hoyt. Lo pensó mejor y agregó—: No, no puedo decir que notara nada. Estaba apurado; sin embargo, tengo la idea de que algo me llamó la atención por un momento..., algo fuera de lo ordinario, pero no sé qué era...

Extendió los brazos y calló.

—¿Y cuando regresó?

Reinó un silencio profundo en la habitación. Todos esperaban anhelantes.

—Nada —repuso Hoyt en voz alta—. ¡No vi nada!

Su voz era sincera, pero detrás de mí, un hombre murmuró:

—¡Está mintiendo!

—¿Ahora? —preguntó una voz femenina de tonos furtivos.

—O antes. No sé de cierto.

Los murmullos cesaron. Al cabo de un momento, miré por sobre el hombro.

Hugo Innes estaba sentado a mi lado y algo más allá hallábase Daphne Dravis. Recordé lo que había insinuado Bill.

Charles Kinross calóse los lentes y preguntó:

—¿No habría que tomar algunas medidas?

—He cerrado la biblioteca con llave —repuso Peter—. Simmons está allí de guardia y tiene un arma. No sería aconsejable que nadie tratara de recobrar algún objeto olvidado..., un pañuelo, por ejemplo... o una cigarrera.

Siguió un silencio y luego Kinross preguntó:

—¿Confía usted en Simmons?

—¿Por qué no? Sé por experiencia que los mayordomos rara vez matan a sus amos, por más que éstos lo merezcan, y especialmente no lo hacen los mayordomos que han estado treinta años de servicio en la misma casa.

Peter examinó a todos por un momento y agregó:

—Sólo una cosa podemos hacer esta noche. Mañana, si la tormenta amaina algo, podremos llamar a la policía; pero esta noche... —sacó un lápiz del bolsillo—. Tengo a mi disposición una de las habitaciones. Quisiera que fuesen ustedes allí uno por uno y trataremos de ordenar por escrito todo lo que recuerden respecto a lo ocurrido. De todas maneras tendrán que declarar ante la policía, y más les conviene tener todo anotado antes de que olviden pequeños detalles que pueden tener mucha importancia.

—El señor Holgate tiene razón —declaró Kinross—. Lo que propone es muy razonable. No nos hará ningún daño.

—¡Lo que hay que saber es si le servirá de algo al señor Holgate! —exclamó Ines.

Peter no le prestó atención. Volvióse hacia el cuarto destinado para el interrogatorio.

—Uno por vez —le dijo a Bill—. Ya pueden empezar.

Me puse en pie, pero Bill sacudió la cabeza.

—Usted es la última, señora Holgate.

Nadie se movió por un minuto, hasta que Charles Kinross, firme en su decisión, se puso en pie.

—Yo seré el primero —anunció.

No tardó mucho en regresar y parecía bastante inquieto. Dejóse caer en un sillón y se enjugó la frente.

—Nedda, querida, el señor Holgate quiere que vayas tú ahora.

Cuando la aludida partió, todos interrogaron a Kinross.

—¿Qué pasa, Charles?

—¿Qué le preguntó?

—¿Por qué está así?

El hombre guardó el pañuelo y calóse los lentes. Con ellos pareció recobrar su dignidad. Se inclinó hacia nosotros.

—Les aconsejo que cooperen lo más posible con el señor Holgate —dijo solemnemente—. Parece que no se trata de la muerte de Carter. Todo indica que somos víctimas de un complot... —se ahogó al recordarlo.

—¿Qué quieres decir?

—¿Víctimas? ¡Pero Carter fué la víctima!

Kinross se puso en pie.

—¡He dicho "víctimas"! —tronó—. Yo mismo soy una de ellas. Soy inocente de la muerte de Carter. Tres testigos pueden afirmar que no salí de esta habitación durante la ausencia de Carter. ¿Pero es eso suficiente?

Nos miró un momento y prosiguió luego con voz más baja:

—¡No!... —exclamó—. En la mano de Carter Dravis se encontró mi cigarrera..., la misma que yo creía tener en mi poder.

Sobrevino un momento de silencio y luego Alden Hoyt rompió a reír.

—Dos —dijo alegremente—. Somos dos. ¿Qué te parece, Charles? ¿Qué dijiste tú? ¿Que le prestaste la cigarrera?

—Nada de eso —repuso Kinross con dignidad. Miró a Bill Dravis—. ¿Sabías tú eso, muchacho? —preguntó con tono de reproche.

—Lo había olvidado —respondió Bill hoscamente—. Yo se la saqué de la mano. Por desgracia la toqué y borré las impresiones digitales.

—¡Ah! —exclamó Kinross aliviado. Miró a su alrededor—. Es mi deber advertir especialmente a las mujeres que el señor Holgate tiene en su poder otra prueba contra... alguien. No me considero obligado a guardar silencio. Siento profunda simpatía por otra persona, que también puede haber sido víctima de este diabólico complot.

—¡Otra prueba! —gritó Bill furioso—. ¡Cristo, si Holgate me ha ocultado algo...!

—Un pañuelo —le dijo Kinross—. Un pañuelo de mujer.

Todos nos volvimos al oír algo más detrás de nosotros. Paula Schofield se había puesto en pie.

—¡Bill! —gritó desesperadamente—. ¡Bill! No dejes que lo diga... Yo misma lo diré..., la verdad...

Al tomarla Bill en sus brazos, la joven rompió a llorar histéricamente.

—Querida —le susurró Bill—, no llores. Todo está bien. Te lo aseguro. Todo está bien...

—¡Pero es mi pañuelo! —sollozó ella—. Lo sé. Lo perdí y debe haber caído en la biblioteca..., cuando huí..., después que él me besó...

No terminó la frase porque Bill no se lo

permitió. La apretó más y sus ojos nos miraron con fulgores extraños.

—Yo no maté a mi padre —nos dijo al fin—, pero alguien lo hizo y me alegro. Si alguna vez alguno mereció morir...

VII

No pude soportar más, y al amparo del revuelo consiguiente huí hasta el *hall*. Había una enorme silla labrada y en ella me dejé caer.

Creo que en ese momento estaba a punto de dejarme llevar por los nervios y romper a gritar, pero me contuve. Poco a poco me calmé y comencé a reflexionar sobre los acontecimientos. No pensaba volver a la sala. Fijé los ojos en la mesa del *hall* y comencé a estudiar distraída los dibujos labrados sobre sus patas.

Lentamente fuí elevando la vista hasta fijarla en el tiesto que contenía un helecho y que descansaba en el centro de la mesa.

Entre las hojas del helecho relucía algo de color dorado. El instinto me dijo de qué se trataba. Por cierto que ni Peter ni Bill Dravis lo habían mencionado. Carter Dravis murió acuchillado, dijeron; pero no mencionaron con qué clase de cuchillo ni dijeron dónde se hallaba el arma. Ahora me parecía saber por qué. Era porque no lo sabían. ¡Era porque el cuchillo había desaparecido!

Con gran cautela me puse en pie y examiné la empuñadura del arma, cuya hoja estaba enterrada en la tierra del tiesto. Mi primer impulso fué correr hacia Peter para comunicarle mi descubrimiento. Luego, al reflexionar, decidí esperar y ver quién de todos los que pasaban se descuidaba y dirigía la vista hacia la planta. Apresuradamente volví a mi silla y observé a Nedda Graham regresar del interrogatorio.

Me oculté luego en un rincón del *hall* para vigilar a todos los que pasaban desde la sala hacia el cuarto donde se hallaba Peter. Pero mi trabajo no tuvo recompensa alguna. Una vez que todos hubieron sido interrogados, estaba yo lo mismo que antes. Ninguno de ellos dirigió ni una mirada casual hacia el tiesto del helecho.

Poco después salió Peter al *hall* y no pareció sorprenderse al verme allí.

No perdí tiempo en dar explicaciones. Le dije a boca de jarro:

—¡Peter, lo encontré!

El no pareció muy interesado. Encendió un cigarrillo antes de preguntar:

—¿Qué es lo que encontraste? Apúrate, ¿quieres? Tengo que hacer.

—El arma, Peter. Encontré el cuchillo. Elevó las cejas, extrañado.

—Deja de bromear. ¿Cómo puedes haber hallado algo que no estaba perdido? Lo miré asombrada.

—¿Quieres decir que ya encontraste el cuchillo con el que mataron a Carter Dravis?

—Por cierto que sí.

—Entonces..., ¿qué es esto?

Peter miró en la dirección indicada y silbó por lo bajo. Luego sacó un pañuelo del bolsillo y retiró de la tierra el arma. La hoja tendría unos veinte centímetros de longitud y estaba tan limpia y reluciente que sentí desvanecerse mis esperanzas. No sé por qué había esperado verla manchada de sangre.

—¡Entonces no es éste! —exclamé.

Peter lo envolvió con su pañuelo.

—Por el contrario —gruñó—, mucho me temo que lo sea. Bien quisiera que no fuese así. Bien sabe Dios que ya tengo bastantes indicios con los que ocuparme y ahora me caen dos armas asesinas.

—¡Dos! —exclamé estúpidamente.

—Dos —repuso Peter con gravedad—. Dravis tiene clavado en la espalda un cortapapeles. Admito que despertó mis dudas, pero allí estaba. Los bordes de la herida eran demasiado finos..., algo que podría haber sido hecho con este cuchillo.

—Entonces alguien cambió los cuchillos —dije con un estremecimiento.

—Así parece. Hay muchos detalles raros en este asunto.

—Peter —pregunté—, ¿puede haber sido Judith?

—No sé —repuso francamente—. No creo que haya matado a su padre. Pero si te refieres al cambio de cuchillos, que me maten si lo sé —me tomó del brazo—. Vamos. Conversaremos con ella.

Encontramos a Judith Dravis en una de las salas del edificio, en compañía de la señora Scott, el ama de llaves. Nos miró con frialdad.

Peter no estaba muy conforme con su conducta, pues le había pedido que se quedara en su cuarto, y se veía que la joven no quería obedecerle.

—Nos ha dado usted bastantes dificultades, señor Holgate.

—Lo siento —respondió Peter—. Es necesario para la seguridad de todos.

—¿Para la seguridad de todos? —repitió ella, elevando las cejas—. ¿No estamos ya seguros? Ahora que se conoce la muerte de mi padre, nadie se atrevería a cometer otro crimen, ¿no le parece?

Peter la miró dudoso.

—En mi trabajo, señorita Dravis, uno trata a los criminales como a los perros rabiosos. El motivo de un asesinato no es por lo general el mismo que obliga a cometer otro. Un hombre puede matar una vez por dinero, digamos, y otra vez para protegerse contra el descubrimiento.

—Comprendo —dijo la joven, palideciendo—. Gracias. Lo recordaré.

Peter la miraba con expresión más benévola.

—Vaya a la cama ahora, ¿quiere? Es tarde y haré acostar a los otros. Le prometo que estará segura.

—Gracias —repuso ella con voz apenas perceptible.

—Así me gusta —me dijo Peter al oído cuando nos encaminamos hacia las escaleras—. Ella no podría entrar en la biblioteca y yo tengo el cuchillo...

—¿Qué quería decir cuando afirmó que les has causado dificultades? —pregunté curiosa.

—He hecho pasar a todos a los cuartos que dan a las dos alas principales. De ese modo pondré una guardia en cada ala para asegurarme de que nadie sale de su dormitorio y anda dando vueltas por la casa. Tengo algo que hacer.

—¿No piensas acostarte?

—No, pero tú sí, querida. Vete ahora.

No tuve más remedio que obedecerle, pero no dormí hasta que él regresó. Lo hizo a las tres de la madrugada. Lo sé porque no aparté los ojos del reloj hasta que volvió.

Al entrar me miró y lanzó un gruñido.

—Es inútil que estés despierta, querida —me dijo—. Esta noche no hablaré. Estoy demasiado cansado.

—Muy bien —repuse ofendida—. No hables si no quieres; tú eres el que pierde.

Eso le llamó la atención.

—Bueno, encanto, ¿qué es lo que te da vueltas en esa cabecita?

—Bill pensaba que su padre temía a algo o a alguien...

—Así es. Estaba terriblemente asustado —admitió Peter.

—... y el verte a ti en la puerta fué como la respuesta a una plegaria.

—Entonces confío en que todas las plegarias no reciban la misma respuesta —dijo Peter con amargura.

—A mí no me pareció asustado —comenté, pensativa.

—Tú, Marcia, no le viste como le vi yo —manifestó Peter—. El hombre estaba aterrorizado. Se puso de rodillas frente a mí...

—Lo sé. Bill me lo dijo.

—No pude sacarle nada en claro. No sabía nada positivo... o no quería decirlo. Me habló de que lo odiaban... Me dijo que habían cortado los cables del teléfono y que había muchas joyas en la casa. Pero creo que eso fué una excusa para que yo me quedara. Además, me di cuenta de que no temía a los ladrones sino a la gente de la casa.

—Probablemente empezó todo con el perro —dije lentamente.

—¿El perro? ¿Qué perro?

Le relaté lo que Bill me contara sobre el perro.

—¡Esa era la sangre entonces! —exclamó al finalizar yo.

Sacudí la cabeza.

—No, Peter. Porque Bill dijo que no hubo sangre. Además, nosotros la vimos en la puerta de la cochera y creo que la ventana del tocador de Daphne da sobre el otro lado de la casa.

—Prosigue —me urgió Peter, sin mirarme.

—Eso es lo que realmente asustó a Bill cuando se lo dije —proseguí obedientemente—. Después me dijo que todo eso indicaba un posible asesinato y que nosotros podíamos irnos si queríamos...

—¡Oh! Dijo eso, ¿eh? ¿Cuándo ocurrió esto que me cuentas?

—Después de la cena, mientras tú estabas jugando al bridge. Y no sospeches de Bill, Peter, porque no hablaba de su padre, sino de otra persona... del abogado, un señor Drew..., el que ha desaparecido.

Peter lanzó un suspiro.

—¡Oh! —exclamó—. ¡De modo que también ha desaparecido alguien! Bien, bien. ¿Por qué no se me dijeron esas cosas? Al fin y al cabo se supone que soy yo el detective, y no tú.

—Sí, Peter, pero Bill no me hubiera contado nada si no le hubiese preguntado por qué venía aquí un abogado durante la Navidad..., y él me dijo que se trataba del testamento.

—¡El testamento!

—Sí. El señor Dravis pensaba hacer un nuevo testamento —dije con paciencia—, cuando el abogado llegara aquí. Bill dijo que ése era el regalo de Navidad para él y Judith: que su padre pensaba desheredarlos.

—¡Oh! —exclamó Peter—. ¿Estás segura de todo eso?

—Estoy segura de que Bill lo dijo.

—Te felicito, Marcia; ni sé cómo lo haces, pero eres una investigadora de primera.

Con esas palabras terminó la conversación y se metió en el baño. Mientras llegaba hasta mí el rumor del agua al caer, le oí silbar débilmente.

Así me quedé dormida.

Cuando abrí nuevamente los ojos, la habitación estaba a oscuras. Me figuré que era muy tarde y me extrañó que Peter no se hubiera acostado aún. Me parecía oír aún su silbido.

Luego rechinó el elástico de la otra cama y vi que Peter estaba dormido.

Me incorporé bruscamente.

—¡Peter! —lo llamé.
—¿Qué pasa? —me preguntó, despertándose en el acto.
—Peter —le dije—, ¿no oyes nada..., una especie de música lejana?
Si hay algo en lo que Peter confía es en mi oído. Saltó de la cama y abrió la puerta. Sólo me demoré para tomar mi bata antes de seguirle.
—Escucha —me dijo.
Pero no necesitaba hacerlo. Con la puerta abierta, cualquiera lo habría oído. La música nos llegaba desde el piso bajo. Un piano estaba ejecutando la "Danza macabra".

VIII

Aterrorizada me aferré con fuerza al brazo de Peter.
—Voy abajo —me dijo entre dientes.
—¡Solo no! —exclamé—. No te lo permito. ¡Yo te acompaño!
—Bueno, si quieres seguirme, ten cuidado. ¡Vamos!
La música se oía con mayor intensidad en el *hall*. Me parecía increíble que fuéramos nosotros los únicos que la oíamos.
De pronto recordé algo.
—¿Dónde está el guardián que dejaste en el *hall*?
—Supongo que la música lo habrá hecho bajar —respondió Peter. Corría hacia la otra ala—. No está ninguno de los dos. ¿Qué diablos?
—Si bajaron, ¿por qué no desconectaron el piano? —pregunté.
Peter no contestó. Acabábamos de llegar al comienzo de la escalera. Había luz en el *hall*, a nuestras espaldas, pero la caja de la enorme escalera estaba sumida en la oscuridad más absoluta. Comenzamos el descenso y no tardamos mucho en llegar al piso bajo.
La parte vibrante de la música había pasado y su cadencia ahora era más lenta. Le dije a Peter por lo bajo:
—¿No podemos encender las luces?
—Si supiera dónde están... —repuso él, en un susurro—. Pero lo que quiero ahora es desconectar ese maldito piano antes de que haga bajar a todos.
Pero no necesitó hacerlo. La "Danza macabra" ya terminaba. Se oyó un chasquido metálico y luego reinó el silencio más completo. Noté entonces que Peter me llevaba hacia otra dirección.
—¿A dónde vas ahora? —susurré.
—A buscar alguna luz. Luego tengo que encontrar al idiota que puso en marcha el piano.
Fué entonces cuando le oí lanzar un gruñido y se apagó la linterna que llevaba en la mano. Casi en seguida oyóse un golpe sordo sobre la alfombra.
—¿Qué pasa? —pregunté, aferrándome a Peter, pero él se libró de mi apretón.
Con un movimiento me puso a sus espaldas. Luego, lentamente y con infinita cautela, comenzó a retroceder hasta que la pared nos detuvo.
Sólo permanecimos allí unos segundos, pero parecieron horas. Noté que el cuerpo de Peter estaba rígido y que respiraba pausadamente.
Su cautela se me contagió. Temí moverme o hablar. No estaba segura de lo que había sucedido. Sólo sabía que por alguna razón Peter acababa de apagar la linterna y que por el momento prefería la oscuridad. No se me ocurrió pensar que la había perdido.
Escuché, sin oír nada. La más absoluta oscuridad nos envolvía. Peter estaba calmándose. Era claro que ya había pasado el momento de peligro. A mi izquierda había una pesada silla. Ahora sentí que Peter me llevaba hacia ella y me hacía colocar detrás de su respaldo.
Quise protestar, pero no pude. Peter me había puesto la mano sobre la boca y me susurraba al oído:
—Me dieron un golpe que me hizo soltar la linterna. Toma esto —"esto" era su revólver—. Quédate aquí, yo iré a buscar a Simmons. No temas ahora; se ha ido. Fué un momento en que oí su respiración cerca de nosotros.
—Ten cuidado —le dije.
Casi en seguida se alejó, aunque no oí sus pasos. Me quedé inmóvil en la oscuridad, aguardando su regreso. Mientras pasaban esos largos minutos, comencé a hacer toda clase de alocadas conjeturas. Fué entonces cuando oí claramente una risita sarcástica en las cercanías.
Ahora sabemos muchas cosas que aquella noche eran incomprensibles. Sabemos, por ejemplo, que las luces estaban apagadas porque habían cerrado la llave general, a fin de asegurar la entrada de una persona a un dormitorio. Sabemos también que la risita que oí no fué nada más que un murmullo de felicitación a sí mismo que dejó escapar el criminal por haber hecho bien su trabajo. Y sabemos, también, que estuve segura detrás de mi silla solamente porque mi presencia era desconocida para el criminal. La idea no me resulta agradable.
De pronto brillaron de nuevo las luces y vi a Peter que se acercaba a mí corriendo.
Me tomó en brazos y trató de calmarme.
—Querida, no tiembles. Todo está bien. Tardé mucho porque tuve que ir a buscar a Simmons para que me mostrara el lugar donde están las llaves maestras.
Estaba mirando por sobre mi hombro y noté que se le agrandaban los ojos. Su voz se apagó. Cuando volvió a hablar, había cambiado.
—¡No mires, Marcia!...
Pero era demasiado tarde. Acababa de volverme y comprobar que no había estado sola en el *hall*. A poco menos de un metro yacía el cuerpo de un hombre. Tenía la cara contra el suelo y de su cuello manaba la sangre que manchaba la alfombra.
—De modo que esto explica la ausencia de Hoyt —dijo Peter—. Encargué a él y a Bill que se quedaran de guardia.
Abrí la boca y me estremecí.
—¿Está muerto?
Peter guardó silencio mientras tomaba el pulso de Alden Hoyt y le tocaba la garganta y las sienes.
—No lo creo; pero le dieron un golpe terrible. Será mejor que hagamos bajar a la esposa. No, tú no, Marcia. Simmons irá.
Miré al mayordomo que se hallaba en pie a corta distancia. Estaba muy pálido y acercóse para tomar a Peter del brazo.
—¡Señor Holgate! —exclamó—. ¡Cielos, señor Holgate! ¡En la biblioteca... mire usted!
Mis ojos siguieron la dirección que señalaba.
En el mismo sitio marcado con tiza donde yaciera Carter Dravis, descansaba otro cuerpo. El cabello rubio esparcíase por la alfombra y los ojos miraban vidriosos hacia el techo.
Me tomé del brazo de mi marido.
—¡Daphne!... —exclamé—. ¡Oh, Peter, está muerta!

IX

Peter arrodillóse al lado del cuerpo.
—¿Está seguro de que ha muerto, se-

ñor? —preguntó Simmons con voz temblorosa.

—¡Claro que sí! Ese cuchillo le atravesó el corazón.

La empuñadura del cuchillo sobresalía de un manchón de sangre sobre el vestido de la muerta.

Me apoyé en la mesa para no caer. Simmons preguntó:

—¿Qué puedo hacer, señor?

—Haga bajar a los otros. Golpee en todas las puertas..., y si alguno está despierto o parece tardar demasiado...

—¿Y Bill? —pregunté yo en el acto.

—Eso mismo —dijo Peter—. Llame a Bill primero que a nadie.

—¿El señor William, señor? —preguntó Simmons. Parecía apenado—. Pero no querrá usted decir...

—No quiero decir nada —repuso Peter fastidiado—. Sólo sé que lo dejé de guardia en el *hall* alto y que no estaba allí cuando lo busqué.

Simmons era obstinado.

—Entonces debe haber un error, señor. El señor William nunca...

Peter le interrumpió con estas palabras:

—No puedo discutir con usted. Por lo menos ahora. ¿Quiere ir? Si no está allí arriba, registraremos toda la casa. Ahora, si me ayuda, antes de irse...

Levantaron el cuerpo de Hoyt y lo acostaron sobre un sofá. Peter le tomó el pulso y luego apartóse de él.

—Este pobre diablo necesita atención médica.

—No se le puede dejar morir —dije—. Tenemos que hacer algo.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Peter secamente—. A menos que alguien sepa cómo tratar un caso de conmoción cerebral...

—Peter —le interrumpí—, Hoyt debe haber visto algo.

—Tal vez no —respondió.

—Pero si alguien mató a la señora Dravis y le dió un golpe en la cabeza..., Peter, ¿te atreverías a confiar en alguno de ellos para que lo cuidara?

—Que me maten si lo sé —repuso Peter.

Oyéronse rápidos pasos que se acercaban, y apareció Bill Dravis en la puerta.

—¡Holgate, por amor de Dios! ¿Qué ha sucedido? Simmons dijo que Daphne...

Se calló al ver el cadáver. Lo vi palidecer y tragar saliva. Pasóse una mano temblorosa por sobre los ojos.

—No comprendo —dijo—. ¿Quién puede haber matado a Daphne? A papá, sí..., pero a Daphne... Era una tonta y no se mata a nadie por su tontería.

Interrumpióse al ver a Hoyt que yacía en el diván.

—¿Hoyt también? —exclamó—. Pero, ¿qué...?

Peter lo miraba muy serio.

—Su madrastra ha muerto —le dijo secamente—. A Hoyt le dieron un golpe en la cabeza. El piano de la sala estaba tocando la "Danza macabra"; pero alguien cerró la llave principal y apagó todas las luces y desconectó el piano. Lo dejé a usted de guardia en el *hall* alto. ¿Dónde estaba cuando sucedió todo esto?

La pregunta hizo palidecer aún más a Bill Dravis. Al cabo de una larga pausa, dijo:

—Lo siento, Holgate; pero usted me hizo la única pregunta que no puedo responder.

—Tendrá que responder —contestó Peter con serenidad—. Si no a mí, a la policía.

Bill guardó silencio. Yo intervine entonces al recordar el estado de Hoyt.

—¡Ahora no importa quién mató a los Dravis! Ya están muertos. Lo que interesa es salvar a este hombre, y si él ha visto al asesino...

—Tienes razón —repuso Peter suavemente—. Lo que debemos hacer es olvidar todo hasta que hayamos curado a Hoyt. Lo peor del caso es que no sé qué hacer...

—Me parece que en los casos de conmoción cerebral hay que mantener quieto al enfermo. No se le debería dejar aquí, Peter. Si se encontrara en la misma habitación donde vió todo...

—Es que no reaccionará en seguida, Marcia. De eso puedes estar segura. Además, no quiero dejar de vigilarlo hasta que sepa en quién puedo confiar.

—Puedes confiar en mí —dije—. Sácalo de aquí. Yo lo cuidaré.

Pero finalmente no tuve que hacerlo, pues Nedda Graham presentóse pronto. No mostró pena por la muerte de Daphne, pero tomó a Alden Hoyt a su cuidado en seguida, alegando que había servido de enfermera durante la guerra. Examinó la herida con ojos expertos y luego miró a Peter.

—Supongo que no habrá medios de conseguir un médico.

—¿Esta noche? Sería una locura salir en medio de la tormenta. Mañana veremos si se puede hacer algo.

Ella asintió mientras se incorporaba.

—Ya me arreglaré —declaró—. Es un golpe feo, pero no tiene nada de serio... Es algo raro..., —titubeó, y agregó más lentamente—: Alden era un hombre alto y tiene la herida encima de la oreja derecha, como si se la hubieran producido desde arriba. ¿Se da cuenta? Sería necesario una persona igualmente alta para un golpe así con la fuerza suficiente como para desmayarlo.

—A menos —repuso Peter— que Hoyt estuviera sentado, en cuyo caso cualquiera podría haberlo hecho.

—Sentado —repitió ella. Sus ojos fijáronse en el cuerpo de Daphne—. O arrodillado... para mirarla, por ejemplo.

—O arrodillado —admitió Peter, y sus ojos estaban fijos en las puertas de la biblioteca.

Claro está que ahora sabemos que Nedda Graham tenía razón, que Alden Hoyt estaba arrodillado al lado del cuerpo de Daphne cuando lo golpearon. Lo que nos alejó de la pista fué la idea de que se necesitaba fuerza para moverlo.

¿Por qué lo habrían sacado de la biblioteca si así era, y cómo?

Simmons regresó. Había despertado a los restantes. Comunicó que todos estaban acostados menos *Madame* Ludokova, quien abrió su puerta y estaba completamente vestida y fumando un cigarrillo. No pudo hacerle entender nada —en realidad la mujer le cerró la puerta en las narices—, pero se tomó la libertad de informar al señor Andranoff...

Interrumpí sus palabras bruscamente.

—Peter —dije—, bajarán en un momento. ¡No es posible que se les deje entrar aquí!

—Es verdad —repuso él—. Estropearían cualquier huella y no conviene que estén en la sala o en el *hall*.

—Se podría usar esa habitación —terció Bill Dravis, señalando una puerta—. Es pequeña y tiene muchos muebles, pero...

—Yo sugeriría el comedor, señor —dijo Simmons.

Pero Nedda Graham lo interrumpió para ordenar que se llevara allí algo en que mover al herido. Luego yo salí al *hall* para detener a los otros. Cuando bajaron, los

dirigí hacia el comedor. Todos obedecieron, menos Lydia Hoyt, quien al ver a su esposo llevado en brazos, dejóse dominar por un ataque de histeria, del que la sacó Nedda con un bofetón.

—¡Tonta! —le gritó la actriz—. ¡Deja de llorar! Ya se repondrá y tu llanto no ayudará en nada. Te prometo que yo lo cuidaré.

Lydia se calmó y Nedda subió detrás del herido, a quien llevaron al cuarto de la actriz.

Estaba tan interesada en la escena que me sorprendió oír la voz de Peter en mi oído.

—Es una mujer lista —me dijo—. Si no tuviera una coartada perfecta por la muerte de Carter Dravis... —se encogió de hombros—. ¿Qué me dices? ¿Están todos aquí?

Pensé un momento y respondí:

—¡Oye, no! ¡Falta Judith! No ha bajado; pero tal vez esté ayudando a la señorita Graham.

—Hum —murmuró Peter muy pensativo. Dió vueltas en la mano a una llave de la biblioteca.

De pronto me tomó de la muñeca. Acababa de oír yo también lo que le llamó la atención: El chasquido de un picaporte al moverse. Peter lanzóse a toda carrera por el *hall* hacia la amplia puerta que daba a la sala. Yo lo seguí. A mitad de camino lanzó un gruñido e inclinóse a recoger algo. Era su linterna.

No pudimos ver nada en la negrura de la sala. Peter encendió la linterna y su haz de luz recorrió lentamente toda la habitación.

Y entonces nuevamente oímos el sonido que nos llamara la atención. ¡Habíamos llegado demasiado tarde! La sala estaba vacía; pero no hacía mucho que allí estuviera alguien. A la izquierda del árbol de Navidad movíanse algunos de los globos de cristal colgados de las ramas... como si una mano los hubiera tocado al pasar apresuradamente.

X

—Debe haber sido Judith —dije.

—No tan rápido. Te precipitas en tus conclusiones. Nedda Graham está también arriba y probablemente conoce la casa igual que ella.

—Pero, ¿qué podría buscar aquí? —pregunté. Me vino a la memoria la música que habíamos oído—. No me gustaría entrar allí.

—Sin embargo —repuso Peter—, volverías si temieras haber dejado impresiones digitales o hubieras olvidado algo.

—¿A dónde quieres conducirme? —pregunté—. ¡Ah, te refieres a impresiones digitales sobre el piano!

—No sobre el piano —repuso Peter pacientemente—. A Hoyt lo golpearon con algo y no hemos visto ningún objeto contundente, ¿verdad? Bien, ese objeto debe estar en alguna parte. ¿Qué más razonable que lo hayan dejado en la sala?

—A menos que dieran marcha al piano antes de golpear a Hoyt —objeté.

—No lo creo —contestó Peter—. Esa música era algo así como una canción triunfal. Apostaría a que es así.

—Sí —contesté, y recordé la risita que había oído en la oscuridad del *hall*—. Se pueden esconder cosas dentro de un piano, Peter —agregué pensativa. No creo que me oyese. Llegamos al pie de la escalera, donde se quedó mirando hacia arriba.

—Ha tenido tiempo suficiente —musitó—. Ahora veremos...

Involuntariamente lo interrumpí:

—Pero, ¿y si Judith no viniera, Peter?

—Entoces registraremos toda la casa hasta encontrarla.

De pronto oyéronse pasos en los escalones y levanté la vista. Era Judith. No pareció ni sorprendida ni complacida al vernos.

—¿Me estaban esperando? —dijo—. Lo siento. Me quedé con Nedda hasta que llegó la señora Scott.

Peter repuso amablemente que no tenía importancia la demora y que los otros estaban en el comedor.

* * *

Era un grupo silencioso el que nos esperaba en el comedor. Abundaban las tazas de café y Simmons estaba prendiendo el fuego en el hogar.

Por un momento reinó el silencio después de nuestra llegada, y luego Charles Kinross púsose en pie. Sin sus lentes perdía mucho de su arrogancia, pero su voz era suave y autoritaria.

—¡Señor Holgate! Esta noche fuimos todos a acostarnos confiando en su habilidad para protegernos. Ahora parece que la confianza no fué justificada. Un servidor público es responsable ante quienes le dieron su nombramiento. Por esa razón me siento justificado para exigir una explicación y preguntar por qué mataron a Daphne Dravis.

No era una táctica aconsejable para usar con mi marido; pero no pude hacer otra cosa que observar el lento proceso por el cual Peter comenzó a ponerse furioso. Noté que le temblaba un poco la mano al encender un cigarrillo, pero eso fué todo. Cuando habló, lo hizo con voz firme y fría.

—No fuí yo quien traicionó esa confianza, señor Kinross —replicó Peter—. Los

guardianes que puse en el *hall* fueron elegidos de entre ustedes mismos. Mi error, si es que cometí alguno, está en el hecho de que elegí muy mal entre el material que tenía a mano.

Bill Dravis elevó sus ojos.

—¿Quiere usted decir que la culpa fué mía? —preguntó lentamente—. ¿Que Daphne murió porque yo estuve quince minutos fuera del *hall*?

Peter lanzó una bocanada de humo y miró al muchacho fríamente.

—Un policía que abandona su puesto pierde su empleo. En tiempo de guerra un soldado que hiciera lo mismo sería fusilado. Aparte de la responsabilidad que debe sentir usted por lo sucedido, puede agradecer que no se le mande a la silla eléctrica.

—¡No! —gritó Judith, pero Bill Dravis parecía poco preocupado.

—Eso es una tontería —respondió desdeñosamente—, porque yo no la maté, y podría probarlo.

Peter pareció perder entonces el control de sus nervios. Adelantóse un paso, y antes de que pudiéramos darnos cuenta de sus intenciones, aferró a Bill por los hombros con terrible fuerza.

—Muy bien —declaró—. Ya lo ha insinuado una vez antes. Ahora quiero saber dónde pasó usted ésos quince minutos.

El muchacho lo miró con fijeza.

—No se lo diré...

—Sí que lo dirá —contestó Peter seriamente, y comenzó a sacudirlo con violencia.

Supongo que era algo así como un "tercer grado", y nos tomó a todos tan de sorpresa que no pudimos hacer otra cosa que observar la escena horrorizados, hasta que la cabeza del muchacho golpeó con fuerza conta el respaldo de la silla en que estaba sentado.

Me puse en pie de un salto, pero Paula Schofield se me adelantó. Sollozando, tomóse del brazo de Peter, y le dijo:

—Déjelo en paz... No fué culpa de él, sino mía. El no quería ir...

—Gracias —repuso Peter, soltando al muchacho—. ¡Eso es lo que quería saber!

Bill Dravis dejóse caer contra el respaldo de la silla. Estaba abatido físicamente, pero sus ojos seguían mirando con furia a Peter. Luego volvióse hacia Paula:

—¡Tonta! ¿Para qué se lo dijiste? No me hubiera hecho hablar.

Lo que, según me dijo Peter después, era perfectamente cierto. Pero Paula pareció no notar que le habían llamado tonta y al cabo de un momento Bill la tomó de la mano y le dijo:

—Bueno, querida, ahora que estropeaste todo, podríamos decírselo.

Volvióse hacia Peter y lo miró sin resentimiento alguno.

—Es usted terriblemente fuerte, Holgate —comentó.

—Bueno, Dravis, hable ya.

—¿Por dónde comienzo? —inquirió Bill.

—Con lo que sucedió en cuanto usted dejó su puesto.

—No sucedió nada —repuso Bill desafiante—. Todos se fueron a la cama, como usted lo ordenó... excepto su esposa. Abrió la puerta una o dos veces, buscándolo. A usted le oí dando vueltas por el piso bajo, pero no se oían ruidos arriba. Luego subió usted, apagáronse las luces y todo quedó completamente silencioso.

—¿Y bien? —le urgió Peter.

—No sé cuánto pasó hasta que Paula me llamó. Me di cuenta de que había estado llorando. Me dijo que quería hablarme y le respondí que podíamos hablar allí en el *hall*, pero ella temió que alguien nos pudiera escuchar. De modo que fuí a su cuarto...

—¿Cerró usted la puerta?

—¡Sí, cerré la puerta! —repuso Bill—. ¿Por qué no había de hacerlo? De todos modos estamos comprometidos para casarnos.

—¡Cielos! —le interrumpió Peter—. No se aparte del tema. ¿Cree que me interesan sus asuntos amorosos? Prosiga. ¿Qué le dijo ella?

—Me dijo... —comenzó Bill. Titubeó y luego cerró la boca con firmeza—. No hay caso, Holgate. ¡Que me maten si se lo digo!

—Creo que me lo dirá —dijo Peter y se puso en pie.

Al ver su actitud, Paula Schofield lanzó un sollozo y se acercó a él.

—¡No lo toque! —exclamó—. ¡Yo le diré todo!

Peter volvióse hacia ella.

—Se lo dije yo —dijo—. Estaba usted preocupada, ¿no es cierto? Porque no había dicho la verdad respecto a lo ocurrido en la biblioteca con Carter Dravis cuando usted perdió su pañuelo. Temía que yo averiguara la verdad y me enterase de que Carter Dravis no la quería a usted como nuera. Tanto es así que estaba dispuesto a ayudarla en sus ambiciones teatrales para salvar a su hijo de un matrimonio que consideraba inconveniente.

Bill incorporóse con los puños crispados.

—¿De dónde sacó usted todas esas tonterías? ¿De Simmons? Porque si es así, mañana mismo se va de esta casa.

—¡Por favor, Bill! —le dijo Paula—. Son todas conjeturas, ¿no te das cuenta? —miró a Peter—. No fué así, señor Holgate. En cierto modo tiene usted razón, porque el señor Dravis no me quería como nuera..., sino como esposa. No fué por Bill por lo que discutimos, sino por eso... Me... me dijo que se divorciaría de Daphne para casarse conmigo, y... y me besó. Yo no sé cómo pude escaparme, pero perdí el pañuelo que usted encontró.

Por un momento reinó el silencio en la habitación. Peter demostraba sorpresa y alguna otra emoción —horror, tal vez— en su rostro.

—¿Y cuándo sucedió eso, señorita Schofield? —inquirió—. Me refiero en relación directa con la muerte de Carter Dravis.

—Acababa de entrar en la habitación para vestirse de Santa Claus. El traje estaba sobre el escritorio, dentro de una caja de cartón. Me lo mostró antes de...

Peter desechó lo siguiente.

—Y usted estaba trastornada, como es natural —dijo—. ¿Qué hizo después de escapar de la biblioteca?

—Bill estaba en el *hall*. Me había visto entrar con su padre y me esperó afuera. Vió en seguida que había ocurrido algo. Cuando me lo preguntó, se lo conté todo.

Un suspiro partió de todos los labios. La joven miró en derredor y preguntó atemorizada:

—¿Qué pasa? ¿Qué he dicho?

Fué Bill quien se lo dijo. Lo hizo tranquilamente y sonriendo en una forma que me emocionó.

—No es nada, querida. Sólo que hace un momento me amenazó Holgate con la silla eléctrica, ¿recuerdas? Ahora parece que el peligro se ha acercado más... ¡No llores, querida! No es culpa tuya. Tú no sabías...

XI

Fué entonces cuando Peter hizo algo que me explicó la razón de que yo lo quiera tanto.

FRANK-BUESA por Rafael

...y cumplió









No se movió del sitio en que estaba parado y su voz siguió siendo la misma de antes, pero por alguna razón resonó en todo el comedor.

—¿Mató usted a su padre, Dravis? — preguntó.

Bill le miró a los ojos.

—Holgate, le juro por Dios que no.

Peter rompió a reír.

—Si eso le produce alguna satisfacción — contestó —, le diré que yo le creo. Ahora proseguiremos con otras cosas.

No había duda alguna que esto no agradó a ninguno de los otros.

Peter lo notó, pero no hizo caso. Su mirada fijóse en Hugo Innes.

—En vista de todo lo sucedido, señor Innes, ¿querría usted corregir su declaración original con respecto a la muerte de Carter Dravis?

Innes incorporóse de un salto.

—Oiga usted, Holgate — replicó furioso —, le advierto que no me someteré a sus métodos violentos.

—Tome asiento— le contestó Peter suavemente —. Nadie espera eso de usted. Solamente quiero hacerle algunas preguntas. Porque ha llegado el momento en que debemos movernos, con policía o sin ella. Algunos de ustedes pueden haber odiado a Carter Dravis lo suficiente para matarlo. Ahora está muerto. Muy bien, admito que su muerte es asunto que resolverá la policía. La muerte de la señora Dravis, unida a nuestro temporario aislamiento, es otro asunto. ¿Quién la odiaba lo suficiente como para matarla? ¿A quién beneficiaría su muerte? ¿Por qué murió?

Hizo una pausa para mirar a todos y prosiguió:

—Debe haber una respuesta para todas esas preguntas. Y si no la hay, ¿cómo sabemos que en cualquier momento no nos llegará a nosotros el turno de morir, víctimas de un asesino que ya ha matado dos veces?

Nadie respondió. El cuadro que Peter acababa de pintar era terrible. No hicimos más que mirarlo y escuchar. Peter nos observó un momento.

—Por eso hago preguntas, señor Innes. Como precaución y para nuestra seguridad. No sólo la mía, sino también la de todos.

—Comprendo — respondió Innes apresuradamente —. Comprendo y cooperaré con gusto. La situación es terrible. No me había dado cuenta...

La actitud del hombre había cambiado por completo. Desaparecía todo su antagonismo anterior.

—¿Qué desea saber?

—¿Qué ocurrió después que usted fué arriba? — inquirió Peter.

—Nada — repuso Innes —. Absolutamente nada. Me acosté en seguida. Tomé un analgésico para poder dormir, porque estaba muy nervioso.

Peter lo miró, extrañado.

—¿Tiene usted analgésico?

—Por cierto que sí — respondió Innes —. Sufro de insomnio, y en mi profesión es necesario descansar bien para poder trabajar como debo.

—Muy bien — dijo Peter —. ¿Hay algún otro que tome drogas? ¡Vamos..., hablen!

Estaba mirando directamente a Lydia Hoyt y ésta apabullóse un poco.

—Si se refiere usted a polvos para dormir, yo tengo un poco. ¿Por qué no? Son inofensivos.

—No lo dudo — dijo Peter gravemente —. Sin embargo, creo que los tendremos aquí como precaución. ¡Marcia! ¿Quieres ir con la señorita Dravis y Simmons por todas las habitaciones? Tráeme todas las drogas que encuentres. Y me refiero a todo... hasta las aspirinas.

Ya se elevaba un coro de protesta. Oí que Lydia Hoyt decía:

—¿Aspirinas? ¡Si las aspirinas son completamente inofensivas!

—Pero, mi estimado señor Holgate — objetó Kinross —, asume usted los poderes de un dictador. Yo, por ejemplo, estoy bajo cuidado médico. Tengo unas gotas que debo tomar a intervalos regulares. Si se me quitaran...

—No se le quitarán — replicó Peter fríamente —. Cuando necesite una dosis, véame. — Me miró —. ¿Vas ya?

Me fuí a continuación al lado de Judith y de Simmons. Razón por la cual no oí lo que los otros tenían que decir. Luego Peter me contó todo y me dijo que no logró gran éxito con su interrogatorio. Ninguno de ellos había oído música, y si la oyeron no querían decirlo.

El registro de las habitaciones, efectuado bajo la desaprobadora mirada de Judith, no resultó nada agradable, aunque sí fué provechoso. Llegó el momento en que tuvimos que usar un canasto de papeles para poder llevar todo lo que encontramos.

Comenzaba a clarear, la tormenta continuaba aún cuando terminamos nuestro trabajo y regresamos al comedor. Peter examinó el contenido del canasto.

—¡Buena caza! — comentó —. Muy bien..., todos ustedes pueden retirarse ya. Sugiero que se vistan y regresen pronto. No olviden que en el número está la seguridad.

Pensativamente retiró un frasquito de todo el contenido del canasto.

—¿De usted, señor Kinross?

—Mis gotas — replicó el actor-director con furia —. Le hago responsable de ellas, señor Holgate.

—¡Hum! — murmuró Peter. Sacó el corcho y olió el frasco —. ¿Para qué son?

—Para el corazón — respondió melancólicamente Kinross —. Me dan ligeros ataques. El doctor...

Peter le interrumpió rudamente.

—¿Sabe lo que es?

—Por supuesto. Es una medicina común para el corazón. Digitalina.

—Gracias — repuso Peter. Tapó el frasquito y volvió a colocarlo en el canasto.

—¿No me lo da usted? — preguntó Kinross.

Peter sacudió la cabeza.

—Por desgracia no se lo puedo dar. Olvida usted que lo que hace bien a uno puede causar la muerte a otro — repuso.

Kinross palideció un poco y bajó la mano.

—Sí, comprendo. Tal vez tenga razón.

Con esas palabras se retiró.

El era el último. Todos se habían retirado, menos Judith y Simmons.

Miré a Kinross, que parecía retirarse muy abatido.

—Peter, ¿había necesidad de privarle de su remedio? — pregunté.

—Sí. Tú no sabes que la digitalina es buena para un corazón debilitado, pero que una dosis administrada a una persona sana puede ser fatal.

Lo miré asombrada y mi esposo rompió a reír.

—Bien, ya veo que no lo sabías. Ahora veamos qué tenemos en el canasto.

Revisó todo (que era bastante), pero lo interesante fué cuando llegó a lo que reposaba en el fondo del canasto.

Creo que hasta Peter se sorprendió.

—¿Qué es esto? — preguntó.

—Exactamente lo que parece — repliqué —. No hubieras querido que lo dejara atrás, ¿verdad?

—¡Diablos, no! — respondió Peter con énfasis.

Tomó la jeringa hipodérmica y la examinó.

—¿Sabes de dónde salió esto? — me preguntó.

—Estaba en el bolso de Nedda Graham. Y el cuchillo pertenece a *Madame* Ludokova, y uno de los revólveres es de Hoyt.

—¡Hola! — exclamó Peter —. ¡Éste es el mío!

—Claro, me pareció que ya era hora de que lo llevaras encima.

—Sí — repuso Peter. Lo guardó en el bolsillo y luego señaló la otra arma —. ¿De quién es ése?

—Estaba en el cajón superior de la cómoda de Bill Dravis — dije lentamente.

—Cargado — comentó Peter. Volvióse hacia Judith —. ¿Su hermano solía tener un revólver en su habitación?

—Lo siento, pero no lo sé — repuso ella —. Supongo que no. Nunca vi armas en la casa. Claro que hay algunos rifles, y papá tenía una escopeta; también había un revólver en el cajón del escritorio... Era de Wilson, el que fué secretario de papá.

—Una escopeta, ¿eh? — observó Peter —. Muy bien, tomaremos todo. Ahora bien, ¿dónde podremos guardar todo esto bajo llave?

—En la oficina hay una pequeña caja de hierro — respondió Judith —, aunque algunos conocemos la combinación. Es decir, yo y Bill..., y tal vez Lydia...

—Cambiaré la combinación — dijo Peter. Guardó todo en el canasto y se puso en pie —. ¿Quiere usted mostrarme la caja?

Los seguí hacia la oficina. Había una puerta de esa habitación que daba al *hall* y otra a la biblioteca. Nos encaminamos a la que daba al *hall*.

Como Peter se retrasó para dar una orden a Simmons, nosotras dos llegamos primero. Esperé hasta que Judith abrió la puerta y buscó la llave de la luz.

—La caja no es muy buena — comentó Judith —. Me temo que el señor Holgate se sentirá decepcionado...

Sus palabras apagáronse y lanzó una exclamación ahogada. "¿Qué?, me dije, ¿otro cadáver?", y recordé en seguida que no faltaba ninguno. Luego pensé en el abogado que se esperaba en la casa. ¿Y si había venido y estaba allí muerto?

Pero no había nada tan espantoso en el escritorio. Lo que vimos era menos terrible, aunque resultara mucho más inexplicable. Pues la puerta de la caja de hierro estaba abierta y de su interior habían caído al suelo todos los papeles.

XII

Nos hallábamos en nuestra habitación, vistiéndonos para hacer frente a otro día en la casa. Peter estaba anudándose la corbata frente a la ventana y observando los campos cubiertos de nieve.

—¡Si la tormenta amaina un poco! — dijo.

—¿Cuánto tiempo tardaría en llegar la policía al terminar la tormenta? — pregunté.

—No mucho. Si es que pudiéramos avisarla — repuso Peter —, pero estamos peor que si nos halláramos en un barco en alta mar... — una expresión de sorpresa reflejóse en sus ojos —. ¡Oye, en alta mar tienen radiotelefonía! ¿No habrá en la casa un aparato?

En ese momento oyóse un golpecito en la puerta y apareció Simmons con el desayuno. Peter esperó hasta que tuvo la mesa puesta y luego le dijo:

—Simmons, estuve pensando que tenemos que dar aviso a la policía.

Se oyó el golpear de cristales sobre la vajilla, pero casi en el acto Simmons se recobró.

—Sí, señor — repuso con su flema acostumbrada.

—¿No sabe usted si por aquí hay alguien que tenga un aparato transmisor de onda corta? — preguntó Peter.

De nuevo noté que el mayordomo titubeaba. Luego contestó:

—Creo que el hijo del cuidador tiene uno y es operador con licencia, señor. Se llama Michael Gargan.

Peter elevó las cejas.

—¿Cuidador? ¿Aquí mismo en la casa? ¿Podría verlo?

Simmons consideró dudoso que Michael Gargan estuviera alejado de su casa. Dijo que le habría llamado por teléfono, pero que los cables del teléfono interno también estaban averiados, y que sería necesario mandar a alguien con un mensaje. Sería cuestión de cruzar el espacio que separaba la casa principal de los edificios que estaban a unos doscientos metros de allí.

Simmons se retiró para buscar algunas ropas de abrigo para nosotros.

A Peter le llamó la atención el hecho de que no lo hubieran informado de la existencia de un aparato de onda corta con el que se podía comunicar con la policía, y así lo comentó conmigo mientras nos dirigíamos hacia la casa del cuidador. Una vez allí fué cuestión de minutos comunicarse con la estación de policía de Boynton Corners. Los funcionarios le prometieron mandar gente tan pronto como pudieran limpiar de nieve el camino. Mientras tanto le ordenaron no tocar nada en la biblioteca y no permitir que nadie se retirara de la casa. También le pidieron que se hiciera cargo de todo hasta su llegada.

Peter parecía más contento cuando, después de otra lucha con la tormenta, logramos llegar de nuevo a la casa. Era más tarde de lo que sospechábamos y ya estaban sirviendo el almuerzo.

Mientras Peter se lavaba las manos, yo le dije:

—Pero tú has movido las cosas, ¿no es verdad, Peter? Por lo menos retiraste los cadáveres.

—No se podían dejar allí — replicó Peter —. Y, ya que estamos sobre el tema, ¿se te ha ocurrido pensar que yo cerré con llave la puerta de la biblioteca y me llevé la llave en el bolsillo? Pero cuando bajamos de nuevo estaba abierta: Daphne Dravis estaba muerta en su interior. ¿Qué te parece eso?

—Pues me parece que hay otra llave y que Daphne sabía dónde estaba — repuse.

—No sé cómo será el asunto, pero con órdenes o sin ellas, pienso registrar el escritorio y la biblioteca después del almuerzo.

El grupo reunido a la mesa del almuerzo estaba muy callado. Nedda Graham permanecía arriba con su paciente. Lydia Hoyt había llevado abajo a sus niños. Eran dos pequeños muy simpáticos. La niña, Wendy, que tenía unos seis años, era tan rubia como su madre, y el niñito, de cuatro años de edad, parecíase muchísimo a Alden Hoyt.

Peter no quiso informar a nadie que había logrado comunicarse con la policía. Pero cuando terminó el almuerzo propuso que alguien le acompañara como testigo, pues pensaba registrar de nuevo la biblioteca. Bill se dispuso a acompañarlo; mas Peter miró a Kinross.

—¿Quisiera acompañarme usted, Kinross?

Creo que Kinross se sintió tan halagado como sorprendido. Aceptó encantado la invitación.

—Como usted disponga, Holgate — repuso en seguida.

Me quedé al lado de Hugo Innes, quien hizo un comentario desagradable respecto a Kinross.

Cuando le miré con expresión desaprobadora, me dijo:

—Lo siento, pero ese viejo tonto me da asco. Y aunque los rusos hayan confirmado su coartada con relación a la muerte de Carter, todavía no tiene ninguna en el caso de Daphne.

—Pero, ¿por qué habría de matar a Carter Dravis o a su esposa?

Innes encogióse de hombros.

—¿Por qué? — dijo como al descuido—. Por la misma razón que pudimos haberlo hecho cualquiera de nosotros. Carter tenía lo que nos faltaba a nosotros: dinero, y últimamente, a pesar de su pose de protector de las artes, ha sido muy poco generoso. Le diré que estoy enterado de que Kinross vino aquí a pedir dinero para una obra. Por esa razón hubiera tomado como estrella a la Schofield aunque la chica no supiera representar — me mostró los dientes en una sonrisa desagradable —. Cualquier cosa para agradar al dueño de los ducados.

En ese momento acercóse Paula Schofield, e Innes se vió obligado a callar y retirarse.

Noté que la joven había estado llorando.

—Señora Holgate — me dijo —, estoy asustada.

—¿Por Bill? — le pregunté —. No hay ninguna razón. No creo que nadie suponga que él haya matado a su padre, y usted misma le dió una coartada para lo ocurrido anoche. Por otra parte, debe usted confiar en Peter. Tal vez él descubra algo que nos alivie de esta tensión.

Luego nos quedamos todos esperando frente a la puerta de la biblioteca. Pero cuando Kinross y Peter regresaron no parecían muy contentos. Kinross preguntó si habíamos tomado el té, mientras que Peter dejóse caer en una silla, y en su rostro apareció una expresión de disgusto.

Me acerqué a él.

—Peter — le dije —, ¿encontraste algo? ¿Impresiones digitales o algún indicio?

Mi esposo se incorporó lentamente, y repuso:

—Impresiones digitales, no. La caja estaba limpia.

Recorrió con sus ojos los rostros de todos los presentes.

—Alguien se está pasando de listo. Me gustaría recordarle a esa persona que no existe el crimen perfecto, y que todo lo que un delincuente haga para encubrir sus acciones no logrará más que retardar la ineludible revelación de la verdad.

Tal vez esas palabras significaban algo para uno de los presentes. Yo no las entendí.

—No comprendo — le dije —. ¿Quieres decir que has encontrado algo?

—¡Oh, sí! — exclamó sonriendo —. Hemos encontrado algo. Tres "algo", para ser exacto, y ninguna de esas cosas estaba en la biblioteca cuando la registré después de la muerte de Carter Dravis — sa-

có un sobre del bolsillo —. Aquí están. ¿Son de alguno de ustedes?

Nadie contestó. Sólo la vista me respondía, y aun así dudaba del testimonio de mis ojos. Pues uno de los indicios que sacaba del sobre, lleno de horribles manchas de sangre, era una cinta plateada del vestido que usé la noche anterior.... el vestido que me había facilitado Judith.

XIII

La señalé con el dedo.

—¿De dónde sacaste eso? — pregunté —. ¡No la habrás encontrado en la biblioteca! Porque parece ser una de las cintas del vestido que yo tenía puesto anoche.

—Ya lo comprobaremos — repuso Peter: Se volvió hacia Judith —. ¿Quiere pedir que traigan ese vestido?

Cuando lo trajeron, Peter lo examinó y comprobó que la cinta pertenecía a uno de los adornos.

—¡De modo que la sacaron del vestido! — exclamé. Me volví hacia Judith —. ¿Estaba así cuando usted me lo prestó?

Sacudió la cabeza.

—No sé — repuso —. Yo no lo creo.

—¡Pero yo lo tenía puesto! —dije exasperada —. ¿Cómo pudo llegar a la biblioteca? ¡Seguramente no pensarán que arranqué esa cinta y la dejé allí!

—Nadie piensa tal cosa — dijo Peter—. Pero trata de recordar si alguien demostró interés en el vestido. ¿Tuvo alguien oportunidad de cortar esa cinta?

Sentí que un estremecimiento me recorría el cuerpo. Pues recordé que Bill me había dado un tirón de una de las cintas cuando no quiso que me alejara de él.

—No — respondí —, mirando a Peter.

Casi en seguida oí la voz de Tanya Ludokova que hablaba en su extraña lengua. Todos nos volvimos hacia ella. La mujer tiraba de la manga de Andranoff y el instinto me dijo que estaba hablando de mí.

Así era. Andranoff mostróse muy turbado y me miró.

—No me gusta decir esto— dijo —. Yo creo que ella está equivocada. Dice que vió al señor Dravis tirando de una de las cintas del vestido de *Madame* Holgate, antes de la "Danza de Santa Claus".

—¿Y qué prueba eso? — pregunté furiosa —. Es posible que él lo haya hecho, pero, ¿cómo podía arrancar una de las cintas sin que yo me diera cuenta? Lo que pasa es que robaron la cinta antes de que yo me pusiese el vestido, y la colocaron a propósito en la biblioteca.

—¡Correcto! — dijo Peter. Parecía muy contento —. Lo hizo alguien que quería confundir la investigación. Eso es lo que quise significar cuando dije que alguien se pasaba de listo. Uno o dos indicios, hallados donde no deben estar, pueden ser una coincidencia; pero media docena que indiquen direcciones imposibles... ¡No! No. Lo que resulta imposible de creer es la variedad de ellos mismos. Tenemos un indicio que señala a mi esposa, otro al señor Kinross y un tercero a la señorita Schofield; para no mencionar el botón de la americana del señor Innes...

—¡Cielos! — exclamó Innes por lo bajo.

—...y una colilla de los cigarrillos que fuma el señor Andranoff.

Entonces intervino Tanya Ludokova para decir algo en voz muy excitada, y pensé que si no comprendía inglés, parecía entender por instinto lo que se decía. O tal vez fuera que el nombre de Andranoff le hubiese dado la pauta de lo que se hablaba.

Una vez más los dos rusos intercambiaron frases, y luego Andranoff miró a Peter.

—Ella dice que la colilla no tiene importancia. No fuí yo. Dice que anoche no pudo dormir, y estuvo escuchando y vigilando. Yo no salí de mi cuarto; si así lo hubiera hecho, ella se habría dado cuenta, y — terminó con gran sencillez — lo que ella dice es la verdad. Me ama.

Nadie, ni siquiera Peter, pudo responder a eso, y la aparición de Simmons con el té puso punto final a la conferencia.

Me llevó mi taza hacia una de las ventanas y allí me quedé. Cuando Peter se acercó a mí, le expresé:

—Innes me dijo que Charles Kinross vino aquí con el fin de conseguir dinero para montar una obra.

—¿Y crees que ése puede ser motivo para el asesinato? — preguntó Peter sin interés —. Te diré otra cosa. También Innes vino para eso. El y su esposa tienen pensado montar una obra y necesitan dinero. Vinieron aquí para interesar a Dravis en el proyecto.

—Bueno, pues entonces son dos — comenté.

—Tres — respondió Peter —. También ése es el motivo de la visita de Andranoff con su agente. Aparentemente, quiere su propio *ballet*.

—¿Y Tanya Ludokova? — pregunté —. ¿Tendrá ella algún motivo ulterior?

—No hay manera de averiguarlo —contestó Peter —. A menos que uno hable su idioma, hay que aceptar lo que diga Andranoff.

Decidí cambiar de tema.

—Oye, querido — le dije —, cuando venga la policía, ¿traerán un médico?

—¿Para Hoyt? Sí. Tratarán de traer una ambulancia, pero dudo que se le pueda mover.

—¿Cómo está? — inquirí, recordando que todos habíamos olvidado al pobre hombre.

—No sé — repuso Peter frunciendo el ceño —. Sólo cuento con los informes de Nedda Graham. Estaré más tranquilo cuando llegue un médico.

Si el almuerzo resultó una reunión poco agradable, mucho peor fué la cena. No sé por qué decidió Peter dar la noticia de la posible llegada de la policía en ese momento. Posiblemente fuera porque todos veían que pasaba la tormenta y ya comenzaban a sugerir que alguien saliese a comunicar lo ocurrido a las autoridades.

—No será necesario — repuso Peter—. Ya le comuniqué todo a la policía, y esta misma noche la tendremos aquí.

Oyóse un estrépito y nos volvimos a mirar. Simmons acababa de dejar caer una bandeja cargada de platos. Miró implorante a Judith Dravis.

—Perdone usted, señorita; lo siento mucho... No sé cómo...

—Está bien, Simmons — repuso Judith poniéndose en pie —. Sirva el café en la sala.

Cuando nos hubieron servido el café, Bill Dravis comentó:

—¿Qué diablos le pasará a Simmons? *El* no tiene motivos para temer a la policía.

—¿Cómo lo sabes? — preguntó Lydia Hoyt —. Estoy segura de que los sirvientes tienen medios de obtener informes que se le niegan a sus amos. Con seguridad que Simmons sabe algo. ¡O cree saberlo!

—No — respondió Bill —. No me puede hacer creer que Simmons tenga nada que ver con esto. ¡Cristo, si tiene setenta años! Imposible imaginarlo golpeando a alguien en la cabeza.

De modo que no pensamos más en el asunto hasta la una de la madrugada, cuando se oyó ruido de pasos en el *hall* y la casa se llenó de gente de uniforme. Uno de ellos estaba entre los otros y decía:

—¿Cuál de ustedes es Peter Holgate? Soy el teniente Bassett, de la policía del Estado. Siento haber tardado tanto, pero los caminos están intransitables. A propósito, recogimos a un hombre a medio kilómetro de aquí... No quiso hablar, de manera que le trajimos para ver si ustedes lo identifican.

Un agente empujó a una figura cubierta por un sobretodo. Lo miramos asombrados, pues era Simmons.

XIV

Esa noche la policía no hizo otra cosa que tratar de averiguar, por las incoherencias de Simmons, la razón de su huida. El mayordomo aseguró que estaban equivocados, que no huía, sino que había salido a caminar, y dejó deslizar algunas insinuaciones con respecto a los huéspedes.

—¡Viejo idiota! — me dijo Peter más tarde —. Parece que quiere que lo maten. No tengo deseos de que lo encuentren muerto con un cuchillo en la espalda.

—La culpa es del whisky — comentó el teniente Bassett —. Se tomó media botella..., y cuando uno no está acostumbrado... Parece que probó la bebida de su amo por primera vez en treinta años.

El teniente sonrió y en el acto me resultó simpático. Era un muchacho agradable y casi tan alto como Peter, pero algo más pesado. Aunque la noche anterior su actitud había sido la de un oficial, esa mañana, en la soledad de nuestro cuarto, comportábase muy amigablemente con nosotros.

Estábamos desayunando juntos, después de haber trabajado ellos toda la noche en la biblioteca.

Aparentemente no lograron encontrar nada en el piso bajo, o por lo menos si lo encontraron no lo mencionaban. Me di cuenta de que el teniente estaba de acuer-

do con Peter respecto a la importancia de la multiplicidad de indicios.

—Eso significa que el criminal es un idiota o cree que nosotros lo somos — comentó.

—Prefiero la primera suposición — dijo Peter.

—¿Cree entonces que podría cometer un error?

—No sé — contestó Peter —. Hay muchas cosas en este caso que no me gustan. En primer lugar está la música. ¿Por qué lo hizo? Y el perro...

—¿Qué me dice de la muerte de Dravis? — preguntó Bassett —. ¿Le gustó eso?

—Pues le diré que fué bastante limpia. No hubo más triquiñuelas que en el cambio de cuchillos. No; lo que me intriga es la muerte del perro.

—Es posible que lo hayan matado para evitar que descubriera la presencia del criminal en un sitio donde no debía estar.

—Por eso es que no me gusta el asunto — manifestó Peter —. Tuve una vez un caso en que el criminal se libró de todo lo que se interponía en su camino. Había un niñito...

Dejé escapar una exclamación, pero el teniente me interrumpió.

—¿Cree usted que la señora Dravis fué asesinada porque se interpuso en el camino de alguien?

Peter asintió.

—Creo que sabía o sospechaba quién había matado a su esposo.

El teniente frunció el ceño.

—Y sabiendo eso, ¿bajó para encontrarse con el asesino?... No lo creo, Holgate.

—Es verdad — convino Peter —. Pero tampoco comprendo nada de esto. Falta un motivo para los asesinatos, a menos que ella conociese algo.

—Supongamos que hubo una discusión — comentó el teniente —, y que el crimen no fué premeditado. Alguien tomó el cuchillo y le dió una puñalada.

—¿Lo cree usted así? ¿Entonces qué me dice del cuchillo? No se materializó del aire, y ninguno de los Dravis o de los sirvientes admite haberlo visto antes. Sin embargo, apostaría mi reputación a que la autopsia corrobora que Dravis fué muerto con ese cuchillo.

El teniente pareció exasperado.

Yo interrumpí su posible comentario diciendo:

—Lo más interesante de todo sería encontrar ese testamento de que me habló Bill.

Los dos se dieron vuelta para mirarme, como si hasta el momento hubieran olvidado mi existencia.

—Supongo que lo tendrá el abogado — dijo Peter con tono de duda —. Se llama Drew, ¿verdad?

—¿Y no crees que el testamento estaría en la caja? — pregunté.

El teniente pareció sobresaltarse.

—¡Cielos, espero que no! — exclamó—. Cualquiera podría haberlo quemado.

—Nadie tenía intención de hacer desaparecer el testamento — dijo Peter —. Si no estoy muy equivocado, creo que el documento está bien a salvo.

—¿Usted cree que el motivo podría estar en el testamento?

—Creo — repuso Peter lentamente — que si Dravis no hubiera pensado cambiar el testamento, todavía estaría vivo. Con toda seguridad que todos estaban enterados de su idea. Tanto los huéspedes como la servidumbre.

—¡Oh, bueno! — observó el teniente poniéndose en pie —. Todo está bien claro. El muchacho mató a su padre, y no me extraña, con los motivos que tenía para hacerlo.

—¿Y olvida usted a los Hoyt? — inquirió Peter —. Ellos debían tener gran interés en el dinero de Dravis. La niña de la señora Hoyt es hija de Dravis.

El teniente pasóse la mano por la barbilla.

—¡Quisiera que se presentase ese abogado! — exclamó.

Nunca se ha visto un deseo cumplido con tanta prontitud, pues se oyó un golpe en la puerta y asomó la cabeza de un agente.

—Abajo hay un tipo llamado Drew — anunció.

—¡Por las barbas del profeta! — musitó el teniente, lo que según supe después era su exclamación favorita.

Luego los dos lanzáronse hacia la puerta, y yo los seguí.

Al llegar abajo vimos a George Drew. Era un joven de menos de treinta años, de cabellos tan rojos como los míos y de agradable apariencia. Tenía la mano izquierda vendada.

Mi primera impresión me reveló también que el hombre estaba furioso. Al vernos llegar se volvió para mirarnos con ira.

—¿Qué pasa aquí? ¿Quiénes son ustedes? ¿Qué hace aquí la policía? ¿Dónde está Simmons? ¿Y Bill y Judith?

Eso, por lo menos, recibió respuesta. Inesperadamente pasó por entre nosotros Judith Dravis y tomó a Drew del brazo. El abogado la abrazó en seguida.

—Querida, ¿qué pasa? — preguntó el hombre.

—Estamos en un apuro terrible, George — respondió ella —. Papá y Daphne han sido asesinados...

Noté que Drew abría la boca asombrado, para cerrarla luego con fuerza.

—Un momento — dijo —. A ver si lo entiendo. ¿Dices que tu padre y Daphne fueron asesinados?

—Creen que fué Bill — contestó Judith.

—¡Bill! — exclamó Drew con voz cortante —. ¡Qué idiotez! ¡Bill no sería capaz de matar ni a una mosca! —de pronto se le ocurrió una idea —. ¡Judith, escucha!... ¿Qué hay del testamento? ¿Lo cambió?

Judith no llegó a responderle, pues Peter intervino entonces.

—Oiga usted, Drew, se le esperaba aquí hace dos noches. ¿Dónde ha estado?

Drew volvióse hacia él como fiera acorralada.

—¿Quién diablos es usted? — le espetó.

—Me llamo Holgate..., si es que importa.

—No importa — respondió Drew —. ¿Ha olvidado que había una tormenta la otra noche?

—No fué eso lo que le pregunté — observó Peter serenamente.

—¿No? Entonces le diré que estuve en Boynton Corners, esperando que los caminos estuvieran transitables otra vez.

—Si usted lo dice, lo creeré — le dijo Peter—, ya que esa coartada será correcta y se podrá comprobar.

George Drew le miró receloso.

—Gracias — dijo, aunque en el tono de su voz se notaba la duda.

—Todo eso está bien; pero ¿qué diría usted si yo afirmo que estuvo aquí en esta casa antes de ir a Boynton Corners? — preguntó Peter.

Drew alejóse un poco de Judith y miró fijamente a Peter.

—¿Qué quiere decir con eso?

Un rumor de pasos impidió la respuesta. Un agente se asomó a la puerta y anunció al teniente Bassett:

—Hemos encontrado manchas en una alfombra de uno de los cuartos traseros, teniente. ¡Parecen ser de sangre!

En el silencio subsiguiente resonó la voz de Peter.

—Señor Drew, ¿no le parece que ya podría decirnos cómo se hirió en la mano?

XV

Paulatinamente fué desapareciendo la truculencia de Drew. Tragó saliva, y sus ojos fijáronse en el teniente.

—Oiga usted, teniente, ¿no podríamos hablar en un sitio más privado?

—Por supuesto — repuso Bassett —. Iremos donde están las manchas. Muy bien, Wilson; ya vamos.

Emprendió la marcha y todos lo seguimos. Al llegar a una salita de la parte trasera vimos las manchas en la alfombra. Wilson estaba de rodillas cuando entramos y nos las señaló.

De pronto recordé algo.

—¡Peter! Esa sangre en la nieve... ¿Crees...? — comencé.

Pero Peter me hizo callar con un gesto.

El teniente ordenó a Wilson que se llevara la alfombra al laboratorio para hacer analizar las manchas. Cuando el agente se hubo retirado con su carga, Bassett sentóse sobre una mesa y dijo:

—Muy bien, señor Drew. ¿Está dispuesto a contarnos lo que le pasó en la mano?

—Claro que se lo contaré — repuso el abogado —. Estuve aquí, pero eran más o menos las seis... y Dravis estaba vivo...

Nos informó que Carter Dravis le había llamado la noche antes de su muerte.

—Estaba desesperado y me pidió que viniera en seguida.

—¿Dijo para qué lo necesitaba? — inquirió el teniente.

George Drew sacudió la cabeza.

—Se lo pregunté, pero no quiso decírmelo. Dijo que lo averiguaría al llegar.

—¿No sospechaba usted nada?

—Nada; es decir... — Drew titubeó —, yo suponía algo por lo que me dijo Dravis respecto a que tenía dificultades con..., pues con alguien a quien conocía o acababa de conocer; no estoy muy seguro. Creí que habría arreglado todo y que me necesitaba para el aspecto legal del asunto.

—¿Qué clase de dificultades? ¿Extorsión?

George Drew no estaba seguro, pero creía que no. Tenía la idea de que se trataba de una demanda legítima. Por lo general suele ocurrirle eso a los hombres ricos cuando se presenta el fantasma de alguna travesura de su juventud.

Entonces el teniente preguntó cómo era que siendo él abogado de Carter Dravis no estaba enterado de los pormenores del asunto.

Drew repuso que él no era el padre confesor de Dravis. Además, dió a entender que Dravis en persona estaba manejando el asunto y tenía su solución. Se figuraba el abogado que la víctima tenía pensado entregar una gran suma para arreglar la dificultad.

El teniente volvióse hacia Judith.

—¿Usted sabía esto, señorita Dravis?

—No — repuso Judith.

—¿No sería algo relacionado con el nuevo testamento de su padre?

—Lo dudo. Papá decidió cambiar el testamento después de una discusión que tuvo con Bill y conmigo.

El teniente frunció el ceño.

—¿Puede usted decirnos sobre qué discutieron?

—¡Sí, cómo no! Yo le comuniqué mi compromiso a papá y él se puso furioso.
—¿Tanto que amenazó con desheredarla?
En los labios de Judith dibujóse una sonrisa acerba.
—Así era él; siempre quería tenernos dominados, y la única forma de escapar era para nosotros el matrimonio. Por eso trató de impedir que nos casáramos. Siempre se opuso al matrimonio de Bill y Paula. Ahora, cuando supo que yo estaba comprometida se puso furioso. Dijo que si nos casábamos nos dejaría sin un centavo. Cuando le contestamos que hiciera lo que quisiese, llamó a George.
Siguió un momento de molesto silencio. Luego el teniente habló con gran delicadeza, como si estuviera pisando terreno peligroso.
—¿Y cómo se llama su prometido, señorita Dravis?...
—¡Oh, creí que lo había adivinado usted!... Me voy a casar con el señor Drew.
El teniente volvióse hacia el abogado.
—De modo que viajó usted trescientas millas por el privilegio de redactar un documento que dejaría a su futura esposa sin dinero. No me parece sensato.
—¿Cree usted que hubiera venido tan rápido, de haber sabido lo que quería? —repuso Drew—. Le digo que no lo supe hasta que Judith me vió...
De pronto calló, horrorizado ante lo que había dicho.
El teniente lo miró con una sonrisa a flor de labios.
—Así que ella lo vió a usted, ¿eh? ¿Y le dijo lo del testamento?... Bien, bien. Es muy interesante lo que me dice. —Se puso en pie y su voz cambió por completo—. Suponga usted, señor Drew, que yo ahora me figurara que no quiso usted perder una esposa rica y que los dos planearon asesinar a Carter Dravis *antes* de que pudiera cambiar su testamento...
—¡No! —le interrumpió Judith—. ¿Está usted loco? ¿No se da cuenta de que George no mató a papá? ¿Cómo podía hacerlo? Ni siquiera estaba aquí cuando papá murió.
—Eso dice usted — contestó Bassett, secamente.
—¡Pero puedo probarlo! —exclamó Drew—. Admito que vine y que vi a Judith y que hablé con ella; pero luego me fuí. Carter Dravis estaba vivo.
Su voz se apagó. El joven miraba a Judith.
—¿Sí? —le urgió el teniente—. ¿A qué hora se figura usted que murió? Y otra cosa: no ha contestado a la otra pregunta... ¿Cómo se hirió la mano?
Pareció que pasaban siglos antes de que George Drew respondiera con voz débil:
—¿Mi mano?... Pues, le diré. Cuando Dravis me llamó para que viniese en seguida, le contesté que saldría a la mañana siguiente, y así lo hice; pero no llegué aquí hasta las seis por causa de la tormenta. Simmons me hizo entrar por la puerta trasera. Yo le conozco bien, de modo que le pedí que no avisara a Dravis que estaba aquí, sino que le dijera a Judith que bajara. Creí que ella me diría lo que pasaba. Simmons sugirió que esperase aquí, en esta salita. Las luces estaban apagadas, y yo no las encendí para no llamar la atención sobre mi presencia hasta haber visto a Judith. Al cabo de un rato cerré la puerta por temor de que alguien entrara. Fué entonces cuando ocurrió.
—¿Qué ocurrió?
—Esto —levantó la mano vendada—. Supongo que me tropecé con el asesino, teniente.

Eso nos sorprendió. Hasta el teniente Bassett preguntó:
—¿Quiere usted decir que el asesino de Carter Dravis le asaltó en la oscuridad y trató de matarlo, y que usted se hirió en la mano durante la lucha?
—Alguien me asaltó —repuso Drew—. En vista de lo ocurrido, me figuro que era el asesino.
El teniente gruñó recelosamente:
—¿Quién le asaltó? ¿Hombre o mujer?
—No estoy seguro. Creo que era un hombre, debido a su fuerza y a las mangas. Las mujeres tendrían vestidos de fiesta, ¿no es verdad?
—¡Hum! —musitó el teniente—. ¿De dónde le parece que salió?
—Eso tampoco lo sé. Estaba oscuro y yo me había quedado cerca de la puerta. No recuerdo haber oído ningún ruido. Creo que fuera quien fuese, ya estaba allí cuando entré yo. Probablemente estaría vigilando. Es posible que me haya oído preguntar por Judith.
—Quizá eso tenga sentido —dijo el teniente—, pero yo no lo creo. ¿Por qué habría alguien de tratar que no hablara usted con la señorita Dravis?
—Está equivocado. No creo que alguien tratara de evitar que yo hablase con Judith. Por el contrario. ¿No se da usted cuenta? Si alguien quería que no se cambiase el testamento de Carter Dravis, y yo muriera... Bien; yo soy el abogado...
El teniente dejó escapar un suspiro explosivo.
—Comprendo —dijo—. Ahora bien; ¿cómo sabe usted que trató de matarlo?
Una vez más George Drew elevó la mano.
—¿Cómo lo sé? Tenía un cuchillo y yo se lo saqué. Así me herí la mano.
—¿Un cuchillo? —intervino Peter—. ¿Qué clase de cuchillo?
—No lo había visto antes. Era largo, con hoja de acero y empuñadura dorada.
—Sí —dijo Peter suavemente—. Y después que se lo sacó a su atacante, ¿qué hizo con el arma?
—¿Yo?... Nada. ¿Qué podía hacer? Estaba sangrando mucho. Tenía una herida en la muñeca. Se lo di a Judith.
La joven dejó escapar un suspiro y George Drew volvióse hacia ella sorprendido.
—¿Qué pasa? ¿Qué dije? Tú te lo llevaste, ¿no es verdad? Dijiste que lo guardarías. Bien; entonces...
—Carter Dravis fué asesinado con un cuchillo igual al que usted describió —declaró el teniente con tono de triunfo—. Y dice que se lo dió a la señorita Dravis.
George Drew se puso en pie.
—¿Y por qué lo dice así? No era de ella. Ella se lo llevó sólo para guardarlo. Porque sabía que era de Bill..., uno que compró en Nápoles el año pasado...
Al oír el gemido de Judith detúvose horrorizado. Pero ya era demasiado tarde: lo había dicho.

XVI

Fué el teniente Bassett el que se recobró primero de la sorpresa. Miró fijamente a Judith.
—¡Un momento! —dijo—. ¿Debo entender que el cuchillo pertenecía a su hermano y nadie lo dijo?
—Por cierto que no —replicó Judith—. ¿Creía usted que iba a acusar a mi hermano?
El teniente murmuró algo entre dientes y tiróse del cuello de la camisa.
—Tal vez será mejor repasar todo. Señor Drew, ¿dice usted que alguien le atacó en este cuarto con un cuchillo?
George Drew, que había estado mirando a Judith muy inquieto, volvióse hacia Bassett.
—Así es.
—Usted declaró que su atacante era un hombre. ¿Quiere modificar eso... o ratificarlo?
El color ya retornaba a las mejillas del abogado y parecía más tranquilo.
—Debe haber sido un hombre —respondió—. No creo que una mujer pueda haber luchado con tanta fuerza.
—Muy bien —dijo el teniente, más satisfecho—. ¿Qué sucedió después que el hombre lo atacó?
Drew pensó un momento.
—Pues... estaba muy oscuro aquí y se me cayeron los cigarrillos. Cuando me incliné a buscarlos, tropecé con él. Después no estoy muy seguro. Casi en seguida, recibí la herida, de manera que sabía lo que me esperaba. Logré tomarlo de la muñeca, y luego de un momento de lucha oí caer el cuchillo y conseguí ponerle el pie encima. Entonces oí a Judith que se acercaba, y el hombre desprendióse de mis manos y desapareció. Oí la puerta cerrarse con violencia tras él. Entonces entró Judith y me encontró tratando de detener la sangre de mi herida.
—¿Qué puerta? —preguntó el teniente, y abrió las dos que había en la habitación—. ¡Ea!... ¿Qué es esto?... ¿Una salita? ¿Adónde da este *hall*?
Judith le contestó:
—A ninguna parte. Es un *hall* trasero que usa la servidumbre. En el otro extremo hay una escalera.
—La servidumbre, ¿eh? —el teniente regresó—. Entonces no lo conocían los huéspedes.
—No, no es así —le corrigió Judith—. Con excepción de los dos rusos y del señor Rostand, los huéspedes conocen muy bien la casa.
—Ajá —musitó el teniente. Dirigióse de nuevo a Drew—. ¿Qué dijo la señorita Dravis cuando lo vió a usted?
—Pues... decidimos vendar mi mano y que yo me fuera. Pensamos que tal vez Carter Dravis cambiase de opinión con respecto al testamento, si es que no lo cambiaba en seguida.
—¿Y así lo hicieron?
—Sí. Simmons me vendó la mano, pero no se podía detener la sangre; de modo que pensamos cubrir la herida con nieve y salimos para hacerlo. Como no me había herido la mano derecha... ¡Oiga! —interrumpióse—. ¡El individuo ése era zurdo!... Es decir, empuñaba el cuchillo con la mano izquierda. ¡Porque yo lo tenía tomado con la derecha!
El teniente interrumpió:
—¿Alguno de la casa es zurdo?
Judith sacudió la cabeza.
—No lo sé. No puedo recordarlo.
—Bien. Tal vez algún otro sepa. Dígame, señorita Judith, ¿qué hizo usted con el cuchillo?
—Lo clavé en el tiesto de helechos que hay en la mesa del *hall* —repuso Judith—. Pensaba llevarlo arriba, pero papá estaba llamando a Simmons y yo tenía que acompañar a George y ayudarle a salir. Tenía la planta cerca y se me ocurrió volver luego a buscarlo; pero George dejó caer un poco de sangre en la nieve y él me dijo que sería mejor limpiarla antes de que la viera alguien. Pero cuando volví a entrar, Simmons estaba ocupado, y me encontré con Nedda Graham en el *hall*; ella quería llamar a Nueva York y tuve que ayudarla. Fué así como supe que el cable del teléfono estaba cortado. Luego me encontré con Bill y él me dijo que acababa de ver algo oscuro sobre la nieve, y salió para ver, y encontró el perro

Daphne muerto allí fuera.

El teniente lanzó una exclamación por lo bajo, no por el destino del perro (según me pareció), sino por las ramificaciones de la intriga que tenía entre manos.

—Prosiga usted.

—De modo que entre Bill y yo decidimos callar todo por no alarmar a los demás. Antes de poder hacer nada, oímos a papá que se acercaba, de modo que Bill ocultó el perro, y cuando papá quiso hablar conmigo le dije que tenía que arreglar las flores de la mesa, lo que era cierto. Además, pensaba sacar el cuchillo y preguntarle a Bill al respecto; pero era demasiado tarde: ustedes — nos miró a Peter y a mí — acababan de llegar. Me quedé en el *hall* y escuché la conversación de papá con el señor Holgate, esperando la oportunidad para limpiar la nieve, lo cual hice en cuanto ustedes entraron en la casa.

Ahí terminó la conversación, y la pareja retiróse; pero nos quedamos Peter, el teniente y yo.

Bassett se dejó caer en una silla y dijo:

—¡Bien! ¡De todos los líos...!

—Como yo veo las cosas — le interrumpió Peter —, tenemos dos preguntas en pie: ¿quién mató el perro de Daphne, y por qué lo hizo, y quién atacó a George Drew?

—¿Qué le parecería Drew como asesino? — preguntó el teniente —. Pudo haberse herido en la lucha.

—La dificultad es que no hubo lucha — repuso Peter lentamente —. Y eso no explicaría la muerte de Daphne Dravis. Además, le aseguro que nosotros vimos las manchas de sangre en la nieve. No sé por qué me parece que la respuesta de todo está en el testamento.

—¿Qué cláusulas tendrá ese documento? — musitó el teniente —. Bien; por lo menos Drew nos podrá decir eso. — Levantóse de su silla y abrió la puerta —. ¡Ea, Drew! —hizo una seña a Peter —. Está allí fuera. Vamos.

George Drew y Judith estaban en el otro extremo del *hall*.

—A propósito, Drew — le dijo el teniente —, ¿qué clase de dinamita había en ese testamento?

Una extraña expresión pasó por la cara del abogado. En seguida desapareció.

—Bien... — comenzó a decir.

A menudo me he preguntado qué estaría por decir, pues nunca tuvo oportunidad de terminar la frase. Todos oímos voces airadas que provenían de la puerta.

El teniente lanzó una exclamación por lo bajo, y en ese momento presentóse corriendo el agente Wilson.

—¡Oiga, teniente! Hay un pájaro ahí afuera que dice que se llama Drew, y si no fuese por su cabello blanco, diría que es exactamente igual a este señor.

Por segunda vez George Drew pareció abatirse por completo.

—¡Es papá! — exclamó —. ¿Quién hubiera dicho que vendría?

El teniente lo miró con poca simpatía.

—Con uno de ustedes tengo bastante. ¡Hágalo pasar, Wilson!

El recién llegado entró. Era un hombre corpulento, de cabellos blancos. Sus ojos se fijaron en el teniente y detúvose frente a él.

—¿Representa usted a la autoridad, señor? Soy George Gregory Drew, de la firma Drew, Forrest y Drew. He viajado toda la noche para prestar ayuda en lo que sea necesario...

Calló al ver a su hijo.

—¡George! — exclamó —. ¿Qué haces aquí?

—Tenía que venir — repuso George hoscamente —. Tú estabas en Filadelfia y Dravis necesitaba alguien aquí en seguida. Creí mejor venir yo y no enviar a Forrest.

El padre no pareció muy convencido.

—Pero a mí podrías haberme avisado. Tú sabías dónde estaba.

—Le dije a Dravis... — era como si los dos estuvieran solos —, pero él no quiso esperar. Dijo que yo serviría. Acabo de enterarme por la señorita Dravis de que quería hacer nuevo testamento.

Miró a su padre de manera significativa.

—Un nuevo testamento — repitió lentamente el mayor de los Drew. Luego volvióse hacia Judith y la tomó de la mano —. Hijita, lo siento muchísimo. Si puedo servirte en algo, ya sabes que no tienes más que ordenar.

El teniente lo interrumpió.

—La manera más segura de servir a la señorita Dravis en este momento — dijo secamente — es descubrir la identidad del asesino de su padre. Si no tiene inconveniente, quisiera hacerle una o dos preguntas.

—Sí, por supuesto, teniente.

—¿Cuáles son las cláusulas del testamento actual de Carter Dravis?

Drew pareció pensar un momento.

—Sí — dijo al fin —, en vista de las circunstancias, creo que puedo responder a esa pregunta. En el caso de que no hiciera un testamento posterior — miró a su hijo —. ¿No lo hizo? Precisamente. Comprenda usted que, no teniendo el documento en mis manos, no puedo hablar con certeza respecto a los legados menores.

El teniente hizo un gesto de impaciencia.

—Por ahora no lo necesitamos. ¿A quién dejaba la parte principal de su fortuna?

El abogado lo miró con desaprobación.

—La parte principal de su fortuna..., después de una porción para su viuda, ahora muerta..., debía dividirse por partes iguales entre los hijos del señor Dravis. Claro está que la señora Lydia Hoyt recibió una cantidad prudencial en la época del divorcio. Los sirvientes, en especial el mayordomo y uno o dos de los otros que han trabajado por mucho tiempo con Dravis...

Pero el teniente no le escuchaba ya.

—Es así, ¿eh? — dijo —. ¿A sus hijos?

Hubiera jurado que se sentía decepcionado.

El abogado elevó las cejas.

—¿Qué es lo que insinúa usted? — preguntó.

Pero entonces no lo íbamos a saber. El teniente no pudo decirlo.

En ese momento bajó corriendo Paula Schofield. Pude ver su rostro, blanco y atemorizado, antes de que dijera:

—¡Judith! ¡Judith!... Ven conmigo... No sé qué hacer. Estoy desesperada... ¡Creo que Timmy está muriéndose!

XVII

No tengo intención de describir en detalle las horas que siguieron. Fueron demasiado horribles. Baste decir que el niño no murió, a pesar de que lo envenenaron con estricnina, pero fué atendido por el doctor Conger, el médico oficial de la policía.

Mientras todos esperábamos ansiosos el resultado del tratamiento, el teniente Bassett presentóse con una libreta de notas y pidió que le relataran lo sucedido.

Según parece, los niños empezaron a protestar porque no había llegado Santa Claus para ellos, de manera que la madre decidió preparar un arbolito de Navidad en el aposento destinado para los niños y darles los regalos que tenía preparados.

Así se hizo, y todos contribuyeron con sus regalos. Luego convencieron a Andranoff para que se vistiera de nuevo como Santa Claus y entregase los juguetes de una bolsa que llevaba. Todos vieron cómo Andranoff sacaba todos los regalos, entre ellos una media de gasa con el nombre de Timmy en una tarjetita.

De esa media Timmy sacó un chocolate envuelto en papel plateado y se lo metió en la boca. Casi en seguida se quejó de que estaba amargo y pidió agua. En seguida lo aquejaron los primeros dolores. Ninguno de los que le vieron dudaba de que era el chocolate el que se usó como vehículo para el veneno. El niño no había probado otra cosa.

Al oír el relato el teniente Bassett hizo una mueca.

—¿Dicen ustedes que la media estaba en la bolsa y que nadie la vió antes? ¿Quién seleccionó los juguetes?

Bill respondió que casi todos lo habían hecho. Es decir, él llevó la bolsa y todos echaron los regalos dentro. Pero no había visto la media, y creía que tampoco ninguno de los otros la vió.

El teniente dijo suponer que la habitación estuvo siempre ocupada por alguno de ellos.

Bill pareció sorprenderse. Repuso que no era así. Los niños estaban con su niñera, y no regresarían hasta una hora después, y les llevó más o menos ese tiempo arreglar el árbol y los regalos. Una vez hecho esto, todos se fueron, prometiendo regresar a las once, cuando los niños estuvieran de vuelta.

—¿Y cerraron la puerta del aposento de los niños? — inquirió el teniente Bassett.

Bill sacudió la cabeza. No. Nadie lo creyó necesario. Los pequeños estaban en el cuarto de juegos del sótano. No había posibilidad de que subieran hasta cuando los necesitaran. Y no importaba si los otros entraban... Bill abrió la boca al decir esto.

—¿Quiere usted decir que pudieron haber puesto entonces la media ahí?

El teniente afirmó e inquirió si habían visto a alguien entrar o salir del aposento. Pero no obtuvo resultados positivos.

Poco después les dijo que podían retirarse. Le parecía inútil seguir interrogándolos, y la media y su tarjeta estaban a salvo dentro del cuarto de los niños. No es que esperara averiguar mucho con esos detalles, pues en cualquier tienda los vendían.

No sé cuándo se me ocurrió la idea, pero quise saber por qué habían intentado envenenar a Tim. Durante toda la larga tarde no hice más que preguntármelo, hasta el anochecer, cuando Peter se me acercó, fatigado por la lucha que se acababa de ganar en esa habitación del piso alto. Apenas si le di oportunidad de anunciarme que Timmy no moriría, antes de decirle:

—Supongo que no sabes nada

Peter encogióse de hombros.

—Sólo sé que la estricnina no es un veneno agradable. ¿Sabes tú algo más que eso?

—No sé — repuse, incierta —. He estado pensando, Peter. Respecto a todo esto... A la muerte de Carter Dravis y de Daphne, y del..., del perro.

—¡El perro! — exclamó Peter con tono incrédulo.

Yo proseguí:

—Suponte que quisieran envenenar a alguien..., a un niño, por ejemplo..., y no supieras nada de venenos, y no estuvieras seguro de la cantidad que sería necesaria. ¿No te parece que...?

No necesité continuar. Peter me miraba fijamente y abría la boca.

—¡Lo comprendo!... ¡Cielos! ¿Quieres decir que lo probarías en el perro?

Nos miramos. Luego, casi de inmediato, Peter sacudió la cabeza.

—No, no lo creo. Eso significaría premeditación y motivo. ¿Y dónde está el motivo para querer matar a un niñito?

—¡Pero justamente ése es el caso! — repliqué —. Ya se me ocurrió el motivo. Estoy segura de estar en lo cierto. Mira, Peter, tú crees que Carter Dravis fué asesinado debido a ese testamento, y el señor Drew nos dijo que en el testamento se dejaba el dinero a sus hijos.

—Sí. ¿Pero qué tiene eso que ver con esto?

—Supón que no supieras nada —dije—. Que imaginaras que Timmy fuese el mayor de los dos. Está muy desarrollado, a pesar de no tener más de cuatro años.

Callé entonces porque Peter había comprendido. Dejóse caer en una silla y en su rostro se reflejó la sorpresa.

—¡Dios mío, Marcia! ¿Sabes lo que dices?

—Sí, y me parece que es la única explicación. Timmy Hoyt no tiene importancia...; a nadie le interesa el niñito. No es el heredero de Carter Dravis. Ese veneno era para Wendy... ¡Wendy Dravis!

XVIII

Peter se puso en pie.

—Vamos, se lo diremos a Bassett. ¡Si la teoría tiene alguna falla, él la encontrará!

Después de interrogar a uno de los agentes, encontramos a Basset en la oficina que daba a la biblioteca. Estaba sentado frente al escritorio y contemplando una media de Navidad y los juguetitos que contenía.

—Peter le comunicó en el acto la teoría que yo había pensado.

—¿Espera usted que tome eso en serio?

—¿Por qué no? — repuso Peter — Explicaría muchas cosas oscuras.

—Seguro — dijo el teniente —. Y usted sabe qué más haría, ¿verdad?

—Me lo figuro.

—Automáticamente descarta la culpabilidad de la chica y su hermano.

—¿Por qué? — pregunté yo.

El teniente volvióse hacia mí.

—La muchacha es su hermana, ¿no lo sabía?

Eso me sorprendió. ¡Es claro! Y era lógico que no hubieran confundido a los niños.

—Lo siento — me disculpé —. No pensé en eso.

—Bien — dijo el teniente —; ahora les diré algo que ustedes no saben. A Tim no se le permitía comer chocolate. Le hacía mal.

—¿Eh?... — exclamó Peter.

—Sí — prosiguió el teniente —. Lo lógico era que hubieran dado el chocolate a su hermanita y a él este caramelo largo... y el caramelo es inofensivo; lo sé porque comí un trozo. De manera que estamos como antes. Le aseguro que los Dravis son los sospechosos más evidentes. ¡Oh! Admito que el caso está colmado de una serie de indicios ficticios, pero no se pueden desechar los hechos básicos. Recuerde que Carter Dravis riñó con sus hijos y se proponía hacer un nuevo testamento.

—¡Pero mire usted los defectos de su teoría, hombre! — exclamó Peter —. Dice que son los jóvenes los culpables, y ellos no tienen la sutileza necesaria para haber presentado los indicios como están. Prefiere usted pensar que el niñito fué envenenado por accidente. Pues yo le digo que el criminal no es tan descuidado. Juraría que envenenaron a quien querían envenenar.

—Pero eso no está de acuerdo con el motivo aparente — objetó el teniente —. Y no es cuestión de sutileza; el asunto se ha presentado ahora como un simple problema matemático. Si se comparten mitades en lugar de terceras partes, se gana más.

—Muy bien — dijo Peter con un suspiro —. Admito que Judith y su hermano son los sospechosos lógicos. Entonces dejará de lado a los Hoyt, ¿eh?

El teniente frunció el ceño.

—Creo que sí. Podría aceptar que Lydia Hoyt golpeara al marido en la cabeza, pero no que envenenara a su hijo.

—Eso es — repuso Peter.

—¡Pero debe usted darse cuenta de lo que eso significa! — exclamó irritado el teniente —. Necesitamos un nuevo sospechoso..., tal vez hasta un nuevo motivo.

—Acaso tengamos ambas cosas si miramos el testamento de Dravis — repuso Peter muy tranquilo —. Drew debe tener otros clientes y no podemos pretender que lleve en la cabeza el detalle de todos los testamentos que ha extendido.

En seguida el teniente envió a Wilson para que buscara al señor Drew padre. El abogado entró en la oficina muy erguido y digno.

—Teniente, estaba por buscarle cuando recibí su mensaje. Si recuerda usted, interrumpieron nuestra conversación. Mientras tanto, el señor Kinross me ha dado detalles de la tragedia.

—¡Qué lástima! — comentó el teniente —. Holgate y yo teníamos la esperanza de que tuviera usted la mente desprovista de detalles, a fin de que nos diera un punto de vista exento de prejuicios.

El abogado miró benignamente a Peter.

—¿El señor Holgate? ¿Conozco yo al señor Holgate? ¿Es uno de sus ayudantes?

—No — repuso el teniente —. El señor Holgate es el director de la Oficina Holgate de Investigaciones. El y su esposa se vieron obligados a buscar refugio aquí la noche en que asesinaron al señor Dravis.

El señor Drew me saludó con una inclinación de cabeza.

—Bien, bien; perdone usted, señor Holgate, por no haber reconocido su nombre. Nuestra firma se ocupa sólo de asuntos legales, testamentos...

—Se trata precisamente del testamento de Dravis — le interrumpió Bassett —. ¿Dónde está el documento actualmente?

—Lo tenemos guardado en la caja de caudales de mi oficina.

—Ajá. ¿Y aquí en la casa no habrá una copia?

—Me temo que no — repuso el abogado —. El testamento se extendió hace dos años y Dravis no quiso guardar copia aquí. Las tres que hay están en mi oficina.

El teniente lo miró con gravedad.

—De acuerdo con lo que nos contó su hijo, era propósito del señor Dravis cambiar las cláusulas del testamento. El hecho de que su hijo no llegara, evitó eso.

—Le aseguro que estoy algo enojado con George por eso — repuso Drew —. Me ha contado todo, y la única excusa que encuentro para su proceder es el hecho de estar enamorado de la señorita Dravis.

Peter intervino entonces para preguntar:

—Señor Drew, ¿no es verdad que un hombre puede extender su propio testamento sin la ayuda de un abogado?

Drew pareció sorprenderse.

—¿Se refiere usted al testamento ológrafo?

—¿Es legal?

—Sí..., sin duda alguna. Se acepta usualmente, siempre que se compruebe la caligrafía del interesado. ¿Tiene usted razones para creer que Dravis hiciera un testamento así?

—Ninguna... — repuso Peter con franqueza —. ¿Cree que Dravis podría haber hecho tal cosa al ver que su hijo no llegaba?

—No lo creo, señor Holgate. Estaba acostumbrado a que le hicieran todo. Casi aseguraría firmemente que no hizo tal cosa.

—Bien, bien. Mencionó usted algunos legados menores — intervino entonces el teniente —. ¿Recuerda usted los detalles?

—Más o menos. Recuerdo que se tenía en cuenta a la servidumbre. Simmons en especial recibía diez mil dólares. Los otros también tenían sumas más o menos apreciables, de acuerdo con el tiempo que estuvieron al servicio del extinto. Un sobrino recibe cinco mil dólares. a Charles Kinross se le nombra albacea de un fondo de cien mil dólares, con cuyos beneficios podrá ayudar a los artistas en apuros, según su criterio. También hay una cláusula respecto a los libros del señor Dravis. Aparte de eso, el resto de la fortuna debe dividirse por partes iguales entre sus tres hijos: Judith, William y Wendy Dravis.

El teniente silbó por lo bajo y miró a Peter.

—De manera que Kinross recibe bastante dinero, ¿eh? Bien, tal vez tenga eso significado o no.

George Drew los miró a ambos.

—¿Alguna otra pregunta, caballeros? — interrogó.

El teniente lanzó un suspiro y sacudió la cabeza.

—Entonces me permitirán ustedes formular una — dijo el abogado —. Les diré que he estado algo preocupado por Dravis desde el día en que salió de esta casa. ¿Puedo preguntar si hay algún indicio de que el señor Dravis fuera víctima de una... una extorsión?

—¿Extorsión? — repitió el teniente —. No, no hemos visto nada. Aunque hemos tenido de todo: asesinato, tentativa de asesinato, robo...

—¿Robo? — exclamó Drew —. ¿Qué es lo que robaron?

—Pues... abrieron esta caja de hierro — el teniente señaló la caja con un ademán —. La encontraron abierta al descubrir el cadáver de la señora Daphne Dravis.

—¿Y no faltaba nada?

—¿Cómo podemos saber? Bill Dravis nos ha dicho que no.

George Drew lanzó un suspiro de alivio.

—De modo que el dinero estaba todo allí, ¿eh?

—¿Qué dinero? — preguntó el teniente, poniéndose en pie de un salto —. No me hablaron de ningún dinero.

—Yo no vi nada tampoco — dijo Peter; él también estaba de pie —. ¿Quiere usted decir que Dravis tenía una suma grande en la caja? ¿Era su costumbre?

—¡Esto es horrible! — exclamó el abogado —. No, no tenía la costumbre de guardar mucho dinero aquí. El día antes de venir, Carter Dravis fué a mi oficina y me pidió que le negociara unos bonos por una cierta suma. Me pidió que el dinero estuviera en billetes de a cien. Yo protesté y le dije que sería mejor llevar un cheque certificado, y le pedí que me dijera, por lo menos, para qué lo quería. El rehusó, diciendo que tenía sus secretillos. Me explicó que un amigo suyo, según dijo, quería venderle algo y que él deseaba comprarlo... Señores, eso es todo lo que sé. Le di el dinero a la mañana siguiente.

El teniente miró a Peter con expresión de triunfo.

—Ahí tiene usted un motivo para el asesinato.

—¿Dravis hubiera guardado el dinero en la caja? — preguntó Peter.

—Sin duda alguna — repuso Drew —. Es el único sitio para guardar valores que hay en la casa.

—¿Supone usted entonces que ya que la caja fué abierta y registrada después de la muerte de Dravis, la transacción no se llevó a cabo?

El abogado asintió.

—Así parece.

—Eso explica muchas cosas — terció Bassett —. Sin duda el asesino conocía la existencia del dinero. No tuvo tiempo ni oportunidad de conseguirlo después de matar a Dravis. Cuando regresó por él a la noche, la señora Dravis le sorprendió y él vióse obligado a matarla.

—No está mal la teoría — admitió Peter de mala gana —. Pero hemos registrado la casa concienzudamente sin encontrar nada. Y debe haber sido una suma considerable. Una cantidad grande de dinero ocupa mucho espacio.

—¿Cuánto era, señor Drew? — preguntó el teniente.

George Drew humedecióse los labios mientras esperábamos su respuesta.

—Era una suma considerable, señores. Sí, ya lo creo. Eran cincuenta mil dólares, en billetes de cien.

Sólo el silbido del teniente rompió el silencio. Peter y yo nos habíamos quedado mudos.

XIX

—¡Cincuenta mil dólares! — exclamó el teniente con suavidad —. Siempre he querido ponerle la vista encima a tanto dinero... o aunque fuera a cinco mil dólares todos juntos.

—Esa cantidad en billetes de cien haría un paquete bastante grande, ¿no es cierto, señor Drew?

—Algo así — demostró el abogado con las manos.

El teniente pareció muy interesado.

—Oiga, Holgate, eso no se podría ocultar así como así, ¿eh?

Peter frunció el ceño.

—Es verdad — repuso pensativo —. Ese dinero debe haberlo tomado el responsable de la muerte de los esposos Dravis. El mismo que envenenó a Timmy y atacó al joven Drew y me sacó la linterna de un golpe la otra noche en el *hall*.

—¿Cree usted que los cincuenta mil dólares puedan ser el motivo? — preguntó el teniente.

—Tal vez, no. Considérelo así: alguien extorsiona a Carter Dravis; Drew le entrega cincuenta mil dólares en efectivo para llevar a cabo la transacción final, y la persona que le extorsiona es uno de los de la casa. ¿Me comprende?

—Por ahora, sí — respondió el teniente, con cautela.

—Muy bien. Supongamos que el hombre no quiso llevar a cabo el negocio o consideró que valía más de los cincuenta mil dólares. Supongamos también que Dravis no quería ofrecer más de esa suma, y que al discutir lucharon y Carter Dravis fué acuchillado...

—Con un cuchillo que tuvo que sacar de la maceta, ¿eh?... No, no — dijo el teniente —. No digo que en parte no esté bien su teoría, pero, ¿cómo explica usted el arma? Porque Dravis fué asesinado con esa arma de empuñadura dorada que la señorita Dravis dice haber dejado en el tiesto del helecho.

—Es posible que el criminal sea una persona muy detallista — contestó Peter gravemente —, como lo prueban los indicios que nos dejó.

Yo recordé entonces algo que callé para mejor oportunidad.

—Muy bien, Holgate — dijo el teniente —, admitiremos eso. Es muy posible que discutieran y el asesino resolviese volver a matarlo después. Tal vez no tuvo tiempo de apoderarse entonces del dinero, de modo que bajó más tarde y halló a la señora Dravis y la sacó del medio. Eso concordaría con nuestra idea. Explicaría aún lo ocurrido a Hoyt; pero, ¿qué me dice del niño?

—Recuerdo algo que me expresó Hoyt respecto a que los niños no dormían bien — respondió Peter lentamente —. Dijo que se alejó del piano para ver si el chiquillo estaba despierto. ¿Qué le parece si mintió..., si Timmy estaba en el *hall*?

—¡Por las barbas del profeta! — profirió Bassett —. ¡Debe ser eso! Es muy posible que el pequeño viera al criminal o que éste lo viese a él... Bien, el doctor Conger quiere llevar a Hoyt al hospital de Corners y la señora Hoyt está asustada por su niña y desea ir también con ella. No veo motivo para negarme. Con respecto al niño, el doctor dice que no conviene moverlo. Hasta es probable que no se salve; pero pondré una guardia y advertiré a la enfermera que nadie debe acercarse sin mi permiso.

—Gracias — dijo Peter.

Cuando todos se levantaron para irse de allí, detuve a Peter.

—Espera, he recordado algo.

El se detuvo, aunque no pareció muy interesado.

—Bien, querida, ¿de qué se trata?

—Te diré: la otra noche, después de la muerte de Dravis, cuando tú estabas interrogando a Hoyt, le preguntaste si había visto algo desacostumbrado en el *hall*. ¿Recuerdas?

—Sí — dijo Peter, interesado ya —. ¿Y qué?

—El dijo que no, pero titubeó, y alguien que estaba detrás de mí dijo: "Está mintiendo".

—Bien, bien; supongo que sabrás quién lo dijo.

—Por cierto que lo sé — repuse, amoscada por su impaciencia —. Me di vuelta y vi detrás de mí a Hugo Innes. El había hablado.

—¿Innes? ¿Estás segura?

—Claro que sí, y lo que es más, estaba hablando con Daphne Dravis.

—Innes — musitó Peter —. Vino aquí, según él mismo dijo, para conseguir dinero para una obra.

—Bill insinuó que Innes y Daphne Dravis se entendían — observé —. Eso me lo dijo antes de los asesinatos.

—No es imposible que él y Dravis hayan discutido por causa de Daphne y que Innes la acuchillara. Si ella sabía dónde estaba el dinero, no sería raro que entre ambos hubieran tramado todo.

—Ella hubiera confiado en él — dije —, si es que lo amaba. Hasta es posible que bajara a abrirle la caja y que él la haya matado después. ¡Oh, Peter, debe ser así!

—No estoy tan seguro — repuso mi marido con pesimismo —. Te aseguro que me gustaría mucho que Hoyt recobrara el conocimiento, o aunque sea encontrar ese dinero.

Por segunda vez recordé algo y le dije apresuradamente:

—Oye, Peter, tengo el presentimiento de que ese dinero no está en la casa.

—No es posible, querida; nadie salió de aquí.

—¿Nadie? — pregunté significativamente.

El me comprendió y abrió la boca, asombrado.

—¡Simmons!... ¿Quieres decir que Simmons...?

—Sí — repuse, y agregué: — ¡Suéltame! ¿A dónde me llevas?

—Ponte el sombrero, los guantes y un abrigo — me ordenó —. Tienes mucha razón. Saldremos en seguida.

—¿Qué es lo piensas hacer? — pregunté sin comprender.

—Seguirle los pasos a Simmons.

Así lo hicimos.

Peter explicó el caso al teniente y éste le prestó un automóvil con uno de los agentes para manejarlo. Encontramos las huellas con toda facilidad porque había dejado de caer nieve, y a unos cien metros de la entrada al camino de la casa,

EL CARBURADOR DEL AUTOMOVIL



Entre las diversas piezas que componen un automóvil, el carburador juega un papel importantísimo en el funcionamiento normal de aquél. Está perfectamente comprobado que con el correcto ajuste del carburador se obtiene una gran economía en el combustible y se aliviana considerablemente el trabajo del motor.

el agente que manejaba el coche apretó los frenos.

—Hay huellas que se alejan del camino hacia la izquierda, señor — anunció.

Peter saltó del coche, pero cuando quise seguirle el agente me detuvo.

—No está lo suficientemente abrigada para andar por la nieve, señora. Yo acompañaré al señor Holgate.

De modo que me quedé en el coche y los esperé con impaciencia.

Tardaron mucho tiempo y los perdí de vista. Me pareció que estuve mirando durante siglos hasta que aparecieron de nuevo caminando por la nieve. Peter llevaba algo envuelto en una toalla, de la que se había provisto con anterioridad.

Cuando estaban todavía a cierta distancia, le grité:

—¿Lo encontraste?

Fué el joven agente quien contestó.

—Seguramente que sí, señora. Las huellas nos llevaron directamente a un árbol hueco, y cuando el señor Holgate metió la mano, obtuvo su recompensa.

—Dos recompensas — dijo Peter.

Lo miré.

—Pero, ¿estaba el dinero?

—¡Oh, sí! Aquí está. Y había algo más. El objeto contundente con que golpearon a Hoyt.

Separó los extremos de la toalla y me mostró su contenido. Había un paquete pequeño y rectangular, como el descripto por George Drew, que contenía los billetes. Pero había algo más: una estatuilla de bronce de la Venus de Milo.

Silenciosamente, Peter me señaló la base de la estatua. Estaba manchada con sangre y tenía algunos cabellos adheridos a ella.

XX

Cuando el coche entraba ya en el camino de la casa, Peter me dijo:

—Tú sabes lo que significa esto, ¿verdad?

Me estremecí, asintiendo con la cabeza. ¡Lo sabía muy bien!

—Estamos otra vez en el comienzo — prosiguió Peter —, porque sólo hay dos personas en la casa a las que Simmons querría proteger. Seguramente encontró la estatua y el dinero...

—Oye —le interrumpí—, ahora me imagino cuándo encontró Simmons esas cosas.

—¿Cuándo? —exclamó Peter, extrañado.

—Y sé también dónde — agregué —. Fué en la habitación de Bill, y Judith debe haberlas visto también, porque...

—¿Puedo preguntar de qué me estás hablando? — me interrumpió Peter.

—¿No recuerdas? Tú mismo nos mandaste a registrar todos los cuartos en busca de drogas. Me dijiste que te comunicara cualquier cosa sospechosa que viera. Pero no se podía considerar sospechoso un paquete en un guardarropa y una estatua sobre una mesa. Especialmente cuando uno no los busca.

Peter silbó por lo bajo.

—¡De modo que estaban allí! A la vista de todos. Judith debe haberlos visto de inmediato.

—Recuerdo que abrió el guardarropas y dijo: "Aquí hay algo demasiado grande para ser una medicina. Romperé un poco el papel y miraré qué es". Y así lo hizo. Luego la oí decir: "Cuellos... Bill siempre está comprando cuellos". Pero me pareció que lo decía con voz algo rara. Luego encontró el revólver y olvidé todo lo demás.

—¡Pobrecilla! Como no habían matado a nadie de un tiro, le pareció seguro mostrar el revólver. Después Simmons debe haberse llevado las pruebas.

—Ha de haber sido un golpe para él descubrir la estatua en el cuarto de Bill, sabiendo que debía estar en el piso bajo — dije pensativa—. Supongo que el criminal se propuso que la encontraran allí.

—¡Ya lo creo que sí! Recuerda que lo único que no ha sucedido para culpar a Bill ha sido el hecho de que no encontráramos su cadáver con una nota suicida al lado — exclamó Peter —. Y eso es lo que debemos temer que suceda.

—¿Y qué piensas hacer ahora? —le pregunté.

Peter suspiró profundamente.

—No lo sé, querida. Veré qué es lo que tiene pensado Bassett; hablaré con la servidumbre.

—¿Y yo no podría ayudarte? — dije —. ¿No te parece que podría hablar con Nedda Graham o Lydia Hoyt o *Madame* Ludokova?

—Bien, querida — repuso Peter sonriendo —. Haz lo que gustes, pero deja tranquilos a los otros. ¡Te aconsejo que no llames mucho la atención porque estamos lidiando con un asesino peligroso!

Con esas palabras partió y yo lo seguí al cabo de un rato.

En el piso bajo encontré solamente a un agente, quien me informó que el teniente estaba en la biblioteca y que sólo se podía entrar en la sala.

Le obedecí. Al entrar vi que estaba muy oscura y llamé a Burns, el criado, para que encendiera las luces y corriera las cortinas. Pronto se presentó en la sala Lydia Hoyt, quien se dejó caer en uno de los sillones cercanos al fuego. Me pareció muy abatida y le pregunté:

—¿Cómo están el niñito y el señor Hoyt?

—Timmy está mejor..., tanto es así que el doctor Conger piensa regresar esta noche a Corners — me contestó —. Ha enviado a buscar una ambulancia para llevar a Alden al hospital del pueblo, de manera que supongo que estará mejor, aunque no me han dejado verlo. Su esposo quiere hablarle en cuanto recobre el conocimiento, pues cree que Alden sabe algo de los crímenes.

—El estaba en el *hall* a la hora en que mataron a Carter Dravis — repuse lentamente —. Se lo dijo a Peter, y estaba tirado en el suelo fuera de la biblioteca cuando hallamos a Daphne muerta. Es posible que haya visto algo o a alguien entonces.

—No lo creo — respondió Lydia —. Si fuera así, lo habrían matado, ¿no le parece?

Por cierto que había que tener en cuenta eso.

—Por lo menos podrá decir a Peter por qué bajó.

Lydia encogióse de hombros mientras encendía un cigarrillo.

—Yo misma podría conjeturarlo sin ser detective. Le aseguro que bajó con Daphne.

—¡Daphne!

—Es claro. Alden es un tonto, en lo que respecta a las mujeres. Siempre lo fué, y estimaba a Daphne. Todo lo que ella tenía que hacer era decirle que quería sacar algunas cartas de la caja antes de que llegara la policía, y él la ayudaría. Estoy segura.

Reflexioné rápidamente.

—Es posible que quisiera sacar el dinero en vez de cartas — dije.

—¿Dinero? ¿Qué dinero? — exclamó Lydia.

Había olvidado que ella no estaba enterada. Escuchó, fumando en actitud meditativa, mientras yo le relataba todo.

—Sí — asintió —, no me extrañaría que Daphne haya bajado por el dinero.

—Pero la puerta de la habitación estaba cerrada. Peter mismo le echó llave.

Ella apagó el cigarrillo.

—¿Y qué? Daphne tendría una llave. Yo la tenía cuando estaba casada con Carter. Sólo hay una llave que abre la puerta de la oficina, y Carter la tenía; pero mi llave abría tanto la puerta de la biblioteca como la de la oficina.

—Pero Daphne no estaba en el *hall* que el señor Hoyt estaba vigilando.

—¿Y qué importa eso? ¡Dios sabe cuánto tiempo estuvieron juntos Paula y Bill! Pudo haber pasado un ejército sin que ellos lo notaran.

—Entonces el señor Hoyt debe haber bajado con ella y el asesino debe haberlos seguido — dije —. Esperó a que estuviera abierta la caja...

—¡Por cincuenta mil dólares! — observó Lydia. Se puso en pie —. Creo que su esposo y la policía están equivocados. Ese motivo no es suficiente, y de todos modos no explica lo de Timmy.

Le conté lo ocurrido con el perro y mi teoría que explicaba el motivo de su muerte.

—Parece que han pasado muchas cosas aquí de las que no me enteré; pero, ¿qué motivo podrían tener para matar a Timmy? No podía hacer daño a nadie. Es un bebé, casi. Y no tiene nada que ver con el testamento... Es hijo de Alden, no de Carter.

—Peter cree que trataron de envenenarlo porque Timmy debe haber visto al asesino la noche en que mataron a Carter Dravis.

—Pero, ¿cómo podría haberlo visto?

—Claro que todas son conjeturas, pero Peter supone que el niño estaba en el *hall* aquella noche...

—Sí que estaba en el *hall* — replicó Lydia distraída—. No podía dormir y oyó el piano y bajó. Pero aun así, ¿qué prueba eso? Apenas si conocía a nadie aquí. Ya sabe usted que ambos tienen su niñera y sólo bajaban a insistencia de Carter. Claro está que conocería a Bill y a Judith, por supuesto, y a Daphne, a Paula Schofield y a los Innes, aunque no estoy segura. Además, conocía a los sir-

vientes, Simmons...

Se detuvo como si se hubiera ahogado. Involuntariamente llevóse la mano a la boca y cruzó por su rostro una expresión de temor.

Di un salto y dije:

—¿Qué pasa? ¿Algo malo?

Pero no me oyó. Ni siquiera me escuchaba. Sus ojos estaban como vidriosos.

—Lo sé — exclamó —. ¡Dios mío, ahora lo sé!... Ahora comprendo lo que quería decir Timmy...

Bruscamente, mientras yo la seguía mirando boquiabierta, volvióse y salió corriendo de la habitación.

XXI

—¿Qué ha sucedido?

La voz sonó tan cerca de mi oído que di un salto. Al volverme vi a Bill Dravis de pie a mi lado. Miraba a Lydia que se acababa de retirar.

—¿De qué hablaba? ¿Qué es eso de "Dios mío, ahora lo sé"? — preguntó.

Antes de detenerme a sopesar las consecuencias de mis palabras, respondí:

—Sabe quién envenenó a Timmy.

Bill lanzó un suave silbido.

—¿De veras? Entonces sabe quién es el asesino. ¿A dónde fué ahora? ¿A ver a la policía?

—No lo sé. Supongo que sí.

De pronto me di cuenta de todo lo que acababa de decir y traté de cambiar de tema.

—¿De dónde viene usted?

El sonrió.

—¿La asusté, eh? — dijo —. Pero no es ningún misterio. Hay una puerta detrás del árbol de navidad.

Al notar el tono de su voz lo estudié con mayor atención y me llevé una sorpresa. Tenía el rostro enrojecido y los ojos vidriosos.

Lo tomé del brazo y lo sacudí un poco.

—¡Bill, usted está bebido!

El tambaleóse un poco.

—Seguro que estoy bebido. ¡Muy bebido!...

En ese momento alcancé a oír las voces de los otros huéspedes de la casa, y casi en seguida aparecieron en la puerta Charles Kinross, Hugo Innes y Jules Rostand.

Me volví hacia Bill y le hice sentarse en una silla.

—Tome asiento antes de caer — le ordené —. ¿Cómo se le ha ocurrido hacer el tonto esta noche?

—¿Y qué pasa con esta noche? — replicó —. ¿Acaso no es Navidad?

Vió entrar a los otros y se puso en pie. Comenzó a cantar una canción de Navidad con voz aguardentosa.

Charles Kinross lo miró con indulgencia.

—¿Qué le pasa al muchacho? — me preguntó, aunque su tono indicaba que lo sabía muy bien.

—Me parece que se le nota desde lejos — respondí fastidiada —. Creo que estuvo ahogando sus penas.

—¿Por qué no les dice lo que pasó? — dijo entonces Bill —. Si sabe quién es el asesino, dígaselo a todos, así se sentirán mejor.

—¿De qué está hablando? — inquirió Hugo Innes con voz ronca.

Hice un esfuerzo por salvar la situación.

—La señora Hoyt y yo estábamos conversando aquí y Bill debe haber oído algo, pero...

—¡Es cierto! — confirmó Bill encantado —. Ella y Lydia estaban hablando, y Lydia dijo...

Interrumpióse bruscamente cuando le di un puntapié en el tobillo. Me di cuenta de que sería inútil tratar de hacerle callar. Si quería proteger a Lydia, debía dirigir la atención de los otros hacia mí.

—Bueno — dije —. Ya que debo admitirlo, lo admitiré. Aunque quería pensarlo un poco y asegurarme, aun antes de decírselo a Peter; pero Bill me ha imposibilitado de hacerlo así. Tiene razón. Me oyó decir que yo sabía quién envenenó a Timmy y quién era el asesino.

Mientras todos me miraban asombrados, me volví hacia Bill.

—Bill — le dije en voz alta —. ¿No es cierto? ¿Me oyó usted decir que lo sabía?

El me miró un instante.

—¡Ajá! — exclamó —. Ella dijo: "Dios mío, ahora sé quién mató a Santa Claus"... ¡Pobre Santa Claus! Pero no dijo quién era... — la curiosidad reflejóse en su tono —. ¿Quién mató a Santa Claus?

Me volví a los otros.

—¿Es eso suficiente? — les dije —. ¿Quiere alguien llamar a Simmons y llevar a Bill a la cama?

Prefería que fuera así, pues no hubiese podido soportar que anduvieran con secretillos sobre la situación. Pero mientras Simmons y Burns se llevaban a Bill, explotó la bomba.

Judith y Nedda Graham entraban por la puerta cuando Innes les dijo en voz alta:

—Oigan, chicas, esta noche podremos dormir tranquilos. ¡La señora Holgate sabe quién es el asesino!

Y no fueron sólo ellas las que se enteraron. Para mi desesperación, observé la figura de Peter que entraba detrás de Judith, y detrás de él seguían los dos rusos: Andranoff y la Ludokova.

Peter no perdió tiempo en cortesías. De dos zancadas cruzó la habitación y me tomó del brazo.

—¿Qué tontería es ésta? — inquirió —. ¿Quieres decir que conoces al asesino?

Consciente de que me escuchaban todos con atención, respondí:

—No te lo diré ahora. Tal vez mañana..., cuando esté más segura. No sería justo acusar a nadie todavía. A menos que esté bien segura.

Peter juró por lo bajo y me soltó. En ese mismo momento Simmons anunció la cena y nos tuvimos que separar. De manera que tuve respiro hasta el momento de tomar café. Una vez juntos nuevamente, plantóse frente a mí y me dijo muy serio:

—Cuéntame ahora de qué se trata. Y espero que no te hayas vuelto loca, porque debes saber muy bien lo que significa tu declaración.

Admití humildemente que me daba cuenta de la situación y luego le conté lo sucedido y la forma en que me había visto obligada a hacer esa declaración, agregando que deseaba evitar que asesinaran a la señora Hoyt.

—Mejor ella que tú — dijo Peter con los dientes apretados.

Luego siguió una polémica durante la cual trató de convencerme de que nos fuéramos de la casa para evitar el peligro que yo corría. Finalmente logré convencerlo de que ésa era la solución, pues el asesino me seguiría a cualquier parte para hacerme callar. De manera que decidió vigilarme en todo momento, y me hizo prometerle que no aceptaría ni bombones ni cigarrillos ni ningún comestible de los otros.

—¡Oye! —exclamó de pronto—. Nos hemos olvidado de Lydia. Podremos averiguar la verdad por ella.

En ese mismo momento lo llamaron a otra habitación y se fué, no sin antes darme una serie de estrictas instrucciones, y terminó diciéndome que gritara si veía algo sospechoso.

Pero no vi nada sospechoso ni nadie me molestó. Me parecía que los otros me observaban de reojo.

Mis palabras me habían colocado en una posición equívoca y todos guardaban silencio al fijar sus ojos en mí.

Por la intensidad de sus miradas me retaban, me interrogaban, me amenazaban y hasta uno de ellos me imploraba algo. Me di cuenta de que Nedda Graham parecía poco curiosa, de que Paula Schofield estaba asustada, de que Charles Kinross ocultaba sus emociones detrás del reflejo de sus lentes, mientras que el joven George Drew me observaba como una fiera al acecho desde las sombras cercanas al piano. Sólo los rusos parecían estar lo mismo que la primera vez que los vi. Empero, en los ojos de la Ludokova notábase la expresión alerta del que no entiende el idioma. Los de Andranoff eran, como siempre, inescrutables.

Poco más tarde me enteré de que la Ludokova había logrado entender bastante de lo que ocurría, pues Andranoff acercóse con ella a Peter. La rusa habló durante un momento en su incomprensible lengua. Peter la escuchó atentamente hasta que finalizó; luego miró a Andranoff.

—¿Qué dice?

El ruso enarcó las cejas.

—Dice que le aconseja quedarse al lado de su esposa. Debe vigilarla mucho. Cree que tal vez el asesino se interese en ella ahora. Y — prosiguió, posiblemente por su cuenta — es muy posible que sea así. ¿Quién sabe?

Tal vez fuera lo agorero de su tono lo que me impresionó. El hecho es que me sentí de pronto terriblemente asustada.

XXII

El día siguiente me acompañó el terror por todas partes. No importaba que Peter estuviera conmigo. El parecía arrepentido de no haberme enviado a otro sitio.

—Querida, quisiera que hubieses aceptado ir a otra parte.

Me detuve en el camino — nos hallábamos frente a la puerta de la sala — y le dije:

—Peter, tú sabes que eso no daría ningún resultado. Nunca estaré a salvo hasta que se arreste a ese asesino, y me gustaría estar aquí cuando se haga eso. Además, si yo me fuera, el asesino podría pensar que antes de irme te he dicho todo lo que sé, entonces trataría de matarte.

—Me gustaría apretarle el cuello a Lydia Hoyt — dijo Peter entre dientes.

Porque Lydia se había negado a darle informes. Manifestándole que estaba excitada y no sabía lo que decía. Que le dió demasiada importancia a la charla del niño, y que no deseaba que se molestara por nada a su hijito. Por desgracia, el médico la defendió en eso y prohibió que se hablara con el pequeño.

Por otra parte, me informó que al ver a Hoyt en el hospital, en un momento en que por un instante recobró la lucidez, lo único que pudieron sacar en limpio fueron dos o tres palabras que complicaban más las cosas. Al recobrar el conocimiento, el teniente le preguntó quién le había golpeado. El herido trató de negar con la cabeza, como diciendo que no lo sabía. Luego el teniente le preguntó quién había matado a la señora Dravis, y eso fué un golpe para el herido, pues dijo: "¿Daphne muerta? Si está muerta, fuí yo quien la mató". Y perdió el conocimiento. Entonces el doctor ordenó a Peter y al teniente que se retirasen.

—¿Crees que es eso lo que quería decir Lydia? — pregunté cuando me hubo relatado la entrevista con el herido —. ¿Será que Timmy vió a su propio padre salir de la biblioteca?

—¿Y entonces, quién envenenó a Timmy? — dijo Peter.

—Es verdad — respondí aliviada —. ¿Entonces qué crees que le habrá pasado a ella?

—¿Por qué no se lo preguntas?

Lo pensé un momento.

—Si me dejas sola con ella, lo haré — dije al fin.

A Peter no le agradaba la idea, pero finalmente accedió, con la condición de que la conversación se llevara a cabo en la sala, donde podríamos estar a la vista de los otros. Fué el teniente Bassett el que lo persuadió. Dijo que pondría en guardia a un hombre en el *hall* y otro detrás de la puerta que daba al comedorcito diario. Todo lo que yo tenía que hacer era elevar la voz y los dos correrían en mi ayuda.

Aseguro a mis lectores que lo que sucedió no fué culpa de Peter ni del teniente. Los dos hicieron todo lo posible por protegerme. El hecho de que no pudieran hacerlo confirma el viejo adagio de que "el hombre propone y Dios dispone".

Finalmente decidimos el plan a seguir. Yo debía entrar sola en la sala, siempre que hubiera alguien allí. En caso de que no estuviese nadie debía regresar al lado de Peter, que me estaría esperando. Si Lydia Hoyt estaba allí y podía hablar con ella a solas, yo tendría que tener los oídos bien atentos. Creo que a Peter le hubiera agradado estipular "y la boca cerrada", pero logró contenerse. El y el teniente entrarían más tarde a tomar el té. Mientras tanto, yo debía dar la impresión de que no me protegía nadie.

—Lo sé — dije fastidiada —, pero no será así. El hombre estará allí.

—Se equivoca usted — me dijo el teniente con tono triunfal —. No pondré a ninguno en el *hall*. El agente estará en el comedorcito diario.

Pero Lydia no estaba en la sala. A los únicos que vi fué a Judith y a los Drew, padre e hijo. Tenían una mesita frente al fuego y estaban revisando una cantidad de papeles.

—¿Dónde están todos? — inquirí.

Judith levantó la vista.

—¡Hola!... No sé. ¿Qué hora es?

Le dije que eran cerca de las cuatro, y ella pareció aliviada por el hecho de que no se presentaría nadie todavía a tomar el té.

Miré con curiosidad los papeles.

—¿Qué están haciendo?

—Revisando los papeles de papá. No creo que sirva de nada, pero el teniente Bassett supuso que tal vez se encontrara un indicio entre ellos; pero no hemos visto nada interesante.

Miré a Drew padre, que estaba examinando cartas escritas a máquina.

—Me parece que usted, como abogado de él, debería saber algo.

El me miró con muy poca simpatía.

—Y si así fuera, ¿no cree usted que se lo comunicaría a la policía para poder regresar a mis obligaciones lo más pronto posible?

Eso fué un golpe para mí. Por el momento había olvidado que se suponía que yo supiera algo que *no* había comunicado a la policía. Miré a los otros. George Drew me miraba fijamente. Judith había abandonado sus papeles e inclinábase hacia mí.

—Señora Holgate, si usted sabe algo, díganoslo. ¿No se da cuenta de lo que esto significa para nosotros? Sea quien fuere, sería mejor conocer su identidad, que seguir en la ignorancia...

Tuve que hacer un esfuerzo para evitar decirles que no sabía nada. Pero no me atreví a hacerlo. Murmuré algo respecto a que quería asegurarme antes de acusar a nadie.

Mientras yo hablaba, Judith pareció desanimarse y George Drew incorporóse, diciendo:

—No hay nada aquí. Podemos poner todo en su sitio —. Se detuvo a mi lado con las manos llenas de papeles —. Señora Holgate, le diré que es usted una tonta.

Ambos Drew se retiraron y quedé sola con Judith.

—Usted no sabe nada en realidad, ¿verdad? — me dijo sin mirarme.

—¿Qué quiere decir? — pregunté.

—Porque si lo supiera, no habría esperado. Les hubiera dicho lo que supiese mucho antes.

—¿Cómo sabe que no lo hice? — repuse.

—Ya hubieran hecho algo, ¿no le pa-

—No es necesario. Tal vez no se atrevan a nada sin pruebas.

—¿A quién protege usted? — me dijo de pronto —. ¿A Lydia? Con ella estaba hablando usted poco antes de anunciar su descubrimiento. Y Timmy Hoyt había sido envenenado. Si él dijo algo a Lydia...

—¡Lo dice usted como si yo quisiera fanfarronear! — exclamé furiosa —. No es así. No podía dejar que la mataran, ¿no le parece?

—¡De modo que *era Lydia!* — exclamó muy satisfecha.

Me hubiera mordido la lengua por mi imprudencia.

—No tenía intención de decírselo a nadie — afirmé fríamente —. Usted me lo hizo decir. ¿Por qué? Ya ha protegido usted a menudo su inocencia. ¿Qué significa para usted el hecho de que fuera Lydia u otro?...

Callé, al notar que no me estaba escuchando.

—¿Qué?... — inquirí.

Levantó la mano para hacerme callar y me susurró:

—Me pareció oír algo.

—¿Dónde? — dije. Involuntariamente miré hacia la puerta del comedorcito.

Ella me miró con frialdad.

—¿De modo que tiene usted a alguien allí? ¿No confía en mí, señora Holgate?

—No — le contesté. Estábamos hablando en rápidos susurros —. Nadie confía en los demás en esta casa. ¿Por qué habría...?

Me pareció entonces oír un ruido lejano que procedía del *hall*. Miré a Judith.

—¿Cree usted...? — dije.

Ella asintió.

—Hay alguien en el *hall* escuchando.

—¡Vamos! — le dije.

Cruzamos la habitación en puntas de pie; pero cuando llegamos a la puerta no vimos nada; el *hall* estaba completamente vacío.

XXIII

—¿Cree usted que estábamos equivocadas? — pregunté a Judith.

Ella señaló una de las pesadas sillas del *hall*.

—Esa silla estaba derecha cuando yo entré. Alguien la ha empujado contra la pared.

El agente que estaba de guardia en el comedorcito eligió ese momento para asomarse por la sala y preguntar:

—¿Ocurre algo, señora Holgate?

Me volví hacia él, alegre de poder descargar mi ira contra alguien.

—¡Claro que ocurre algo! Alguien estaba aquí en el *hall* escuchando lo que hablábamos.

No me fué muy útil el hombre, que se llamaba McLoughlin, pues dijo:

—Es posible que no pudiera oír nada. Yo no oí ni una palabra.

—Eso no quiere decir nada —repuse— Yo oigo mucho más que otras personas, y más aun cuando presto atención.

—En eso tiene razón, señora — contestó el agente —. Yo no estaba escuchando.

Luego Judith y yo nos fuimos escaleras arriba.

—Vamos a ver dónde está Lydia — dije a Judith.

Pero no tuvimos éxito con la señora Hoyt. La enfermera nos informó que estaba durmiendo.

Le pregunté cuánto tiempo esperaba que siguiera así, y me dijo que tardaría unas tres o cuatro horas en despertar, pues le habían dado un narcótico para que descansara.

Entonces le advertí a la enfermera que no dejara entrar a nadie en la habitación, excepto, por supuesto, al teniente y a mi esposo.

Y nos encaminamos nuevamente a la sala.

—Bien —dije no sé qué más podemos hacer nosotras dos.

Judith me miró pensativa.

—¿Nosotras dos? — dijo —. ¿Me propone usted una alianza, señora Holgate?

Me encogí de hombros.

—¿Y por qué no? La policía y mi esposo no consiguen, al parecer, aclarar nada... Tal vez usted y yo...

—¿Por qué? — me preguntó —. ¿Sospecha que oculto algún secreto? Pues no es así. He contestado a todas las preguntas con sinceridad.

—Sí — repuse —. *Después* que se las formularon. Pero no es eso lo que yo quiero.

—¿Qué es lo que quiere, entonces?

—Que me diga lo que no les dijo a ellos.

Yo no sabía nada, en verdad. No hacía más que obrar de acuerdo con un presentimiento.

—No sé a qué se refiere usted — contestó.

—No olvide que este criminal es como un perro rabioso al que hay que matar. Recuerde lo que le pasó a Timmy.

—Es verdad... — dijo contrita.

Decidí aprovechar la ventaja que me ofrecía su emoción.

—Y Timmy está seguro por ahora; pero, ¿qué será de él cuando se vaya la policía? ¿Qué será de Lydia, de Bill, de George Drew, de usted misma?

Ella dijo lentamente.

—¿Pero y si no tiene importancia? ¿Si este pedazo de papel no tiene nada que ver con los asesinatos?

Existía entonces un pedazo de papel. Lancé un suspiro de alivio.

—Entonces no importaría, pues las dos lo olvidaríamos.

Miró por sobre el hombro antes de agacharse y sacar algo de su zapato.

—Lo he llevado encima desde que lo encontré. ¿No ha notado usted que no me cambié los zapatos? Lo tengo debajo de la plantilla y temía que alguien lo encontrara si me los sacaba.

Pero luego me sentí decepcionada, pues el trozo de papel no era otra cosa que un recorte de diario que anunciaba el matrimonio entre William Leeds Nicholson y Marie Louise Anderson. Se llevó a cabo en el Registro Civil de Londres; la fecha, escrita en lápiz a lo largo del margen, era "julio de 1910".

Miré a Judith.

—¿Qué quiere decir esto?

—Lo encontré en la biblioteca. Estaba prendido a la americana de papá, justamente encima de la herida. Fué cuando estaba cambiando los cuchillos. Saqué el de empuñadura dorada y lo cambié por el cortapapel. Sabía que el otro pertenecía a Bill.

La miré, pero no hice comentario alguno. Volví a leer el recorte.

—Pero, ¿qué significa? — pregunté luego.

—No sé, ni quiero saberlo; pero me da miedo.

Dos o tres líneas inocentes y, sin embargo, la asustaban.

—Pero, ¿por qué? ¿Qué teme usted?

Me sorprendió ver que había palidecido. Se humedeció los labios antes de responder:

—Porque en julio de 1910 papá estaba en Inglaterra. Se lo pregunté al señor Drew.

—Pero sigo sin comprender. El no era... William Nicholson.

—¿Cómo lo sabe usted? — me susurró —. No conocía a papá. De él había que esperar cualquier cosa; y por eso lo escondí. Todos lo hubieran creído.

Ahora comenzaba a comprenderla.

—¿Quiere usted decir que su padre podría haberse casado con esa mujer bajo un nombre supuesto? ¿En Inglaterra? ¡Oh, pero no puedo creerlo!

—Yo sí — me dijo —. Era capaz de cualquier cosa por conseguir a una mujer. Y en 1910 estaba casado con mamá; pero papá no la quería; lo único que le importaba era su dinero... — titubeó un poco y agregó —: Se casó con Lydia a menos de cuatro meses de la muerte de mamá.

—Pero eso no duró — contesté —. Ella se divorció de él.

—Sí, Lydia estaba loca por Alden. Cuando ellos dos se casaron, papá lo hizo a su vez con Sally Lee. Pero ésta era una tonta... Cualquiera se hubiera cansado de ella. Después vino Daphne, y ahora Paula...

—¿Lo creyó usted? — pregunté con curiosidad.

—¡Oh, sí! — repuso.

—Entonces, en vista de lo que me dice usted, ¿qué opina sobre ese recorte?

—Papá nunca volvió a Inglaterra desde entonces — me contestó —. Nadie pudo obligarlo a ir. Si tenía algún negocio allí, enviaba a otro, y cuando fué con Daphne a París, ella fué a Londres, pero papá no la acompañó.

—Entonces, cree usted que alguien le siguió la pista, descubrió que William Nicholson era Carter Dravis y le mató, ¿eh? Eso indicaría que el asesino es un pariente de Marie Louise Anderson, ¿no es verdad? ¿Un hermano o hermana? — por un instante traté de recordar si Nedda Graham era inglesa o escocesa —. Hasta podría haber sido la misma Marie Louise Anderson. Y el motivo estaría de acuerdo con la extorsión y con los cincuenta mil dólares. Si Marie Louise Anderson o su vengador, sea quien fuere, quería dinero para guardar silencio y no creyó que los cincuenta mil eran suficientes, supongo que pudo haber apuñalado al señor Dravis en un momento de ira.

—Pero, ¿quién pudo haber sido? — dijo Judith en voz baja.

Le pregunté si pensaba que podría ser uno de los huéspedes de la casa y me respondió de inmediato que sí. Esos días había pensado mucho en ese matrimonio, y estaba convencida de que su teoría era la correcta. Nos consideró a todos — aun a Peter y a mí — como posibles asesinos o parientes.

—Porque supongo que el hijo de Marie Louise debe ser pariente nuestro.

—No es Peter — dije —. Sus padres están vivos. No pueden ser el señor Kinross o la Graham, pues tiene coartadas y sus edades no concuerdan. Me temo que no conozco a los otros lo suficiente.

—Yo sí — dijo Judith —. He averiguado todo lo que pude. Paula no entra en el asunto..., es una niña y además la he conocido toda mi vida. Pero los otros...

Los fué mencionando a todos. Hugo Innes, Jules Rostand, Madame Ludokova, Andranoff...

—Claro, esos dos son rusos — se interrumpió a sí misma —, de modo que no los tomo en cuenta, pero las fechas corresponderían. Y tenemos a Alden Hoyt...

—Alden Hoyt no envenenó a Timmy — dije firmemente —, y si la nacionalidad significa algo, tendrá que desechar a Jules Rostand. Lo que sólo deja a Hugo Innes.

—Lo sé — dijo ella —. Y bien podría haber sido él. Nació en Inglaterra... Nedda lo conoció allí. Y tiene veintiocho años de edad... El mismo me lo dijo — me miró con ojos sombríos —. Pero no quiero que sea él.

Me puse en pie y dije:

—Iremos a dar esta información a Peter en este mismo instante. Este recorte pondrá punto final a todo el misterio.

Pero tuve que hablar mucho más para llegar finalmente a persuadirla, y para el momento en que lo logré, el destino se puso en contra nuestra.

Acabábamos de llegar a la vuelta del *hall*, en camino hacia la biblioteca, cuando ocurrió lo siguiente: Se abrió la puerta que daba a la entrada de coches y apareció en la abertura un hombre que nos miró fijamente. Había estado corriendo. Pudimos oír su respiración agitada.

—¡Escuchen! ¡Los establos se están incendiando! — gritó —. ¡Hay que conseguir ayuda! ¡Los hombres tendrían que salir a ayudar! Si se queman los garages, el fuego se comunicará a la casa. Sopla mucho viento... ¡Cielos, escúchenlo! ¿No lo oyen? ¡El viento!...

XXIV

Aun mientras estábamos inmovilizadas allí por la sorpresa, la casa se puso en movimiento.

McLoughlin salió corriendo al *hall*.

—¿Qué pasa? — preguntó a Simmons, quien estaba frente a la escalera.

La cara del mayordomo estaba pálida y no contestó.

Fué Judith la que respondió.

—Ese era Nelson, el chofer. Dice que los establos se han incendiado.

El agente murmuró algo y sacó del bolsillo un silbato. Su aguda pitada resonó en todos los ámbitos de la casa.

Peter y el teniente aparecieron corriendo escaleras abajo. El teniente estaba furioso.

—¿Por qué diablos tocó el silbato? — preguntó. Vió de pronto el resplandor de las llamas en las ventanas del norte —. Fuego, eh? ¿Dónde?

—En los establos — repuso McLoughlin —. Será mejor que salgamos ya para allí. Hay mucho viento de este lado.

El teniente abrió la puerta y miró un instante hacia los establos. Luego volvióse y gritó:

—Bien, todo el mundo afuera. Señorita Dravis, llame a Corners, aunque probablemente será ya muy tarde cuando lleguen los bomberos aquí. ¿Hay hachas allá?

El cable del teléfono ya había sido reparado por un operario de la compañía. Judith estaba marcando un número en el disco.

—Nelson debe saber — contestó —. Hay algunas chaquetas de caza y abrigos en la oficina. Simmons los conseguirá. ¡Yo también les acompaño!

Todos comenzaron a bajar, vistiéndose en el camino. El teniente los fué haciendo salir hacia los establos. Finalmente detuve a Peter en el descanso de la escalera. Estaba forcejeando por ponerse una tricota.

—Abrígate bien antes de salir, Marcia — me dijo.

—Pero es que yo no voy — contesté —. Lydia está arriba.

—No ha bajado, ¿eh? — dijo —. ¿Te sientes responsable por ella? ¡Pero, querida, no quiero dejarte sola!

Pensé en el recorte de diario que tenía en el bolsillo. Si le decía eso no saldría y los otros le necesitaban.

—Tendré cuidado. Dame un arma — le dije.

El me entregó una pequeña pistola.

—Es una automática — dijo —. ¿Sabes cómo quitarle el seguro? ¡Pero fíjate bien en el blanco antes de comenzar a disparar!

—Mantendré los ojos bien abiertos, pierde cuidado. Aunque, estando todos atareados con el incendio, no veo sobre quién tendré que hacer fuego.

—Bien, pero dejaré todas las puertas cerradas, menos ésa — señaló la puerta que daba a la cochera —, y allí pondré de guardia a un agente.

—No te preocupes más — le pedí —. Vete ya, Peter. Los otros te necesitan.

Me besó y se fué.

El fué el último. Los largos corredores estaban vacíos. En la puerta estaba el agente que miraba hacia afuera. Me acerqué a él y miré también por los cristales. De pronto se me ocurrió que los que estaban fuera querrían tomar algo caliente al regresar. Toqué al policía en el brazo.

—Me voy a la cocina. Quiero asegurarme de que hay suficiente café caliente para cuando vuelvan.

—No estoy seguro de que deba dejarla ir — titubeó el agente —. Tengo órdenes de quedarme aquí...

—No sea tonto — le dije —. No hay nadie en la casa, aparte de la enfermera y de mí. El señor Holgate me dió una pistola — se la mostré.

—Bueno; pero si me necesita no tiene más que dar un grito.

Le dije que lo haría así y partí. No tardé mucho en volver, pero la estada en la cocina me había crispado los nervios. Me alegré de regresar al *hall*.

—¿Todo bien? — preguntó el agente al verme.

—Todo bien — respondí.

De nuevo fuí al piso alto y me di cuenta de que la casa estaba muy oscura. Caía enya la noche y nadie se había acordado de encender las luces. Los corredores estaban en sombras y las habitaciones eran cavernas oscuras.

Regresé a la escalera y di un suspiro de alivio al oír la voz del agente.

—¿Necesita algo, señora?

Desesperadamente hice un esfuerzo para hablar con tranquilidad.

—No hay luces. ¿Sabe usted?...

—No. Lo mismo me ocurre a mí. No pude encontrar las llaves, de modo que saqué una lámpara de la biblioteca y la enchufé en uno de los tomacorrientes de la pared.

—Haré lo mismo — repuse —. Aquí hay algunas lámparas.

Me castañeteaban los dientes cuando me dirigí casi a tientas hacia la habitación de Lydia Hoyt.

La enfermera la abrió en cuanto golpeé. Parecía como si hubiera estado esperando mi llamada.

—¿Pasa algo? — me preguntó —. La casa está demasiado silenciosa y estuve llamando con el timbre, pero nadie contesta.

Mi explicación no la calmó. Me dijo:

—¿Así que todos se han ido..., estamos solas en la casa?... No me gusta nada eso. Puede ocurrir algo horrible.

Le notifiqué que había un agente en el piso bajo y que yo tenía una pistola.

—No necesita usted asustarse — le dije —. El asesino no la molestará.

—¿Y a la señora Hoyt?

No quise darle importancia a la insinuación.

—Bien, ¿qué me dice de ella? Si está despierta, quiero hablarle.

Pero no estaba despierta. Le habían dado otro sedativo y dormiría unas horas más.

—¿Quiere decir que no podré verla hasta mañana? — pregunté.

La enfermera sonrió, y me dijo que había dado mi mensaje a la señora Hoyt, y que ésta, a su vez, le dió uno para mí. Decía no poder contestar a mi pregunta, pero recordaba algo que oyó decir a su esposo en sus momentos de lucidez. Parece que el golpe no lo recibió en el *hall*, sino en la biblioteca, cuando estaba arrodillado junto al cadáver de Daphne Dravis.

Le pregunté entonces si sabía algo del sistema de iluminación de la casa, pero la enfermera no conocía más que las llaves de la habitación. No podía pedir al agente que abandonara su puesto para buscar los interruptores, y yo misma no quería buscarlos por temor a la oscuridad.

La enfermera me dió entonces una linterna que tenía y luego me permitió sacar del aposento una lámpara de pie. Había un tomacorriente en el zócalo del corredor, y allí enchufé la lámpara.

Acerqué una silla a los bordes del círculo de luz y allí tomé asiento. Pensé: "El que pase por aquí debe cruzar la luz".

Pero mi alivio no duró mucho. Casi en seguida se me ocurrió que yo también estaba iluminada por la lámpara, y haría un buen blanco para cualquier tirador...

Apagué la luz, pensando que la oscuridad era más amistosa para mi estado de ánimo. Además, tenía la linterna...

Luego comencé a revistar los acontecimientos que se sucedieron desde mi llegada... No, desde antes: el perro murió antes. Luego recordé la nieve manchada con sangre y los zapatos húmedos de Judith; la muerte de Carter Dravis, el fracaso de la coartada de Alden Hoyt y el cuchillo de mango dorado de Bill que hallé en el tiesto de helecho. Después, esa misma noche, se oyeron los acordes de la "Danza macabra". No había luces, como ahora, y cuando se encendieron una vez más, había otra víctima y Alden Hoyt yacía con el cráneo fracturado.

Recordé otras cosas que formaban la extraña maraña del misterio. El testamento y los cincuenta mil dólares, la variedad de indicios y la tentativa de envenenar a Timmy...

Lo que me llevó de nuevo a los Hoyt. Timmy había visto a alguien en el *hall*. Eso era seguro. Se lo dijo a su madre. También eso era seguro. ¿Se lo dijo a alguien más? No lo creía posible. ¿Por qué le habían envenenado entonces? La respuesta era evidente. No tanto porque había visto a alguien, sino porque fué visto por alguien.

Pensé un momento en eso. ¿Habría sido un caso de reconocimiento mutuo? Sin embargo, Lydia dijo que el niño conocía a muy pocos en la casa, excepto a la servidumbre y a los Dravis. Empero, yo estaba segura de que el asesino no era ninguno de los Dravis.

Mi mente, saltando de una cosa a la otra, recordó a Judith y el recorte de diario. ¿Qué quería significar? ¿Tendría razón la joven? ¿Se habría casado Carter Dravis en Inglaterra bajo otro nombre, y habría producido ese matrimonio un hijo que ahora quería vengar a su madre? Y si eso fuera verdad, ¿cuál de ellos sería? ¿Habría un indicio que yo no había visto hasta ahora?

Pensativa, revisté todo lo que sabía. Estaba la persona a quien Timmy vió y reconoció. Estaba el recorte del diario; los cincuenta mil dólares y el ataque contra el joven George Drew y su declaración de que el atacante era zurdo; estaba el mensaje de Lydia, que acababa de darme la enfermera...

Consideré esto último. Si fuera verdad, ¿qué significaba? Que el cuerpo de Alden Hoyt fué trasladado desde la biblioteca hasta el *hall*. ¿Por qué? ¿Y cómo lo hicieron? Alden Hoyt era hombre corpulento. Se hubiera necesitado un gran esfuerzo para moverlo..., un gran esfuerzo...

Me encontré repitiendo las últimas palabras. Como las partes de un rompecabezas, todo iba encajando en su lugar correspondiente. El cuadro se aclaraba. Timmy y Alden Hoyt y el recorte del diario...

¡Sabía quién era el asesino!

Lo sabía, y el descubrimiento me sobresaltó tanto que mi único deseo fué el de correr hacia Peter para comunicarle mi idea antes de que fuera demasiado tarde..., antes de que asesinaran a alguien más...

Y en ese mismo momento, muy débilmente y desde muy lejos, me llegó el sonido de la música. ¡Por tercera vez oía la "Danza macabra"!

XXV

Casi en seguida se prendieron las luces. Recuerdo que pensé: "Hola, el fuego ha terminado y ya vuelven todos."

Comencé a descender las escaleras, aunque una parte de mi cerebro se preguntaba cómo era que yo no había oído ruido de pasos o de puertas al abrirse.

Pero me tranquilizó ver las luces en el *hall* del piso bajo. Nada había cambiado en él. El agente estaba allí. Había acercado una silla a la puerta y estaba sentado con el rostro apoyado a los cristales.

El piano seguía ejecutando la macabra música, pero la amplia puerta de la sala era una boca de lobo ante las luces brillantes del *hall*. Eso me intrigó.

—¿Quién hizo funcionar el piano? — pregunté al agente.

El policía no se movió ni habló. De pronto calló la música y el silencio cubrió toda la casa, como si fuera una capa.

"Ahora me oirá", pensé.

De nuevo lo llamé.

—¡Agente! — dije en voz bien alta.

Pero no respondió. Creo que entonces me di cuenta de lo que había sucedido, pero no quise creerlo. Me acerqué a él pensando que se habría quedado dormido. Al llegar a su lado le di un tirón de la manga y sentí que su cuerpo se deslizaba hacia mí. Al caer su sombrero, alcancé a ver sus ojos vidriosos y una tremenda herida que le cruzaba la sien.

No estaba muerto, pero entonces yo no lo sabía. Allí me quedé sosteniendo a medias el peso de su cuerpo y haciendo un esfuerzo terrible por no gritar, pues me daba cuenta de que sería inútil hacerlo. Nadie me oiría.

Luego hice un esfuerzo por retirar el cuerpo del agente de la puerta, pero no pude lograrlo. Traté de nuevo de sacarlo de allí, mas era un hombre muy corpulento y me fué imposible moverlo en lo más mínimo.

Decidí abandonar mi intento. Había otras puertas. Por una de ellas...

Me volví para alejarme.

Ahora creo que eso era lo que él esperaba. Creo que el asesino debe haber estado esperando allí, pero entonces no lo sabía..., no lo supe hasta que me di vuelta y le vi los pies.

Observé sus zapatos de color castaño, hechos a mano, perfectamente ajustados. Mi mirada aferróse a ellos como temerosa de ver más alto. Luego fuí elevando los ojos hasta encontrarme con los de él, amarillentos, implacables...

Aparté en seguida la vista para mirar al policía.

—¿Qué le hizo? — pregunté.

La figura entre las sombras no se movió. Su voz, por primera vez desprovista de acento, era monótona y fría.

—Tenía que entrar — dijo fríamente —. Se interpuso en mi camino.

Creo que esas palabras fueron las que provocaron mi ira. Recordé a otros que "se interpusieron en su camino": a Timmy, Daphne, el perrillo.

—¡Bestia indecente! — le espeté.

Su rostro apartóse de las sombras y sus ojos brillaron con fuego salvaje. A viva fuerza aparté mi mirada de ellos. Al levantar la mano, en un ademán instintivo de defensa, toqué el bulto que tenía en el bolsillo. No sé cómo pude lograr extraer la pistola tan rápidamente, y al verla, él se detuvo como si le hubieran dado un golpe.

Creo que con el contacto del acero en mis manos me pareció que ya estaba a salvo.

—Esto cambia la situación, ¿no le parece? — le dije —. Había olvidado...

El rompió a reír en forma desagradable.

—¡Ha olvidado usted algo más!

Y siguió avanzando. Antes de apretar el gatillo pensé que iba a matar a un ser humano. Pero no fué así. Apreté el gatillo y no ocurrió nada. ¡Había olvidado correr el seguro! En el acto sentí que de un manotón me sacaba el arma.

No recuerdo muy claramente lo que ocurrió después. Sé que luché con furia terrible contra una fuerza muy superior. Traté de gritar, pero él me tapó la boca y yo le mordí la mano. Poco a poco me iba arrastrando hacia la oscuridad de la biblioteca...

Hice un esfuerzo por tomarme del marco de la puerta y él me dió un tirón que me hizo golpear la cabeza contra el marco. Oí el golpe sordo y en el mismo momento en que perdía el sentido, me llegaron otros sonidos, muy lejanos, como en un sueño: cristales que se rompían y la voz

fría y clara de Peter.

—Todo ha terminado, Andranoff... ¡Déjela! ¡Déjela, le digo! ¡Rápido!

Luego me pareció que me hundía en un negro abismo.

CAPITULO XXVI

Algo más tarde, con la cabeza vendada y ya a salvo en el círculo de los brazos de Peter, le dije:

—Si alguien me hubiera dicho que ayudaría a capturar a un asesino...

—Querida, para uno que viese las cosas con tranquilidad, más bien parecería que el asesino te había apresado a ti.

El teniente mesóse los cabellos.

—Hay mucho de esto que no puedo comprender — manifestó —. Usted dice que antes del incendio sabía que Andranoff era el asesino. ¿Cómo diablos lo supo?

Se lo dije, muy orgullosa de las ramificaciones de ideas con las que había llegado a descubrirlo. No me dió ningún resultado. Peter parecía dolorido.

—¡Pero, Marcia — me dijo —, todo eso estaba en tu cabeza! ¡No tenías ninguna prueba!

—No necesitaba pruebas. Sabía que tenía razón. Eso era suficiente.

—Para mí, no — dijo Peter con firmeza.

—Pero tenía que ser Andranoff, ¿no te das cuenta? — protesté —. Timmy no hubiera recordado a otro. Era muy pequeño para conocer a todos por el nombre. Y aun si hubiera visto a cualquier otro en el *hall*, eso no hubiera significado nada para él. Pero si vió a Santa Claus salir de la biblioteca...

—Sí — admitió Peter —. Eso lo admito. Especialmente ahora que Lydia lo confirma. Sólo Timmy lo vió en la biblioteca antes de que su padre se lo llevara a la cama..., pero él no lo olvidó. Recordó decirle a su madre que Santa Claus sacó un palo de la maceta y entró en el cuarto del tío Carter.

—Y Lydia no se dió cuenta de nada hasta que yo se lo indiqué — dije disgustada —. ¡Es una idiota!

—No todos tenemos tu habilidad de sacar conclusiones precipitadas — dijo Peter.

—No fué eso — repuse enojada —. ¡Tú sabes muy bien lo sensato de mi deducción! Ahí tienes, por ejemplo, a Alden. El mismo dijo que lo golpearon en la biblioteca y no en el *hall*. Bien, ¿quién más pudo haberlo movido? Las mujeres, no. Tampoco podría haberlo hecho Bill Dravis... es demasiado débil. Lo mismo pasa con Jules Rostand. Y el señor Kinross está enfermo del corazón, aparte de que es demasiado viejo. Pero Andranoff pudo haberlo hecho.

—Así es — repuso el teniente Bassett, mostrándome una pila de papeles —. Aquí lo dice en su confesión, pero que me maten si sé cómo pudo hacerlo. Estos niños bonitos...

—Tiene unos músculos de acero — le aseguré —. Además, usted ha olvidado su profesión. Los bailarines se entrenan como los luchadores.

—Concedamos la intuición femenina, el traje de Santa Claus y aun el físico — dijo Peter, fastidiado —. Hasta me tragaré lo del recorte de diario y la revelación del cielo respecto a la identidad del ficticio William Nicholson...

—Nunca dije que fuera una revelación del cielo — repliqué amoscada —. Ya te conté que por accidente confundí los nombres y pensé en Andrew Nicholson, y de ahí...

—...Pero si es que te conozco, eso no fué todo. Tenías algo menos tangible, aunque más plausible.

—Bien, así es — dije lentamente —, y no es lo que tú llamarías tangible. Era la música.

—¡Más adivinanzas! — gimió el teniente.

—Prosigue — dijo Peter. Parecía complacido.

—¿Has oído a alguno de la casa mencionar esa música en relación con los crímenes? ¡No! ¿Sabes por qué? Porque no sabían qué era la "Danza macabra", pero Andranoff sí lo sabía. La primera noche me habló al respecto.

—¡Qué raro! — comentó el teniente —. Se apresa a un asesino porque conoce música.

—No sólo música — dije —. Esa música en especial y la forma en que se usó. Un tema fúnebre. Algo parecido a Wágner.

—O a las películas — comentó Peter.

El teniente parecía con deseos de discutir.

—La Ludokova también es bailarina. Ella pudo haber sabido.

—Probablemente así fuera — dije, —, pero no hay forma de averiguarlo. No pude hablar con ella.

—Fué ella la que nos hizo venir aquí esta noche — dijo Peter —. ¿Lo sabías?

Lo miré asombrada.

—¿Esta noche? ¡Pero, Peter, ella lo amaba.

—No tanto.

—Pero... Carter Dravis... ¡Ella debe haberlo sabido entonces!

—No lo creo. Es posible que sospechara. La muerte de Daphne le hizo comprender la verdad. Creo que dijo la verdad esa noche, pero Andranoff expresó otra cosa. Ella lo estuvo observando entonces.

—Pero aun así, se calló, Peter.

—Lo sé. Tú lo has dicho. Ella lo amaba.

—¿Lo *amaba*, Peter?

—En tiempo pasado, sí. Sospecho que hay cosas que ni el amor perdona.

—¿Y cómo pudo decirte nada esta noche? — pregunté.

—No necesité que me dijera mucho — repuso Peter —. Cuando me tomó del brazo y gritó: "¡Andranoff!" y yo vi que no estaba con nosotros, no perdí tiempo en correr hacia aquí.

—Y no había mucho tiempo que perder — comenté —. Si tú no hubieras venido...

—Vine y eso basta — dijo —. No te aflijas ahora.

Luego me dió la confesión para que la leyera, y así lo hice, en voz alta.

"Maté a Carter Dravis porque era mi padre y me negó el nombre y mis derechos de nacimiento. Si tuve algún otro motivo, fué la venganza. Le debía eso a mi madre.

"Hasta hace dos semanas creía llamarmarme William Nicholson. Después, hasta tres días antes de Navidad, creí llamarme por derecho William Dravis. Ninguno de los dos es mi nombre. Carter Dravis era mi padre. Se casó con mi madre bajo el nombre supuesto de William Nicholson. El matrimonio era tan falso como su nombre. Carter Dravis habíase casado en los Estados Unidos en 1907. Su matrimonio con mi madre fué un delito de bigamia.

"Desde niño me enseñaron a bailar y llegué a ser un buen bailarín de *ballet*. Usé una combinación de los nombres de mi supuesto padre y de mi madre, cambiando este último para pasar por ruso. Mi madre murió hace tres años y entre sus pertenencias encontré una caja que contenía el certificado de matrimonio, el recorte de diario que más tarde prendí de la americana de Carter Dravis y varias fotos del hombre que era mi padre. Fué el duplicado de una de éstas, reproducido en un diario, lo que me aclaró la identidad de mi padre.

"Una vez convencido de que estaba vivo traté de acercarme a él. Me hice presentar, descubrí que era rico y que se había casado varias veces. Supe que tenía varios hijos. Su reputación como protector de las artes me dió una idea. Desde largo tiempo atrás tenía el deseo de tener mi propio *ballet*. Posiblemente, a cambio de mi silencio, él lo financiaría. Le sugerí la idea del *ballet* sin mencionar nuestro parentesco. No demostró interés.

"Cuando, poco antes de Navidad, le volví a mencionar el asunto, le di una idea de lo que había sido mi vida, le mencioné el nombre de mis padres, y eso fué suficiente. Se puso pálido, pero recobróse en seguida. Admitió que yo le interesaba y que tal vez financiara el *ballet*. Me invitó a venir a su casa a pasar las Navidades, y así podríamos hablar.

"Llegué a esta casa con deseos de dar órdenes. Me encontré con que Carter Dravis no había estado ocioso. Tenía cincuenta mil dólares y me los ofreció para que desechara todas mis demandas. Rehusé en el acto y le dije que era un bígamo. El rió y afirmó que, por lo menos, el último era legal, ya que se había efectuado después de la muerte de mi madre. No me gustó eso. Insistí, y él me dijo que no me daría más que cincuenta mil dólares. Me los mostró, y cuando me negué a recibirlos, los guardó en la caja. Dijo que mandaría llamar a su abogado y que yo tendría que entenderme con él.

"La noticia de que llamaría al abogado me desconcertó. Durante la tarde traté de forzar una solución del asunto antes de que se presentase el abogado, pero no tuve éxito.

"Fué entonces cuando Carter Dravis me dijo lo que yo no sabía, lo que hizo que lo matara. Me informó que ya estaba casado cuando contrajo matrimonio con mi madre. Le hubiera matado entonces, si no nos hubiese interrumpido Charles Kinross.

"Preparé mis planes. Corté el cable del teléfono, robé el cuchillo de Bill Dravis, porque aun entonces buscaba ya a alguien que pagara por mí.

"Estaba yo vigilando cuando Carter Dravis y su esposa subieron, y los seguí; llegué aún a entrar en el cuarto de tocador. El perro de la señora Dravis estaba allí y tuve que estrangularlo para que no ladrara.

—¡Lo estranguló! — exclamé asombrada —. Pero yo creí...

—Ya lo sé. Creíste que lo había envenenado — dijo Peter —. Es uno de tus tantos errores. Prosigue.

"Levanté la ventana silenciosamente, después de estrangular al perro, y lo arrojé fuera, con la esperanza de que lo cubriese la nieve.

"Fuí a mi cuarto, sabiendo que hasta entonces Dravis no había confiado en nadie, a menos que ya hubiera dicho la verdad al abogado que esperaba. Resolví entenderme con el abogado a mi manera. Pensaba interceptarle el paso. Usando la escalera trasera, me oculté en la salita donde él esperó a Judith.

"Lo ataqué con el cuchillo de Bill, pero no pude hacer otra cosa que herirlo. Era más fuerte de lo que yo me figuraba, y me arrebató el cuchillo. La llegada de Judith Dravis me obligó a escapar.

"Durante la cena oí a Carter Dravis maldecir al abogado, y me di cuenta de que por alguna razón el hombre se fué sin verlo.

"Traté de hablar con Dravis después de la cena, pero él me esquivó, y no logré verle hasta que él fué a la biblioteca para ponerse el traje de Santa Claus. Aun así no fué fácil; tuve que esperar a que

la señorita Schofield se retirara. Fué entonces al ir a ponerme yo el otro traje de Santa Claus, cuando vi el cuchillo clavado en la tierra de la maceta y me di cuenta de que me convendría llevarlo conmigo. Cuando bajé, la puerta de la biblioteca estaba abierta y Carter Dravis me daba la espalda, mientras terminaba de vestirse. Tomé el cuchillo, cerré la puerta y le di una puñalada en la espalda. Salí de la biblioteca, cerré la puerta y entré en la sala para comenzar mi danza.

"Recién después recordé que el niñito Timmy estaba en el *hall*, y, lo que es más importante, me había visto. Por eso traté de envenenarlo.

"Después de matar a Dravis me di cuenta de que había perdido la oportunidad de sacar provecho de mi situación, y decidí salvar del desastre por lo menos los cincuenta mil dólares.

"Esa noche vigilé hasta que Hoyt cruzó al otro *hall*, por un momento, y luego me deslicé escaleras abajo. La oficina estaba abierta, aunque Holgate la había cerrado con llave. Cerré con llave la puerta que daba el *hall* y crucé hacia la caja. Durante largo rato traté de abrirla, pero me fué imposible. Estaba por darme por vencido cuando oí voces en el *hall*. Casi en seguida vi luz por debajo de la puerta de la biblioteca.

"Hay un armario en la oficina, y allí me oculté. Casi de inmediato abrióse la puerta que da a la biblioteca y entró Daphne Dravis. Hizo lo que yo no pude hacer: abrió la caja y sacó el dinero. Cuando se volvió hacia la biblioteca, llevándoselo, la seguí. Sobre el escritorio había un cortapapel y lo tomé, y cuando, al oírme, se dió vuelta, le di una puñalada en el corazón.

"Dejé el cuerpo en el suelo, coloqué los indicios de que me había provisto y regresé a la oficina. Allí esperé hasta que entró Hoyt en la biblioteca. Entonces salí al *hall*, tomé una estatua de la Venus de Milo que estaba sobre una mesa. Hoyt estaba arrodillado cerca del cuerpo de la señora Dravis. Le di un golpe en la cabeza, no fatal, pues no deseaba matarlo. Lo único que quería era una oportunidad de regresar a mi cuarto sin ser visto.

"Deliberadamente, traté de que la investigación fuera lo más dificultosa posible. Había comenzado bien con los indicios que distribuí por todas partes. Ahora saqué el cuerpo de Hoyt de la biblioteca y lo dejé en el *hall*. Luego se me ocurrió darle algo de interés al asunto tocando la "Danza macabra". Sabía que el rollo estaba todavía en el piano.

"La música fué más fuerte de lo que esperaba, y me quedé parado en la oscuridad, seguro de que todos la oirían. Era muy posible que me sorprendieran antes de llegar a mi dormitorio. Mientras vacilaba sin saber qué hacer, los Holgate oyeron la música y bajaron. Cuando pasaron a mi lado en la oscuridad, le tomé la linterna de un golpe a Holgate. Fué entonces cuando comprendí que la única forma de poder subir sin ser visto era apagando todas las luces de la casa. Me fuí a la despensa y cerré el interruptor general de corriente. Luego volví a mi cuarto con toda tranquilidad. Me llevé los cincuenta mil dólares y, no sé por qué, la estatua con la que golpeara a Hoyt.

"Holgate fué más listo de lo que yo sospechaba, pues despertó a Simmons e hizo encender las luces. Descubrieron los cuerpos y nos despertaron a todos.

"Entonces comprendí que el dinero sería un compromiso, de modo que lo coloqué en un cajón de la cómoda de Bill, dejando asimismo la estatua sobre la mesa de su cuarto. Tuve un momento de pánico cuando pensé que tal vez había dejado impresiones digitales en el piano. Decidí ser audaz. A cubierto de la excitación general, entré en la sala por el comedorcito. Casi me sorprende Holgate.

"Envenené a Timmy Hoyt con estricnina que llevaba conmigo, con la vaga idea de administrársela a Dravis si no se portaba bien conmigo. Holgate no la encontró cuando efectuó la revisión de los cuartos, porque yo la tenía encima. Fué muy simple ponerla dentro del chocolate, que estaba en la media de Navidad. Eso lo compré en la estación de Nueva York. Fué un impulso, que más tarde me resultó útil.

"La tentativa de envenenar a Timmy fracasó. Pero no me afligí mucho, pues dudaba de que el niño me hubiera reconocido con el traje de Santa Claus, y de todas maneras su testimonio no valdría en un proceso. Decidí dejar el asunto por el momento, ya que el caso estaba resultando ser una serie de motivos y procedimientos capaz de defraudar la inteligencia de detectives más expertos que los que allí había.

"Difícilmente hubiera hecho nada más de no haber sido por la señora Holgate. Estaba casi seguro de que la Ludokova sospechaba de mí, pero yo podía manejarla a mi antojo. Lo que me preocupó después fué la declaración de la señora Holgate de que sabía quién era el asesino.

"Entonces vino el incendio y decidí aprovechar la oportunidad para matarla. Esperé hasta que no me vigilaba nadie y luego fuí a la casa. Allí le dije al policía que iba a buscar vendas. El me dejó entrar y me dijo dónde estaba el botiquín de primeros auxilios del teniente Bassett. Le di un golpe en la cabeza con una piedra que llevaba a propósito.

"Una vez hecho esto, entré en la sala y puse en marcha el piano automático. Esperé hasta que la señora Holgate bajó."

❦ ❦ ❦

Allí terminaba la confesión. Por un momento me quedé mirando su firma: "Nicholas Andranoff". A la luz de lo ocurrido antes parecía casi patética. Miré a Peter.

—No usó el nombre de Nicholson, ni de Dravis, ¿eh? — dije —. Supongo que habrá pensado que éste le pertenecía más que los otros. ¡Me parece que le tengo lástima, Peter!

—Si tuviéramos tiempo — contestó Peter gravemente —, te haría leer ese documento varias veces, hasta que cambiaras de idea. ¡Dios mío, el hombre es inhumano! He visto muchas confesiones, pero ésta es la más cínica y fría de todas. No se lamenta de nada. Logró hacer lo que quería, y ahora no se arrepiente.

—¡Tal vez esté loco! — observé, estremeciéndome al recordar sus ojos que me habían mirado en la oscuridad.

—Si lo está, mezcló su locura con el método — dijo Peter —. Bien, ¿estás satisfecha? ¿Todo claro? ¿No hay preguntas?...

—Pienso en Simmons — le dije —. Supongo que no hace ninguna diferencia, pero no he podido comprender por qué se fué a la francesa esa noche, ni qué consiguió con ello. ¿Lo sabes?

Peter encogióse de hombros.

—Sabemos lo que quiso decirnos Simmons — contestó —, y no fué mucho. Para comprender su acción hay que conocer a los hombres de su tipo. No se le puede clasificar como un sirviente ordinario. Sirvió durante treinta años en una casa y vió nacer a Judith y a Bill, y los quería casi tanto como un padre. Cuando descubrió el dinero y la estatua en la habitación de Bill, creyó que él era el culpable, y decidió escapar con las dos pruebas para que le condenaran a él, en lugar de a su querido muchacho.

"No creo que al principio hubiera pensado seriamente en seguir camino; es fácil que pensara volver. Pero bajo el influjo del whisky, decidió seguir y alejar de su amigo el peligro. Creyó que si desaparecía, todos creerían que el culpable era él.

—Bien; espero que se lo hayas dicho a a Bill — observé, y Peter asintió.

—¡Oh, sí, se lo dije! Se sintió muy afectado por el relato. Tengo la idea de que quiere tanto a Simmons como el viejo lo quiere a él. Me dijo que Simmons era lo más parecido a un padre que había tenido en su vida.

—Me alegro mucho — dije.

—¿Otras preguntas? — inquirió Peter.

—Una o dos — repuse —. Andranoff no mencionó el incendio. ¿Fué él quien lo provocó.

—No; la culpa la tuvo Michael Gargan, que arrojó una colilla en un montón de paja. ¿Qué más quieres saber?

—¿Y por qué dijo Alden Hoyt que él había matado a Daphne? ¿Qué quería decir?

—Que si no hubiera hechó caso a las súplicas de ella para que la llevara al piso bajo, probablemente estaría viva todavía. ¿Algo más?

—George Drew dijo que el hombre que lo atacó esa noche era zurdo.

—Pues te diré: Andranoff era ambidextro. Podía usar cualquiera de sus dos manos con entera facilidad.

Estaba satisfecha, pero algo más quería saber.

—¿Y mi cinta, Peter? — pregunté —. ¿Cómo la consiguió?

—Te diré que no era a ti a quien pensaba complicar la existencia, sino a Judith. Había estudiado los vestidos que se puso ella, uno por cada noche, revisó su guardarropa y vió uno que ella no se había puesto aún. Pensó, por lo tanto, que ése sería el elegido y arrancó una de las cintas. Cuando ella te lo prestó, Andranoff colocó la misma cinta en el lugar del crimen, pues le pareció divertido complicar en el asunto a la esposa del detective.

A mí no me pareció muy divertida la idea. Traté de reír, pero no me fué posible. Tomé del brazo a Peter y le dije:

—Peter, ¿hay alguna ley que lo impida? Porque quiero irme de aquí en seguida, antes de que ocurra algo más.

—¿De veras, querida? — preguntó Peter, sonriendo —. Mira afuera. ¿Ves ese coche? Es el nuestro, y está lleno de nafta y aceite. En cuanto te hayas puesto el abrigo y el sombrero..., es decir, si estás segura de que no te importa viajar de noche.

Le aseguré enfáticamente que no me importaba, que me gustaría muchísimo.

—¿Pero podremos hacerlo? — pregunté —. ¿El teniente Bassett nos lo permitirá?

—Mira detrás de ti — contestó Peter.

Así lo hice. El teniente me ofrecía mi abrigo y mi sombrero, y me sonreía satisfecho.

"NAVIDAD TRAGICA", de **EDITH HOWIE**, ha sido publicada en forma de volumen por la Editorial Acme Agency, de Buenos Aires

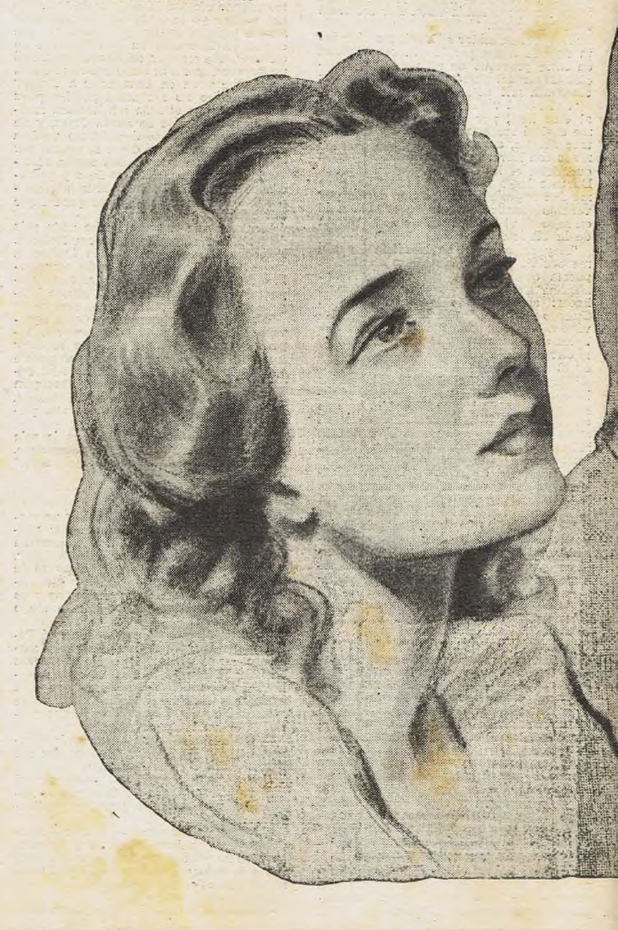
Murió el viejo zapatero

Cuento, por

Sara Poggi

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

ILUSTRACIÓN DE MARIANO ALFONSO



SERÍAN las ocho cuando el furgón se detuvo ante el negocito del viejo zapatero, y los vecinos, ya en las puertas de las casas o por la calle, se enteraron así de que había fallecido tempranito.

—¿Pero acaso estaba enfermo? —clamó muy sorprendida doña Rosa.

—Hace cinco o seis meses comenzó a sentir unas molestias... —le informó el peluquero de al lado—, y desde la primera visita el médico lo desahució.

—¡Qué conciencia tendrán los médicos para dejar morir a un padre de familia! —se escandalizó doña Rosa.

—Los médicos no hacen milagros, señora —rió a su pesar un viejo jubilado—, ni pueden impedir que muramos cuando Dios manda.

—Sí será picardía... —reprobó otra vecina santiguándose—. Un hombre todavía joven, trabajador, padre ejemplar...

—¿Puede decirme para qué le sirvió tanta virtud? —interrumpió el diariero, un chinazo haragán que ni se molestaba en vocear los periódicos, conformándose con las ventas que hacía sentado contra la pared de la peluquería—. Tanto le hubiera valido trabajar por el puchero nada más y descansar lindo como yo; menos responsabilidad y mejor vida.

—Calle la boca, so vago —replicó doña Rosa, indignada por la holgazanería del hombrazo—. Con hombres como usted se acabaría pronto el mundo.

—Pero vivo mejor que el finado.

El comentario discutible, pero intempestivo, disolvió la reunión; cada uno volvió a sus ocupaciones y el difunto zapatero continuó tan indiferente, ya estiradito en el cajón.

¡Pobre don Tomás! Su viuda doña Julia, muy digna en un dolor sin gritos ni alharacas gesticulantes, rodeada de los hijos silenciosos, hablaba del finado a parientes y amigos acudidos al duelo. Sus palabras, mesuradas, correctas, casi impropias en boca de una mujer tan humilde e inculta, contaban su nobleza sin panegírico. ¿Sinceramente sin panegírico? Sí: el viejo zapatero fué una gran persona, aunque a nadie se le ocurriría hacer su biografía porque los humildes no cuentan como valor individual, sino que sus méritos forman la ingente amalgama de los valores raciales dando la tónica de un pueblo con su aporte anónimo.

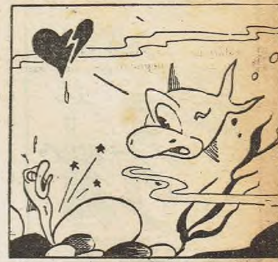
Fué hijo de un obrero que le dejó huérfano a los tres años, y su madre adoptó el oficio de lavandera para adquirir los medios más indispensables de subsistencia; era una muchachito muy fino, muy blanco, muy rubio, muy callado, y la soledad en que necesariamente debió dejarle la madre para atender su trabajo acrecentó sus condiciones meditativas; pronto aprendió que vida y trabajo son sinónimos para los pobres, añadiendo una consecuencia estrictamente personal: felicidad y compañía también son sinónimos de bien, de lo más bueno y grato a que podemos aspirar dentro de la mayor humildad, porque él sentía una gran necesidad de amistad y de cariño, quizá consecuencia de la carencia de dinero que priva de otros placeres.

Trabajó intensamente hasta los veinticinco años, sin ahorrar un centavo porque su falta de preparación lo incapacitaba para ocupaciones bien remuneradas, y por esa fecha falleció la madre, quedando demasiado solo. Entonces pensó en casarse.

Le gustaba una muchacha, obrera también, con quien mantenía trato de amistad amorosa desde hacía un par de años.

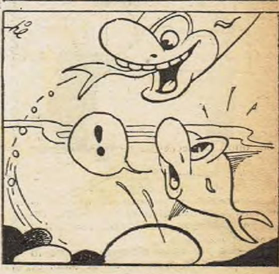
AGALLITA **Por CHRISTIE M.**

Salvamento inútil









¡La encontró!

—Allí fué donde ayer casi pierdo mi nueva pelota de golf.

Retruécano



—Si te veo otra vez con mis pantalones puestos, tendré que demostrarte quién es el que lleva los pantalones en esta casa.

Negocios y placer



—¿Cómo es que los corredores están todos en el Canadá, señorita Smith?

—No sé; pero siempre ocurre lo mismo en la estación de la caza.

—Ahora sería la oportunidad de casarnos, Julia —le dijo sin previa declaración de amor—. Si me acostumbro a vivir solo quizá nunca me decida a formar una familia, porque me asusta tanta responsabilidad con escasos recursos.

—Si así pensaran todos, pocos se decidirían. Donde come uno comen dos.

—Si se tratara de nosotros solamente no habría problema, porque estando sanos, cada uno puede ganarse la vida, y la unión es un aliciente para no desmayar, pero los hijos traen gasto, preocupación...

—Cuando son pequeños, mas pronto se hacen grandes y ganarán su sustento, como hicimos nosotros.

Alentado por la disposición valiente de la mujer, se casaron y fueron muy felices, aunque pronto se produjo lo que Tomás previó: con el primer hijo, Julia quedó algo delicada y debió dejar el trabajo para atender su salud, el hogar y el pequeño. El aporte único del marido era muy escaso y vivían tirando, tirando... Para colmo, los alojamientos estaban por las nubes, y debían conformarse con una habitación en una casa de vecindad donde no había forma de sostener una puntita de dulce poesía familiar.

A Julia no le gustaba, pero callaba para no mortificar inútilmente al marido, pero Tomás no terminaba de observarlo y de buscar soluciones.

—Cuando se tienen hijos, se precisa vivir en una casita sola —exclamó cierta noche en que el pequeño lloraba y el vecino del cuarto de al lado protestaba sin reparo—. Pensé tomar una chocita cualquiera en las afueras, sacaré abono de ferrocarril para venir a la obra, y aunque no nos sobre un peso viviremos más tranquilos, seremos más felices.

—Me parece demasiado sacrificio para ti.

—Más deberé sacrificarme, porque más hijos vendrán y más deberé ganar para mantenerlos. Peonando de albañil no saldré nunca del salario fijo y los días de descanso forzoso por falta de trabajo, de manera que aprenderé un oficio.

—No veo cómo ni cuándo.

—Yo tampoco, pero es preciso y será.

En Lanús encontraron una comodidad a sus alcances y allá Tomás tuvo la inspiración del oficio que aprendería: zapatero. En la esquina de su calle había uno viejo que se mostró bien dispuesto a enseñarle el oficio en días y horas desocupados, sin remuneración, se entiende, y a poco de iniciado el aprendizaje, ya en camino del segundo hijo, nuestro hombre proyectó más en grande que de costumbre.

—No hay como las obligaciones para hacer rendir el máximo al hombre —sentenció—. En adelante trabajaré cuantas horas extras pueda, y el importe lo guardaré estrictamente para volver un día a la capital y poner un bolichito de zapatería.

—Extremando el esfuerzo te agotarás prematuramente y será peor.

—Es preciso, Julia; con hijos no debo pensar en mí mismo.

—Te diré... los quiero tanto como tú, pero no creo que debamos entregarles la propia vida como esclavos.

—¡Ah, mujer! Si fuéramos ricos sobraría tiempo y dinero para todos, pero cuando los pobres empiezan a sacrificarse no terminan jamás.

Quedó tácitamente dispuesto.

Sorprendía este matrimonio por sus maneras propias de gente bien, acomodada, que no ha necesitado brutalizarse en la lucha para ganar el pan de cada día, y es que, por contradictorio que parezca, ellos no se habían casado por amor, jamás estuvieron enamorados, sino que se unieron para acompañarse y crear una familia; el amor los hubiera apasionado, quizá vuelto egoístas, mientras que el convenio familiar requería esa calma cordial y el sacrificio continuado que realizaban sin desmayo.

Cuando Tomás cumplió los cuarenta y cinco años, tenían cuatro muchachitos y llegó el día de poner en práctica el viejo proyecto: dejó el trabajo de albañil, volvieron a la capital, tomaron un negocito en el suburbio, un poco asustados del alquilerazo que se atrevían a pagar, y temblándole las manos de fundada nerviosidad Tomás inició el nuevo oficio.

Le fué bien, en seguida tuvo más trabajo que el que podía hacer, pagaba sin tropiezos las cuentas, pero la tensión nerviosa le debilitó, le enfermó; en mitad de cualquier trabajo apurado le sobrevenían ideas raras que confiaba a su mujer, más que nunca solícita a su lado.

—Me gustaría dormir una semana, un mes seguido —decía—, y aunque esté mal decirlo, dormir así lejos de ti y de los hijos, de la gente, del ruido, en soledad absoluta para gozar un descanso perfecto.

—Te lo previne, Tomás —reconvino la pobre Julia afligida—. Extremando el esfuerzo te agotarías prematuramente, y lo peor es que ahora no puedes darte un descanso.

—Ni pensarlo, por supuesto...

Estaba muy envejecido —de ahí que los vecinos le llamaran el viejo zapatero— y siempre con su tipo tan fino, enteramente inadecuado a su humildísima condición; la apagada mirada de sus ojos azules se levantaba con frecuencia de la horma donde plantillaba zapatos usados para fijarse absorta en un punto muerto de la calle.

—¿Qué sueñas, Tomás? —le preguntaba dulcemente Julia.

—Eso es: soñaba, nada más —sonreía él a la clara intuición de su mujer.

Pero no resistió así largo tiempo y una mañana no pudo levantarse del lecho; fué la primera vez que a los clientes se les dijo que el viejo zapatero estaba enfermo y la primera vez que llamaron al médico.

El no supo el diagnóstico fatal, ni tampoco sufrió más de lo tolerable; por el contrario, adquirió una indiferencia sedante, quizá de mal agüero para su entusiasmo vital, pero de provechosa calma para sus últimos difíciles meses.

Perdió la angustia por la responsabilidad familiar que tanto le atormentó, y con su mujer, siempre su compañera inseparable, se dió horas de paseo sin gasto, visitando todos los lugares públicos de la ciudad con despreocupación de hombre rico y libre, pero en verdad porque ya no era hombre de este mundo.

Había cumplido su misión y partía, simplemente; se iba con la tranquilidad del obrero que al atardecer retorna a su casa, y su tarea había sido crear una familia y dejarla con los medios para subsistir. La cumplió con suma perfección: los cuatro hijos, sanos y ya grandes, todos iniciados en el oficio paterno, podrían llevar adelante el negocio bien encaminado y él, el padre, ya no era estrictamente necesario.

En su humildad cumplió su fin como los mejores, y de ahí que la muerte no le angustió. A nadie se le ocurriría hacer su biografía, porque los méritos de los humildes forman la ingente amalgama de los valores raciales, pero si cada uno cumpliera como él la misión señalada o impuesta a sí mismo, la tónica que dieran a su pueblo sería verdaderamente reflejo de su inapreciable valor.

Por eso Julia, su mujer, su colaboradora perfecta, velándole, hablaba de él con palabras mesuradas y conceptos que mostraban su nobleza sin panegírico, y el acatamiento de todos a lo inevitable fué ejemplar para los que piden a la existencia placeres innecesarios, mientras sobrellevan a disgusto las obligaciones ineludibles. ◈

PAJARITO

(CONTINUACION DE LA PAGINA 31)

De modo que cada vez que el tambor mayor se equivocaba, se producía una equivocación general. Se acostumbró tanto a enseñar a los demás, que concluyó por quererme enseñar a mí, al maestro, que, sea como fuere, había sido puesto allí por el gobierno para ilustrar a todos. En efecto, Pajarito era el único niño que se atrevía a interrumpirme sin dobleces, de igual a igual, con una familiaridad que, si bien me hacía muy feliz por dentro, por fuera me hacía soberanamente desgraciado. A menudo, claro está, me metía en apuros. La primera cáscara de banana que me hizo pisar en este sentido, se debió a la letra hache.

Recuerdo que yo la estampé en el pizarrón y, siguiendo una costumbre inveterada, dije:

—Esta letra se llama hache, pero yo no la llamo hache. Yo la llamo *La Mudita*. ¡Presten atención!

Pajarito paró las orejas. Como si esto fuese poco, intrigado, perplejo, tartajeó:

—¿Ajá?

—La llamo *La Mudita* —continué yo, gravemente— porque es una pobre letra que, por más que se la escriba y se la sacuda, no suena nunca.

—¿Ajá? —repitió el niño, buscando camorra—. ¿No suena o no quiere sonar?

—¡Nunca suena! ¡De ningún modo! ¡En ninguna parte! Es silenciosa de nacimiento. Si está delante de una palabra, pongamos por caso, no suena. Si está en el medio, tampoco. Y si está en la cola, menos. ¡Nunca, nunca! Por eso, precisamente, yo la llamo, como digo, *La Mudita*.

Pajarito, entonces, se puso de pie. Su impaciencia era evidente. Ya no podía resistir más la explicación.

—¡Maestro! —exclamó, haciendo ademán de arremangarse los puños del guardapolvo—. ¡Yo sé lo que hay que hacer para hacer sonar a *La Mudita!*

—¿Qué?— indagué yo, bromeando—. ¿Hay que darle cascarilla?

—No. No hace falta. Hay que ponerle una *ce* adelante y *La Mudita* suena *che*.

No terminó ahí la cosa. Advirtiendo que yo, en lugar de ponerme serio, me reí festejando su ocurrencia, el niño, con las pupilas chispeantes, miró aquí y allí, en procura de público, y dijo, como si hablase consigo mismo:

—¡Pícara *Mudita!* ¡Pícara, pícara! ¡Sonaste!

Afortunadamente, sus interrupciones eran casi siempre felices. Jamás preguntaba una estupidez. Había más. Se molestaba toda vez que otro chico lo hacía, satirizándolo, a su modo, sin ningún reparo.

* * *

La madre de Pajarito era una buena mujer, delicada y culta. El padre, en cambio, era un bruto. Al principio no ocurría esto, mas, después, coincidiendo con la declinación de la criatura, dos por tres, el padre le pegaba una paliza. En seguida, lo obligaba a que le pidiese perdón. Con las carnes ardiendo aún, el niño tenía que ponerse de rodillas y rogarle que lo perdonase.

—A mi mamá la comprendo —explicaba Pajarito—. A mi papá, no.

—¿Por qué? —inquirí.

—Porque mi papá me pega, y mi mamá me defiende. Porque antes no me pegaba y ahora sí. Porque, encima de que me pega, ahora le tengo que pedir perdón. ¡Y ligerito, eh, porque sino me vuelve a pegar otra vez!

—Lo que no comprendo bien es por qué después que te golpea tienes que pedirle perdón.

—¡Y..., por eso! ¡Porque me pega! ¡Porque me pega y sufre! Después que se le pasa la rabia, me da besos. Primero, cachetazos. Después, besos. ¿Qué le parece?

—Y tu madre, ¿qué hace?

—¡Qué quiere que haga! ¡Se calla la boca! Sino la liga ella también. ¡Paf, paf, paf, paf!

—¿Es boxeador tu padre?

—No. Empleado. Está en una tienda donde un peso vale cinco centavos.

Por esa época reinaba una crisis de grandes proporciones en todo el territorio. Para arreglar semejante situación, casi todos los días se tomaban medidas de orden, reduciendo los salarios y aumentando los precios de los artículos de primera necesidad.

—¿Y por qué te pega? —insistí.

—Por cualquier cosa —replicó Pajarito.

—Decime una.

PINTURA PARA RADIADORES



La pintura de aluminio es la única apropiada para pintar los radiadores de calefacción, pues tiene la virtud de no resquebrajarse por la acción del calor, lo que no ocurre con las restantes pinturas.

—Porque le rebajan el sueldo.

—Decime otra.

—Porque sube la manteca. O el carbón.

—¿Y por eso te pega?

—Yo también digo lo mismo. ¿Qué tengo que ver yo con el carbón o con la manteca?

—¿Así que cada vez que sube un artículo se desquita contigo?

—¡Eso es! ¿Sube el pan? ¡Bueno! Mi papá entra así en mi casa. ¿Ve?

Y Pajarito se ponía sombrío, apretando el entrecejo en forma horrible para reproducir fielmente la murria del semblante paterno.

—¡Así! Entra y grita: *"¡Che, María! ¿No sabés la novedad? ¿No? ¡Bueno, sabela! ¡Subió el pan! ¿Qué me decís? ¡Ya no se puede vivir más! ¡Qué escándalo! ¡Ayer los fideos, hoy el pan!"* Y dice una palabra que no se puede decir. Esto, se comprende, es lo primero. Lo segundo es así. Yo ya me lo conozco bien. Me mira a mí. *"¿Y vos?* —me pregunta—. *¿Qué estás haciendo ahí? ¿Eh? ¡Estúpido! ¿Hiciste los deberes?"* Si le contesto, me da un sopapo. ¡Por contestador! Y si no le contesto, lo mismo. Otro sopapo. ¡Por no contestar! Para uno, dice *"¡Tomá, por lengua larga!"* Y para el otro: *"¡Tomá, por mosca muerta!"*

—¿De modo que tu padre te ha tomado a vos de cable a tierra? ¡Pobre Pajarito!

Y lo acaricié.

El niño se estremecía de gratitud.

—¿Sabe para qué quiero estudiar de ingeniero? —me confesó.

—No. ¿Para qué?

—Para ganar plata y ayudar a mi familia.

—¿A tu familia?

—Sí. Porque mi mamá dice siempre que todo esto, todo, todo, pasa, ¿sabe?, porque no hay plata en casa. ¡Ah, la plata, la plata!

Pajarito quería ser ingeniero, entonces, no por vocación, sino por necesidad, aunque la vocación y la necesidad, mirando bien, son dos lobos que se desarrollan paralelamente y aúllan al mismo tiempo. Dos lobos que se entienden y disimulan a la perfección, pues cuando uno de ellos grita, el otro se convulsiona, y cuando el primero tiene hambre, el segundo sale a buscar la comida. Así es la vocación. Y puede ser una fortuna, o puede ser una desgracia. Porque tan vocación es la del santo como la del asesino. La vocación, por tanto, no es más que una réplica del individuo al medio social, y está sujeta a las demandas, a los tropiezos y a las calamidades de la existencia. Teóricamente, el hombre es quien empuja al mundo. Prácticamente, sucede al revés: es el mundo quien empuja al hombre. Y, a veces, no sólo lo empuja: lo arrea como a una vaca.

Un día, Pajarito se presentó a clase con un ojo hinchado.

—¿Qué te pasó? —averigüé, sorprendido—. ¿Eh?

—¡Nada! —farfulló el niño, llorando—. ¡Que en la carnicería subieron la carne! ¡Sí, sí! ¡Ochenta centavos el kilo de puchero!

—¿Ah, sí?

—¡Sí, sí! ¡Y, además, a mi papá le volvieron a rebajar el sueldo! ¡Veinte pesos menos!

Decididamente, el padre de Pajarito continuaba empeñado en resolver la crisis sobre el cuero de la criatura.

A medida que la situación económica de su hogar se hacía más tirante, más angustiosa, el niño venía más mal vestido, prestaba menos atención al estudio y multiplicaba más el número de sus palabras desdorosas. Se notaba, por el cambio de su lenguaje, que el padre utilizaba en la casa, cada día, una literatura más radical, más sucia, más virulenta.

La madre, hasta entonces muy respetuosa, muy fina, irrumpió un día en la escuela y armó un escándalo sin precedentes. Toda su delicadeza anterior se había esfumado completamente. Sin más ni más, me insultó de arriba abajo, como un carrero, a raíz de que Pajarito, durante una escaramuza, fuera del local, había perdido la manga del guardapolvo.

Está demás decir que me hacía responsable del hecho.

Simultáneamente con el aumento del pan y de la manteca, Pajarito enflaquecía de una manera palpable. En más de una ocasión, ahora concurría a clase en ayunas. Entonces, aguardaba ansiosamente la hora del recreo, sumido en una especie de letargo, para devorarse el pan de Viena y el vaso de leche que proveía gratuitamente a todos los niños la cooperadora de la parroquia. Después que comía re-

LOCOS SUELTOS *Duda* **Por F. ALVAREZ**








cuperaba su lucidez mental, ingeniándose hábilmente para substraerle a otro compañero bien alimentado la ración de pan o de leche que por ley le correspondía. Hasta que no triplicaba el menú de la cooperadora, por lo regular seguía buscando comida.

Así como la necesidad de su hogar estuvo a punto de convertirlo prematuramente en ingeniero de puentes y caminos, la necesidad de su aparato digestivo lo transformó paulatinamente en actor dramático, gracias a que con ello lograba materializar a diario su propósito alimenticio.

Ignoro cómo fué que comenzó su nueva etapa, pero lo que no ignoro es que por un vaso de leche o por un pan de Viena, Pajarito, a esta altura, representaba, en el breve transcurso del recreo, él solo, una obra teatral completa, que él mismo componía.

Desde luego, no escribía la obra, porque aun no sabía escribir. La pensaba solamente. Después procedía a su interpretación. Poseía una rara virtud complementaria: asimismo, encarnaba todos los papeles. Trabajaba de varón y de mujer simultáneamente. De chico y de grande. De autor y de apuntador. Al mismo tiempo, sin darse cuenta, en su drama ponía al descubierto la vida íntima de su familia. Sus miserias más hondas y más descarnadas.

—Esto que voy a representar ahora —anunciaba Pajarito a su auditorio, durante el recreo, una vez que ajustaba el precio del espectáculo —se llama *La Comida*.

Así programaba la función.

En seguida pasaba a describir el escenario.

La clase, entretanto, se apretujaba a su alrededor, sugestionada, como si se hubiese encontrado frente a un encantador de serpientes.

—La mesa está acá —proseguía, señalando un extremo del patio—. Aquí, está el padre. ¿Ven? Aquí, la madre. El hijo, que es chico, está sentado en un rincón. Calladito. El padre es malo como la "virgüela". Malo y gritón. La madre, no. La madre habla despacio. El padre, fuerte.

La rueda seguía atentamente el prólogo de Pajarito.

—Llega la "virgüela" del trabajo —continuaba— y se sienta. La "virgüela" es el padre. ¡No se olviden! Se sienta, y dice: "*¡Mirá, María! ¡No me hablés de la cuenta del lechero! ¡Ya sé que le debo cien pesos! ¡Ya lo sé! ¡Pero, si quiere cobrar, que espere! ¡Si no, que reviente! ¿Oís? ¡Que reviente! ¡Que reviente como un sapo! ¿Qué? ¿El almacenero? ¡Que espere, también! ¿No quiere esperar? ¿Eh? ¿Dice que no quiere esperar más? ¡Que se ahorque, entonces! ¡Que tome cianuro! ¡Decile que digo yo que tome cianuro de potasio!*"

De repente, el actor y autor, o sea, Pajarito, dulcificaba la voz con el objeto de imitar a la madre.

—*Yo no dije nada, querido...* —suspiraba—. *Comprendo...*

—*¡Vaya! ¡Vos nunca decís nada! ¡Estoy cansado del panadero y del carnicero y del almacenero y del cobrador de la luz eléctrica! ¡Cansado, enfermo! ¿Comprendés?*

—*Comprendo...*

—*¿Qué decís? ¿Cómo decís? ¿Que comprendés? ¡Qué vas a comprender vos, si sos una burra!*

—*No me insultes, querido...*

—*¿A eso le llamás insultar, vos? ¿Eh? ¿A decir la verdad? ¡Sos una burra, sí! ¡Una burra! ¡Tenés la cabeza llena de agua! ¡Sos igual que tu madre, mi suegra! ¡Sí, sí! ¡Igual que tu padre, el marido de tu madre! ¡Idéntica a tu "agüela"! ¡No podés negar la raza!*

Sobrevenía una pausa.

—*¿Y vos?* —reanudaba el texto el autor y actor, dirigiéndose, quizás, a sí mismo—. *¿Eh? ¡Estúpido! ¿Qué estás haciendo vos ahí, en ese rincón, mirando como un lechucín?*

—*Yo, nada, papá... Todavía no hablé...*

—*¿Cómo, nada? ¡No decís nada con la lengua, pero estás hablando con el pensamiento! ¿Por qué me mirás así, si no? ¡Imbécil! ¿Acaso no sabés que también subieron las papas? ¿Eh? ¿Que el azúcar cuesta cincuenta centavos el kilo, y que en lugar de un kilo te dan ochocientos gramos? ¿Qué te pensás? ¿Te pensás que vas a ser ingeniero? ¿Vos ingeniero? ¿Un burro como vos? ¡No me hagas reír! ¡Vos vas a ser verdulero! ¡Eso!*

Pajarito lloraba, ahora. Lloraba de verdad.

—*No insultes al chico, Juan...* —proseguía el intérprete, reproduciendo la voz de la madre—. *¡Pobrecito!*

—*¿Chico? ¿Pobrecito? ¡Ya debía estar trabajando! ¿Sabés? ¡Cuando yo tenía su edad andaba vendiendo escobas por la calle!*

—*Porque tu padre era un ignorante* —aventuró la madre, ya incomodada, harta—. *Un animal...*

En forma imprevista, a continuación se desataba una verdadera tempestad sobre el escenario. El actor y autor ponía una cara siniestra. Se brutalizaba inconscientemente desde la planta de los pies hasta la raíz de los cabellos.

—*¿Cómo dijiste?* —rugía, espumajeaba—. *¿Cómo, cómo? ¿Que mi padre era un ignorante? ¿Un animal? ¿Un animal porque trabajaba? ¿Porque trabajaba de vendedor ambulante? Pero, él, ¿sabés?, mi padre, nos traía de comer a todos. ¡No nos dejaba morir de hambre, como el tuyo, que era un "intelectual"!*

—*¿Intelectual?* —corregía la madre, ofendida, indignada—. *¡Mentís! ¡Mi padre era militar!*

—*¿Cómo, cómo? ¿Militar? ¡Mentís vos! ¡Guerrero del Paraguay... y gracias!*

—*¡No! ¡Y gracias, no! ¡Guerrero de verdad!*

—*¡Mentira! ¡Tu padre trabajaba de guerrero del Paraguay! ¡Yo no le conocí otro oficio! ¡Era una lamprea! ¡Una lacra social! ¡Jamás estuvo en el Paraguay!*

—*¡Tu agüelo sí que era una lacra! ¡Un cáncer!*

—*¡María, María! ¡No me toques a la familia, que me vuelvo loco! ¡Un día me voy a pegar un tiro en la cabeza! ¡Ya no puedo sufrir más! ¡Esta no es vida! ¡Todo sube! ¡El pan sube! ¡La papa sube! ¡El fideo sube! ¡La manteca sube! ¡Es una cosa espantosa! ¡Bárbara! (¡Ojalá que venga el comunismo! ¡Sí, el comunismo!)*

—*¡Ja, ja, ja!*

—*¿Te reís? ¿Todavía te reís? ¡Imbécil! ¿De quién te reís? ¿De mi padre? ¿Te reís de mi padre porque trabajó de escobero? ¡Tomá, tomá, escuerzo!*

Una vez que terminaba la representación, Pajarito, descompuesto, amarillo, tembloroso, se adelantaba un poco y explicaba al público:

—¿Saben, muchachos, por qué pasa todo esto en esta casa? ¡Porque no hay plata! Al padre le rebajaron el sueldo dos veces... Todos los días viene a cobrar el almacenero... Todos los días viene el lechero, el carbonero, el dueño de la casa... Y golpean... Y golpean... Y golpean... ¡Por eso! ¡La plata! ¡Ah, la plata, la plata!

El último recuerdo que conservo de Pajarito, en tanto permaneció en la escuela, se vincula a una fiesta que se hizo allí con motivo del *Día de la Tuberculosis*. Se había levantado un tinglado en el patio mayor del establecimiento, izándose en el centro una gran bandera argentina de seda, con borlas de oro, que costó seiscientos pesos a la cooperadora, cuyos pliegues caían sobre un letrero no menos grande, que decía: *¡Acordaos de los tuberculosos!* Una hilera de bancos recuadraba el proscenio, y el patrón del mercado —la figura más prominente de la parroquia— presidía el espectáculo. El cuerpo docente formaba una suerte de cortejo de honor en torno al personaje principal del barrio, y esperaba pacientemente a que se iniciara la hora del *sacrificio*. Pajarito, felizmente, no tomaba parte. Es decir: no estaba incluído entre los números que iban a poner a prueba el hígado y los riñones de la concurrencia.

Se encontraba, no obstante, en la platea, junto a sus padres.

Por fin se inició lo que, en privado, todos los maestros, sin excepción, llamaban *El Calvario de Nuestro Señor Jesucristo*. O sea: la fiesta escolar. El patrón del mercado, rosado, mofletudo, sonriente, era, lógicamente, el encargado de abrir el acto. Pronunció, en consecuencia, una alocución optimista sobre la tuberculosis, que se hizo escribir, seguramente, con la anticipación debida, por algún estudiante de medicina fracasado. Después del discurso propiamente dicho, impartió una serie de recomendaciones para prevenir del contagio del terrible mal. Recomendó, primero, no escupir en el suelo. En seguida recomendó que, al toser, el que lo hiciera, se tapase la boca con un pañuelo. También recomendó no estornudar sobre nadie, ni dejarse tampoco estornudar encima por nadie. Finalmente, recomendó lo más fundamental: apurar la colecta. Se necesitaba plata, mucha plata para combatir a ese enemigo invisible que hacía tantos estragos, patentes en toda la república. Cerró su peroración asegurando que cada vez que se encendía y se apagaba una luz que había en un local del centro, moría en el país un tuberculoso.

En cuanto bajó del escenario el patrón del mercado, subió un chico y recitó unos versos al tambor. Detrás de éste, subió otro más grande y declamó otros endecasílabos a la corneta. Luego, ascendió un tercero e hizo lo propio con un canto a la escarapela.

El director, que era muy afecto a la poesía, por momentos se ponía verde, por momentos violeta.

A pesar de todo, la recitación infantil proseguía impertérritamente. Dejaba el tambor y tomaba a Belgrano. Dejaba a Belgrano y atacaba a San Martín. Dejaba a San Martín y la emprendía con Sarmiento. Bajaba uno y subía otro. Y otro. Y otro más. Si uno lo hacía mal, el otro le sacaba siempre alguna ventaja. Si el primero decía *perejil* por *perfil*, el segundo decía *Watercloo* por *Waterloo*. Así, hasta que apareció el colmo. El colmo, en este caso, era un niño vestido de *bandera contra la tuberculosis*. Tenía, el pobre, una voz de ventrílocuo y una memoria desastrosa. Decía: *esplenderosa, canderosa, regocijerante* y *perpendicularia*. No sólo hacía sudar al cronista de una gaceta del lugar, que lo escuchaba, atontado, en un ángulo del patio: hacía sudar al padre, a la madre, a los parientes. Al cabo, y esto fué lo más grave, olvidó la letra y se quedó mudo, sin bajar ni subir los brazos, clavado sobre la misma tabla del piso, exactamente igual que un clavo. No iba para adelante, ni para atrás, como si de repente hubiese sufrido un ataque de meningitis cataléptica.

Pajarito, entonces, saltó al escenario, apartó del medio al recitador, o sea: a la *bandera contra la tuberculosis*, y le dijo:

—¡Dejame a mí! ¡Ahora vas a ver!

Y enarcó las cejas como un actor trágico. Y empezó a representar una pieza mucho más cruda que *La Comida*. El padre, en ésta, no le daba cachetazos a la madre, como en la otra. Le daba puntapiés. La arrastraba de los pelos. La escupía...

Después que terminó la interpretación, Pajarito, pálido como un muerto, se dirigió al público, y dijo:

—¿Saben por qué pasa todo esto en esta casa? ¡Bueno!... ¡Porque ayer el padre perdió el empleo! ¡Y se le acabó la plata!

El resultado fué el siguiente: la madre del niño, que se hallaba en la platea, sufrió un desmayo auténtico, y el padre, allí mismo, le aplicó al chico la paliza más célebre de toda su vida.

Desde entonces, Pajarito no concurrió más a clase.

Su familia fué desalojada de la zona y se mudó a otro barrio más apartado.

* * *

El segundo encuentro que tuve con el chico, ocurrió una noche en la estación de Ciudadela. Pajarito estaba vendiendo diarios. No era ya más que una sombra de lo que había sido. Su rostro se hallaba en extremo marchito y demacrado y sus ojos habían perdido su brillo primitivo. Ahora, parecían dos fósforos apagados. Tenía una gorra enterrada hasta las orejas y un par de zapatillas de soga, todas rotas.

—¡Oh, maestro! —exclamó, no bien pudo reconocerme.

—¿Cómo te va? —le dije, sinceramente afligido.

—¡Ya lo ve!

—¿No vivís más, allá?

—No. Nos echaron.

—¿Y tu papá? ¿Qué se hizo de tu papá, que no lo vi más?

Pajarito tragó un poco de saliva.

—Se murió —contestó al rato.

—¿Se murió?

—Sí.

El niño volvió a tragar otro poco de saliva antes de completar la información.

—Se pegó un tiro en la cabeza —añadió, otro rato después.

Y se calló.

Hablaba con pausa, midiendo las palabras, cómo una persona habituada a meditar sus pensamientos, no empleando en la conversación más que los vocablos necesarios. Además, bajaba la vista, cosa que antes no hacía, y se apretaba el cuello con una mano, a cada instante, cosa que tampoco hacía anteriormente.

—¿Y ahora? —continué yo

—¡Ya lo ve! —repitió él.

—¿Qué hacés, ahora?

—¡Vendo diarios!

Me dió lástima.

—Pero, ¿cómo? —me dolí—. ¿Vos no ibas a ser ingeniero?

—¿Ha visto? ¿Ha visto lo que pasó?

—¿Qué pasó?

—¡Ya lo ve! ¡Que en vez de ingeniero salí vendedor de diarios!

Y Pajarito, el pobre Pajarito, sin que yo lo previera, rompió a llorar desconsoladamente.

—¡Ingeniero, ingeniero! —reflexionaba más tarde, secándose las lágrimas—. ¡La facha! ¿Y sabe por qué pasa todo esto? ¡Porque no hay plata! ¡Por la plata! ¡Por eso dejé de ir a la escuela y por eso estoy vendiendo diarios! ¡Ah, la plata, la plata!

* * *

Por último, el tercer encuentro fué el más desdichado de todos.

Una mañana, entre los niños de una tanda que procedía de Lorea, un depósito infame de contraventores, lleno de mugre y de parásitos, llegó Pajarito al reformatorio, donde yo desempeñaba ahora mis funciones de maestro.

No lo reconocí de golpe, claro está. Lo reconocí gradualmente. Cuando tuve la certeza de que era él, lo llamé por su apodo:

—¡Pajarito! —dije

Y lo miré en los ojos.

El niño, entonces, se llevó una mano al cuello, como si tuviese allí atada una cuerda que lo oprimiese; rebuscó largamente en su memoria el recuerdo correspondiente a mi fisonomía, y al no dar con él, quizá, se quedó perplejo, contemplándome con la boca ligeramente abierta.

—¿No me conocés? —le pregunté.

—No —replicó, con una voz de hombre, que me dejó frío.

Total: ¿cuántos años tendría ahora? ¿Diez o doce? Más no podía tener.

—Soy el maestro... —le declaré, con ternura—. El maestro de *La Mudita*... ¿No te acordás?

—¡Oh! —hizo Pajarito, recuperando de improviso su antigua voz infantil.

Y guardó silencio.

Yo le hablaba, y le hablaba como de costumbre, igual que si no hubiese pasado nada; pero se veía que él no quería hablar.

Sobre una mesa se hallaban apilados todos los documentos policiales de la tanda. Yo debía revisar esos papeles, hacer las anotaciones y confrontaciones del caso y entregarlos finalmente a la dirección.

Me lavé las manos y examiné la documentación de Pajarito. Figuraban en su prontuario, entre otras cosas, varias entradas por robo. Mientras yo revisaba los papeles, aparentando indiferencia, Pajarito me observaba silenciosamente.

Me acerqué de nuevo al chico.

—¿Así que vas a estar otra vez conmigo? —lo animé—. ¡Qué bien! ¿No?

Pajarito me miraba, mas no respondía.

—¡Fijate cómo es el mundo! ¡Si te hubiera ayudado un poco la suerte, a lo mejor ya serías ingeniero! ¿No?

El niño no reaccionaba. Seguía encerrado en su mutismo.

—¿Y ahora? —insistí—. ¿Qué hacés?

—¡Nada! —respondió, al fin, con una voz mixta, mitad de niño y mitad de hombre—. ¡Ya lo ve!

—¿Qué sos?

—¡Ya lo ve! ¿No leyó allí? ¡Un ladrón!

Y torció el cuello como si le hubiesen pegado allí un tremendo machetazo. ❖

JOSE LEON PAGANO

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 36)

Europa. También llegué hasta Grecia y Egipto. El estudiante insaciable y el curioso intelectual fueron vivamente sacudidos por las culturas milenarias de Oriente. Lo visité en dos ocasiones: la primera en mi mocedad inquieta; la segunda, en la madurez reposada. Y mi anhelo sería volver a visitarlo. Pero pasando antes por Florencia, la única. Allí inicié la búsqueda de mí mismo.

Libros, semblanzas y recuerdos

—Veamos las etapas de esa búsqueda.

—En Florencia empecé a pintar y a publicar mis escritos. Lo primero fué una inquietud de mi juventud, plena de tentaciones. El escritor, en cambio, estaba consustanciado conmigo desde siempre. El escritor y el dramaturgo. Antes de aprender a leer le dicté a un criado de casa una especie de comedia o cosa así. Mi primer libro, sin embargo, no fué una comedia, sino una novela: "La balada de los sueños", escrita a los veintidós años y publicada poco después con prólogo de Roberto J. Payró. Payró fué mi descubridor. Y también mi guía y mi amigo. No he conocido un alma tan generosa como la de Payró. Era como esas linternas mágicas, cuya razón de ser consiste en iluminar cuanto tocan, en transmitir a los demás la propia luz y la propia imagen, como si su única misión fuera proyectarse en quien las mira...

—¿Y su segundo libro?

—Lo escribí por indicación y estímulo de Sem Benelli. Hacia 1900. Sem Benelli era secretario de la "Ressegna Internacionale", de Florencia. Esta revista abrió un concurso para escritores jóvenes, a fin de elegir un corresponsal y enviarlo a España, con el objeto de escribir un libro sobre la literatura española. Se presentaron varios candidatos, y yo tuve la suerte de ser elegido. Y Sem Benelli me mandó a Barcelona, de donde debía seguir viaje a Madrid. Pero como en Cataluña me encontré con un movimiento literario lleno de interés, me quedé allí. Y en lugar de un libro, escribí dos: uno dedicado a la literatura catalana y otro a la castellana. Ambos se fueron publicando en la "Ressegna" y aparecieron después en dos tomos, reunidos bajo el título común de "A través de la España literaria". Figuran en el primero semblanzas y estudios sobre Pompeyo Genar, Juan Maragall, Narciso Oller, Ignacio Iglesias, Jacinto Verdaguer, Apeles Mestres, Angel Guimerá, Alejandro de Riquer, Matheu, Santiago Rusiñol, Víctor Catalá, Adrián Gual, Emilio Vilanova. El tomo segundo reúne mis impresiones sobre Núñez de Arce, José Echegaray, Jacinto Benavente, Joaquín Dicenta, Pérez Galdós, Emilia Pardo Bazán, Armando Palacio Valdés, Juan Valera, Blasco Ibáñez, Jacinto Octavio Picón, Eduardo Marquina, Salvador Rueda. Fué una obra de juventud, escrita a los veinticinco años. Al releer hoy sus páginas, podría ampliar cuanto dije en ellas, pero no me atrevería a rectificarme. Mereció un conceptuoso prólogo de la condesa de Pardo Bazán, y poco después me valió la amistad de Pompeyo Gener, quien me hizo el honor de dedicarme su obra "Historia de la literatura", uno de los libros fundamentales de nuestra lengua.

El periodista, el dramaturgo y el director teatral

—Pasemos al autor teatral. ¿Dónde estrenó usted su primera obra?

—En Barcelona. Se titula "Mas allá de la vida". La escribí en italiano, y en ese idioma la dió a conocer una compañía italiana, entonces de paso por Barcelona. Después la traduje yo mismo al castellano, y me la vertieron al catalán los mismos traductores de "Cyrano", de Rostand. Mi segunda obra, "El dominador", la escribí en Florencia, a mi vuelta del viaje a España. Regresé a Buenos Aires en 1902, y aquí seguí produciendo en el transcurso de los años. Separados por largos espacios, pues el teatro fué sólo un aspecto de mi actividad, fuí estrenando "Nirvana", "Almas que luchan", "La ofrenda", "El halcón", "Los astros", "El sobrino de Melbrán", "El tío Diego", "Cartas de amor", "Lasalle", "El inglés de anoche se llama Aguirre". Además de escribir para el teatro, organicé y dirigí varias temporadas teatrales. Durante ellas estrené obras de César Iglesias Paz, Belisario Roldán y otros autores argentinos, incluyendo las propias. Tuve así la suerte de participar en una época de florecimiento de nuestro teatro. Iglesias Paz fué sin duda uno de los buenos comediógrafos de esa época. Supo captar la realidad de nuestro ambiente social y reflejarla en sus comedias de corte europeo. En cuanto a Roldán, lo considero el último romántico de nuestra escena. Los autores de entonces tuvimos también la suerte de contar con excelentes intérpretes. Me llevaría lejos hablar ahora de éstos. Por eso me limitaré a nombrar a dos de los míos: Angelina Pagano y Francisco Ducasse. Los dos llenaron una época: Angedina, como la actriz más completa de su tiempo, y Ducesse ocupó, por derecho propio, desde su aparición hasta su prematura desaparición, el puesto de primer galán de la escena argentina.

—¿Ha publicado usted todos sus escritos?

—Todos... menos los inéditos. Antes y después de mis obras teatrales edité un tomo de cuentos, "El hombre que volvió a la vida", y otro de crítica dramática, "Como estrenan los autores". A todo ello se agregan mis tareas periodísticas en función de crítico, ejercidas preferentemente en "La Nación", adonde fuí llevado por Emilio Mitre y a cuya redacción pertenezco desde hace más de cuarenta años.

El profesor y el académico

La múltiple actividad de Pagano, pese a los años corridos y a lo realizado en ellos, continúa aún en plena búsqueda y en constante efervescencia espiritual, colocando a este incansable trabajador en trance de perseguidor y domador del tiempo. Por eso creemos oportuno abreviar la entrevista y resumir aquí las distintas facetas de esta personalidad de naturaleza polimorfa, pues si bien ésta asume formas diversas, permanece identificable en su esencia. Un mismo espíritu de inquietud intelectual y estética anuda la obra del novelista y el dramaturgo, el cuentista y el crítico, el pintor juvenil y el profesor universitario, el viajero y el estudioso, el conferenciante y, en suma, el cultor y el animador infatigable de las artes y las letras argentinas.

Todo ello le llevó a ocupar cargos concordantes con las excepcionales aptitudes de su docta laboriosidad. Mencionemos algunos. Profesor de historia del arte en la Academia Nacional de Bellas Artes, catedrático de estética en la Facultad de Filosofía y Letras y miembro del Consejo Directivo de esta Facultad; profesor en el Colegio Nacional "Bernardino Rivadavia", de Buenos Aires. Invitado por el Instituto Interuniversitario, dictó un curso de conferencias en la Universidad de Roma, cuyo palacio lleva el imponente nombre de "La Sapienza", nada menos. Pertenece a la Academia Argentina de Letras, a la Academia Nacional de Bellas Artes. Es miembro y profesor honorario de la Academia de Bellas Artes de Florencia, como ya señalamos. Obtuvo medalla de oro en la Exposición de San Francisco de California, en 1915, por su cuadro "Vieja Toscana", hoy en el Museo Nacional de Buenos Aires. Ha sido presidente de la Sociedad Argentina de Autores, pertenece al Instituto Cultural Peruano y se le confió la dirección de artes plásticas en el ministerio de Instrucción Pública.

—¿Y después de todo eso, todavía le queda tiempo para escribir? —preguntamos a José León Pagano a punto ya de despedirnos.

—El escritor —nos dice— es el eje motor de mi existencia. Mejor diría una función vital. Todo lo demás me ha sido dado por añadidura. Antes de ponerme a escribir, maduro mucho las cosas. Muchas páginas las redacto y las grabo en la memoria antes de trasladarlas al papel. Actualmente tengo varios trabajos en elaboración, entre ellos una nueva comedia ya terminada "in mente". Sólo me falta escribirla. Pero esto es lo de menos, lo importante no es la realización, sino la gestación de una obra. El Cid, se dice, descansaba en la guerra. Yo podría decir: mi descanso es trabajar. Desde hace tiempo borré del diccionario la palabra cansancio. En cambio tengo siempre presentes estos dos vocablos: sobriedad y método. No fumo, no bebo, como poco. Sólo recuerdo haber bebido agua. Metodizo mi vida y mi obra. Por eso van tan unidas. Vivir no es sólo satisfacer las exigencias de los sentidos corporales. También deben cuidarse los del espíritu, o el alma, si se prefiere. Y la memoria, el entendimiento y la voluntad no siempre pueden conciliarse con el concepto epicúreo de la vida. El organismo y la edad del hombre son harto falibles para extraer de ellos algo perdurable. ◈

MAS QUE PINTAR, PARECE QUE...

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 21)

Montmartre, pero Utrillo permanece humildemente seguro, que sólo la plegaria lo libera, y todas las mañanas dedica una hora a la oración. Se siente feliz: la vida le ha dado incluso un amor: Lucie Pauwels, y ella y él, al borde de la vejez, enamorados, se entregan a las virtudes de la sencillez y del recogimiento.

Ahora vemos a Utrillo en fotos recientes, con su aire triste, con su congoja de hombre ausente y solitario, por momentos con una sonrisa naciente en su rostro sombrío. La guerra, que ha transcurrido trágicamente, ha dejado en él huellas de sufrimiento, mas él sigue soñando y rogando... El arte es una extraña fatalidad, un eterno estado de perfectibilidad, una superación del dolor, un cabal testimonio de toda criatura que se confiesa delante de los hombres. Mauricio Utrillo, en su trabajo de lentitud meticulosa, exalta sus emociones y sus sentimientos: los exalta y los eleva, y, ante la invariable presencia de las cosas, nos ofrece las flores campesinas de su estirpe candorosa. La ternura y la poética virginidad de su espíritu le hacen hallar la exacta medida de su alma, esa alma que ha rescatado una infancia que permanece intacta a través de la sosegada y meditativa fuerza interior.

Los paisajes nostálgicos y melancólicos, tocados de primavera, del pintor francés Mauricio Utrillo, son el mensaje de una instintiva adoración por cuanto vive sin atuendo y se transfigura idealmente sobre la tierra. ◈

PRIMAVERA DE LA VIDA

(CONTINUACION DE LA PAGINA 11)

El padre vió con mal humor las caricias del niño y de la madre.

"Qué educación más estúpida —se dice—. De esa manera harán de Tioma un hombre débil, sentimental."

Y como buscando una excusa a su irritación, vuélvese hacia el cochero Eremey.

—Parece que el *Moreno* tiene lastimada la mano derecha — dice.

Eremey se inclina desde su asiento y mira atentamente la pata del caballo. Tioma, inquieto, observa al cochero. Este tose y dice con cierta timidez:

—Habrá dado un mal paso...

—¡Animal! — grita el padre de Tioma. Este grito suena como un tiro.

Eremey, temblando, guarda silencio. Y el niño, que no comprende la causa de que su papá le riña al cochero, se asusta.

—¡Animal! ¡Badulaque! El coche está tan sucio que no puede uno sentarse en él.

Tioma dirige una rápida mirada al coche, y comprende que su padre tiene razón. Entonces se siente más tranquilo, suspira y experimenta cierta gratitud hacia su padre.

Por fin aparecen las llaves que había olvidado la madre.

Los padres del niño acomódanse en el coche. Eremey empuña las riendas.

—¡Vamos! — ordena el padre.

La madre hace la señal de la cruz sobre sus hijos y mira a Tioma.

— Sé bueno, Tioma —dice.

Y el coche abandona el patio.

Cuando el carruaje se pierde de vista, Tioma siente tan intensa alegría, que no puede sustraerse al deseo irresistible de hacer algo extraordinario que maraville a sus hermanas, al aya, a Nastasia y a Joska. Reflexiona un instante y luego corre rápidamente hacia la calle, dispuesto a cortar el camino a un coche que pasa en aquel momento.

—¡Tioma! — gritan sus hermanas, asustadas.

Y el aya le grita más fuerte que ellas:

—¡Tioma!...

La madre del niño oye esos gritos, y, mirando hacia atrás, hace signos desesperados al niño.

Tioma se detiene en medio de la calle, y, siempre corriendo, vuelve al patio.

Entonces se le ocurre una nueva idea, una idea audaz.

—¿Qué te parece? Voy a montar en el *Rubio* como monta Eremey —dice a su hermana Zina.

—Te caerás.

—¿Yo? Vas a ver si me caigo.

La duda de Zina basta para acrecentar su deseo de subir al caballo. El corazón de Tioma palpita con más fuerza al pensar en el asombro de todos cuando lo vean cabalgando en el *Rubio*. Dice algunas palabas al oído de Joska, y los dos niños desaparecen.

Tioma no encuentra ningún obstáculo. En la cuadra no hay nadie. No se oye el ruido que hace el *Rubio* al comer la avena. Tioma, apresuradamente, temblándole las manos, aferra la brida. El *Rubio*, caballo fuerte y hermoso, olfatea con cierto desdén la minúscula figura de Tioma, que con toda su fuerza tira de la brida.

—¡Vamos, haragán! — grita al caballo, esforzándose por imitar al cochero Eremey.

Pero el *Rubio* menea la cabeza, relincha y no quiere salir de la cuadra.

—Joska, empújalo de atrás, o mejor, dale con el látigo — dice Tioma.

El *Rubio*, al recibir el latigazo, sale de la cuadra disparado, y Tioma a duras penas puede contenerle.

—Cuando me suba — dice Tioma a Joska —, le das otro latigazo.

Joska queda encantado de la orden.

Tioma conduce el caballo hasta un tonel que se halla cerca y que le servirá para cabalgar.

En aquel momento, Joska siente un súbito pensamiento de prudencia.

—Os caeréis, señorito — dice a Tioma, con acento poco convencido.

—No tengas miedo — responde Tioma, cuya garganta está seca por la emoción —. Y no te olvides de dar un buen latigazo al *Rubio* cuando me suba; así verás cómo corre.

Dicho esto, se sube al tonel, aferra la brida y monta fácilmente sobre el *Rubio*.

—¡Mirad, niñas! — grita entonces a sus hermanas, lleno de orgullo y de alegría.

—¡Oh! ¡Dios mío!, miradlo — exclaman asustadas las hermanas, lanzándose hacia él.

—¡Dale! — ordena Tioma al otro muchacho.

Entonces Joska da al caballo un fuerte latigazo, y el *Rubio*, espantado, furioso, se lanza hacia la calle; pero al momento, como si hubiese reflexionado, se encabrita, da una vuelta rápida y corre hacia la cuadra.

Tioma, que pudo sostenerse por un milagro, se da cuenta del peligro que corre; puede romperse la cabeza contra la pared de la cuadra. Entonces reconcentra sus fuerzas y tira de la brida. El *Rubio* se encabrita de nuevo, da otra vuelta, y, de repente, cae de espaldas. Pero Tioma tuvo tiempo de saltar del caballo. Felizmente cae sobre un montón de estiércol, de suerte que no se lastima. El *Rubio* se levanta y corre hacia la cuadra. Tioma, que también se ha levantado, cierra la puerta de la cuadra cuando el caballo entra en ella.

La emoción del niño es tan intensa, que siente fuertes deseos de llorar; pero en ese instante ve a sus hermanas y al aya, y por la expresión de sus semblantes, comprende que lo han visto todo. Entonces hace esfuerzos por sonreír, pero su sonrisa forzada más bien parece una mueca.

Un alud de admoniciones cae sobre su cabeza; pero el niño siente por ello cierto orgullo, a modo de admiración, por su valentía.

—¿Te has asustado? — le pregunta Zina —. ¡Qué pálido estás!... Bebe un poco de agua. Hay que mojarte la cabeza...

Las hermanas y el aya lo llevan a la fuente y le echan agua en la cabeza.

Y ahora las relaciones entre Tioma, sus hermanas y *fraülein* se tornan apacibles, amistosas.

—Tioma — dice Zina con tono cariñoso, acariciador —, debes ser un buen chico; modérate. Comprende que una vez que has comenzado no puedes contenerte ya. De este modo harás tonterías de las que te arrepentirás más tarde.

Tioma se siente halagado por el tono cariñoso y suplicante de su hermana.

—Sí; seré bueno — responde.

Pero Zina, que tiene un año más que su hermano, piensa que a Tioma no le será fácil cumplir su promesa.

—¿Sabes una cosa? — le dice entonces —. Sería mejor que dieras palabra de honor de ser bueno. Repite formalmente estas palabras: "Como quiero a papá y a mamá, debo ser bueno"...

Tioma siente una leve contrariedad.

—En interés tuyo te aconsejo esto — insiste Zina —. Siempre que papá y mamá vuelven a casa, se te castiga. Pero ahora les diremos que fuiste bueno...

—Bien — dice Tioma.

Y repite las palabras de Zina:

—"Como quiero a papá y mamá, debo ser bueno."

—Muy bien — dice Zina aprobando.

Luego agrega con acento más serio:

—Pero fíjate ahora: si no eres bueno, faltarás a tu palabra de honor. No hay que hacer nada malo, ni aun a ocultas, pues Dios está en todas partes y nos ve. Si papá y mamá no te castigan, Dios te castigará.

—Pero, ¿puedo jugar?

—Sí, pero siguiendo los consejos de *fraülein*. Si ella te dice que tal cosa es buena, entonces es buena; si no, es un pecado.

Tioma mira al aya con recelo y dice maliciosamente:

—¿Entonces... *fraülein* es una santa?

—¿Ves? Ya empiezas con tus tonterías — exclama Zina.

—Bueno; vamos a jugar a los indios — propone Tioma.

—No; sin estar mamá, ése es un juego peligroso...

—¡Pues yo quiero! ¡Yo quiero jugar a los indios! — exclama Tioma con caprichosa terquedad.

—Bueno; vamos a ver. Pregúntale primero a *fraülein*. Has prometido obedecerla.

Y Zina, al decir esto, se coloca en una forma que el aya ve su cara, pero Tioma no.

—*Fraülein* — dice Zina al aya —. ¿No es verdad que no se debe jugar a los indios?...

Pero Tioma se percata, sin embargo, de que su hermana hace guiños significativos al aya. Entonces se ríe.

—¡Tú haces trampa! Veo los guiños que haces a *fraülein*.

Diciendo esto, se lanza hacia el aya, la toma por el vestido y se esfuerza por que no siga mirando a Zina. El aya se ríe.

Zina acude y procura rechazar a Tioma, haciendo al mismo tiempo gestos al aya. Tioma lo ve y quiere, a su vez, impedir que Zina mire al aya. Con una mano toma el vestido de ésta, y con la otra el de su hermana. Zina hace esfuerzos por soltarse, y, de pronto, el vestido del aya se desgarra de arriba abajo.

—*Dummer Knabe!* (¡Niño estúpido!) — dice el aya.

Tioma tiene la profunda convicción de que, a excepción de papá y mamá, nadie puede retarlo. Desconcertado y confuso por ello, pero indignado al mismo tiempo por aquel insulto replica:

—¡La estúpida eres tú!

—*Ah, mein Gott!* — exclama fuera de sí el aya.

—¿Qué es lo que dijiste? — pregunta Zina a su hermano —. ¿Sabes lo que te espera por haber insultado a *fraülein*? Pídele perdón ahora mismo.

Pero el tono imperativo nunca produce efecto en Tioma. Se abstiene hasta la terquedad y no quiere pedir perdón.

—¿De modo que no quieres?... — torna a preguntar Zina con tono amenazador.

El niño está algo atemorizado, pero el amor propio vence en él y no se rinde.

—Muy bien. Puesto que no quieres pedir perdón, nosotros nos vamos de aquí. Quédate solo.

Entonces se alejaron, quedándose sólo Joska con Tioma. Mientras anda, Zina se vuelve para ver si su hermano manifiesta signos de pesar por lo que ha hecho. Pero Tioma no da muestras de arrepentimiento. Zina comprende que, en el fondo de su alma, Tioma siente su mal proceder, pero que su terquedad puede más.

Zina vuelve adonde están los muchachos, agarra a Joska de la mano y le dice con tono imperioso:

—¡Tú también! ¡Vete de aquí! Que se quede solo Tioma...

Lejos de mejorar las cosas, esto exaspera a Tioma, quien se arroja sobre Zina y la empuja con tanta fuerza, que la niña cae al suelo.

—¡Vete al diablo! — grita Tioma.

Pero Zina da un grito, se incorpora sobre las manos y mira en derredor con ojos asustados. La emoción oprime su garganta, y durante algunos instantes parece haber perdido la voz.

Tioma, aterrorizado, retrocede un poco. Su hermana lanza un nuevo grito, más desesperado. Pero a Tioma le parece esta vez que el grito es algo fingido.

—¿Finges que te duele? — pregunta a su hermana.

Por fin levantan del suelo a la niña, y al andar se ve que cojea. Tioma la sigue con la mirada y, embargado por una gran ansiedad, se pregunta si será verdad que Zina cojea o si finge estar coja.

—Vámonos, Joska —dice con un ahogado suspiro.

Pero Joska, asustado, dice que tiene miedo y que prefiere volver a la cocina.

—No tengas miedo, Joska. No será nada —le dice Tioma—. Yo mismo se lo contaré todo a mamá.

Pero su crédito moral ya está comprometido en el concepto de Joska. Este guarda silencio y comprende que el chico ya no le cree. Pero en ese dramático momento el niño siente la necesidad absoluta de un apoyo amistoso, y recurre a una maniobra diplomática.

—Joska —le dice—, si te quedas conmigo te traeré azúcar después de comer.

Esto hace cambiar la situación.

—¿Cuántos terrones?...

—Dos, tres —dice Tioma.

—¿Y adónde iremos?

—Allá, al fondo del jardín, detrás de la colina.

Joska comprende que Tioma no quiere encontrarse con sus hermanas y el aya.

Entonces pasan al jardín, no por la puerta, sino saltando la valla.

Un instante después están en un apartado sendero del jardín.

Tioma está conmovido. Una reacción muy intensa agita su ser.

—¡Qué feliz eres tú, Joska, que no tienes hermanas!... Yo quisiera no tener ninguna..., ni una sola. Si de repente se murieran, no lloraría nada..., nada... Yo quisiera que tú fueses mi hermano... Y tú, ¿quieres serlo también?

Joska no responde.

—Oye, Joska —sigue diciendo el niño, con voz conmovida—. Yo te quiero, te quiero mucho. Lo haría todo por ti...

Y al decir esto golpéase la cabeza con la mano, como para hallar un medio de probar a Joska su profundo cariño.

—Si quieres, puedes enterrarme en el suelo... U otra cosa: escúpeme a la cara.

Joska mira a Tioma con extrañeza.

—¡Vamos, Joska! ¡Escúpeme!

Y al decir esto, Tioma abraza y besa a Joska, suplicándole que le escupa.

Después de mucho vacilar, Joska escupe suavemente el extremo del vestido de Tioma, pero éste levanta el vestido y lo frota en su cara.

Joska parece muy confuso.

—Ya ves cuánto te quiero —dice Tioma con convicción.

Los amigos se acercan al muro que separa el jardín de un antiguo cementerio abandonado.

—¿Tienes miedo a los muertos? —pregunta Tioma.

—Sí.

Tioma quisiera decir que él no tiene miedo, como su padre, que no teme a nada; pero en un momento de ingenuidad confiesa que también él tiene miedo a los muertos.

—¡Claro! —dice Joska más animado—. A todo el mundo le dan miedo los muertos. Hasta el general más grande, al verlos salir de sus tumbas y sentarse sobre los muros del cementerio, echará a correr... Y a veces saltan sobre las personas como a caballo, y dándoles con los pies, las obligan a llevarlos así, a *coscoletas...*

En aquel momento se oye la fresca y sonora voz de la doncella Tania, que dice:

—¡Artemy Nicolayevich! ¡A comer!

Artemy Nicolayevich, o sea Tioma, divisa a través de los árboles el vestido de Tania.

A los pocos instantes se halla al lado de Tioma, le da un beso y le dice con tono cariñoso:

—Vamos a comer.

Tania lo quiere.

La doncella exhala un olor de frescura; su copiosa trenza está bien arreglada; sus hermosos ojos azules miran alegremente.

Con la mano colocada sobre el hombro de Tioma se inclina y cuchichea al oído del niño:

—¡La alemana ha llorado!...

La servidumbre no quiere a la alemana, a pesar de que ésta es una persona totalmente inofensiva.

Tioma recuerda que todos los criados simpatizan con él en estos conflictos con el aya, y esto le complace. Al mismo tiempo se siente más tranquilo en su situación.

—Me llamó estúpido —dice Tioma—. ¿Tiene, acaso, derecho a insultarme?

—Claro que no. Vuestro papá es general, mientras que esa alemana es una cualquiera...

—¿No es verdad que no me castigarán cuando se lo cuente todo a mamá?

Tania no quiere afligir a Tioma. Inclínase hacia él, lo besa y acaricia sus dorados cabellos.

Durante la comida sucede lo de siempre. Tioma apenas si come. Tiene delante un bistec, pero casi no lo toca, y sólo come muy poco pan. En vista de que todos le declaran una especie de boicot, es a Tania a quien incumbe el deber de hacerle comer.

—Coma, Artemy...

Tioma frunce el ceño.

Zina, que se halla sentada frente a su hermano, está irritada, y, al mismo tiempo, quiere que el niño coma. Dirige una mirada a través de la ventana, y sin dirigirse directamente a nadie, dice:

—Me parece que llega mamá.

—Artemy Nicolayevich, ¡coma ligero! —dice Tania, algo asustada.

Tioma, en el primer momento cae en el lazo tendido por Zina y coge precipitadamente el tenedor; pero se da cuenta de que fué una falsa alarma y vuelve a dejarlo sobre la mesa.

—Todos los que coman tendrán dulces —dice Zina.

A Tioma le gustan mucho los dulces. Pero no quiere el bistec, y comienza a hacer las cosas más caprichosas. Primero quiere echar aceite sobre el bistec. Tania procura convencerlo de que no debe echarlo; pero el muchacho no escucha sus razones y va a buscar la botellita del aceite. Mas Zina no puede tolerar ya sus caprichos: agarra la botella y la esconde debajo de la mesa, sin soltarla de la mano.

Tioma hace como que no se acuerda más del aceite y parece indiferente. Engañada por esa indiferencia ficticia, Zina vuelve a colocar la botella sobre la mesa, cerca de sí. Tioma da un salto para agarrarla, y entonces se inicia una lucha..., la botella cae al suelo y se rompe.

—¡Fuiste tú! —exclama Zina.

—¡No!... ¡Tú!... ¡Fuiste tú!...

—Es Dios, que te ha castigado porque no quieres a papá ni a mamá.

—¡No es cierto!... ¡Sí los quiero!... —protesta Tioma.

—*Zassen sie ihu!* (¡Dejadlo!) —dice el aya, levantándose.

Los demás siguen su ejemplo. Entonces el aya reparte los dulces. Cuando le llega la vez a Tioma, el aya titubea, pero al fin coloca delante de él una porción más pequeña que la de los otros. Tioma, indignado, tira los dulces al suelo.

—¡Qué bonito! —exclama Zina—. ¡Cuando venga mamá lo sabrá todo!...

Tioma no contesta y empieza a dar vueltas por el comedor. A Zina le intriga esto. ¿Por qué no se va al jardín, como hace siempre después de comer?

La niña piensa que tal vez Tioma quiera pedir perdón al aya. Y al pensar esto intenta convencerlo de que ya es demasiado tarde para hacerlo.

—Has cometido tantas faltas... —comienza a decir.

—¡Vete al diablo! —grita Tioma, interrumpiendo la elocuencia de su hermana.

—¡Todo lo sabrá mamá!...

Al mismo tiempo que dice esto, Zina se pregunta: "¿Por qué no se irá de aquí?"

Tioma sigue paseando por el comedor.

Por fin lo dejan solo. Entonces, con sigilo, mete la mano en el azucarero. Pero en ese instante se abre la puerta y aparecen el aya y Zina. Tioma sale corriendo hasta la terraza.

"Ahora todo está perdido; ni su mamá le perdonará este último delito", piensa Tioma.

Para colmo de desdicha, el cielo anuncia la tempestad. Grandes nubarrones lo ocultan por completo. El sol ha desaparecido, quedando todo sumergido en la penumbra. Un relámpago surca el aire, como una serpiente deslumbradora; el trueno ruge en el cielo. Luego, al instante, todo vuelve a quedar silencioso, como ocultándose y al acecho. Transcurre un minuto; se oye un ruido sordo, y empiezan a caer las primeras gotas de lluvia, pesadas y gruesas. Minutos después la lluvia es una verdadera tempestad meridional, y puede decirse que verdaderos ríos caen del cielo.

Tioma tiene que entrar en casa. Y como a Joska le estaba vedada la entrada en ella, el niño debe permanecer a solas con sus tristes reflexiones, y se aburre. El tiempo se le hace interminable.

Desde la ventana del "cuarto de los niños" sigue tristemente con la mirada el agua, que azota los vidrios y llena el patio de pequeñas lagunas.

—Artemy Nicolayevich —dice Tania, apareciendo bajo el dintel de la habitación—, ¿tiene apetito?

Tioma lo tiene hace largo rato, pero no quiere apartarse de la ventana.

—Bueno, pero tráigame aquí pan con manteca.

—¿Y el bistec?...

Tioma hace signos negativos con la cabeza.

Tania desaparece y el niño sigue mirando por la ventana. De pronto se acuerda de su pequeño *Yuchka*, un perro muy bonito. No lo vió en todo el día. ¿Qué habrá sido de él?

Entonces recordó que Akim, el cocinero, no quería bien al perro porque le robaba las viandas, y Akim había dicho que lo mataría... Tioma tiene un triste presentimiento.

En el acto deja la ventana, cruza varias habitaciones y llega a la cocina.

CEBOLLAS "SIN LAGRIMAS"

En una estación agrícola californiana se acaba de obtener una variedad de cebolla que tiene la "virtud" de no causar lágrimas a las cocineras. ¡Es realmente meritorio el trabajo realizado por los agrónomos norteamericanos!



—Akim, ¿dónde está *Yuchka?* —pregunta al cocinero.

—Yo no sé.

—¿No lo has matado?

—¡Graciosa idea! Yo no quiero manchar mis manos matando a un bicho semejante.

—Pero tú dijiste que lo matarías...

—Era una broma.

Y después de una corta pausa, Akim agrega:

—El perro debe estar escondido en algún sitio, resguardándose de la lluvia. ¿No lo ha visto hoy, Tioma?

—No.

—Pues yo tampoco lo he visto. ¿Lo habrán robado?...

—No lo creo. ¿Quién iba a robarlo?

—También es verdad. ¿Quién necesita un perro así? No vale nada.

—Jura que no lo has matado —dice Tioma.

Y al decir esto asaetea con los ojos a Akim, como queriendo adivinir sus más recónditos pensamientos.

—He dicho que no maté al perro. ¿Por qué no quiere creerme?

Tioma siente cierta vergüenza por sus sospechas. Y sin dirigirse a Akim directamente, pregunta:

—¿Dónde podrá estar?

Nadie le responde. Entonces el niño vuelve a su cuarto, se sienta otra vez junto a la ventana y comienza a reflexionar sobre la suerte del perro. ¡Pobre *Yuchka!* ¡Tan cariñoso! ¡Tan inofensivo!... ¿Será posible que hayan tenido la crueldad de matarlo?...

El corazón del niño se llena de congoja. Abre la ventana y empieza a llamar al perro:

—¡*Yuchka!* ¡*Yuchka!* ¡Ven aquí!, ¡pequeño!..., ¡perrito, ven!...

Sólo se oye el rumor del agua. El perro no responde a la voz de su amo. Todas las tristezas de este día infausto, todas las cuitas, todo el horror del castigo que le espera por su mala conducta pasan a segundo término ante esta nueva desdicha: la pérdida de *Yuchka*. El pensamiento de que no verá más a su perrito, que se ponía tan graciosamente boca arriba cuando se acercaba él, y movía la cola sin cesar; la idea de que no le verá más, de que acaso no viva ya, lo sume en el desconsuelo.

—¡*Yuchka!* ¡*Yuchka!* —vuelve a gritar.

Tanta ternura había en su voz, que *Yuchka*, sin duda, acudiría inmediatamente al oírle si viviese y le oyera. Pero *Yuchka* no responde.

¿Qué hacer?

Hay que ir en su busca sin perder tiempo.

En ese momento entra Tania con el pan y la manteca.

—Espera; vuelvo en seguida —le dice Tioma.

Pasó por delante de la cocina, procurando que no le viesen, y, después de un instante de vacilación, salió corriendo al patio.

Entonces examina cuidadosamente todos los sitios en que cree hallar a *Yuchka*, pero en vano. Se le ocurre una idea: registrar el cobertizo. Pero al acercarse a la puerta cochera oye el ruido de un carruaje. Y antes de que pueda darse cuenta de la situación, Tioma ve llegar a su padre.

Y corriendo retorna a su habitación.

EL CASTIGO

II

El padre, ahora que conoce todas las faltas de Tioma, está lleno de ira. "Este sistema de educación no vale nada —afirma—. Tal vez sea propio para las niñas, pero en un muchacho no puede menos que tener consecuencias desastrosas, funestas."

—Con este procedimiento, Tioma no podrá ser sino un vago, un tunante, un pilluelo —dice colérico dirigiéndose a su esposa—. Ya empezamos a tocar los resultados: ¡ha comenzado a robar!... ¿Adónde llegaremos por este camino? A que nos cubra de vergüenza... Pero ¡no! Antes prefiero matarlo con mis propias manos...

Esos argumentos produjeron su efecto. La madre tiene que capitular. El poder pasa provisionalmente al padre.

La puerta del escritorio se cierra detrás de Tioma. Este mira a todas partes con desesperación. Sus piernas tiemblan y debe hacer grandes esfuerzos para sostenerse. Mil pensamientos surcan, como relámpagos, su cabeza. Intenta recordar las palabras que había pensado decir a su padre cuando estaba delante de la flor tronchada. Por fin se acuerda. Y las dirá en seguida; no hay tiempo que perder. Traga saliva para humedecer un poco su seca garganta, y, procurando dar a su voz un tono de emoción convincente, empieza:

—Querido papá; sé lo que puedes hacer de mí. Sé que merezco un castigo... Bueno: córtame las manos...

Pero, ¡ay! Lo que le pareció a él tan decisivo y convincente cuando lo de la flor, ahora carece de toda virtud. Tioma se da cuenta de ello, y para salir de la situación propone una nueva idea que se le acaba de ocurrir.

—...O entrégame a los bandidos.

—Sí, sí —responde el padre, que ha terminado los preparativos necesarios—. Pero, ahora, desabróchate los pantalones.

El alma de Tioma se inunda de terror. Sus manos temblorosas buscan los botones. Quisiera todavía decir algo, pero su cerebro está paralizado por el miedo, y no encuentra ninguna idea. Con voz empañada por el temor y la angustia, profiere palabras rápidas, incoherentes:

—Papá, mi querido papá... Espérate... Un instante... Papaíto... No..., no...

De pronto lanza un grito desgarrador.

Los correazos son rápidos. Tioma, cuya cabeza sostiene el padre entre sus rodillas, intenta escaparse, grita, agarra la mano que le hiere, la besa, suplica en vano..., y de súbito, en su corazón surge un nuevo sentimiento; quisiera, no besar, sino morder aquella mala mano, aquella mano abominable. Un odio inmenso, feroz, llena su ser. Sigue haciendo esfuerzos por escaparse, pero las rodillas del padre lo sujetan como fuertes tenazas.

—¡Malo! ¡Malo! ¡Ya no te quiero! —grita Tioma con cólera impotente.

—¿Sí? —dice el padre con ironía aviesa, sin cesar de atizarle golpes con la correa.

En este instante, Tioma hunde con furia sus dientes en la mano de su padre.

—¡Oh, sierpe! —grita éste.

Y arrojando al niño sobre el sofá y sujetándole con una mano, lo golpea con la otra. Los golpes son incesantes y marcan rayas de sangre en el cuerpo, que se ha puesto cárdeno.

La madre, con la emoción pintada en el semblante, espera en la habitación contigua. Cada grito de Tioma le desgarra el corazón; cada golpe que oye es un martirio para su alma. ¡Dios mío! ¿Por qué ha dado palabra a su marido de no intervenir esta vez?... Pero no, su marido no tiene derecho a excederse por su promesa. Arrebatado por la ira, puede ser demasiado cruel con el niño... pero, ¿qué grito es éste que se oye?... No, no puede esperar pasivamente...

El alma de la madre se innunda de horror.

—¡Basta! ¡Basta! —grita, apareciendo en la puerta del escritorio—. ¡Te dije que basta! —agrega, dirigiéndose a su marido.

—Mira lo que ha hecho tu hijo..., este caimancito —le dice su esposo, mostrándole el dedo mordido por Tioma.

Pero ella no lo mira siquiera. Contempla con terror a Tioma, que está ensangrentado, con el traje en desorden, y que, como un animalito maltratado, aprovecha el momento favorable y se escapa.

La madre siente una ira inmensa, irresistible, y dirige a su esposo palabras llenas de indignación y de amargura:

—¿Es ése vuestro sistema de educación? ¿Así es como comprendéis el alma infantil? ¡Ah!, ¡no! Con tales procedimientos podéis hacer del chico un idiota, matar en él todo amor propio...

Al decir esto la embarga la emoción, y su marido hace esfuerzos por replicarle.

—¡Valiente educador! —agrega la madre—. Tendrías que amaestrar perros y no educar niños.

—¡Largo de aquí! —grita el padre de Tioma.

—Sí; me voy —dice ella, deteniéndose en el umbral del escritorio—. Pero he de decirte que antes moriré que permitir otra vez que maltrates al niño... Esto se ha terminado. Jamás volverás a pegarle ni a tocarle siquiera con un dedo... ¿Me oyes?...

El está fuera de sí, frenético de ira. Pero pronto se calma un poco y empieza a pasearse por el escritorio. Luego se detiene ante la ventana, mira distraídamente las campiñas lejanas envueltas en la penumbra del crepúsculo, y en voz baja, pero indignada, dice:

—¡Cuando las madres se mezclan en la educación de los niños, no puede resultar nada bueno nunca!

EL PERDON

III

La madre se dirige presurosa al cuarto de los niños; los examina con una mirada y ve que Tioma no está allí. Pasa a otra pieza, luego a una tercera... Por fin lo ve. Está tendido boca abajo, con el rostro oculto, sobre el sofá de un cuarto pequeño.

La madre no entra en él. Vale más dejarlo solo un rato, para que tenga tiempo de tranquilizarse...

Luego entra en su habitación, se acerca a la ventana y, como su marido, mira también las lejanas campiñas, veladas por la penumbra del crepúsculo. En su cerebro bullen mil pensamientos tristes.

Sí; conviene dejar solo a Tioma un rato. Su amor propio sufre demasiado. Y habría que cambiarle la ropa... ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Cómo pudo ella permitir...! Fué un error fatal. ¡Y qué estupidez la de querer considerar al niño como un ser completamente responsable!... ¿Cómo no comprender que si hace tonterías es porque no ve en ello nada malo? El padre está inspirado en su sistema de educación, por la disciplina del cuartel. El mismo fué educado de esa manera, y no concibe que pueda existir otra...

La nodriza de Anita asoma la cabeza por la entreabierta puerta.

—¿Quiere la señora bendecir a Anita? —pregunta.

—Sí; dámela —contesta la madre.

Y amorosamente hace la señal de la cruz sobre su hija.

—¿Está Artemy Nicolayevich en su cuarto? —pregunta luego la madre.

—Sí, señora. Está sentado junto a la ventana.

—¿Tiene bujía?

—Sí, señora, pero la apagó. ¡Y la habitación está a obscuras!...

—¿Has entrado en ella?

—Sí, señora; pero él ni siquiera dió vuelta la cabeza... ¡Oh! ¡Dios mío!...

La nodriza quisiera expresar sus sentimientos, pero sabe que a la señora no le agradan tales efusiones y se calla.

—¿No entró nadie más en la habitación?

—Sí, señora. Tania estaba allí... Le llevaba la comida...

—¿Y comió?

—No, señora. Ni siquiera quiso mirar la comida... En todo el día no comió nada...

La nodriza suspira y agrega en voz baja:

—Habrá que mudarlo de ropa y lavarlo un poco. Yo creo que más que nada es por eso por lo que tiene vergüenza...

—¿Le han hablado de la ropa?

—No. Cuando yo me inclinaba para hablarle, él me rechazó. Tal vez Tania sea más afortunada...

—No hay que decirle nada. Como si nada se supiese... Di que preparen los dos baños para los niños. Y que venga el aya.

—Bien, señora.

Un momento después llega el aya.

Expresa su profundo pesar por lo sucedido aquel día; pero Tioma estaba tan indócil...

—Hoy se bañará a los niños —dice la madre secamente, interrumpiéndola—. Veintidós grados.

—*Sehr gut* (Muy bien), señora.

La alemana hace una reverencia. Comprende que la señora está disgustada, pero a ella su conciencia no le reprocha nada.

—Mi conciencia está tranquila, señora —dice *fraulein*—. Zina, la señorita, puede atestiguar que Tioma estaba intratable.

La señora no dice nada, y el aya comprende que sus justificaciones no producen efecto alguno. Entonces se dirige hacia la puerta con cierto aire de dignidad ofendida.

—¡Que venga Tania!

—*Sehr gut*, señora —dice el aya, y al llegar a la puerta hace otra reverencia.

A pesar de lo sucedido, espera conservar su puesto, que considera muy ventajoso Y al momento se oye que dice:

—Tania. Vaya a la habitación de la señora.

Tania entra en el cuarto.

Era ella la que siempre lavaba a Tioma en el baño. En verano se permitía a veces al niño bañarse solo, y esto era un motivo de alegría para Tioma. ¡Se bañaba como su papá! ¡Solo!...

—Escucha, Tania. Si Artemy Nicolayevich quiere bañarse solo, déjale que lo haga. Antes de que él entre en el cuarto de baño, dejarás un pedazo de pan, sin cortar, como si se hubiese quedado allí por olvido. ¿Has comprendido?...

Tania comprende muy bien, y responde alegremente:

—Sí, señora.

—Primero se bañarán las niñas; después, Artemy. La temperatura será de veintidós grados. Vete...

Tania tenía impaciencia por marcharse, pero la señora la detiene.

—Antes de llevar a Artemy al cuarto de baño disminuirás la luz de la lámpara, de manera que haya una semioscuridad. Y cuando pase, procura que por aquel sitio no haya nadie.

—Bien, señora.

El baño siempre era un motivo de alegría para los niños; pero esta vez hay poca animación en el cuarto de ellos. Se hallan bajo la impresión del castigo impuesto a Tioma, y, por otra parte, éste era quien provocaba siempre la alegría general.

Los niños dirígense sin alegría alguna al cuarto de baño, y unos veinte minutos después vuelven a su habitación, con sus gorritos blancos, tristes, silenciosos.

La madre va, nerviosa, de la ventana a la puerta y de ésta a la ventana. La dulzura de la noche meridional calma un poco sus nervios. Y se dice para sí misma que el error cometido por ella en el castigo de Tioma no se repetirá jamás.

Luego sale a la terraza, desde donde puede ver a los niños, que vuelven del baño.

He aquí a Zina, muy exigente y severa para sí misma y para los demás. Es seria, prudente, reservada. Sus grandes ojos, negros como el azabache, miran soñadores ante ella.

Y la dulce y delicada Natacha. Parece toda atención. Se diría que escucha los sonidos misteriosos de la vida, que todavía no comprende, pero que se abre poco a poco ante sus miradas.

Esta otra es Mania, serena como una mañana primaveral, pronta a iluminar y a incendiar a todo el mundo con sus brillantes ojos.

Ahora es el pequeño Sergio, a quien llaman el "filósofo". Se diría que afina solo el instrumento musical que es su pequeño corazón; toca dulcemente las cuerdas de la vida y escucha la música de la naturaleza. Todo le intriga, le interesa; quiere saberlo todo.

—¿Qué es eso? —pregunta con su vocecita cantarina, levantando su diminuto dedo.

—Es el cielo azul, niño.

—¿El cielo?

—Sí, querido; el cielo azul, que siempre atrae las miradas de los hombres, aunque anden por la tierra.

Allá, en la habitación contigua, en su cuna, está Anita..., un punto de interrogación en la vida. Su mirada es dulce y gozosa.

La madre piensa luego en su favorito, Tioma, animado como el mercurio, nervioso, agitado siempre, impresionable, de sentimientos vehementes, desordenados. Pero al través de ese desorden se adivina un corazón apasionado, generoso, noble.

La madre va entonces al cuarto de los niños. Está abierta la puerta. El pequeño "filósofo", Sergio, comienza a balbucir:

—Papá pe... gar Tio...ma...

—¡Cállate! —le dice Zina.

La niña sabe que su madre prohibió en absoluto que se hable del castigo impuesto a alguno de los niños.

Pero Sergio todavía es muy pequeño y no se preocupa poco ni mucho de las reglas establecidas.

—Papá... pegar...

—¡Calla! —le dice Zina, poniendo su mano en la boca del niño.

El "filósofo" va a llorar; pero Zina musita algo a su oído y le da un libro con estampas de animales. Sergio se pone razonable y empieza a mirar las estampas.

—Artemy — dice Tania con voz alegre, abriendo el cuarto de Tioma—. Ya puede ir a bañarse.

El niño se levanta silencioso, y, muy avergonzado, pasa por delante de Tania.

—¿Se bañará solo, o quiere que le ayude? — pregunta Tania, procurando dar un tono indiferente a su voz.

—Solo — responde.

En el corredor por donde pasa el niño hay una semioscuridad. Esto le complace mucho. Una vez en el cuarto de baño cierra la puerta por dentro. Luego se desnuda de prisa y se mete en el agua.

Después de lavarse sale del baño, toma su ropa sucia y comienza a lavarla. Le parece a Tiona que moriría de vergüenza si alguien viese que su ropa estaba manchada de sangre.

Después de lavada la ropa, Tioma busca con la mirada un sitio donde poder ocultarla, y acaba por ponerla detrás de una cómoda cubierta de polvo. Luego empieza a vestirse, pero en ese momento descubre un trozo de pan. Probablemente, alguien lo ha olvidado allí. Lo tomó ávidamente, pues no ha comido en todo el día. Niño al fin, olvida todos sus pesares, se sienta sobre un banco y, balanceando sus piernas, come con fruición.

Al través de la ventana, la madre observa esa escena, y lágrimas de emoción corren de sus ojos.

Cuando comió el pan, Tioma sale al corredor. Se acerca a la escalera que conduce al patio, se detiene un instante, y después de una corta vacilación, grita con voz ahogada:

—*¡Yuchka, Yuchka!*

Esperó un momento, creyendo oír el ladrido de un perro. Pero se había engañado. Entonces aspiró el olor de la noche, bajó al patio y dirigióse al jardín.

El silencio y el misterio de la noche envolvían el jardín. Tioma sintió miedo. La luna lo iluminaba con sus plateados rayos, proyectando sombras acá y allá. Nubes desparramadas surcaban el cielo. Y entre la tierra y el cielo, en los infinitos espacios, corría el viento. Allá, en el fondo del jardín, se destaca un quiosco, un pabellón. "Tal vez —se dijo el niño— los muertos, para divertirse un poco, salieron del pabellón y ahora están mirando a Tioma."

Todo sigue en silencio, y Tioma tiene miedo. Solitarios, los árboles agitan sus ramas, inclinarse unos hacia otros y parecen decirse: "¡Tengo miedo!"

En este instante Tioma advierte entre los árboles una sombra movediza. "Tal vez sea *Yuchka* —piensa el niño—. Pero, ¿no estaría muerto *Yuchka?*"

La puerta del jardín se abre en este momento y se oye la voz de Tania, que dice:

—Artemy Nicolayevich, ¡es hora de acostarse!

Esta voz hace volver al niño a la realidad. Se acostará con mucho placer, pero antes de hacerlo es necesario ir a decir "buenas noches" a papá y a mamá, y esto es muy penoso para Tioma.

Reclina su frente en un árbol y se queda pensativo.

Tania se acerca, lo besa y le dice con tono cariñoso:

—Vamos, Artemy... Precioso. Vamos a ver a mamá...; vamos, rico...

Y Tania lo cubre de besos y lo conduce a la casa.

Un minuto después, Tioma se halla en la habitación de su madre.

La estancia se encuentra casi a obscuras. Sólo hay en ella la luz mortecina de una lamparilla, que alumbra un icono.

El niño está en pie, sobre la alfombra, delante de su madre, que se halla sentada en un sillón. Ella le dice algo severo; pero sus palabras no llegan a la conciencia del niño.

Por el contrario, las palabras de la madre impresionan mucho a Zina, escondida detrás de la puerta.

—¿De modo que no quieres a tu papá ni a tu mamá? — pregunta la madre.

Zina, al oír estas palabras, no puede dominar su emoción. Irrumpe en la habitación y dice con acento apasionado:

—Yo se lo previne muchas veces, pero...

No puede terminar.

—¡Te atreviste a escuchar detrás de la puerta! ¡Niña mal educada! — grita la madre.

Y al mismo tiempo la agarra, iracunda, por la mano, y la "niña mal educada" es arrojada de la estancia.

La expulsión de uno de sus enemigos anima algo a Tioma. Siente con más intensidad sus angustias. Todo su ser queda embargado por la conciencia, por la convicción íntima del mal que Zina le ha hecho. Se siente como un ser cuya justificación nadie quiere escuchar, hacia el cual todo el mundo es injusto.

—No se atiende más que a Zina —dice con tono de lamentación—. Y a mí se me ataca todo el día... Nadie me quiere; nadie quiere escuchar lo que yo digo, y...

Poco a poco va tranquilizándose. Con tono más tranquilo refiere a su madre todas las peripecias del día. Sus ojos están anegados de lágrimas, y a ratos se estremece y suspira. Su madre, sentada junto al niño en el sofá, le acaricia amorosamente y procura tranquilizarle.

—Bueno, hijo mío... Mamá no está disgustada... Mamá quiere mucho a su niño y está segura de que será bueno, generoso, pero a condición de que comprenda una cosa muy sencilla... Y Tioma la comprenderá, estoy segura. ¿Sabes, hijo mío, por qué te sucedió hoy todo eso? Yo te lo diré: porque todavía eres un cobardón...

Tioma se queda asombrado. Esperaba todas las acusaciones posibles, pero jamás ésa. ¡Cómo, cobarde él!... ¡El, que se atreve a montar a caballo!...

—Sí; eres un cobardón —prosigue la madre—. Todo el día tuviste miedo de decir la verdad, y debido a ese miedo te ocurrió todo. Tronchaste la flor, y en vez de confesarlo en seguida, la has escondido e hiciste un montón de tonterías. Papá es severo, pero se te hubiese perdonado, porque tú no quisiste, porque tu voluntad no fué tronchar la flor. Y aun cuando te hubiese castigado, ¿es que evitaste ese castigo a pesar de haber ocultado la verdad? En fin: si no te atrevías a decírselo a papá, pudiste venir a decírmelo a mí.

—Quise hacerlo cuando vosotros estábais ya en el coche.

—¿Y qué te lo impidió?

—Tenía miedo a papá.

—¿Ves? Tengo razón. Tenías miedo; luego eres un cobardón. Nunca se debe tener miedo a la verdad. Sólo los malos tienen miedo a la verdad, mientras que los buenos están prontos incluso a sacrificar su vida por ella.

Diciendo esto, la madre se levanta, dirígese a un ángulo de la habitación, descuelga una imagen del Salvador y vuelve a sentarse al lado de Tioma.

—¿Quién es éste — le pregunta.

—Dios.

—Sí, Dios, que tomó las apariencias de un hombre y bajó a la tierra. ¿Y sabes para qué bajó a la tierra? Para enseñar a las gentes a decir la verdad y a vivir conforme a la verdad... ¿Ves las trazas de sangre sobre su cuerpo?

—Sí.

—Pues, es porque le crucificaron. Lo clavaron en una cruz y en ella murió. Y, sin embargo, Dios es omnipotente; le basta hacer un signo con un dedo para que al instante muramos todos y todo desaparezca: nuestra casa, nuestro jardín, la tierra y el cielo... ¿Y por qué crees tú que El permitió que lo crucificasen, cuando con una sola mirada podía matar a sus verdugos? ¿Por qué?

La madre hace una pausa. Luego, fijando su mirada, una amorosa mirada, en su hijo predilecto, prosigue:

—Pues porque no temía a la verdad; porque ella le era más amada que la vida; porque quiso enseñarnos a todos que se puede morir por la verdad. Y en el momento de morir dijo: "Quien me ame, quien quiera estar a mi lado, no debe temer a la verdad". Y yo quiero, hijo mío, que tú tampoco la temas, y que estés pronto, cuando seas hombre, a morir por ella. Este es el verdadero valor, la verdadera bravura. Al montar en un caballo desmandado, furioso, no probarás sino que tu indiscreción temeraria no es el verdadero valor. Al mismo tiempo huiste de la verdad por temor al castigo... Pero, basta por hoy; es menester que te acuestes. Da un beso a mamá y prométele que serás un buen chico.

En silencio, Tioma la besó tiernamente y cobijó su cabecita en el seno maternal.

EL POZO VIEJO

IV

Es de noche. Tioma ya duerme. Su sueño es nervioso, agitado, entrecortado por pesadillas. A ratos se estremece.

Sueña que se halla en la playa, a orillas del mar, donde toda su familia suele ir a bañarse. Las transparentes y verdes olas lo amenazan, alzándose ante él como altas montañas, produciéndole una inexplicable sensación de angustia aquellas enormes masas de agua. Luego, los olas retroceden y Tioma se siente aliviado.

En uno de esos instantes se despierta, abre los ojos y se sienta en la cama.

La débil luz de la velita ilumina cuatro lechos infantiles y otro mayor, sobre el cual está incorporada la nodriza, que, cubierta con un largo camisón, mece a Anita.

—Ama, ¿dónde está *Yuchka*? — le pregunta Tioma.

—¡Ah, hijo mío! *Yuchka* ya no existe. Un mal hombre lo tiró al pozo viejo.

Y después de una breve pausa, agrega:

—Si al menos lo hubiese matado antes. Pero no; lo arrojó vivo al pozo. Y me dijeron que el pobre animal estuvo aullando todo el día...

Tioma se imagina el pozo viejo del extremo del jardín: un pozo abandonado hacía tiempo y donde se arrojaban los desperdicios de la casa. Y le parecía ver al pobre *Yuchka* en el fondo de aquel terrible pozo, que él y Joska se complacían en alumbrar algunas veces arrojando papeles prendidos.

—¿Quién lo tiró al pozo?

—Yo no sé. El que lo hizo no lo va a decir...

El corazón de Tioma se inunda de tristeza. En su cabecita bullen los pensamientos. ¿Cómo salvar a *Yuchka*? El niño elabora un plan, luego otro, y termina por dormirse.

Sueña que, con ayuda de una cuerda, saca al perro del pozo; pero *Yuchka* pesaba mucho, y cuando ya estaba cerca del borde, volvía a caer al fondo. Entonces Tioma sujeta la cuerda al brocal del pozo y quiere bajar él mismo al fondo, por la cuerda, y recoger al perro; mas la cuerda se rompe y Tioma cae vertiginosamente.

Y en este momento se despierta.

Mirando por la ventana ve que ya nace el día.

Sentíase cansado, débil, pero la situación de *Yuchka* le daba fuerzas. Había decidido salvar al perro. Se viste apresuradamente. Teme que lo que va a hacer le cause nuevos pesares, pero está decidido.

"Hasta ahora — se dijo — no he hecho todavía nada malo."

Esta idea lo tranquiliza. Se acerca a la cama de la nodriza, que está dormida; coge la caja de fósforos que siempre estaba sobre una mesita, guarda una buena porción en su bolsillo, y andando de puntillas llega al comedor, donde, gracias a una puerta de cristales que daba a la terraza, había bastante claridad. En el comedor reinaba el desorden matinal de costumbre. Sobre la mesa se hallaban el *samovar*, vasos sucios, tazas, pedazos de pan y un trozo de carne con manteca blanca.

Tioma dirigióse hacia una mesita sobre la cual había un montón de diarios; agarró unos cuantos, y después de abrir suavemente la puerta, salió a la terraza.

El fresco de la mañana lo reanimó.

Aun no había salido el sol. El cielo, azul pálido, hallábase cubierto a trechos por densas nubes. Envolvía el jardín una azulada neblina.

Tioma vió que en el jardín reinaba un gran desorden; las flores, tronchadas por la tormenta del día anterior, yacían en el lodo; los senderos y avenidas estaban cubiertos de barro, y los árboles ofrecían signos visibles de los estragos de la tempestad.

Tioma encaminóse por la avenida principal hacia la cuadra para apoderarse de las bridas de un caballo.

Se sentía mal y tenía fiebre. La cabeza le ardía y sus piernas flaqueaban. Por un instante sintió deseos de tenderse en la hierba.

La cuadra estaba cerrada con llave, pero él sabía por dónde entrar. Por debajo de la puerta había un agujero abierto por los perros. Tioma tendióse boca abajo y, con gran esfuerzo, penetró en la cuadra. Entonces descolgó las bridas y una cuerda que servía para tender la ropa. Se proveyó también de una linterna, diciéndose a sí mismo que ella alumbraría el pozo mejor que los papeles encendidos.

Una vez fuera de la cuadra, quiso seguir el camino más corto para llegar antes al pozo. Para esto debía saltar la tapia.

Tioma sujeta entre los dientes la linterna, anuda las bridas en torno de su cuello y comienza a escalar la tapia. Sabía hacerlo muy bien; pero ahora le cuesta trabajo, a causa de su estado de debilidad.

Una vez sobre la tapia, descansa un rato. Al pie de ella, en el lado opuesto, la hojarasca estaba empapada por la lluvia. Tioma comprende que al tirarse abajo se mojará; pero no hay otro remedio. Y, en efecto, después de saltar de la tapia, su traje estaba empapado de agua. Ese baño frío lo reanimó un poco. Corrió hacia la valla que separaba el jardín y el antiguo cementerio para buscar algunos palos. Aunque Tioma decíase a sí mismo que lo expresado por Joska el día antes acerca de los muertos no era más que una fábula, lo cierto es que tenía miedo y pensaba no mirar del lado del cementerio. A cada instante lo dominaba más el miedo. Ahora está seguro de que los muertos se hallan sentados encima de la tapia y lo siguen atentamente con la mirada. Un estremecimiento corre por todo su cuerpo, y Tioma cree que los muertos lo persiguen; sus cabellos erízanse, lanza un grito de terror y emprende veloz carrera.

La vista del pozo viejo le hace olvidar a los muertos; recobra su valor y empieza a gritar:

—¡*Yuchka, Yuchka!*

Después escucha con atención.

Al principio no oye sino las palpitaciones de su corazón y como si un martillo golpease su cabeza. Luego le parece oír en el fondo del pozo algo así como un gemido muy débil, un apagado lamento. El corazón de Tioma se oprime y vuelve a gritar, con voz ahogada:

—¡*Yuchka, Yuchka!*

Esta vez el perro oyó la voz de su amo y lanza un aullido.

—¡Mi *Yuchka*! ¡Mi *Yuchka*! ¡Mi perrito! — grita el niño —. Espera un poco, que voy a sacarte de ahí.

El perro responde con un nuevo ladrido. A Tioma le parece que *Yuchka* le dice que no demore en sacarle del pozo.

—¡Ahora mismo! ¡Ahora mismo! — exclama. Y entonces se pone a la tarea. Siéntese rebo-

OJO POR OJO... Por González Fossat

¿CLEPTOMANA?

¿SONÁMBULO?

sante de fuerza y de resolución. Su malestar ha desaparecido.

Junto al brocal del pozo enciende la linterna y la hace descender al fondo por medio de una cuerda. Hecho esto, inclínase y examina el pozo. La linterna ilumina débilmente las paredes y, a una profundidad de cinco metros, el fondo. Tioma no ve más que un fango verdusco y le parece que un olor putrefacto sube del fondo. Un instante después vislumbra en medio de aquel lodazal un pequeño bulto negro, y, con el corazón oprimido, piensa que es *Yuchka*. En efecto, era el perro que se sostenía sobre un pedazo de viga que sobresalía de la pared.

No hay tiempo que perder. Tioma retira la linterna. Y para que el perro no crea que va a abandonarlo, le grita sin cesar, mientras hace sus preparativos:

—¡No tengas miedo, *Yuchka!* Estoy aquí...

El animal le responde con alegres e impacientes ladridos.

Por fin, todo está preparado. Con las bridas, la cuerda y uno de los palos, Tioma dispuso un instrumento de salvamento muy complicado. Lo baja al fondo del pozo. Pero la impaciencia del perro lo estropea todo. Apresó tan precipitadamente el armatoste, que éste cayó al agua, arrastrando al pobre *Yuchka*. El animal comenzó a lanzar aullidos, agitándose en el fango del pozo. Su situación era peor, pues había perdido el extremo de la viga en que se hallaba.

La impresión de Tioma es de terrible desesperación. Ahora sí que *Yuchka* está perdido. ¡Y por culpa suya!

Tioma medita; se esfuerza por encontrar otro medio para salvar al perro. ¡Ya lo tiene! ¡El mismo bajará al fondo del pozo!

Sujeta al brocal del pozo una brida, y suspendido de ella comienza el descenso. Ciertas emanaciones sofocantes suben del fondo. Tioma se siente aterrorizado un instante al pensar que puede asfixiarse; pero piensa que si el perro respira aquel ambiente, por lo menos desde hace veinticuatro horas, y no ha muerto, él tampoco morirá. Esto lo tranquiliza y sigue descendiendo por la brida. Con ayuda de los pies busca en la pared algún punto de apoyo, y cuando lo encuentra, se sostiene en él y busca otra parte saliente. Las emanaciones aumentan. Tioma empieza a respirar sólo por la boca y observa que se siente mejor. Esta observación le anima. Abajo, las circunstancias son también favorables. *Yuchka* ha conseguido subirse otra vez al extremo de la viga. Esto lo ha calmado, y con sus alborozados ladridos manifiesta su aprobación al temerario intento de Tioma. Este recobró su ánimo y está seguro del éxito.

Al llegar al fondo del pozo se produce una conmovedora escena entre el niño y el perro, como entre dos buenos amigos que no esperan volver a verse más en el mundo. Tioma se inclina y acaricia al perro, que le lame las manos. La triste experiencia de antes hace que *Yuchka* no se mueva de su sitio para no caer otra vez en el fondo pantanoso. Pero, en cambio, ladra tan alborozadamente que Tioma siente deseos de llorar, tan conmovido está.

Sin perder tiempo, pasa un extremo de la brida en torno del cuerpo del perro, y luego comienza él a escalar el pozo por la otra brida, suspendida del brocal. Pero *Yuchka* cree que quiere abandonarlo, y comienza a lanzar desesperados aullidos. Estos aullidos redoblan la energía de Tioma. Pero es mucho más difícil subir que bajar. Le faltan fuerzas y aire. A cada instante pierde las energías. A la mitad del camino yergue la cabeza y ve el lejano cielo azul; un pajarito salta, gozoso, en la boca del pozo.

El corazón de Tioma se oprime dolorosamente. Teme no llegar arriba. Desesperado, se detiene. ¿Qué hará? ¿Gritar, llorar, llamar en su socorro a mamá? El terrible pensamiento cruza su mente: dentro de un instante va a caer abajo, a aquel espantoso pantano, y morirá allí, al lado de *Yuchka*. "No se debe tener miedo —dice en alta voz para infundirse ánimo—. Es vergonzoso tener miedo. Sólo tienen miedo los cobardones. Yo no hago nada malo; quiero salvar a mi *Yuchka*. No sólo mamá, sino papá mismo dirá que he obrado bien. ¿Por qué tener miedo entonces? Descansaré un instante y seguiré subiendo. Luego sacaré a *Yuchka*... Todo el mundo se maravillará cuando sepa lo que hice..."

Habla en voz alta, y el sonido de sus propias palabras le infunde coraje.

Poco a poco llega a la boca del pozo. Un último esfuerzo y salta sobre el brocal, tirando entonces con todas sus fuerzas de la cuerda.

Un minuto después, *Yuchka* está salvado.

Tioma, rendido, se tiende sobre la hierba húmeda. Y en cuanto al perro, está loco de alegría. Se arroja sobre su salvador y le lame la cara; después, ya no sabiendo cómo demostrarle su agradecimiento, vuelve a lanzarse sobre él a lamerle el rostro, las manos... Es un verdadero delirio de alegría.

Tioma, doliente, hace esfuerzos para librarse de las delirantes caricias del perro, todo cubierto de lodo.

De repente dirige la mirada hacia las tapias del viejo cementerio, y lo que ve le hiela la sangre de terror. Por encima de la tapia aparece una cabeza negra y terrible.

Las fuerzas abandonan al niño, que lanza un grito de terror y se desmaya. *Yuchka* está satisfecho. Ahora puede, con toda libertad, manifestar su agradecimiento a su salvador.

La cabeza que había aparecido encima de la tapia era la de Eremey, el cochero, quien llevaba un manojo de hierba que había cortado en el abandonado cementerio. Saltaba la tapia del jardín para evitar un gran rodeo.

Al ver tendido en tierra a Tioma, se precipita hacia él.

Una hora después, Tioma, acostado en su lecho, con la cabeza cubierta de hielo, recobró el conocimiento. No comprendía lo que sucedía en derredor de él, ni recordaba nada de lo pasado. ¿Cómo están todos allí? ¿Por qué parecen tan tristes y asustados, sobre todo su mamá?

—¡Mamá!...

¿Por qué llorará? ¿Y cómo él mismo tiene deseos de llorar? Mamá le dice algo, pero ¿qué le dice? Ahora todos se van. Se queda solo y tiene miedo. Todo se pone negro y ya no ve. Una figura se destaca delante de su cama. Es papá.

—Papá..., querido papá... ¿Eres tú?

No es papá.

Es algo tan horrible, que Tioma, aterrorizado, comienza a gritar:

—¡Vete! ¡Vete!

Y mientras pronuncia estas palabras se incorpora, mira con horror aquella figura que había creído era su papá y vuelve a gritar:

—¡Vete! ¡Vete! ¡Déjame!... ¡Me das miedo!...

Con el corazón oprimido por el dolor, todos oyen esos gritos de pesadilla. Reina un silencio imponente. La madre de Tioma, con los ojos anegados en lágrimas, acaricia la cabecita del niño, procurando tranquilizarlo.

El hálito frío de la muerte agita la débil llama del candelero. La cera se funde con creciente rapidez. Parece que muy pronto se extinguirá la luz, y con ella terminará para siempre el alma ardiente, llena de ternura y de amor del pequeño Tioma, ¡cuando apenas ha comenzado a florecer!...

LA BANDA INFANTIL

V

Pasan los días y las semanas en dolorosa incertidumbre.

Por fin triunfa el robusto organismo del niño.

Cuando Tioma reaparece por primera vez en la terraza —demacrado, algo más alto, con el cabello cortado casi *al cero*—, el otoño ha sucedido al verano.

Con los ojos entornados para evitar los deslumbrantes rayos de aquel sol otoñal, Tioma se siente feliz, como todos los convalecientes. Todo le alegra y le divierte, le llena de gozo, le atrae todo: el sol, el cielo, el jardín que se extiende bajo la terraza.

Le parece que no ha cambiado nada desde su enfermedad. Se le antoja que fué una escena de dos o tres horas nada más...

En el centro del patio se ve el mismo tonel con agua; el mismo coche gris, cubierto de polvo; el mismo cochero, Eremey, que conduce el caballo *Moreno* para engancharlo al carruaje; hasta el mismo gallo parece decir algo a las gallinas, y está furioso porque éstas no le hacen caso.

Todo está igual y todo parece alegrarse de la curación de Tioma. Y al niño se le antoja un sueño su larga enfermedad. ¡Lástima que haya pasado el verano!...

De súbito oye un rumor de conversación que proviene del despacho de su padre... Reconoce la voz de éste y de su madre. Hablaban de él. No ha comprendido todos los detalles de la conversación, pero el sentido sí; sus padres han decidido permitirle a Tioma que vaya a jugar a la explanada.

Era un enorme solar que pertenecía a Nicolás Semenich Kartachev, padre de Tioma. A ese terreno lo separaba del patio de la residencia señorial una tapia. Estaba sucio, fangoso, cubierto de estiércol y montones de desperdicios. Había diseminadas por el terreno unas casitas bajas. El padre de Tioma lo alquilaba al judío Leiba, quien, a su vez, lo subalquilaba en parcelas; en una parcela había una posada para los trajinantes que por allí pasaban con sus carromatos; en otra estaba la tienda del judío Abrumka; las casitas eran habitadas por pobres matrimonios de la ciudad que tenían poco dinero y muchos hijos.

Sucios y harapientos, pero alegres y robustos, los chiquillos jugaban todo el día en la explanada y la inundaban con sus gritos.

El mismo judío Leiba tenía establecida una taberna.

Aglaida Vasilievna, madre de Tioma, pensaba hacía tiempo en la conveniencia de permitir al niño que jugase en el solar. A menudo, sentada en el jardín con un libro en la mano, oía los alegres gritos de aquella banda infantil y miraba con unos gemelos sus bulliciosos juegos. Y el mismo Tioma, observando muchas veces por la abertura de la puerta que separaba el patio del solar, veía con envidia los juegos de los muchachos. Para él era aquello un paraíso prohibido. En ocasiones rogaba a su madre que le permitiese tomar parte en aquellos juegos; pero la señora Kartachev, algo indecisa, le negaba ese permiso.

La enfermedad de Tioma y las continuas lamentaciones del padre, de que se le educaba como a una niña, desvanecieron por fin las dudas de su madre. Habló con su esposo, y el niño obtuvo el permiso de jugar en el solar.

Quince días después formaba parte de la banda infantil. Una nueva vida habíase abierto ante él, una vida que no se parecía en nada a la que había llevado hasta allí.

Los montones de basuras o desperdicios dispersos por todo el solar eran una fuente inagotable de riqueza para los chiquillos. Había verdaderos tesoros para ellos: huesos para sus juegos, hilos, alambres, botones... Los sábados, día en que se vertían los desperdicios de todas las casitas del terreno, eran verdaderas fiestas para los chicos. Se lanzaban sobre ellos con indescriptible placer, como si aquellos desperdicios fuesen montones de oro. Tioma tomaba parte en la rebusca con el mismo regocijo que los demás. ¡Qué alborozo cuando encontraban un hilo bastante largo para atarlo a un "aeroplano", como llamaban ellos a

pel fijas con trozos de madera y que lanzaban al aire con un hilo muy largo!

Después de detenidas exploraciones en los montones de desperdicios, como basureros, y de recoger todo lo que les parecía interesante, los muchachos saltan la tapia del cementerio, y sentados sobre una tumba cualquiera, comienzan a poner en orden las riquezas que han hallado. Tioma, absorto en su tarea, dirige de vez en cuando miradas distraídas a los viejos y ruinosos mausoleos, y se dice que fué un tonto cuando se asustó de la cabeza de Eremey.

Gueraska, el jefe de la banda infantil, cuenta lo que acaece con los muertos que fueron enterrados sin decírseles misas.

—No se pueden estar tranquilos en sus tumbas. Salen por las noches y hacen perrerías con las personas con que tropiezan. Las llevan por un camino que no existe de verdad; un labriego cualquiera anda, anda toda la noche, y por la mañana se da cuenta de que está en el mismo sitio y no dió un solo paso.

Y para dar mayor valor a sus palabras, Gueraska se santigua y pone por testigo a Dios.

—¡Pues a mí no me dan miedo! —dice Tioma.

—¿De veras? —pregunta Gueraska, agitado—. Me gustaría verte en su compañía la Nochebuena. Tendrías tanto miedo, amigo mío, que ni siquiera te atreverías a gritar. Y si no, cuando lo de Pulchija...

Pulchija, una vieja de ochenta años, vivía en una de las casitas del solar. Era alta, encorvada, gruesa y tenía un carácter sombrío y taciturno; su voz, baja y malhumorada, infundía miedo a los muchachos, que no se atrevían a pasar por delante de su puerta.

Cierta mañana no vieron salir a la vieja Pulchija, que tenía la costumbre de salir muy temprano. Al notar aquella anormalidad, Gueraska se atrevió a acercarse despacio a la ventana, y al instante retrocedió espantado. En el centro de la habitación había visto a la vieja colgando de una cuerda, ahorcada... Las vecinas acudieron, cortando la cuerda, pero ya era tarde. Pulchija fué enterrada en un apartado rincón del cementerio. Y en cuanto a la casita, nadie quiso ya vivir en ella.

Esa trágica muerte causó intensa impresión en la banda infantil.

—¿Creéis que estiró la pata? —preguntó un día Gueraska a sus camaradas—. ¡Quiá! Por algo nadie quiere vivir en su casa. Si alguien se atreviese a hacerlo, Pulchija le arreglaría las cuentas. Vendría todas las noches; se asomaría por la ventana, espantosa, con la cara hinchada, azulenca, castañeteando los dientes con los ojos como los de un lobo... Que Dios me castigue si no es cierto lo que os digo. Y ahora la vieja embrujada merodea por las noches en el solar. Para que no se meta con ellos, ni con nadie, y se esté tranquila en su tumba, es menester hundirle en el vientre un tronco de álamo, ¡no hay otro remedio!...

El relato causa indescriptible impresión. Tioma ya no manifiesta su incredulidad y escucha a Gueraska conteniendo la respiración. Uno de los chicos, Kolka, tiene la boca muy abierta; hasta tal punto está excitada su imaginación.

—¡Cierra la tienda! —le grita uno de los muchachos, metiéndole el dedo en la boca—. Nos tragarás a todos.

Kolka, furioso, da un bofetón al chico. Este quiere devolvérselo, pero Kolka echa a correr como alma que lleva el diablo. Los otros muchachos ríen y olvidan los horrores que acaba de referirles Gueraska.

El sol desaparece detrás de los árboles. Se oyen voces repetidas: ¡Gueraska!... ¡Kolka!... ¡Senka!... ¡Jachka!... Son las madres de los muchachos, que los llaman. Entonces la banda salta con algazara las tapias del cementerio, penetra en la explanada y se dispersa hacia sus viviendas.

Las madres de los chicos suelen recibirlos con algunos golpes o tirones de orejas, por haberse recogido tarde. En cuanto a Tioma, obligado también a retornar a su casa en compañía de Joska, lanza un suspiro. Le agrada todo tanto en aquel solar, que allí se estaría toda su vida jugando con sus camaradas.

Por la noche, en el comedor, Tioma está sentado a la mesa, cuando toda la familia toma el té. Está absorto por los recuerdos del solar, y no escucha sino muy vagamente la conversación general. Cuando ve llegar al judío Leiba, administrador de los terrenos, es cuando se anima algo.

Leiba se lamenta porque la casita que ocupaba la vieja Pulchija está sin alquilar todavía.

—¡Y lo estará siempre! —exclama Tioma, con la mayor convicción.

—¿Por qué? —pregunta su padre.

El niño expone sus razones. Dándose cuenta de que sus palabras despiertan el interés general, prosigue con más animación, queriendo imitar el estilo de Gueraska:

—Si alguien alquila la casita, esa bruja de Pulchija irá por la noche a mirar por la ventana, con su rostro terrible, azulado, con los ojos de lobo, toda hinchada, y comenzará a hacer brujerías, ¡la muy perra! ¡Canalla!

Estas últimas palabras las pronuncia con mucha indignación.

—¡Dios mío! ¿Qué es esto? —exclama asustada la madre.

Tioma queda algo desconcertado, pero agrega:

—¡Mas si se le mete en el vientre una rama de álamo, se estará tranquila en su tumba!

Al día siguiente, al niño no se le permite ir al solar. Todo ese día lo consagraron a la reforma moral de Tioma. Pero no pesaban grandes delitos sobre la conciencia del infantil pecador. Sin embargo, es cierto que hace una operación financiera un poco execrable. He aquí lo sucedido, tal como resulta después de una minuciosa indagación:

La banda infantil jugaba mucho a las avellanas. Mas, como quiera que en los montones de desperdicios no se encontraban avellanas, había que comprarlas, y para esto hacía falta dinero. Tioma no lo tenía. Esto era grave. Había que encontrar avellanas, fuese como fuese. Después de madura reflexión, Tioma tuvo una buena idea. Fué al tendero Abrumka y le dijo:

—Escucha, Abrumka: muy pronto va a ser mi cumpleaños y me darán veinte *copecks*. Dame ahora avellanas y el día de mi cumpleaños te pagaré.

Abrumka aceptó el trato. Tioma volvió muchas veces, agotando de ese modo su crédito de veinte *copecks*. Pero necesitaba aún avellanas. Entonces se presentó a la tienda y dijo a Abrumka:

—Dame más avellanas.

El tendero le arguye que, no debiendo tener en su cumpleaños más de veinte *copecks*, no puede concederle más crédito.

—Había olvidado —repuso Tioma— que Tania me ha prometido diez *copecks*.

Abrumka dirigió una mirada recelosa a Tioma. El niño se puso colorado, y hubiera querido escaparse de allí; pero el tendero había ido a buscar las avellanas entre las pobres mercancías, que entre todas no valdrían más de diez rublos.

La familia del tendero ocupaba una habitación contigua. La puerta estaba abierta, y Tioma pudo ver a la esposa del tendero tendida, inmóvil, sobre un lecho espacioso. Pálida, demacrada, con los ojos inflamados, nunca se levantaba del lecho y lanzaba sin cesar gemidos lastimeros. Tioma sabía que estaba gravemente enferma. Pero el caso es que Gueraska afirmaba que era una bruja y que él mismo había visto una vez la punta de su cola; hasta la había visto salir una noche por la chimenea montada en una escoba y volar por los aires hacia las estrellas.

Tioma la miraba con cierto miedo, y cuando Abrumka le dió las avellanas, salió corriendo de la tienda.

Desde ese día no se aventuró a pedir más avellanas al tendero. Mas el hecho de haberle engañado acongojaba su conciencia. Esquivaba el encuentro con él y volvía la vista cuando vislumbraba la figura encorvada y delgaducha de Abrumka en la puerta de su tienda.

A medida que se acerca el día de su cumpleaños, Tioma está más preocupado. Se ingenia para encontrar un medio de salir del atascadero, pero ¿dónde hallar el dinero para pagar su deuda? La situación le parecía insoluble, y esto le turbaba y no le permitía disfrutar del placer de los juegos.

Un día, bastante antes aun del cumpleaños, Tioma ve a Abrumka que viene a su encuentro. El niño se oculta apresuradamente en una barraca, pero Abrumka lo sigue hasta allí y le reclama su dinero. Su esposa ha muerto de repente y no tiene bastante dinero para los gastos del entierro.

Tioma había oído hablar aquella mañana de la muerte de la mujer del tendero; el propio Gueraska le había contado todos los detalles de esa muerte. Según él, Abrumka la había ahogado poniendo un cojín sobre su cabeza y sentándose luego encima de él. Y así había estado hasta que la mujer dió el último suspiro. Luego acostóse muy tranquilamente. Y por la mañana anunció a los vecinos la muerte de su esposa.

Gueraska hablaba de eso con tono de convicción, y, para dar más fuerza a su relato, juró y se santiguó. Así era imposible no creerle.

—¿Y lo viste tú con tus propios ojos? —le pregunta, sin embargo, Tioma.

—¡Que Dios me castigue si no lo vi! —exclamó Gueraska.

No había duda posible. Abrumka había ahogado a su mujer. ¡Y en este momento se halla ante él un hombre terrible, en la barraca casi obscura, hablándole tranquilamente como si no hubiese asesinado a su esposa!...

Tioma siente un estremecimiento. Abrumka muy bien podía matarlo a él también y luego decir que Tioma se mató él mismo...

—No tengo dinero —balbuceó temblando.

—Entonces voy a pedírselo a vuestro señor padre... Porque ya veis que no tengo dinero para enterrar a mi pobre mujer...

Diciendo esto, Abrumka se enjugó una lágrima.

—No, no —replica Tioma—. No vayas a papá. Yo te traeré ahora mismo el dinero.

El tono sincero y el dolor de Abrumka le habían impresionado y decidióse a ir en seguida en busca de su madre y contárselo todo.

La madre estaba sentada en su habitación, con un libro en la mano.

Tioma la besó tiernamente.

—Mamá, dame treinta *copecks* —le dijo.

—¿Para qué?

El niño vaciló un momento, luego respondió:

—Me ha dado pena el pobre Abrumka, que no tiene dinero para enterrar a su mujer, y se lo he prometido.

—No está mal que te compadezcas de él; pero tú no debiste hacerle ninguna promesa, puesto que no tienes dinero. Y no se puede disponer sino del dinero propio.

Cuando su madre le da los treinta *copecks*, la abraza amorosamente, y atormentado por su conciencia, le dice con resolución:

—Mamá, nunca más lo haré.

—Muy bien —contesta la madre, dándole un beso.

El niño corrió a la tienda de Abrumka, pensando en la alegría de éste cuando él le entregue el dinero.

—¡Aquí tienes el dinero! —exclamó al entrar en la tienda.

Abrumka levantó la cabeza, sin manifestar ninguna alegría; al contrario, muy triste y sombrío, tomó el dinero. Pero al mirar a Tioma comprendió que el niño sentía una decepción por su fría acogida. Entonces sacó un bombón, se lo entregó a Tioma, y, dándole familiarmente un golpecito en el hombro, le dijo:

—Sois un buen chico.

Tioma sintióse ofendido por aquella familiaridad. Abrumka no debía olvidar que no era sino un pobre diablo, mientras que él, Tioma, era hijo de un general. Tenía intención de no aceptar el bombón, pero en aquel momento vió por la entreabierta puerta el cuerpo de la mujer difunta, tendido en el lecho, y esto le llenó de tristeza. "Muy pronto —se dijo— van a enterrarla; se quedará para siempre bajo la tierra fría, mientras que él, Tioma iba a correr, a jugar, a vivir..."

Le asaltaron mil ideas tristes. Salió de la tienda y fué a reunirse con la banda infantil que jugaba bulliciosamente a las avellanas. ¡Oh! ¡Si se pudiese jugar toda la vida! Pero, ¡ay!, esto es imposible... A las personas mayores no les gusta jugar. Ni papá, ni mamá, ni Abrumka, ni *fräulein* juegan jamás. ¡Cómo deben aburrirse las personas mayores! No les gustan ni el balón, ni la pelota, ni las bolitas; no juegan a las avellanas ni a ningún otro juego. En cambio, a él seguirá gustándole jugar cuando sea mayor. ¡Lo jura! Y convendrá con Gueraska, Joska y Jachka en que toda la vida "ha de gustarles jugar"...

En este instante, Tioma recuerda que acaba de engañar a su madre, pero muy pronto se consuela.

"Esto no es nada —se dice—. Cuando le pedí perdón, lo hice implícitamente, por haberla engañado. Esta era mi intención. Un día se lo contaré todo."

Tioma tranquilizóse y olvidó toda historia. Pero es el caso que su madre se enteró de lo ocurrido entre su hijo y Abrumka. Con gran asombro del muchacho, su madre no le riñó mucho. Pero le obligó a prometer que siempre le diría la verdad; en otro caso, no iría más a jugar con la banda infantil.

❦ ❦ ❦

Ha pasado un año.

Tioma creció bastante y se hizo más fuerte, más robusto.

La banda infantil hacía la misma vida, bulliciosa y alegre, pero en ella se había operado un cambio importante. En lugar de jugar en el viejo cementerio o en el solar, los muchachos pasaban días enteros a orillas del mar, que se hallaba cerca de la población.

Tioma amaba mucho el mar. Se pasaba horas enteras contemplando su inmensidad azul; la brisa acariciaba sus cabellos, y el muchacho sentía vagos anhelos que él mismo no hubiera acertado a explicar. Cuando a lo lejos veía un buque que desaparecía tras la línea del horizonte, experimentaba una especie de pesar, de tristeza. El quisiera en ese momento estar en el puesto de los seres felices que van en el buque, partir lejos, muy lejos...

Los pescadores, que en sus pequeñas embarcaciones osaban adentrarse en el mar, eran, a los ojos de Tioma y de sus camaradas, algo así como semidioses. Los muchachos veían sus atezados rostros, curtidos por el sol y el viento, con una admiración sin límites. ¡Qué felices se sentían cuando podían prestar a los pescadores cualquier servicio, el más insignificante, el de empujar las embarcaciones hacia el mar, por ejemplo!...

—¡Buen hombre! —gritaba uno de ellos lleno de alegría, dirigiéndose a uno de los pescadores—. ¡Habéis olvidado la correa!...

Los otros muchachos, celosos de la suerte que a aquél le había deparado el destino, examinaban la costa, la playa, por si ellos encontraban también algún objeto olvidado por los pescadores y de este modo podían hacer un favor a aquellos hombres intrépidos y buenos.

—¡Chico! —grita uno de los pescadores—. Por favor, trae ese cesto que hay ahí en la playa...

La banda corre vertiginosamente hacia donde está el cesto, y todos se disputan el favor de llevárselo al pescador.

El pescador echa en el cesto un pescado que acaba de apresar.

—¡Qué gordo es! —gritan los muchachos.

El pescador no contesta. Silencioso, tiene fijos sus ojos en el cordel del aparejo.

El mar ofrece diversiones innumerables a la banda infantil. Recogen chinas y pequeños guijarros, que lanzan luego al mar. La china se desliza por la superficie del agua provocando la alegría general. A veces, los chicos, con los pantalones subidos hasta las rodillas, se meten en el agua, buscando cangrejos, almejas y lapas entre los peñascos.

Cierto día, la banda, impulsada por la curiosidad, penetró en el patio del matadero, que estaba a orillas del mar. Justamente en aquel momento un buey furioso, que había roto la cuerda, corría despavorido por el patio. Viendo a Tioma, el animal dirigióse hacia él. Y fué un milagro salvarle. El matarife que le libró del buey dió un tirón de orejas a Tioma.

El niño sintióse ofendido, sobre todo porque la escena ocurrió ante un público numeroso. Decidió vengar su dignidad menoscabada y muy pronto elaboró un plan de venganza.

Sabía que los matarifes, una vez concluído su trabajo, debían pasar por delante de su casa. Ocultóse en una esquina, con una piedra en la mano. Cuando el que le había tirado de las orejas pasó cerca de él, el muchacho arrojó la piedra con todas sus fuerzas. Ha dado en el blanco. La piedra hiere al matarife en la cara.

—¡Ah! ¡Granuja! —gritan los compañeros del matarife herido, saltando de su carromato para apresarlo.

Tioma corrió hacia el patio de su casa y echó la llave.

Oíanse los desesperados gritos del matarife herido.

—¡Me ha matado!... ¡Ese bribón!... ¡Me ha matado!...

Los compañeros del herido también gritaban.

"¡Lo he matado!", se dijo Tioma con terror.

Un instante después habían acudido las hermanas de Tioma, el aya, y luego la madre, terriblemente asustada y pálida de emoción.

—¿Qué ocurre? ¿Qué hiciste? —pregunta la madre al niño.

—Yo he..., yo he matado a un carnicero —dice sollozando Tioma, cuyas piernas tiemblan de miedo.

En este instante llega su padre, que se había enterado de lo ocurrido. Examinó la herida del matarife. No tenía importancia. El matarife, que sólo había recibido un buen escarmiento, reanimóse y siguió su camino en unión de sus compañeros.

Tioma lanzó un suspiro de satisfacción al ver que no lo había matado.

—¡Eres un mal hijo y un perverso! —gritó entonces su madre.

El muchacho bajó los ojos lleno de vergüenza.

Pero, en esta ocasión, el padre no era del parecer de la madre.

—¿Por qué lo molestas? Tenía perfecta razón al defender su dignidad. ¿O acaso debía besar la mano del que le ofendió?

Entonces su mujer exclamó llena de ira:

—Si apruebas la conducta de este niño indigno, llévatelo; yo no quiero verlo más. Ya no es mi hijo...

Y penetró en la casa sin decir más.

Tioma no sintió la menor alegría al ver que su padre salía en su defensa. Hubiera preferido que él le riñera, pero que su madre elogiase su conducta.

Después de pasear un rato por el patio decidióse a ir en busca de su madre. Con arreglo a su sistema, le dijo:

—Mamá, ya no lo haré nunca más.

—¡Mal niño! ¿Comprendes, por lo menos, el delito que has cometido?

—Haber herido al carnicero.

—Te has conducido tan malamente como el matarife que te maltrató. Pero él te había salvado del peligro del animal furioso, y así se lo has agradecido. Sin el rasgo de él, el toro te hubiera matado.

—¿Y por qué me ofendió después?

—¿Y qué es lo que tenías que hacer tú en el matadero? ¿Qué buscabas allí? El matarife es un hombre mal educado, grosero, pero bueno, mientras que tú eres perverso e ingrato. ¡Vete! ¡No quiero un hijo semejante!

Mas al decir eso ya no había cólera ni en su voz ni en su mirada.

Tioma comprende que está pronta a reconciliarse con ese "mal hijo".

Un cuarto de hora después las paces estaban hechas.

—No olvides que ya eres mayorcito. Tienes nueve años. Un muchacho de tu edad fué zar.

Tioma abrió los ojos desmesuradamente al oír eso.

—¿Y yo no seré nunca zar? —preguntó.

—No, pero puedes llegar a ser un hombre célebre.

Y la madre comenzó a referirle rasgos de la vida de los grandes hombres, como Lomonosov, que, a pesar de su origen pobre, fué un escritor célebre; de Puchkin y de otros.

—Lomonosov no era más que un pobre pescador...

Al oír esto, Tioma piensa en el mar, en los pescadores de rostros curtidos, en las redes y en los canastos de pescado.

—¡Mamá! ¡Yo también!... ¡Yo ayudo muchas veces a los pescadores!...

Tioma, al acostarse aquella noche, no deja de pensar en el pescador que llegó a ser un gran hombre. Tuvo sueños extraños, creyéndose ya un hombre célebre, ante el cual inclinábase respetuosamente la sociedad, ya un humilde e intrépido pescador que desafiaba la tempestad en su minúscula embarcación...

"Pero yo hice bien al tirar la piedra al carnicero; ahora nadie se atreverá a tirarme de las orejas." Tal fué su último pensamiento antes de quedarse dormido profundamente.

EN EL COLEGIO

VI

Ha transcurrido un año más. Y es tiempo de que Tioma ingrese en un colegio.

Aprobado en los exámenes, obtuvo asiento. Y un bonito día vistió su flamante uniforme de colegial.

¡Qué día más feliz! Todo el mundo admiraba a Tioma y decía que el uniforme le sentaba maravillosamente.

Luego pidió permiso para ir a la explanada, dirigiéndose allí radiante de alegría.

Era un hermoso domingo de agosto. Los deslumbradores rayos del sol inundaban la tierra, y el cielo semejaba un océano azul sin límites.

Tioma llega a la explanada.

Ve a la familia del ebanista Keiser, que está almorzando a la puerta de su casa. Keiser, un anciano seco y de grave aspecto, así como su hijo primogénito, que se le parece mucho, miran fríamente a Tioma; pero la señora Keiser acoge con una sonrisa amable al nuevo colegial. El hijo menor, que tiene un gran parecido con su madre, también le sonríe con bondad.

—Buenos días, querido Tioma —dice la buena mujer—. ¡Bendito sea Dios! Ya vais al colegio... Cualquiera diría que sois un general.

Tioma tiene sus dudas sobre eso de parecerse a un general; pero tales palabras no pueden menos de halagar su infantil vanidad.

—¡Qué contentos estarán sus papás! —agre-

gó la señora Keiser—. ¿Papá está bien?
—Sí.
—¿Y también mamá?
Tioma responde que está bien toda su familia, saluda y prosigue su camino.
En el umbral de su casucha está Jacob, un buen hombre, grandote, de cara encarnada y negros ojillos. Está calentándose al sol con visible placer.
Al instante se nota que ha bebido un poco. Vuelve de la pesca, a la que se dedica todos los domingos. Los otros días de la semana carga bolsas de cien kilos. Vive con su madre. Su mujer lo abandonó tiempo atrás.
—Jacob —le dice Tioma, deteniéndose ante él—, ya soy colegial.
—¿De veras?
—Ya ves que visto el uniforme.
Hay una pausa.
—¿Has hecho buena pesca? —pregunta Tioma al fin.
—Regular.
—Ahora no podré acompañarte más a la pesca —dijo Tioma suspirando—. Esto está prohibido a los colegiales.
—Sí; ahora cambiará todo.
Aquí concluye la conversación. Tioma sigue su camino. Se encuentra con Iván Ivanovich, un suboficial retirado. Está ebrio. Tioma no puede verlo en ese estado y pasa sin detenerse por delante de él.
—¡Alto! —le grita Iván—. ¡Arriba el fusil!...
—¡Imbécil! —dice Tioma.
Iván hace como que quiere lanzarse sobre el niño, y éste apresura el paso.
La banda infantil recibe con verdadero alborozo a Tioma. Todos contemplan su uniforme y le hacen mil preguntas. Tioma, muy satisfecho de la impresión que produjo, les habla de la vida del colegio, recordando anécdotas de antiguos colegiales.
—Si algún colegial denuncia a otro al profesor, los demás lo castigan. En cuanto el profesor se marcha, agarran al denunciante, lo llevan al guardarropa, lo cubren con los abrigos y le dan una paliza.
Todos ellos, sentados al pie de la tapia del cementerio, escuchan ávidamente, con la boca abierta, las palabras de Tioma.
Cuando ha terminado, alguien propone ir todos al mar para bañarse. Pero se presenta una cuestión: Tioma, desde el momento que es colegial, ¿puede ir a bañarse con sus antiguos camaradas? El *cónclave* decide que puede ir, pero tomando ciertas precauciones. Tioma ordena a la banda que marche algo separada de él; un colegial no puede ir mezclado con ellos.
Se ponen en marcha. Tioma delante, siguiéndole los demás. Todos miran a su camarada transformado. Este vuelve la cabeza a menudo y mira si hay personas que contemplen su flamante uniforme.
La banda llega a orillas del mar. Su superficie está llena de resplandecientes chispas; diríase que es oro pulverizado, cerca de la playa sobre todo. El agua está tranquila, y las olas tienen un dulce murmullo, acariciante. A lo lejos, las aguas están aún más tranquilas, lisas como un espejo y tienen un color azul obscuro.
¡Qué dicha estar aquí, entre el cielo y el mar!
Tioma se saca el uniforme, y busca con la mirada un sitio donde colocarlo.
—Démelo, yo tendré cuidado de él —le dice un viejo que hay en la playa.
Tioma muéstrase contento y le entrega su uniforme para que lo cuide.
—Debéis bañaros un poco separado de estos pilluelos —le dice el viejo—. Su amistad es poco honrosa para un colegial y un niño bien educado como usted.
Tioma comprende que el viejo tiene razón.
—Bañaos aquí —dice, dirigiéndose a la banda—, y yo iré un poco más lejos. Porque debéis saber que el reglamento de nuestro colegio es muy severo.
Y diciendo esto retiróse un trecho, acompañado del viejo.
—¡Aquí! —dijo el viejo, cuando estuvieron separados de la banda, detrás de una colina.
Tioma se desvistió y entró en el agua. El viejo, sentado sobre la arena, admiraba la facilidad con que Tioma nadaba.
—¡Soy capaz de resistir un gran rato! —dijo Tioma, envanecido de su habilidad—. Además, sé hacer la plancha y me quedo debajo del agua con los ojos abiertos...
Cada una de sus afirmaciones era seguida de ejemplos prácticos. Y Tioma sentíase feliz.
—También puedo...
No ha terminado la frase, y Tioma se queda con la boca abierta. En la playa ya no está el viejo..., ni tampoco el uniforme.
En el primer instante Tioma no se da cuenta de su verdadera situación. Pero se asusta de estar solo y sale del agua. "Probablemente —se dijo— el viejo estará cerca." Pero no lo vió por ninguna parte. Entonces el muchacho comprendió que el viejo lo había robado. Lleno de desconsuelo, va en busca de la banda infantil y cuenta lo que le ocurre.
Todos buscan al ladrón, pero en vano. Todo estaba desierto en la playa, hasta donde abarcaba la vista. Al viejo se lo había tragado la tierra.
—¿Sería el diablo? —pregunta uno de los chicos.
Todos se estremecen al oír estas palabras.
—¡Vámonos de aquí! —exclama Yachka, que era el más miedoso.
—¿Y qué haré yo? —pregunta Tioma, con voz afligida.
Alguien propone que Tioma espere en la playa hasta que le lleven ropa de su casa, pero el muchacho no quiere quedarse solo.
Y se decide a partir con los otros, eligiendo el camino por las callejuelas desiertas, solitarias.
Pero no lo estaban hasta el punto de que dejasen de transitar algunas personas. Estas, al ver desnudo a Tioma, se detenían y lo contemplaban con la mayor curiosidad.
—¡Un chico en cueros! ¡Un chico en cueros! —gritaban los chiquillos.
Y poníanse en seguimiento de la banda.
Tioma caminaba con la cabeza baja, llorando amargamente. Casi todos los que pasaban querían enterarse por qué iba desnudo; pero, como Tioma no podía hablar a causa de la impresión, sus camaradas se encargaban de hacerlo.
—Podías tomar un coche —decían algunos de los transeúntes.
No había pensado en ello. Pero, por otra parte, no era fácil hallar un coche en aquellos semidesiertos caminos.



Los holandeses y el mar

Holanda, la tierra de los molinos de viento y los pescadores con largas pipas, ofrece una notable curiosidad topográfica: el treinta y cinco por ciento de su superficie se halla por debajo del nivel de la marea alta de sus costas.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó a Tioma un caballero con lentes de oro que se había acercado con otro amigo.
—Kartachev.
—¡Ah! ¡El hijo del general Kartachev!
Y, dirigiéndose a su acompañante, le dijo con cierta ironía:
—El héroe de la guerra contra los húngaros.
Y luego, sonriendo irónicamente, se marcharon.
El corazón de Tioma se oprime. Ha comprendido que se mofan de su padre.
Cuando llegaban a la plaza del mercado, un viejo, medio borracho, se acerca a Tioma y empieza a interrogarle:
—¿Cómo te llamas, pequeño?
—Kar-ta-chev —balbucea, llorando.
—¿Cómo? ¡El hijo del general Kartachev, Nicolás Semenich! ¡Pero si es mi antiguo jefe! ¡Y una vez me salvó la vida!...
Al decir esto, grita a su esposa:
—¡Eh, tú! Trae el carricoche aquí. Vamos a meter al chico. ¡Es el hijo del general Kartachev!...
La mujer mira a Tioma curiosamente.
—¡Que traigas el carro! —grita el marido de nuevo.
—¿Y qué hago con las legumbres? —pregunta perpleja la mujer.
—¡Tíralas! El general Kartachev es como un padre para mí... Y tú, ¡imbécil!, me hablas ahora de legumbres...
Por fin, Tioma subió al vehículo y éste se puso en marcha. El viejo estaba muy agitado y no cesaba de hablar en voz alta, dirigiéndose a todos los que querían oírle.
—¡Ese sí que es un general! —exclamaba—. Para nosotros era un verdadero padre. Recto, pero justo... Todos nosotros lo queríamos... Todos estábamos dispuestos a morir por él...
Tioma, al oír esas palabras se sentía feliz. Envuelto en una capa que le había dado el viejo, preguntó:
—¿Conoces mucho a mi papá?
—¡Que si le conozco! ¡Ah! ¡Dios santo!... Mejor que usted. He servido veinte años a sus órdenes, y jamás vi un jefe parecido. Un corazón de oro, propicio a darlo todo, hasta su última camisa...
Tioma estaba tan gozoso, que las lágrimas de alegría reemplazaban en él a las de dolor.
La banda de chiquillos seguía siempre detrás del carromato.
—¡Fuera de ahí! —les gritó el viejo.
—Son mis amigos —dijo Tioma, saliendo en su defensa—. Viven al lado de mi casa.
—¿Sí? Pues, entonces, ¡subid vosotros también en el carro!
Y los muchachos, contentos, así lo hicieron.

* * *

Una semana pasó hasta que el nuevo unifor-

me encargado por los padres de Tioma estuvo terminado.

Cuando llegó el muchacho al colegio por primera vez, ya habían comenzado las clases.

Antes de salir de su casa, un sacerdote, invitado por los padres de Tioma, celebró la misa. La madre hizo muchas veces la señal de la cruz sobre el chico, como si se marchase a la guerra, y de su cuello colgó una pequeña imagen de la Santa Virgen. Todos lo besaron como si partiese para muy lejos y su ausencia hubiese de durar muchos años.

El padre lo acompañó hasta el colegio. El cochero Eremey, que conducía el carruaje, tenía un aire muy solemne. Hasta el mismo caballo, el *Moreno*, parecía percatarse de la importancia de su misión, y tenía una actitud orgullosa. En el portal de la casa estaba Joska. No se atrevía a saludar a Tioma, contentándose con sonreírle, no sin cierta tristeza.

Desde el solar han llegado al portal, para ver ir a Tioma al colegio por primera vez, todos los de la banda infantil, capitaneados por Gueraska, Yachka, Kolka, Timochka, Petka y Vaska.

Cuando el cochero pasó cerca de la tapia del viejo cementerio y del solar donde había pasado tantas horas felices Tioma, el muchacho sintió oprimírsele el corazón y le pareció que daba a su infancia el último adiós.

De camino, el padre le hablaba de la necesidad de ser buen camarada con los colegiales y de no quejarse nunca a los profesores. Los que acusan a sus compañeros son traidores y villanos que merecen ser apaleados.

El chico escuchaba a su padre y sentíase capaz de ser un buen camarada, un compañero fiel que jamás traiciona a sus amigos. Hasta pensaba en las "hazañas" que podría realizar en honor de la camaradería.

A la entrada del colegio, Tioma besó a su padre. Este se marchó y el chico quedó solo.

Su corazón oprimióse no poco al ver las grandes aulas llenas de niños. Estos lo miraban con curiosidad; algunos, con ironía. Pero muy pronto dejó de atraer su atención, y los colegiales no se ocuparon más de él.

En esto llega un inspector, Iván Ivanovich, alto, moreno, muy joven, con aire tímido y bondadoso.

—¿Hay algún sitio para el nuevo alumno? —pregunta a los colegiales.

En cada banco había cuatro alumnos sentados, pero en el último banco no se veían más que tres.

—Siéntate allí —dijo a Tioma Iván Ivanovich.

Luego salió de la clase.

Tioma obedece, algo impresionado. Había oído decir que el último banco es el que ocupan siempre los colegiales más desaplicados.

—Ven aquí —le dice un robusto muchacho de catorce años.

Hacía un contraste extraño con los otros alumnos, que eran bastante más pequeños.

Se llamaba Vajnov.

—¡Siéntate ahí! —ordenó Vajnov a Tioma.

Y sin decir más, lo aferró por la mano y le hizo sentarse entre él y otro alumno muy moreno, de espesa cabellera despeinada y de ojos negros y perversa expresión.

Muchos alumnos se habían levantado de sus bancos, y, acercándose a Tioma, se pusieron a mirarlo con descaro. Tioma estaba muy confuso y no sabía qué hacer. Entre los que le miraban destacábase un muchacho llamado Kornev. Este le examinaba con excesiva atención. Vajnov volvióse hacia Tioma, y después de mirarle de arriba abajo, le preguntó con tono insolente:

—¿Cómo te llamas?

—Kartachev.

—¿Cómo? ¿Cacachev?

Kornev dijo entonces con desdén, dirigiéndose a Vajnov:

—¿Crees que tiene gracia eso?

Y alzando los hombros, dirigióse a su sitio.

—Ese Kornev es un pillo —cuchicheó Vajnov al oído de Tioma.

—¿Un "traidor"? —preguntó Tioma en tono confidencial.

El otro hace un signo afirmativo con la cabeza.

—¿Y se le ha dado ya la paliza? —vuelve a preguntar Tioma en el mismo tono.

—Todavía, no. Se esperaba que vinieses tú —contestó Vajnov de un modo enigmático.

En ese momento entra el profesor de geografía a la clase. Es un hombre de rostro amarillento y adusto. Se sienta como hombre que está muy cansado, y empieza a pasar lista para ver si están en clase todos los alumnos. Mientras lo hace, escupe a todos lados. Al llegar la vez a Tioma, el muchacho contesta como los otros discípulos:

—Presente.

El profesor quiso ver al *novato*.

—Póngase de pie —ordenó.

Vajnov tocó con el brazo a Tioma. Este se levantó. Pero era demasiado pequeño y el profesor no le veía.

—¿Pero dónde está usted? ¡Venga aquí!

Tioma fué a colocarse delante del profesor. Este lo miró de pies a cabeza y preguntó:

—¿Cómo viene tan atrasado? Hace tiempo que empezaron los estudios.

—Estaba enfermo.

—La culpa no es mía. ¿Qué haré ahora con usted? No puedo hacer esperar a toda la clase para darle a usted tiempo de ponerse a su altura.

Tioma guarda silencio.

—Pues bien: le daré una semana de plazo para ponerse a la altura de los otros colegiales. En caso contrario, cada día le pondré malas notas. ¿Ha comprendido?

—Sí, señor.

—Bueno, siéntese.

—No tengas miedo —le dice Vajnov al oído cuando Tioma ocupa su sitio—. Todavía estarás un año en esta clase. No hay otro remedio. ¿Sabes el tiempo que llevo yo en ella?

—No sé.

—Adivínalo...

—Según me han dicho, no se puede estar más de dos años en la misma clase.

—Pues yo llevo tres. Se hizo una excepción para mí, por ser mi padre un héroe de la guerra de Crimea.

Ahora corresponde la clase de dibujo. A Tioma le dieron una hoja de papel y un lápiz. Sobre el pupitre había una nariz de yeso que debía ser copiada. Tioma no tenía ninguna disposición para el dibujo, y el que hace en este momento es malísimo.

—¿No sabes dibujar nada?

—Nada.

—Deja que lo haga yo por ti.

Y trazando varios rasgos con el lápiz, Vajnov dibujó sobre el papel de Tioma una gruesa nariz, con una pequeña verruga en medio.

—Pero no se parece nada al modelo... El profesor va a reñirme...

—Esas son tonterías. Se puede dibujar todo lo que se quiere, con tal de que sea una nariz. Tú puedes decir que es la nariz de tu tío la que has dibujado.

Y luego de una breve pausa, agrega:

—¿Quieres que te enseñe un truco muy interesante?

Y puso en la mano de Tioma un objeto, diciendo:

—Muy bien; cierra la mano

Tioma tuvo cierto recelo.

—¿No me harás daño?

—¡No! Lo que hace falta es que la tengas bien cerrada. ¡Una!, ¡dos!, ¡tres!...

Y Vajnov tira con fuerza del hilo que estaba atado al objeto misterioso.

En el mismo instante, Tioma, picado en la mano por dos agujas, lanza un grito y da una bofetada a Vajnov.

Al oír el grito, el profesor se levanta y dirígese hacia Tioma.

—Si le dices algo, te daremos una gran paliza —cuchichea a su oído Vajnov.

El profesor, con semblante enfermizo y enervado, dirige una severa mirada a Tioma.

—¿Cómo se llama?

—Kartachev.

—¡Levántese cuando le habla el profesor!

Tioma se levanta de su asiento.

—¿Cree acaso que esto es una plazuela?

Tioma no responde nada.

—¡A ver su dibujo!

El muchacho le entrega la hoja de papel con la nariz pintada por Vajnov.

—¿Qué es esto?

—La nariz de mi tío...

—¡Ah! ¡De su tío!... Bien, bien... Salga de la clase inmediatamente.

—¡No lo haré más!...

—Bueno, bueno; salga, ¡se lo ordeno!

Y el profesor vuelve a su sitio.

—¡Sal! —le dice Vajnov—. Esto no será nada. Te quedas en el corredor hasta que concluya la clase y luego vuelves a entrar. Te estás portando muy bien, como buen camarada, ¡bravo!...

Tioma sale de la clase y se queda en el corredor, medio oscuro, cerca de la puerta del aula.

A los pocos minutos se acerca un señor con uniforme de botones dorados.

—¿Qué hace usted aquí? —le pregunta, inclinándose hacia él.

—Yo..., el señor profesor..., me ha ordenado que salga de la clase.

—¿Qué ha hecho usted?

—Nada.

—¿Cómo se llama usted?

—Kartachev.

—¡Pillastre! —dice con tono agrio el señor de uniforme, mirándole de modo amenazador.

Tioma tiembla de miedo.

El señor de uniforme abre la puerta del aula y todos los colegiales se ponen inmediatamente de pie.

—¿Por qué ha mandado salir de la clase a Kartachev? —pregunta al profesor.

—Ha reñido con otro —contesta el profesor—. Y, además, vea usted lo que ha dibujado... Dice que es la nariz de su tío...

Tioma siente vivos deseos de hablar, de explicarlo todo. Pero no quiere ser un "delator".

—Cierto que no haré jamás traición a mis camaradas —dice Tioma—; pero yo debo decir que...

—¡Basta! —dice, iracundo, el señor de uniforme—. Ni una palabra más, ¡bribón!

Tioma no estaba acostumbrado a la disciplina del colegio.

—Perdón, señor —dice con temblorosa voz—, pero no tenéis derecho a gritarme y a insultarme.

—¡Cómo, insolente! ¡Fuera de aquí!...

Y al decir esto, el señor de uniforme lo agarró violentamente y le empujó hasta el corredor.

—¡Déjeme! —protesta Tioma—. ¡No quiero ir con usted!

Pero el del uniforme sigue empujándole por el corredor. En seguida acude un inspector del colegio. Lleno de cólera, le dice el del uniforme:

—¡Lleve a este insolente a su casa y diga a sus padres que fué expulsado del colegio!

❦ ❦ ❦

La madre de Tioma se hallaba en el comedor, en compañía de su marido, de Zina y de Natacha.

El padre refería cómo había conducido al niño al colegio.

—¿Estaría algo asustado?

—Sí, un poco... Pero eso no es nada... Ya se acostumbrará.

—¡Pobrecito! Le costará trabajo acostumbrarse a la disciplina del colegio —dice la madre, suspirando—. Habrá que hacerle hoy

un recibimiento solemne al volver de clase por primera vez. He ordenado que se preparen sus platos preferidos para la cena.

—¡Lo que más le gusta es la compota! —grita Zina.

—Y yo voy a hacerle un regalo... Le daré mi carnet.

—¿Cuál? ¿El de marfil?

—Sí.

—Pues yo le daré mi cajita azul—arguye Zina.

—Y yo, chocolate —dice Natacha—. Lo que más le gusta es el chocolate.

—Muy bien, hijas mías. Pondremos todo eso en su plato de plata y se lo entregaremos solemnemente al entrar en casa.

—Yo también le haré un regalo. Le voy a dar mi puñal metido en un estuche de terciopelo.

—¡Esto va a ser para él una verdadera fiesta!...

La campanilla interrumpe esta conversación.

—¿Quién puede venir ahora? —pregunta la madre, acercándose a la ventana para mirar a la calle.

Cerca de la puerta se hallaba Tioma con un caballero desconocido.

El corazón de la madre se oprimió.

Un instante después, cuando Tioma entró en la estancia, su semblante estaba demudado. Jamás lo vió su madre así. No había duda: alguna cosa muy grave le ha ocurrido.

Se lanza hacia él y le pregunta con acento de ternura y de dolor:

—¿Qué tienes, hijo mío?

Esa voz tierna y acariciadora torna a colocar a Tioma en la atmósfera del cariño familiar y le conmueve hasta el fondo de su corazón. El contraste entre ese ambiente y lo que acababa de ver en el colegio, entre tantos rostros indiferentes o pérfidos, era demasiado grande y le llenó de emoción.

—¡Mamá! —exclama, y se lanza a ella desconsoladamente.

* * *

Acabada la cena, los padres de Tioma van al colegio para hablar con el director.

Era éste el mismo que había expulsado a Tioma y ordenado que lo condujesen a su casa. Recibe a los padres del niño en forma fría y reservada, pero cortés, como hombre bien educado.

Desde el principio de la conversación, la vehemencia de la madre choca con el tono frío, reservado, del director. Este, después de haber escuchado las ideas de la señora Kartachev en lo relativo a la educación de los niños, hace grandes esfuerzos para no manifestar su menosprecio hacia tales ideas.

—Dispénseme, señora —dice cuando ella ha terminado—. Están confiados a mi cuidado más de cuatrocientos niños. Como es natural, cada madre educa a su hijo conforme a sus propias ideas, en la seguridad de que su sistema pedagógico es el mejor, el ideal... Pero las madres olvidan, sin embargo, una cosa muy importante. Olvidan, en efecto, que sus hijos no han de estar siempre a su lado; que entrarán en las escuelas, en la vida; que deberán someterse a una educación pública, social, a los profesores y directores. No se puede permitir a los niños que razonen demasiado, que critiquen la actitud de sus profesores y jefes, que hagan tonterías en nombre de esa estúpida camaradería que trastorna la cabeza de los chicos. Hay que ser lógico, señora. Una vez que renunciáis, por una u otra razón, a continuar educando a vuestros hijos, y nos confiáis a nosotros esa educación, esa tarea, debéis aceptar nuestro sistema, aceptar el reglamento, que está establecido no para uno solo, sino para todos los niños que se nos confían. Esto sería lo justo; nosotros no nos mezclamos en la educación de vuestros hijos antes de su llegada al colegio.

—Pero olvida una sola cosa: para usted él no es más que uno de los numerosos niños confiados a su cuidado, mientras que para mí siempre será mi hijo.

—Sin embargo, mientras está en el colegio, es a nosotros a quienes debe usted abandonar sus derechos. El debe comprender que durante algunos años somos nosotros quienes tenemos todo el poder sobre él, por lo menos en el terreno de los estudios. Sólo así podrá concluir sus estudios y hacer su carrera. De otro modo, tendremos, más pronto o más tarde, que renunciar a su educación para no perturbar el régimen establecido en el colegio. Le digo esto como director. Como particular, sólo puedo agregar que, aun cuando yo quisiese modificar algo el régimen de los colegios, no podría hacerlo, y me vería en el caso de dimitir. Este régimen nos es impuesto desde arriba. Y le digo esto para que pueda usted dar cuenta exacta de la situación. Naturalmente, su hijo no será excluído del colegio. Si empleé esa amenaza, fué para castigar su falta. Comprenderá que no puedo dejar impune esa falta... Esto comprometería nuestra autoridad ante los otros alumnos. Yo creo que es inocente su hijo, que toda la culpa es de Vajnov, un mal muchacho a quien tenemos en el colegio cierta tolerancia por su padre, que es un héroe de Sebastopol. Haré todo lo posible por deshacerme de este Vajnov, que es la plaga, la calamidad del colegio... El consejo de disciplina determinará hoy el castigo que merezca vuestro hijo, y yo le haré conocer su resolución esta misma noche. Lo siento profundamente, pero es lo único que puedo hacer.

La señora Kartachev se levantó. Hallábase turbada, conmovida, e indignada al mismo tiempo por aquella lógica oficial. A esta lógica fría y severa podía oponerle ella el sentimiento de una madre, las razones de un corazón que ama y sufre; pero, ¿comprendería él esas razones? Por otra parte, temía que sus palabras pudiesen perjudicar a Tioma.

El general también se levantó.

—Debo advertirle —dice al director— que participo absolutamente de sus ideas sobre la educación. Soy militar y comprendo toda la importancia de la disciplina... Pero me permito una sola observación en lo que concierne a la "camaradería". Estimo que ésta es una cosa buena, que se debe alentar y no combatir...

Mientras el general hablaba, su esposa manifestaba visible impaciencia. Estimaba completamente inútil seguir la conversación con el director y deseaba marchar cuanto antes.

—Y yo creo —respondió el director— que se debe combatir esa decantada "camaradería" cuando toma formas peligrosas, cuando, por ejemplo, los alumnos se niegan a denunciar los delitos o faltas graves de un miserable como Vajnov.

—¡Dios mío! —murmura la señora Kartachev—. Un niño que ha hecho una tontería es calificado de miserable.

Al decir esto no puede contenerse, y, llena de indignación, añade, dirigiéndose al director:

—Pero esos miserables, como llamáis a los niños, tienen, por lo menos, el derecho de ser oídos antes de que se les injurie.

El director se puso rojo de ira.

—Señora, estáis en mi casa; no puedo contestaros como debiera hacerlo... Pero permitidme, sin embargo, deciros que yo no me creo obligado a daros cuenta de mis actos.

Ella comprendió que había sido excesivamente dura, y se apresuró a excusarse:

—Os pido perdón... Me he dejado arrebatar... ¡Todo esto es tan nuevo para mí!... Y dígame, señor director —añade débilmente—: ¿tiene usted hijos?

—Sí, señora.

—En este caso, le ruego diga a su esposa que deseo no sufra nunca lo que hemos sufrido nosotros hoy. Y deseo igualmente a sus hijos que no sufran lo que hoy ha sufrido el mío.

Diciendo esto, y conteniendo apenas sus lágrimas, salió del despacho del director, descendió la escalera y subió a su carruaje.

El general permaneció aún algunos instantes con el director, procurando suavizar la ruda impresión producida por las palabras de su esposa.

Sola, en el coche, la señora Kartachev pensaba con amargura que ciertas personas, como aquel director, pretenden usurpar derechos sobre los hijos. En cuanto a ella, se quiere descartarla de su educación, como si fuese para él una extraña, una cualquiera. A pesar de todo lo que ha sufrido por su hijo, ya no tiene ningún derecho sobre él. Y esas personas no aman a su hijo ni quieren comprender su mentalidad y su alma. La prueba es que hieren brutalmente su amor propio.

—Vámonos —dice a su marido al acercarse éste al carruaje—. Dejemos a esta gente ensoberbecida, que no piensa más que en su carrera y olvidan incluso que ellos mismos han sido niños...

Aquella noche fueron informados los padres de Tioma de la resolución del consejo de disciplina. Consistía en que durante una semana el chico debía permanecer en el colegio una hora más que los otros alumnos.

Al otro día, Tioma se dirigió al colegio. Iba solo.

Al subir la escalera, se tropezó con el director. Al principio no lo había visto. El director, de pie en lo alto de la escalera, miraba la pequeña figura del nuevo escolar. Cuando éste estuvo junto a él, el director dirigióle una mirada fría y severa. Tioma, al reconocer al director, quitóse apresuradamente la gorra y saludó, muy asustado, como si hubiese tropezado de repente con un enemigo peligroso.

El director, sin retribuir su saludo, miró hacia otro lado.

TRANSCURREN LOS DIAS

VII

Una menuda lluvia de noviembre azota los cristales de las ventanas.

El gran reloj del comedor marca las siete de la mañana.

Zina también va al colegio. Lleva un vestido de colegiala color pardo y una mantilla blanca. Se halla sentada a la mesa; toma un vaso de leche y repasa sus lecciones, mirando de vez en cuando un libro que tiene ante sí.

Al oír el sonido del reloj se levanta, y acercándose al cuarto de Tioma, le dice:

—Tioma, son las siete y cuarto.

Tioma responde con unas palabras ininteligibles.

Zina vuelve a la mesa y sigue repasando sus lecciones.

En el cuarto de Tioma reinaba un profundo silencio. El chico no manifestaba la menor prisa por levantarse.

Zina acércase de nuevo a la puerta y dice con imperio:

—¡Vamos! ¡Levántate!

Esta vez sí responde Tioma, pero con tono irritado:

—¡Déjame en paz! Me levantaré sin necesidad de ti...

—No te quedan más que quince minutos. No te esperaré un minuto más. De lo contrario me retrasaré todos los días por culpa tuya.

Por fin se levanta Tioma.

Después de calzarse las botas, se acerca al lavabo, se lava negligentemente la cara, se seca y peina de prisa, viste su chaquetilla de colegial y, mientras la abotona, entra en el comedor.

Tania, la doncella, le da un vaso de té.

—Está muy flojo —dice, rechazando el vaso—. Bébetelo tú, si quieres.

—¡Pero, Artemy! ¡Mamá no quiere que usted beba el té muy cargado!...

Tioma se calla. Luego se levanta, agarra la tetera y escancia té muy cargado.

Tania y Zina cambian una mirada, como preguntándose qué se puede hacer con un muchacho indócil como Tioma. Este, contento de su victoria, se pone a comer y a beber.

—¿Quiere leche? —le pregunta Tania.

—Medio vaso.

—Mamá dijo que bebas un vaso lleno —dice Zina.

Tioma no le hace caso.

Cuando Tioma bebió la leche, Zina se levanta, comienza a arreglar sus libros y cuadernos y dice con resolución:

—Tú haz lo que quieras. Pero yo no te espero más, ni medio minuto...

Sin la menor prisa, Tioma empieza también a preparar sus libros y cuadernos.

Un minuto después, ambos salieron para dirigirse al colegio.

Un coche cerrado los esperaba a la puerta. El caballo *Moreno* piafaba impaciente. El cochero Eremey abrió la portezuela.

Zina subió primero y acomodóse en el coche, que partió al momento. De pronto, a Tioma le parece que su hermana ocupa más de la mitad del asiento, y se pone a empujarla ligeramente.

—¿Qué haces?

—Se diría que no entiendes. Tú sola ocupas casi todo el coche.

Y al decir esto, apretaba más a su hermana.

—Si sigues estrujándome, volveré a casa y se lo contaré a papá.

Tioma se calla, pero sigue en su tarea, tanto más cuanto que él es el más fuerte.

—¡Eremy! ¡Vuelve a casa! —ordenó Zina fuera de sí.

—¡Siga, Eremey! —grita Tioma por su parte.

—¡Atrás, Eremey!

—¡Adelante!...

El cochero, desconcertado por esas órdenes contradictorias, no sabe qué hacer.

—A fe mía que no sé —balbucea— lo que debo hacer.

Por fin se restableció el orden en el coche. Sin más contratiempo llegó ante el colegio de Zina. Tioma quedóse solo.

Entonces se abandonó a sus sueños. La imaginación le transportó a una isla inexplorada. Allí tiene que sostener difíciles, arriesgadas luchas con los salvajes y las fieras. Y, finalmente, sale victorioso de ellas. Los indígenas se inclinan ante él y lo proclaman su rey... Pero él está aniquilado por tantas luchas y muere. Y esta idea le encanta. Y él mismo se compadece de su fin. Todos lamentarán su muerte y lo llorarán. Y hasta él mismo está presto a llorar también....

El cochero detuvo el carruaje a la entrada del colegio y espera que Tioma se apee.

El niño vuelve a la realidad y baja apresuradamente del coche.

Por el silencio que reina en el patio comprende que llega con retraso. Su corazón se oprime. Lanza una ojeada al patio, sube la escalera, y después de sacarse el abrigo, procura pasar inadvertido por el corredor.

Pero el inspector Iván Ivanovich, alto y flemático, está allí. Pone la mano sobre el hombro de Tioma, le mira al rostro y pregunta:

—¿Kartachev?

—Sí... Iván Ivanovich..., no apunte mi retraso..., se lo ruego.

—Esto no servirá de nada, puesto que el profesor notará la falta.

—La primera lección es la de religión... Yo pediré al sacerdote que me perdone.

—Bueno —contesta Iván Ivanovich—, por esta vez pase la falta.

Tioma abre la puerta de la clase y entra en ella, procurando pasar sin ser visto. Va encogido, como si de esta manera no se le viese. Saluda al profesor, un sacerdote, y se sienta en su sitio.

Al terminar la lección, Tioma se dirige al profesor y le dice, con tono suplicante:

—Tened la bondad de borrar mi falta de la lista

El presbítero, con mucha calma, levanta el extremo de su sotana de seda, saca de su bolsillo un pañuelo, se suena las narices y pregunta a Tioma.

—¿Y por qué has venido tan tarde?

Detrás del profesor y de Tioma van muchos alumnos, con algazara, curiosos de saber lo que hablan.

—Nuestro reloj atrasa —dice Tioma en voz baja, para que los colegiales no lo oigan—. Hoy lo adelantaré un cuarto de hora.

—No vale la pena —dice el presbítero—. Será mejor levantarse un cuarto de hora antes.

Algunos colegiales ríen de un modo mefistofélico.

Tioma procura aparecer indiferente y vuelve al aula. Se sienta y comienza a reflexionar sobre lo que termina de decirle el profesor de religión.

Vajnov toma un papel, lo arrolla, lo moja con saliva y comienza a hacerle cosquillas a Tioma en el cuello y en la oreja.

—Déjame tranquilo —le dice Tioma.

Pero Vajnov prosigue.

—¡Déjame! —grita Tioma.

Pero Vajnov aferra una mano de Tioma y la aprieta con fuerza, hasta hacerle daño.

—¡Por Dios! ¡Que me haces daño!...

Vajnov suelta la mano de Tioma. Entonces, Tioma, muy excitado, da un golpe a su martirizador y echa a correr. Pero Vajnov le sigue, lo agarra a la entrada del aula y empieza a pegarle.

—¡Pero déjame! ¿Por qué me martirizas? —dice Tioma, con voz llorosa.

Y las lágrimas deslízanse de los ojos del niño.

Ilopov, el joven profesor de latín, aparece en el corredor. Los alumnos lo han visto y corren a ocupar sus sitios.

El profesor dirige una mirada a la clase, se levanta de su sillón y pasea por entre los bancos de los alumnos, al mismo tiempo que va explicando su lección.

—La lección, Kornev —dice a un alumno.

Kornev se pone en pie y empieza a decir de memoria una pequeña fábula latina. Su voz parece alterada, y el profesor hace un signo de desagrado.

—¡Basta! Esa voz me crispa los nervios. Prosiga usted, Ivanov.

Ivanov comienza a recitar la lección, pero inmediatamente se detiene por haberla olvidado.

—Usted, Vajnov, siga diciéndola...

Pero Vajnov no sabe ni una sola palabra y, después de levantarse, permanece mudo.

—Kartachev.

Tioma pronuncia dos frases. El profesor le interrumpe:

—Bien: ahora siga usted, Ivanov.

—No me acuerdo.

—¿Y usted, Vajnov?

—Ayer estuve enfermo.

—Ya conozco su enfermedad. Continúe, Kartachev.

Pero Tioma no sabe más que la primera mitad de la fábula.

—Esta mañana la sabía bien... —balbucea Tioma.

—¿Y ahora se ha evaporado? —le pregunta el profesor irónicamente.

Tioma, con el entrecejo fruncido, mira al profesor y permanece callado.

—Siéntese.

Tioma se sienta. Vajnov lo mira alegremente, como si acabase de obtener una gran victoria.

—Yacovlev, los verbos irregulares.

Yacovlev es el alumno más aventajado de la clase. Con voz segura empieza a enumerar los verbos.

—Bien. Ahora usted, Chvander, traduzca.

Chvander, un muchacho anormalmente grueso, se levanta confuso y mira como espantado al profesor.

—Parece que usted me está tomando la medida; ¿para qué me mira tanto?

Los alumnos ríen.

—Bien; ¿es todo esto lo que sabe?

Todos vuelven a reírse.

—"Un asno, conducido por un molinero"... —comienza a decir Chvander, con voz insegura.

—Traduzca eso.

El alumno se calla.

—¡Ese sí que es buen latín! ¡Siéntese! —dice con tono burlón el profesor.

Así va transcurriendo toda la clase. Por fin se oye la campanilla tan ansiosamente esperada. Pero el profesor no se apresura a salir y sigue sentado por lo menos cinco minutos, esos minutos de recreo tan gratos para los colegiales.

Cuando por fin sale el profesor, los alumnos parecen tristes. No hay la animación habitual.

Algunos minutos después aparece en el estrado el obeso profesor de lengua rusa.

Con el puntero se rasca su calva cabeza y comienza a hablar:

—"Un ruiseñor se hallaba sentado sobre un árbol." Guerbert, haga el análisis gramatical de esta frase.

Guerbert, que es hijo del judío Leiba, el tendero y vecino de Kartachev, hace el análisis, pero comete faltas.

—Prosiga usted, Kartachev.

Tioma se levanta, pero al instante desaparece bajo el pupitre. Vajnov le ha tirado con todas sus fuerzas.

—¿Qué es eso, Kartachev? —grita el profesor.

Tioma reaparece muy encarnado y dice que se había caído.

Apenas tuvo tiempo de decirlo, cuando desaparece otra vez.

—¡Vamos a ver, qué es esto!... —exclama indignado el profesor—. Se diría que estamos en una sesión de magia. Kartachev, por su conducta le pongo I, la nota más mala.

Y en la lista busca el nombre de Kartachev. Cuando lo encuentra escribe el signo I.

Tioma, furioso, da entonces un golpe a Vajnov y le tira de los pelos.

La clase siguiente era la de alemán. Entra en el aula el profesor, señor Knop, un hombre pequeño, delgado y tímido, de toscos modales. No parece un profesor, y podría tomársele por un sastre, un jardinero, un empleadillo; en fin, por cualquiera cosa menos por un profesor.

Los colegiales saben todo lo que sucede en casa de Knop. Saben que tiene una mujer muy perversa; las hijas, que ha perdido la esperanza de casar; una madre anciana y ciega y una tía jorobada. También saben que Knop es muy pobre, que teme siempre perder su empleo y tiembla delante del director como los mismos alumnos. Y saben asimismo que se puede hacer con él todo lo que se quiere: echar arenilla en su tintero, engrasar su pluma; en fin, todo género de picardías, sin que él se atreva a protestar.

Ahora Knop parecía estar muy enfermo.

Después de pasar lista bajó del estrado, detúvose ante la clase y tranquilamente sacó de su bolsillo de atrás un pañuelo. Luego comenzó a sonarse y con voz suave y amable dirigió un pequeño discurso a los alumnos, rogándoles que no hiciesen ruido y que fuesen buenos y dóciles.

—Os lo ruego —dijo al terminar.

En esas palabras había la súplica de un hombre abatido y enfermo.

Durante algunos minutos todo anduvo bien. El aspecto doliente del profesor inspiraba compasión a los alumnos. Pero Vajnov no podía renunciar a sus travesuras. Colocó una pluma en la hendidura del banco, y tocándola con el dedo, produjo un sonido agudo, bien conocido del profesor Knop, pues ese sonido era casi siempre la señal de un *concierto*

ensordecedor en el que casi todos los alumnos tomaban parte.

El profesor se puso furioso.

—¡Sois unos miserables! —exclamó—. Inútil es hablaros en lenguaje humano. No respetáis más que a los que os tratan duramente...

—¡Cállate, salchicha alemana! —dijo Vajnov.

Y mascando un pedazo de papel, lo lanzó a Knop. El papel mojado cayó sobre el uniforme del profesor.

Durante algunos segundos reinó un desagradable silencio.

—Está bien —dijo al cabo el profesor—. Iré a enseñar esto al señor director. Que lo vea él mismo. Y se lo diré todo: cómo me martirizáis, cómo hacéis todo lo que puede mortificarme. Y le diré que el animal más perverso, bruto e insensato, es Vajnov.

—¿Por qué me insultáis? —exclamó Vajnov, saltando como si le hubiese picado una avispa—. Me insulta siempre, aunque yo no haga nada.

Y de súbito empezó a aullar como si estuvieran matándolo.

El profesor, desconcertado, sacó lentamente del bolsillo su estuche de rapé, dió con el dedo sobre la tapadera, lo abrió, cogió un poco de polvo y, sin dejar de mirar a Vajnov, se puso a aspirar el polvo de tabaco.

Vajnov seguía gruñendo, tapándose la cara con las manos y mirando al profesor por entre los dedos.

—Iré a dar la queja al inspector —dice al fin el muchacho, cansado de gruñir y dirigiéndose hacia la puerta.

—¿A dónde va? —preguntó Knop—. Vaya a su sitio.

—¿Por qué me insulta? ¿Tiene pruebas de que fuí yo quien hizo sonar la pluma?

—Es usted muy malo, Vajnov.

Este vuelve a sentarse y toca otra vez la pluma, que lanza un agudo sonido.

—Ahora pretenderá también que no fué usted quien tocó la pluma.

—Como dice usted que soy malo...

Y al decir esto, empezó a imitar el ladrido de los perros recién nacidos.

—¡Vajnov!... —dice el profesor con tono suplicante.

—Sé desde hace mucho tiempo que soy Vajnov.

—Sí; sabe... sabe muchas cosas... ¡Ah! ¡Si yo tuviese el corazón tan fuerte como el suyo! Un verdadero corazón de caballo... En fin, puede ir a quejarse de mí al inspector.

Al decir esto, cierra los ojos y apoya la cabeza sobre las manos. Se siente mal.

—Sí, vaya a quejarse —repite, abriendo los ojos penosamente—. Diga al señor director que me quiere usted mal porque soy viejo y estoy enfermo. No hay que preocuparse del pobre Knop, que tiene cinco personas que mantener...

Vajnov, insensible, empieza a hacer sonar la pluma.

—¡Basta! —le grita el alumno Kornev—. ¿No ves que el señor Knop se siente mal?

Pero Vajnov, irritado por esas palabras, se pone a imitar los gruñidos de los cerdos.

El profesor dirige en derredor una mirada desesperada, como pidiendo ayuda.

—¿Quieres terminar, idiota? —grita Kornev otra vez.

Y dirigiéndose a los alumnos que están más cerca de Vajnov, agrega:

—Pero vamos, ¡hacedle callar!

Un colegial, Avgustich, se levanta bruscamente de su asiento, corre hacia Vajnov, y con los ojos inflamados por la ira, con los puños apretados, le grita:

—¡Animal! ¡Mala bestia!... ¡Te voy a matar!...

—¡Fuera de aquí, canalla! —le grita Vajnov.

El profesor inclina aún más la cabeza y con débil voz dice:

—Me siento mal... No sé lo que tengo en el corazón... Llamen al inspector, se lo ruego.

Avgustich se precipita hacia el corredor. Los alumnos, asustados, guardan silencio.

—No es nada... esto pasará —murmura Knop con labios pálidos como los de un muerto.

E inclina la cabeza sobre la mesa.

Un instante después, el inspector Iván Ivanovich entra en el aula.

—Le ruego que me ayude a salir... estoy enfermo...

Y apoyado en el brazo del inspector sale de la clase con paso vacilante.

La última asignatura era la historia natural. Los alumnos acogen con visible simpatía al profesor, Tomilin, un hombre de unos cuarenta años, de semblante majestuoso y franco.

Lleva consigo ejemplares de diversos animales. Después de colocarlos sobre la mesa, saca un pañuelo blanco, sacude el polvo de su uniforme, se limpia las manos y saluda a los alumnos.

—Buenos días, colegiales.

Este saludo tiene la virtud de poner a los niños alegres, como si les hubiese anunciado algo muy agradable.

—Os traigo hoy una serpiente disecada. Es un magnífico ejemplar de la serpiente boa.

Al decir esto, abre una caja grande, saca la serpiente y la levanta con la mano, a mucha altura, para que todos la vean. Los alumnos, curiosos, se incorporan un poco para ver mejor, y alargan el cuello mirando la terrible serpiente, de ojos grandes y amarillos que parecen tener lentes.

—Esta serpiente —dice el profesor— es venenosa, y el veneno que derrama es mortal. Como en las otras especies de serpientes, ese veneno está en la cabeza, cerca de los dientes.

Cuando dice esto, oprime un pequeño resorte, y la serpiente abre la boca.

—Ved dónde se halla el veneno. Ahí, junto a los dientes, podéis ver una manchita negra...

Los alumnos se levantan y se acercan estrepitosamente, poniéndose de puntillas para ver mejor.

—No os apretéis... Os la mostraré a todos...

Cuando terminó el examen de la serpiente y se restableció el orden, el profesor dijo:

—Jóvenes: hoy se ha cerrado esa puerta, tal vez para siempre, para vuestro profesor de alemán, señor Knop. El pobre sufre una dolencia incurable. Y allá, en su hogar, hay cinco pobres mujeres que no pueden ganar su vida y que morirán de hambre sin él.

Después callóse, dió algunos pasos por el aula y dijo:

—Y ahora, comencemos. Tioma, diga usted la lección.

Tioma, que siempre sabía muy bien sus lecciones de historia natural, hoy no sabía la lección. Los alumnos creían que la hora de clase se invertiría en explicaciones y demostraciones del profesor.

Tioma enrojeció de vergüenza aun antes de abrir la boca, balbuceó algunas palabras y de pronto guardó silencio.

—¿No aprendiste la lección?

Tioma se sienta y comienza a llorar.

El profesor seguía preguntando a otros alumnos y parecía haber olvidado por completo a Tioma. Este cesó de llorar, lleno de cólera hacia sí mismo y hacia todos los alumnos testigos de sus lágrimas.

—Otra vez aprenderás la lección, ¿no es cierto? —le dice el profesor, acercándose a él y poniendo una mano sobre su cabeza.

Tioma levanta los ojos y encuentra una mirada tan amable y cariñosa, que lo conmueve intensamente.

—Sí, señor, la aprenderé —responde con acento de convicción.

—¿Y por qué no la sabías hoy?

—Creí que la hora de clase la emplearía usted en sus explicaciones.

—Bien, pero no olvides tu promesa.

Han concluido las clases. Los colegiales salen gozosos a la calle.

Tioma se dirige al colegio de niñas, en busca de Zina, y los dos hermanos marchan a pie a su casa.

Zina está muy contenta, pues recibió buenas notas.

—Y tú, ¿supiste las lecciones? —pregunta a su hermano.

—No te importa —contesta Tioma con sequedad.

Durante la cena, Zina come con mucho apetito y habla sin cesar. Su hermano apenas come, no dice nada y escucha con indiferencia a Zina. La familia ha cenado antes, pero está toda allí, en el comedor. La madre mira afectuosamente a Zina y a Tioma.

—Estás pálido —le dice a éste— y no comes casi nada.

—Es porque compra confites y esto le quita el apetito —dice Zina.

—¡No es cierto! —exclama Tioma, aunque sabe muy bien que la niña tiene razón.

—Sí, es verdad.

—Iré a ver al director y le diré que permita a los colegiales llevar merienda.

Después de cenar, Tioma dirigióse al jardín. El viento sacude los árboles, privados ya de sus hojas. La tristeza se apodera del corazón de Tioma. Le parece que ya no es el mismo jardín que le procuraba tanta alegría cuando aun no era colegial.

Tioma va en busca de su amigo Joska, pero éste tampoco es el mismo ya, y Tioma comprende que su antigua amistad acabó. Entonces se encamina al solar; pero sus camaradas —Gueraska, Kolka, Yachka— no están allí; todos trabajan para ganar su vida y ayudar a sus padres.

La tristeza de Tioma se acrecienta.

—Tioma, ¿quiere entrar en mi casa? —oye preguntar de pronto.

Es la mujer del viejo Keiser, que está en la ventana de su casa.

El niño entra en la casita, limpia y caliente; mira las paredes recién blanqueadas, el suelo muy bien fregado.

—Dígame, Tioma: ¿quién es vuestro profesor de alemán?

—El señor Knop.

—Entonces es el mismo. Mi hermana trabaja como doncella en su casa.

—Hoy se ha puesto enfermo.

—¿Sí? ¡Ay, Dios mío! Si muere será una gran desgracia para la familia. Además, le debe a mi hermana treinta rublos. Es muy pobre.

Tioma piensa en las cinco mujeres que componen la familia de Knop, y su corazón se contrae de piedad.

—¿Dice usted que son pobres?

—Sí, y si muere el señor Knop, la familia se quedará reducida a la miseria más espantosa.

—¿Qué harán entonces esas mujeres?

—No sé. Tal vez se podría hacer ingresar en un asilo a la madre y a la tía. En cuanto a la viuda y sus dos hijas, se verán obligadas a mendigar.

—¿Cómo? ¿Mendigar?

—Sí, Tioma. Cuando usted sea mayor y pase por delante de ellas en su coche, les dará un *copeck*.

—No, les daré un rublo.

—Dios se lo pagará. Hay que ser bueno con los pobres, pequeño.

Cuando Tioma retornó a su casa, sentóse al lado de su madre y le dijo:

—¿Sabes, mamá? Nuestro profesor de alemán, el señor Knop, ha caído enfermo. La hermana de la señora Keiser sirve de doncella en su casa. Si el señor Knop muere, su madre y su tía ingresarán en un asilo, pero su esposa y sus dos hijas tendrán que mendigar por las calles.

—¿Fué la señora Keiser quien te lo ha dicho?

—Sí, mamá. Y ahora, ¿puedo agarrar una manzana?

—Bueno.

Tioma saca del frutero una manzana, vuel-

ve a sentarse y comienza a comerla.

—¿Quisieras ir a ver al señor Knop? —le pregunta su madre.

—¿Con quién?

—Conmigo.

Tioma vacila un instante.

—¿Qué te parece?

—No sé... Me da vergüenza.

—¿De qué?...

—Bueno, vamos allá...

Una hora después llegaban a la casa del profesor.

Tioma, muy confuso, se halla sentado en una silla, mirando unas veces a la anciana madre del profesor, una mujer pequeña y desmedrada, otras a las hijas del señor Knop, jóvenes de alta estatura, de rostro blanco y ojos negros, que miran a Tioma afectuosamente. La esposa de Knop, obesa, pálida y adusta, no causa buena impresión al niño.

A los pocos momentos entran en la habitación del profesor. Es muy reducida, y el mobiliario lo componen una cama, una mesita y una silla. A los pies de la cama se ven unas pantuflas artísticamente bordadas. A Tioma le sorprende ver allí pantuflas tan hermosas. Si el señor Knop es tan pobre, ¿cómo puede tener unas pantuflas semejantes?

Pero al fijar su mirada en Knop, Tioma se asusta. El profesor está desconocido. En el espacio de algunas horas ha cambiado totalmente. Está pálido como un cadáver. Con su mano descarnada y huesuda acaricia el profesor la cabeza del niño que se halla junto al lecho, con la mirada fija en el suelo.

Tioma vuelve al recibimiento. Allí se halla el señor Tomilin, profesor de historia natural. Hablaba con la madre de Tioma. Al ver entrar al niño, dice con tono cariñoso:

—Buenos días, Tioma.

Y atrayéndole hacia él le da un beso.

—Es muy simpático el señor Tomilin —dice la madre de Tioma cuando vuelven en el coche a su casa.

Tioma está contento de que su profesor predilecto haya causado buena impresión a su madre.

—Mamá, ¿tú podrás ayudar a la familia del señor Knop?

—Tal vez. Quizá consiga colocar a sus dos hijas: a una como institutriz, en el colegio de niñas, y a la otra como profesora de música.

—¿De piano?

—Sí. En todo caso, si el pobre señor Knop muere, no se verán obligadas a pedir limosna, como te dijo la señora Keiser.

Después de todas las peripecias del día, Tioma no tiene el menor deseo de estudiar sus lecciones del día siguiente.

Zina estudiaba hacía rato, sentada a la mesa. Tioma se puso a buscar despacio, para ganar tiempo, unas veces los libros, otras sus cuadernos, otras una buena pluma. La madre, que vigilaba siempre el estudio de los niños, se halla sentada con un libro en la mano.

Por vigésima vez Tioma iba de mal talante desde la mesa al armario en que se hallaban sus libros, como si buscara alguna cosa.

Zina le observa con aire burlón.

—Te voy a hacer ver cómo andas —dice a su hermano.

Al decir esto se levanta, da a su semblante una expresión en extremo atontada, abre la boca, deja caer sus brazos a lo largo del cuerpo y, encogiendo un poco las rodillas, empieza a andar desgarbadamente, tropezando contra las sillas y las paredes.

Tioma reconoce que le imita muy bien y la mira muy satisfecho.

—¡Vamos, niños! ¡A trabajar! —dice la madre.

—Mamá, yo ya he copiado media página —dice Zina.

—A mí se me perdió el cuaderno —dice Tioma para justificarse.

—¡Pobrecito cuaderno! Se ha perdido él mismo, ¿no es verdad?

—Ayer lo puse aquí...

—Y se escapó —dice la madre irónicamente.

Por fin aparece el cuaderno.

Tioma comienza a escribir, sentado en un extremo de la silla, en una postura incómoda.

Zina le observa y dice:

—Voy a enseñarte cómo escribes...

Para Tioma esto es una distracción. Suelta la pluma, se levanta y mira a Zina con visible placer.

Zina separa los codos todo lo que puede y los coloca sobre la mesa, saca la lengua, tuerce los ojos y parece como paralizada. Su rostro, así como toda su figura, adquiere una estúpida expresión.

—¡No! ¡Yo no escribo así! —dice Tioma con tono de duda.

—Pregunta a mamá. Di, mamá, ¿no es así como escribe Tioma?

—Sí, y peor que eso.

—¿Ves? —dice Zina triunfalmente.

—Pero yo aprendo los versos antes que tú

—¡Quiá!

—¿Quieres apostar? No leeré más que dos veces una poesía cualquiera, y la sabré de memoria. A ver quién la sabe antes.

Desdeñosa, Zina rechaza la proposición.

—Eso no me interesa.

—Tú aprendes pronto —dice la madre a Tioma—, pero luego lo olvidas todo, mientras que Zina aprende para siempre.

El triunfo de la niña es completo.

—¿Acaso negarás que he adelantado más que tú en la música?

—¡Oh!, eso... —dice Tioma despreciativamente—, eso no me interesa. La música es cosa de mujeres.

Zina, vencida, continúa su escritura. Pero vuelve muy pronto a la carga.

—¿Y nuestro profesor de música, el señor Kravchenko?... ¡Y él es hombre!...

—No; es una mujer —contesta Tioma tranquilamente—. Por eso no tiene barba. Se viste como un hombre, pero es una mujer.

Zina se queda con la boca abierta ante esa insolencia de su hermano.

—Mamá, ¿oyes lo que dice?

—Tonterías; es que se burla de ti, nada más.

—El señor Kravchenko tiene incluso cuernos, pero los oculta bajo su cabellera —agrega Tioma, con voz grave e imperturbable.

—¿Oyes, mamá?

—¡Basta, Tioma! —exclama.

El niño se calla, pero al mismo tiempo le señala con la mano a Zina el sitio de la cabeza donde se hallan los cuernos del profesor de música.

—¡Mamá! —lloriquea Zina—. Hace tonterías.

—¿Qué hace?

—Enseña los cuernos...

—Si no estáis tranquilos, os castigaré.

Tioma enseña una vez más los cuernos a Zina, quien, para tomar su desquite, le saca la lengua. Tioma no quiere ser menos, y comienza a hacerle guiños terribles. Su hermana lo imita, y durante algunos minutos rivalizan con el mayor celo en este arte inicuo. Es Tioma quien obtiene el triunfo, pues hace una mueca tan extraordinariamente graciosa y terrible al mismo tiempo, que Zina no puede contenerse y lanza una carcajada.

Esto atrae la atención de la madre.

—¡Vamos! ¡Te pones imposible, Tioma! Siéntate aparte, en la mesita, de espaldas a tu hermana. Eres muy perezoso y debiera darte vergüenza.

Los niños guardan silencio, y Tioma concluye por fin sus apuntes. Como de costumbre, su madre comprueba si ha aprendido realmente sus lecciones. Mas, en cuanto al latín, que ella no conoce y va aprendiendo poco a poco siguiendo los estudios de Tioma, ya no es tan fácil la comprobación. En esto podía engañarla el niño, y en verdad que no tenía escrúpulos. Engañando a su madre, pasaba, por decirlo así, por la escuela preparatoria para engañar después a sus profesores.

—¿Y esta frase, Tioma? No la has traducido.

—Esto, mamá, se ha publicado por error en nuestro curso; para traducirla hay que saber la sintaxis latina...

Su madre desconfía, pero nada puede hacer.

Tioma concluyó y mira el reloj. ¡Qué alegría! Todavía le queda una hora antes de acostarse, una hora entera, completamente desocupado, libre de toda obligación y cuidado...

En el corredor, el cochero Eremey quemaba paja en una estufa. ¡Esto es muy interesante! Tioma se sienta a su lado y ve cómo arde la paja. Eremey colocaba grandes montones de paja en la estufa, y ésta parecía insaciable y capaz de tragarse toda la que se le metiese en la boca. Tioma le ayudaba a atiborrar la estufa, y con la mirada seguía las chispas y llamas que llenaban el interior.

—¿Recibiste carta de tu hermano, el que está en el campo? —le pregunta el niño a Eremey.

—Sí.

—¿Y qué te dice?

—Que todo va bien. La cosecha es muy buena. Han comprado otro caballo; ya tienen cuatro.

Eremey se anima entonces y habla del campo, de las faenas agrícolas.

—Por la Pascua le pediré permiso a su padre e iré a pasar algunos días en el campo.

—¿Entonces no verás nuestro *árbol de Noel*?

Eremey se sonríe y responde:

—¡Qué vamos a hacerle! Allí, en el pueblo, tengo toda mi familia...

—¿Y la quieres mucho?

—Así es.

Por un instante, Eremey se abisma en pensamientos gratos. Allá, en la aldea, todo le es querido, fácil, mucho más que aquí. Se imagina la alegría con que le recibirá su familia, y piensa en la mesa servida amorosamente, en los pastelillos que su madre sabe hacer como nadie...

Tioma interrumpe sus pensamientos, preguntándole:

—¿Qué crees que me van a regalar por Pascua?

Eremey reflexiona un instante, contempla el fuego y dice:

—¿Un fusil, tal vez?

—Un fusil de verdad.

—Sí, de verdad —responde Eremey sin convicción.

En este momento se acerca Tania y también se sienta junto al fuego.

—Cuando usted sea mayor, Tioma, será oficial... Tendrá un sable y bigotes... —le dice Tania.

—No; no quiero ser oficial.

—¿Por qué? Es una buena carrera.

Eremey comparte la opinión de Tania acerca de las ventajas de la carrera militar.

—Y llegará usted a general, como papá.

—Mamá no quiere que yo sea militar —dice Tioma.

—Si usted se lo pide, accederá a ello.

—No; yo quiero ser un sabio... como Tomilin.

—¡Ah! A mí no me gustan los sabios —arguye la doncella Tania—. He conocido uno..., un profesor de colegio... No era simpático ni mucho menos..., flaco..., adusto... No; a mí me gustan los oficiales... Tienen hermosos bigotes...

—Yo también tendré bigotes —dice el muchacho, esforzándose por mirar su labio superior.

Tania mira también el labio superior de Tioma y le da un beso en él. Disgustado, Tioma la aparta de sí, diciéndole:

—¿Por qué me besas?

—Eso hace crecer el bigote.

—No es verdad...

Tania mira a Eremey maliciosamente y se sonríe. Tioma mira a su vez a Eremey, quien sonríe también enigmáticamente.

—¿Es verdad lo que dice Tania, Eremey? —le pregunta el niño.

—¿Qué?

—Que los besos hacen crecer el bigote.

—No; es una broma de Tania.

Diciendo esto, se levanta lentamente. Ha terminado su tarea.

Tioma lo imita y se dirige al comedor.

Allí, Zina, rodeada de otras niñas, procede a una operación misteriosa. En una mano tiene, sobre una bujía encendida, un trozo de azúcar, y en la otra mano una cuchara. El azúcar se funde por el calor y va cayendo, en gotas amarillas, transparentes, sobre la cuchara.

Natacha, Serecha y Anita siguen atentamente con la vista las gotas que caen.

—¡Yo también hago eso! —grita Tioma.

—Tioma, esto es para Natacha, que tiene tos.

Pero Tioma no le hace caso.

—Yo también toso.

Y con un trozo de azúcar y una cuchara se coloca al lado de su hermana y sigue su ejemplo.

—Si me empujas, retiro la bujía —le previene Zina—. La bujía es mía.

—No tengas miedo, no te empujaré.

Tan absorto se halla en su trabajo, que hasta saca la lengua. Pero la operación sale mal. Las gotas que caen en su cuchara no son amarillas, sino negras y mezcladas con humillo.

—¡Eso no sirve! —grita Zina al ver las gotas negruzcas.

La compañía infantil se ríe.

—Lo mismo da —dice Tioma.

Y comienza a comer con fruición los caramelos negros así fabricados.

—Niños, a acostarse —dice la madre al entrar en el comedor.

Los niños dirígense al despacho de su papá, le besan la mano y dicen:

—Buenas noches, papá.

El padre interrumpe su trabajo y hace la señal de la cruz sobre los niños.

Al entrar en su habitación, Tioma se arrodilla ante el icono y recita su oración.

A través de la ventana se oye el ruido de la lluvia. Tioma, oyendo ese monótono ruido, se abisma en sus reflexiones. Por su mente pasan todos los recuerdos del día: Eremey, la señora Keiser, el señor Knop, Tomilin...

Siente gran cariño hacia Tomilin, y se imagina de súbito que éste es su padre. Pero este pensamiento le turba, como si acabase de cometer un pecado. Al instante se acuerda de su padre.

—No; yo quiero mucho a papá —se dice—. Y a mamá, a Eremey, al señor Knop... A todo el mundo...

—Artemy, acuéstese —dice Tania, asomando la cabeza por la puerta—. Mañana tiene que madrugar.

Interrumpido en sus meditaciones, Tioma frunce las cejas. Sí; mañana habrá que levantarse temprano, ir al colegio... Y al día siguiente..., y los otros...

Tioma suspira profundamente.

IVANOV

VIII

El señor Knop murió pocos días después.

La madre y su tía ingresaron en un asilo. Su esposa entró como auxiliar en el colegio de niñas, gracias a la madre de Tioma, y una de sus hijas como inspectora; en cuanto a la hija menor del señor Knop, la misma señora Kartachev la tomó a su servicio.

En el colegio de Tioma sustituyó al profesor un joven alemán, grueso, de pómulos rojos: Robert Jvanich Klau.

Los alumnos comprendieron en seguida que con Klau no podrían permitirse lo que se habían permitido con el pobre Knop.

Los días deslizábanse monótonos y aburridos en apariencia, pero dejando en realidad huellas profundas en el alma de Tioma.

En la clase, su nuevo compañero de banco era un tal Ivanov. Torcía ligeramente los ojos, y esto, al principio, causó mala impresión a Tioma; pero, poco a poco, a medida que se acostumbró a ello, comenzó a hallar algo agradable, atrayente, en aquellos ojos. Hasta él mismo empezó a torcer la vista para imitar a Ivanov.

Su madre le reñía a menudo, y le costó mucho trabajo luchar contra esa nueva manía.

—Cuando tuerces la vista te pones muy feo y extraño —le decía.

Ivanov ejercía sobre Tioma una influencia, un ascendiente casi misterioso. Era un muchacho serio, siempre ensimismado. No hablaba con nadie, no se levantaba nunca de su sitio, permanecía por completo indiferente a los elogios o a las admiraciones de los profesores. No se parecía en nada a los demás colegiales.

—¿Te gustan las "cosas terribles" de miedo? —pregunta un día a Tioma durante la clase.

—¿Qué cosas? —interroga a su vez Tioma, volviéndose hacia Ivanov.

—Cállate —murmura el otro nerviosamente—. Y no te vuelvas hacia mí. Haz como si escucharas al profesor. Las "cosas terribles" son los diablos, las brujas...

—Sí; eso me gusta.

—¿Y qué te interesa sobre todo?

Tioma duda un instante y luego dice:

—Todo...

—Pues te voy a contar una historia que acaba de ocurrir en España... Pero, ¡no te vuelvas hacia mí..., no me mires!... Que parezca que escuchas al profesor... Pues bien: era un caminante a quien sorprendió la noche en el camino, durante su viaje por España. Entonces vióse obligado a pasar la noche en un castillo...

Tioma prevé un relato interesante y siente un ligero estremecimiento.

—El caminante —prosigue Ivanov— sabía que durante la noche ocurrían cosas misteriosas en aquel castillo. Pero no hizo caso. Sabe que al dar la campanada de las doce se abren ellas solas todas las puertas y se encienden, por sí solos también, todos los candelabros. Luego, en la estancia más apartada, aparece de súbito una mujer muy alta vestida de blanco... Pero no te vuelvas a mi lado; mira tu libro, o no te cuento nada más.

Tioma escuchaba embelesado, encantado, elevándose a las regiones del misterio.

Ivanov sabía innumerables historias fantásticas, y Tioma lo oía estremecido de placer y de miedo, con los nervios crispados.

—No salgas después de la lección —le decía a veces Ivanov— y te contaré alguna historia.

Tioma renuncia entonces a sus juegos con los otros colegiales y queda como clavado en su asiento. Y en cuanto Ivanov empieza su relato, se apodera por completo de su compañero. Este le mira, ve su chaqueta raída y sus botas rotas, escucha con embeleso las historias terribles y siente que ama cada vez más a ese pobre muchacho gentil, soñador, extraño, y piensa que por él es capaz de todos los sacrificios.

—¡Cuántas cosas sabes! —le dice un día Tioma a su amigo—. ¿Cómo puedes inventar todo eso?

—¡Qué inocente eres! —responde Ivanov—. Eso no son invenciones mías. Es en los libros donde leo todo eso.

—¿Es que se cuentan en los libros esas cosas?

—¡Ya lo creo! ¿Es que tú no lees algo?

—No. Estudio mis lecciones, y eso es todo.

Entonces Ivanov se pone a explicarle que hay libros maravillosos que relatan toda suerte de historias.

Esto, para Tioma, fué como una revelación.

—Te voy a traer un libro muy interesante —le dice Ivanov—; pero, sobre todo, no lo estropees...

Al siguiente año, Tioma conoce a Gogol, Mayne-Reid, Wagner y algunos otros escritores. La lectura le apasiona. Por las noches, después de las lecciones, se retira a un apartado rincón, donde nadie puede verlo —a veces en el cobertizo, en el granero, en el quiosco del jardín—, y allí lee horas enteras extasiado, viviendo con los héroes de sus libros.

Poco después empieza a frecuentar la casa de Ivanov, intimando más con este muchacho bondadoso y soñador. Ivanov no tiene padre ni madre, y vive en casa de su tío, un terrateniente. Pero hace su vida, aparte de la familia, en un cuartito situado junto a la cocina. Nadie de la familia se interesa por él, e Ivanov, a su vez, corresponde con la misma indiferencia, y hace una vida completamente aislada.

Algunas veces Tioma llevaba a Ivanov a su casa.

—¿Te parece buen chico, mamá? —preguntaba a su madre.

—Sí; es muy gentil —contestaba la madre.

Y Tioma se sentía contento.

—¿Y qué es lo que te agrada más en él?

—Los ojos.

—Es verdad... Su madre murió hace dos años. Yo vi su retrato. ¡Qué bella era! Ivanov lleva siempre en el pecho una pequeña fotografía de su madre. Me la mostró, pero rogándome que no se lo diga a nadie. A ti te lo digo en secreto, mamá, y no hay que contarlo a quienquiera que sea... Si tú supieses cuánto quiero a Ivanov...

—¿Más que a mamá?...

Tioma, confuso, baja la vista y responde:

—Os quiero igualmente a los dos.

—¡Qué tonto eres, hijo mío! —dice sonriendo la madre.

—Mamá: me ha invitado a ir con él este verano a la casa de campo de su tío. Hay en la quinta un gran estanque, y allí pescaremos con caña. También hay una huerta muy grande, y las ramas de los árboles penetran, por las ventanas abiertas, en la misma quinta. También hay muchos libros. Leeremos juntos días enteros... ¿Me dejarás ir con él, mamá?

—Si sales bien en los exámenes, sí.

—¡Oh! ¡Qué alegría! ¡Te traeré muchas cerezas!...

—Bueno, bueno... Pero, entretanto, es menester que estudies tus lecciones.

—No tengo ganas de estudiar —dice estirándose perezosamente.

—Pues si no estudias, no irás al campo.

—Bueno, mamá, voy a estudiar.

Algunas mañanas, cuando Tioma tenía pereza de dejar la cama calentita para ir al colegio, acordábase de pronto de su amigo, y, lleno entonces de impaciencia, se levantaba presuroso y comenzaba a vestirse. Se sentía dichoso al pensar que iba a ver de nuevo a Ivanov, que se saludarían afectuosamente y se sentarían el uno al lado del otro. Su vecino Kornev los mirará sonriendo, y dirá, mientras se roe las uñas, como de costumbre:

—Cualquiera diría que no os habéis visto desde hace cien años. ¿A qué esperáis para abrazaros?...

En esos instantes Tioma se creía el hombre más dichoso.

UN DRAMA

IX

Pero en este mundo todo es efímero. La amistad que unía a Tioma e Ivanov pronto se extinguió. La ilusión de partir juntos al campo se había desvanecido. Hasta el recuerdo de aquellos días felices de la infancia de Tioma se eclipsaba tras otros recuerdos, y acabó por borrarse casi por completo.

Según el programa, correspondía la clase de lengua francesa. El profesor, señor Bochard, que empezó su carrera muy modestamente, como cochero de un gran señor ruso que le había llevado consigo de París, se halla sentado ante su mesa y se prepara para explicar su curso. Su aire es majestuoso, como si se

hallase en el pescante de su carruaje. Y como tenía la costumbre de dar con el látigo de vez en cuando a los caballos que guiaba, ahora daba golpecitos en la mesa con la mano y decía:

—*Voyons! Voyons!*

Uno de los alumnos empezaba a traducir algo; los demás parecían somnolientos y se preocupaban muy poco de la traducción. También había colegiales que leían a hurtadillas libros de Julio Verne o de Mayne-Reid.

En la mirilla circular de la puerta del aula se percibe un ojo. Es que el inspector Iván Ivanovich mira desde el corredor lo que pasa en el aula. Vajnov le saca la lengua y hace un gesto en extremo grosero.

A pesar de su bondad, Iván no puede tolerar tal insulto. Abre la puerta, entra en la clase e invita a Vajnov a que vaya al despacho del señor director.

Vajnov está atemorizado y jura que no fué él quien sacó la lengua. Hasta invoca el testimonio del profesor señor Bochard, quien podría, según él, decir que Vajnov estaba tranquilamente en su sitio y no hacía nada vituperable.

Pero el señor Bochard, que miraba a Vajnov con la mayor curiosidad, como un ser de una especie infinitamente inferior, negóse a defenderlo, diciendo en su lengua:

—*Allez! Allez! Sale bête!*... (¡Vaya! ¡Vaya!, ¡bestezuela!)

Vajnov, viendo que no puede esperar nada del profesor, sigue a Iván Ivanovich. Pero en cuanto sale del aula y la puerta se cierra tras él, cuando ninguno de los colegiales puede verle, arrodíllase delante de Iván Ivanovich:

—¡No me pierda usted! —dice con acento suplicante—. Si usted da la queja, el director me expulsará del colegio, y mi padre me matará. Ya sabe el carácter de mi padre...

Ciertamente, Iván conocía bien al padre, un verdadero bruto, cruel, implacable. Todo el mundo conocía su crueldad, al mismo tiempo que su honradez y su bravura.

—Bien; levántese... —balbucea el inspector, confuso y esforzándose por levantarlo del suelo.

Para hacer más eficaz su súplica, Vajnov, al levantarse, besa la mano de Iván. Este, desconcertado, más confuso aun, escupe como de repugnancia y se marcha para poner término a aquella vergonzosa escena.

Vajnov, después de permanecer un instante en el corredor, vuelve a entrar en la clase.

Pero, sin que se sepa cómo, el director fué informado del suceso. Y el consejo de disciplina, para castigar a Vajnov, ha decidido que durante dos semanas sufra dos horas diarias de arresto en el calabozo del colegio.

Vajnov se pregunta quién puede haberle denunciado al director. Está seguro de que no fué Iván Ivanovich. Y entonces piensa que fué el profesor de francés quien lo delató. Todos los alumnos son del mismo parecer y todos se hallan indignados por la conducta del señor Bochard.

Despreciado hasta entonces por todos los alumnos, Vajnov se convierte de repente casi en un héroe, en un mártir, víctima de una injusticia. La compasión general ha despertado en él el amor propio, aplastado al principio por el estúpido sistema educativo de su padre y luego por la disciplina del colegio. Ahora experimenta —acaso por vez primera en su vida— una satisfacción moral desconocida hasta entonces. Todos se interesan por él, todos defienden su causa, lo consideran como una víctima. Y él quiere probar a la clase que sabe vengar su honor. Puesto que es el señor Bochard quien le ha denunciado, es menester que no quede impune su cobardía.

Y Vajnov se tortura la cabeza para inventar un medio de venganza cualquiera. Por fin se le ocurre una idea.

Pocos minutos antes de empezar la clase, Vajnov cree que debe poner al corriente de su proyecto a Tioma y a Ivanov, sus compañeros más próximos.

—Debéis saber —les dice con tono confidencial— que he puesto en el sillón de Bochard una aguja. ¡Figuraos el salto que va a dar cuando se siente!...

Con gran asombro de Vajnov, Tioma e Ivanov, en vez de felicitarlo por su "idea genial", manifiestan su horror ante esa idea.

—Bueno... Pero, ¡silencio!... —les dice Vajnov—. Espero que no me denunciaréis... En otro caso...

Y su rostro adquiere una expresión amenazadora.

—No te denunciaremos, pero no por temor a tus amenazas —responde con dignidad Ivanov—, sino porque la camaradería nos lo veda. Pero lo que quieres hacer es tan cobarde, tan innoble...

Tioma subraya las palabras de su amigo con signos y gestos de conformidad absoluta.

La entrada del profesor interrumpe la conversación. Majestuoso y tranquilo, el señor Bochard sube al estrado, y sin apresurarse, con la mayor calma, coloca sus libros sobre la mesa. Luego mira, con una mirada de águila somnolienta, a la clase, y después de separar lentamente los faldones de su levita, se deja caer sobre el asiento con todo su peso.

En el mismo instante da un salto, como mordido por una serpiente; lanza un grito terrible, inclínase sobre el sillón y comienza a tocar el asiento con la mano. Muy pronto encuentra la aguja, la saca y se lanza fuera de la clase.

Transcurren algunos minutos de ansiedad. En la clase reina un silencio profundo. De súbito se abre la puerta con estrépito y aparece el director. Entra lívido de cólera y sus ojos chisporrotean.

Sin titubear, se lanza hacia el último banco, ocupado por Vajnov, Ivanov y Tioma.

—¿Quién es el culpable? —grita a Tioma, con voz ahogada por la ira.

—Yo no soy —responde Tioma, aterrorizado.

—¿Quién es?

Y al preguntar esto, el director aprieta la mano de Tioma, oprimiéndola con fuerza, al mismo tiempo que fija en el niño una mirada inquisitorial.

—¡No he sido yo! —balbucea Tioma.

El director le tira entonces con fuerza de la mano y lo lleva hasta el corredor. Tioma, espantado, temblando, lo sigue con dificultad. Un instante después se halla en el despacho del director. Este cierra la puerta con llave. Luego se acerca al niño, lo contempla con mirada severa y se inclina hacia él con actitud amenazante.

—¡Déjeme..., déjeme! —grita Tioma llorando.

Y huye hacia un ángulo de la estancia.

El director lo agarra por un brazo y le dice con voz sofocada:

—No le haré ningún daño, pero dígame en seguida quién fué... Si no...

En el fondo de su voz había una terrible amenaza. Los ojos del director iban acercándose más y más a los de Tioma y despedían llamas terribles. Tioma procuraba esquivarlos, volvía la cabeza, pero le seguían siempre, implacables, fascinantes.

—¡Pronto! ¡Dígame quién fué! No saldrá de aquí antes de decírmelo todo... ¡Se lo ordeno! ¡Lo exijo! Si no...

Tioma, sollozante, invadido por un terror indecible, siente vacilar su voluntad. Le parece que su corazón se desgarra. ¡Que esta tortura termine cuanto antes!...

—No sé..., déjeme.. No sé nada...

—Sí; usted lo sabe todo, y me lo tiene que decir...

Tioma balbucea algunas palabras, suplicando que tenga piedad de él, que, aun cuando supiese quién es el culpable, no podría decirlo, porque sería entonces un traidor desprecia[do] por todo el colegio.

Pero el director es implacable.

—¡Diga quién es el culpable!...

Y acaba por arrancar la confesión a Tiom[a]. Pero, apenas ha pronunciado el niño el nom[-]bre de Vajnov, se apodera de él un terror ta[l] que lanza un grito desgarrador.

—¡No!... ¡No quiero!... ¡No puedo!... ¡No es Vajnov!... ¡He mentido!...

—¡Basta! —dice el director fríamente.

Entonces abre la puerta de la habitación in[-]mediata, hace entrar en ella a Tioma y cie[-]rra la puerta con llave, dejándole solo.

Tioma empieza a llorar, sintiéndose perdi[-]do para siempre. ¿Cómo podrá ahora levan[-]tar la cabeza ante sus compañeros?

Un minuto después oye abrirse con violenci[a] la puerta del despacho del director. Y a lo[s] pocos instantes percibe la voz de su amig[o] Ivanov.

—¡No! ¡No puedo! —decía el colegial— Haga de mí lo que quiera, pero no puedo de[-]cir nada.

Luego oye la voz amenazadora del director sofocada por la ira, y después la de Ivanov, que dice:

—Estoy dispuesto a asumir toda la responsabilidad, pero no quiero hacer traición a mis compañeros...

—Pues, en tal caso, queda usted expulsado del colegio. Puede marcharse. Nosotros no debemos tolerar alumnos semejantes.

—Muy bien. Puede arrojarme del colegio, pero no me obligará jamás a cometer un acto de cobardía...

—¡Fuera de aquí! —exclama el director.

La puerta cerróse de nuevo con estrépito, y el gabinete del director quedó en el mayor silencio.

Media hora después se reunía el consejo de disciplina. Ha tomado la resolución siguiente: Vajnov e Ivanov quedan expulsados; Tioma permanecerá dos horas más en clase cada día durante una semana.

La puerta de la habitación donde estaba encerrado Tioma se abre de pronto y un inspector le ordena que vuelva a clase.

Allí se dirige Tioma, abatido, humillado, con la muerte en el alma, detestándose a sí mismo, sintiendo profundo odio hacia el director, hacia la vida misma. ¡Oh! ¡Si pudiese terminar de un golpe con esta miserable vida!

En el aula ya no están ni Vajnov ni Ivanov. Está solo, sin su amigo, frente a frente con su conciencia turbada, con el crimen de traición que acaba de cometer... Traidor, delator... ¡El, Tioma, hasta entonces tan leal, tan buen camarada, tan fiel amigo, convertido ahora en un traidor!...

* * *

Aquella tarde, al referir Tioma en su casa lo sucedido en el colegio, no tuvo valor para decir que él había delatado a Vajnov.

Su padre, que le había escuchado, dijo:

—Has obrado bien no denunciando a Vajnov. Por su parte, el consejo de disciplina tenía plena razón para hacer lo que ha hecho. Hace tiempo que se debía expulsar a Vajnov. Contra Ivanov tal vez había algo más..., y en cuanto a ti, el castigo no es grave; una semana pasa pronto...

El corazón de Tioma oprimíase de dolor. ¡Oh! ¡Si su padre supiese toda la verdad!

La madre se hallaba sentada en una butaca, y su presencia era lo que más turbaba a Tioma. No se atrevía a mirarla.

Pero ella lo miró fijamente y salió sin decir nada. ¿Había adivinado la verdad?

Tioma no comió nada y evita encontrarse con alguien. Triste, abatido, va de un lado para otro; permanece largo rato junto a las ventanas, contemplando el jardín y la campiña. Su cabeza parece vacía, sin ningún pensamiento preciso.

Al llegar la noche, el niño siente tan oprimido su corazón, que busca instintivamente la compañía de su madre. El niño se acerca a ella, y se diría que la madre le esperaba.

—Tioma —le dice con acento cariñoso, pero algo severo—. Cuéntame todo lo sucedido en el colegio..., sin ocultarme nada.

Tioma la mira con miedo y comprende que su madre lo ha adivinado todo.

—Sí; cuéntamelo todo..., no me ocultes nada.

Entonces el niño siente un deseo irresistible de aliviar su corazón, de confesarle todo, de confiarse a su madre, que sabrá cómo comprenderlo y perdonarle.

Y entonces se lo cuenta todo, sin omitir ningún detalle. Luego baja la cabeza como si esperase su veredicto.

—¡Pobre hijo mío! —dice la madre con voz llena de piedad y de ternura.

Tioma, con la cabeza reclinada sobre el sillón de su madre, se pone a llorar dulcemente.

La madre enjuga sus lágrimas con su pañuelo y le dice:

—Sí; has cometido una falta. Pero no es para desesperarse. En el porvenir tendrás que luchar muchas veces con la debilidad del carácter... Que Dios te dé fuerzas para vencer.

—¡Ah! ¡Mamá! Cuando me acuerdo de Ivanov, quisiera morirme...

La madre le acaricia la cabellera dulcemente.

—¿Quisieras ver a Ivanov?

Tioma reflexiona un instante.

—No, mamá, no puedo. No me atreveré a mirarle. Y cuando pienso que no le veré más, que le he perdido para siempre... ¡Lo quiero tanto!...

Al decir esto, comienza a llorar de nuevo.

—Bien. No quieres ir a verlo. Pero más tarde, cuando seas mayor, cuando llegues a ser un hombre honrado, te encontrarás con él y podrás entonces mirarle con la cabeza alta, con la conciencia tranquila. Y ahora, cálmate, hijo mío. Esto pasará, todo pasa, todo se olvida...

La madre y el hijo guardan silencio, abismándose cada uno en sus reflexiones. Ella seguía acariciando los cabellos del niño amorosamente.

La noche había avanzado, y Tioma, acostado hacía tiempo, se incorpora de pronto, y después de convencerse de que todos duermen y nadie puede verle, baja del lecho y se arrodilla ante el icono del Salvador. Como en éxtasis, empieza a orar, pidiendo a Dios que le perdone su gran pecado y le dé muchas fuerzas para ser intrépido y no tener miedo a nada.

Luego vuelve a acostarse, con el corazón aliviado del peso que lo oprimía. En la casa reinaba un profundo silencio.

Tioma permanece largo rato con los ojos abiertos, fijos en la velita encendida delante del icono. Mil pensamientos surcan, como ligeras nubes, su mente. De súbito piensa en Ivanov, en sus dulces y bondadosos ojos, que le miraban siempre con tanto cariño. Recuerda que ya no le verá más, y entonces lo invade una tristeza tan profunda, que Tioma gime, dolorido, mientras clava en la almohada sus dientes crispados.

EN AMERICA

X

La vida de colegio se desliza tristemente para Tioma, ajena a toda alegría y a todo interés. Ya no le gusta el colegio, como en los primeros tiempos. Y en cuanto a la clase que había sido teatro del drama, la detestaba.

Por suerte para él, encontró un apoyo moral inesperado en un compañero de colegio llamado Kasitsky.

Una mañana, en que Tioma se hallaba solo en su banco, entregado a sus tristes reflexiones, Kasitsky se acercó a él, sentóse a su lado, apoyó la cabeza en sus manos y, mirando de soslayo a Tioma, le preguntó:

—Dime: ¿cómo pudo ocurrirte aquello? ¿Por qué denunciaste a Vajnov? Por miedo, ¿no es verdad?...

—Que el diablo me lleve si sé cómo hice aquello —repuso Tioma, sintiendo que la emoción ahoga su garganta—. El director se puso a gritar como un loco, a golpear el suelo con los pies, a amenazarme, y yo tenía tanto miedo, que estaba dispuesto a todo...

—Sí, fué un mal caso... Ahora espero que no tendrás miedo.

—¡Oh! Ahora...

Los ojos de Tioma brillaron.

—Ahora —sigue diciendo con exaltación—, que el director pruebe nada más otra vez a arrancarme una delación... ¡Abofetearé a ese miserable!

—¡Calla! ¡Calla! ¡Eres un hombre terrible! —le dice irónicamente Kasitsky—. Te aburres sin Ivanov, ¿no es cierto?

—¡Ah! Hubiera dado la mitad de mi vida por él.

—Sí; vivíais como dos *palomos*...

Kasitsky se sentaba todas las mañanas cerca de Tioma y sostenía largas conversaciones con él.

Una de esas mañanas le hizo una proposición:

—Mira, voy a ser tu vecino de banco... Los que hay en el mío no valen nada y me fastidian.

Tioma alegróse mucho y aceptó la proposición.

Otro colegial, llamado Danilov, hacía tentativas para estar más cerca de Tioma. El muchacho, sentado en su sitio, miraba atentamente, con aire pensativo, el semblante pálido de Tioma, como procurando adivinar el drama que se representaba en el alma de aquel "traidor". Quisiera expresarle su compasión, pero no se atrevía. Sólo por la mañana, al cruzarse con Tioma, le estrechaba la mano fuertemente.

Tioma dábase cuenta de la buena disposición de Danilov hacia él, y lo observaba también a hurtadillas. Cuando Kasitsky recogió sus libros y cuadernos para sentarse al lado de Tioma, le preguntó Danilov:

—¿Adónde vas?

—Cambio de domicilio —dice alegremente Kasitsky—. Voy al lado de Kartachev.

—¡Es una buena idea!

Danilov reflexiona un poco. Luego se acerca a Tioma y con voz algo embarazada le pregunta:

—Si no hay inconveniente, voy a trasladarme también a tu banco.

—¡Me alegraré mucho! —contesta Tioma, poniéndose colorado.

—Pues ahora mismo.

—¡Hola! ¡Tú también! —dice Kasitsky al ver a Danilov que transporta sus libros—. ¡Entonces vamos a hacer una magnífica *troika*! (coche de tres caballos.)

Danilov toma asiento en medio, Tioma más cerca de la pared y Kasitsky junto al pasillo.

—¡Ahora todo irá maravillosamente!.. —dice Kasitsky con entusiasmo.

Un día Danilov pregunta a Tioma:

—¿Te gusta el mar?

—¡Oh! Muchísimo.

—¿Y la pesca en canoa?

—Sí, pero nunca me embarqué en canoa.

—¿Cómo? ¿No has disfrutado nunca ese placer, estando tan cerca del mar?

En cambio, él, Danilov, sabe remar perfectamente y gobernar una canoa. Estaba enamorado locamente del mar, a orillas del cual vivía. Pasaba horas enteras admirando el espacio infinito del mar, aspirando su olor salado mezclado a las emanaciones de las jarcias embreadas y al humo de los buques, escuchando el murmurio de las olas, ya dulce como un cuchicheo, ya amenazador como los rugidos de las fieras. Su padre era jefe del puerto y frecuentaban su casa los jóvenes oficiales de marina. Sus relatos habían despertado en el corazón de Danilov un amor más apasionado todavía por el mar.

Hasta de noche, en sus sueños, veía el mar. Y por la tarde, sentado a la ventana, admiraba las olas iluminadas por la dulce claridad de la luna que proyectaba aquí y allá puntos plateados a través de las inmensas llanuras del mar. A veces, una canoa entraba de súbito en la zona iluminada por la luna, y entonces los remos dejaban caer en el agua gotas que parecían perlas misteriosas.

Pero todavía amaba infinitamente más el mar cuando era agitado por la tempestad. En esos instantes sentía el deseo de luchar con las olas furiosas, embravecidas, altas como montañas; luchar solo, en una diminuta canoa, con aquel terrible monstruo que asaltaba el puerto lanzando contra él ejércitos de guerreros con penachos blancos.

Cuando la tempestad comenzaba a desencadenarse lo olvidaba todo, y permanecía en la playa como clavado, contemplando el agitado y terrible mar, que arrojaba a sus pies sus olas de espuma. He ahí una ola enorme, coronada de blanco, que corre a toda velocidad hacia él; pero antes de alcanzarle se estrella contra la costa y cae, como un hombre fugitivo que tropieza de súbito con un obstáculo imprevisto.

Un día, Danilov le preguntó a Tioma:

—¿Quieres que mañana nos embarquemos en una canoa?

—¡Oh! ¡Sí! —exclamó Tioma lleno de alegría.

Kasitsky aceptó también con el mayor placer.

—Bueno. Pues mañana, después de salir del colegio, iremos a mi casa, merendaremos y después al mar...

"¿Y si mis padres no me dan permiso?", se preguntó Tioma.

Pero por este lado estaba arreglado todo aquella misma noche. Sus padres le concedieron el permiso que pedía.

El tiempo que pasaron en la canoa fué inolvidable, quedando Tioma encantado. Desde aquel día, fué el placer favorito de los tres amigos.

En invierno, cuando el mar se cubría de hielo y era imposible embarcarse, paseaban a menudo a lo largo de la costa, contemplando la inmensa llanura helada que se extendía hasta el lejano horizonte, confundiéndose con las plomizas nubes suspendidas sobre el mar. Temblorosos por el frío, con el rostro lívido y las manos amoratadas, pasaban largas horas en la playa. Por lo general, Danilov les refería leyendas marítimas. Tioma escuchaba embelesado; pero Kasitsky expresaba a veces su incredulidad por aquellas narraciones y comenzaba a discurrir con Danilov.

—Cierto día naufragó un velero —decía, por ejemplo, Danilov.

—¿Había tempestad? —preguntaba Kasitsky.

—Sí; soplaba un terrible viento Noroeste...

—¡Entonces no es cierto!... —declaraba Kasitsky con tono de suficiencia, como si poseyese grandes conocimientos náuticos—. Tenía que ser viento Nordeste... Es el viento más peligroso.

—El Noroeste es tan terrible. A veces más que el Nordeste.

—¡Nunca!

—Pregúntale a cualquier marino.

—No vale la pena..., lo sé muy bien...

Kasitsky era el más alegre de los tres amigos. Durante sus habituales paseos corría como un loco, hacía las mayores travesuras, comportándose no como un colegial de tercera clase que era, sino como un niño pequeño.

—¡Es un *bebé*! ¡Es un *bebé*! —decía Danilov, con indulgente ironía.

Danilov era mucho más circunspecto, acaso por su grande amor a las cosas del mar. ¡Ah! ¡Si pudiese dedicarse enteramente a él!... En lugar de eso, tenía que perder el tiempo en

estudios que detestaba más cada día.

—¡Como si uno no pudiese abrirse camino en la vida sin pasar por el colegio!... —decía muchas veces.

Tioma estaba de perfecto acuerdo con él y lo escuchaba con el mayor placer.

—Robinsón, por ejemplo —seguía diciendo Danilov—, no tenía su certificado de estudios. Pero esto no le impidió llegar a ser un hombre inteligente y notable... Y no sólo Robinsón. La mayoría de los marinos que se han hecho famosos no pasaron por los colegios. Eso no les ha impedido hacer una vida sumamente interesante. ¡Cuántas cosas han visto!... ¡Los desiertos de Africa!... ¡Los indios de América!... Los leones... Los tigres... Y, sin embargo, son hombres como nosotros. Tenían también sus padres, sus hermanos, sus hermanas. Pero vencieron todos los obstáculos y dispusieron su vida con arreglo a sus propios deseos, a su vocación.

En el curso de esas conversaciones, los tres amigos han llegado poco a poco a soñar con otra vida, una vida poblada de aventuras y peligros.

Algún tiempo después, elaboraron un grandioso proyecto. En cuanto llegase la primavera, huirían de la casa paterna y se marcharían a América en el primer barco que hallasen.

La idea había nacido en el cerebro de Kasitsky. La comunicó a sus amigos, sin tomarla él mismo en serio. Pero Danilov lo ha dado por cosa hecha y propone su realización. Tioma adhirióse tanto más cuanto que aun faltaba mucho para la primavera. Kasitsky acabó por conformarse.

El alma del proyecto era Danilov. Pensaba noche y día en él y fué elaborando todos los detalles del plan.

Ante todo, para ir a América hacía falta algún dinero. Podían, sin duda, embarcarse como grumetes, pero eso sería más tarde. Entretanto necesitaban dinero. Se decidió, pues, que los tres amigos harían todo lo posible para ahorrar algún dinero. Todos recibirían algunos *copecs* para el desayuno, con motivo de sus cumpleaños, etc....

Los tres muchachos se impusieron todos los sacrificios, renunciando a los pequeños placeres o satisfacciones que procura el dinero. Para que Tioma y Kasitsky no cayesen en la tentación y gastaran el dinero, Danilov se lo confiscaba en cuanto llegaban al colegio. Los amigos tenían un hambre atroz durante el tiempo que pasaban en las clases, pero se resignaban. Danilov resistía el hambre como un verdadero héroe; Kasitsky quitaba algo a los colegiales más felices que llevaban el almuerzo; pero Tioma sufría mucha hambre y a menudo pedía un pedazo de pan a los camaradas.

Tioma ha adelgazado, y esto no pasó inadvertido para su madre.

—¿Qué es lo que te ocurre? —le pregunta—. Estás flaco como un esqueleto.

Tioma no contestaba, y seguía sufriendo diariamente hasta las tres de la tarde un hambre atroz.

Reflexionando sobre su plan, Danilov llegó a la conclusión de que de ningún modo podían embarcar en el mismo puerto. En primer término, serían reconocidos, y, por consiguiente, no se les permitiría embarcar. Además, no tenían pasaportes. En vista de ello, Danilov tomó la siguiente resolución: después de enterarse con exactitud del día y la hora de la salida del buque, embarcaríanse en una canoa y saldrían un poco antes del puerto para adelantarse. Una vez en alta mar se acercarían al buque, y entonces el capitán, que ya no tendría que temer a la policía del puerto, les dejaría embarcar, tanto más cuanto que le ofrecerían sus servicios como simples marineros o grumetes.

Lo más difícil era hallar una canoa. Se podía tomar una del puerto, pero, ¿cómo volvería, después? Además, las del puerto están bien vigiladas y amarradas con cadenas.

Al cabo de muchas deliberaciones y discusiones, los tres amigos decidieron construir un bote. Danilov obtuvo autorización de su padre, que, naturalmente, no sospechaba nada. Creyendo buenamente que su hijo quería tener un bote propio, de él sólo, facilitó la madera necesaria, y los tres amigos comenzaron la tarea.

Se convino que la embarcación sería muy ligera y angosta.

—Para que pueda navegar más —explicó Danilov—. Cuanto más angosta es la embarcación, más fácilmente vence la resistencia de las olas.

—Naturalmente —declara Kasitsky—. ¡Pero que tenga asiento para colocarnos!

Se trabajaba todo el invierno en la embarcación, y la tarea adelantaba mucho. Tioma y Kasitsky llegaron a asombrarse de aquel adelanto en la construcción. Pero pronto comprendieron la causa: manos invisibles ayudaban a los tres amigos. Era que, obedeciendo órdenes del padre de Danilov, algunos marinos ponían mano a la obra en ausencia de los colegiales.

Un hermoso día, el bote quedó terminado. Pintado de blanco, con una lista azul en el centro, se mecía suavemente en el agua.

Los tres amigos estaban radiantes de alegría.

—¡Por fin! —gritaba Danilov, frotándose las manos—. ¡Ya hemos terminado!...

Kasitsky miró a Tioma maliciosamente y dijo con ironía:

—¡Hemos!

—Naturalmente —arguyó Tioma—. Los marineros nos han ayudado, pero nosotros hemos trabajado también.

—Más con los ojos que con las manos... Sólo Danilov ha trabajado de veras. Nosotros nos contentábamos con verle trabajar.

Su amigo Kornev fué a verlos al saber que habían construído una embarcación.

—¿Para qué necesitáis una canoa? —preguntó, como recelando algo.

Tioma y Kasitsky sentían un vivo deseo de revelarle su secreto. Pero Danilov les dirigió una severa mirada.

—Para pasearnos por el puerto —contestó.

Kornev manifestó una desconfianza visible y dijo a Danilov:

—Tu padre tiene muchas canoas y no valía la pena hacer una nueva.

—Todas las de mi padre son muy pesadas. Y queríamos una ligera.

—¿Para qué?

—Una embarcación ligera corta mejor el agua.

—¿Y qué es eso? —insiste Kornev.

—Eso quiere decir que eres muy burro —le dice Kasitsky.

—¡Cállate, tonto! —replica Kornev en tono de broma—. No es a ti a quien hablo...

Y dirigiéndose de nuevo a Danilov, agrega:

—Me ocultáis algo. Para pasear por el puerto no necesitáis una canoa especial.

—¡Es que queremos partir para América! —declara de pronto Kasitsky.

Kornev le mira para cerciorarse de si hablaba en serio o en broma. Pero no comprende nada y no sabe qué pensar.

—Sois unos borricos —dice disgustado, y echa a correr.

—¿Por qué le has hablado de América? —pregunta entonces Danilov a Kasitsky—. Puede creerlo.

—¿Y qué? Pero no tengas miedo. Precisamente, por haberle hablado con tanta tranquilidad de América creerá que fué una broma.

A Danilov le parecía que tales bromas eran muy imprudentes, pudiendo comprometer la realización de su plan. Obligó, pues, a sus dos cómplices a que diesen su palabra de honor de no decir a nadie una sola palabra sobre su próximo viaje.

Las personas que se preparan para un viaje a América no necesitan, naturalmente, aprender latín, alemán, etc. Sería una pérdida de tiempo lamentable.

Así, Tioma no se interesaba por los libros. Las circunstancias vinieron a favorecerlo. Su madre dió a luz otro vástago, y durante algún tiempo no pudo cuidarse de las lecciones del niño. Los profesores estaban muy descontentos de él y le daban malas notas. Era considerado como un mal colegial, y tenía que repetir el año.

Tioma ocultaba a sus padres las notas desfavorables. Y como sus padres debían firmar cada semana su cuaderno escolar, como prueba de que habían visto dichas notas, Tioma, con astucia, imitaba la firma de su madre.

Cuando ésta le preguntaba el motivo de no presentar sus notas, Tioma respondía con aire indiferente:

—Todavía no nos dieron las notas.

Esto era anormal, y la madre desconfiaba.

—Dime la verdad, Tioma. ¿Es posible que tarden tanto tiempo en distribuiros las notas?

—Te lo aseguro, mamá...

—No, no te creo. Yo misma iré al colegio para enterarme.

Tioma encogió los hombros. Tenía otras preocupaciones más grandes: finalizaban los preparativos para su viaje a América

* * *

Los tres amigos fijaron su viaje para el cuarto día de Pascuas, señalando esta fecha para no llevar la perturbación a sus hogares en los días principales de la fiesta.

El buque que salía para el extranjero tenía señalada la hora de las seis de la tarde. Los amigos decidieron embarcarse en su canoa dos horas antes.

Tioma estaba muy emocionado y mentalmente decía "adiós" a todos los suyos. Tal vez no vería nunca más a su mamá, ni a su padre ni a sus hermanos... En vano lo buscarían; estaría lejos, muy lejos, en camino para América...

Sale de su casa, le dirige una última mirada y encamínase rápidamente hacia el puerto.

Danilov ya se hallaba en él, junto a la canoa, que ostentaba esta inscripción altiva: *¡Adelante!*

Tioma dirige una mirada al interior de la embarcación y ve varios paquetes.

—¿Qué es esto?

—¡Víveres!.... Pero, ¿dónde está Kasitsky?

En ese momento aparece el muchacho.

—¡Ea! Podemos partir —dice entonces Danilov.

Tioma, conmovido, con el corazón palpitante, salta a la canoa y empuña un remo.

"Tal vez sea para siempre", se dice, y lanza un profundo suspiro.

Kasitsky empuña otro remo. Danilov se pone al timón. Un marinero sostiene la amarra de la embarcación.

—¡Suelta! —ordena Danilov.

El marinero soltó la amarra y se puso a empujar el bote.

—¡A los remos! —gritó Danilov a sus amigos.

Y los dos empezaron a remar con todas sus fuerzas.

La canoa deslizóse sobre las aguas tranquilas del puerto. Al poco rato, al salir al mar abierto, comenzó a ser juguete de las olas. Se había levantado un viento ligero.

—Este es Nordeste —dijo lacónicamente Danilov.

Y con el gesto de un verdadero capitán de navío, ordenó:

—¡Adelante!

Los remos caían sobre las aguas con movimiento metálico, produciendo un ruido monótono. Cuando los remeros los retiraban del agua, brillaban en las palas gotas plateadas.

Después de haber navegado unas dos millas, levantaron los remos los dos amigos, por

orden de Danilov, y empezaron a enjugarse el sudor de sus frentes.

A los pocos minutos de descanso los remeros reanudaron su tarea. La canoa cortaba con su quilla, ligera y grácilmente, las olas que la enfrentaban.

El viento iba soplando más fuerte cada vez.

—Hacia la puesta del sol tendremos tempestad —declaró Danilov después de examinar el cielo.

El viento soplaba en aquel momento con tal violencia, que Kasitsky tuvo que sujetarse la gorra con la mano.

—¡Qué hermoso espectáculo! —exclama Danilov, mirando en torno suyo—. Ved cómo las nubes atacan el sol. Diríase que la noche lucha contra el día. Por una parte, todo está iluminado; por la otra, todo parece sombrío.

Absortos en sus pensamientos, Tioma y Kasitsky prosiguen callados.

El primero mira atrás, hacia la ciudad de blancas casas; divisa la costa, y su corazón inúndase de tristeza. ¿Qué harán en este momento mamá, papá, sus hermanas y hermanos? Acaso están tranquilamente en derredor de la mesa, tomando el té, sin sospechar siquiera que lo han perdido para siempre...

Danilov advierte la tristeza del muchacho y dice:

—Kartachev, al verte no se diría que estás contento por marcharte a América. ¿Querrás acaso que volvamos a la ciudad? —

¡Ah! ¡Si fuese posible volver! Pero no; *la suerte está echada*. Además, en la ciudad lo esperan el colegio, las malas notas, los exámenes. ¡No! ¡No hay ya elección! ¡Adelante!... Rumbo a América.

Y Tioma empezó a remar con mayor energía.

—¡El buque! —grita Kasitsky alegremente.

Todos se dan vuelta para verlo.

En efecto, saliendo del puerto y despidiendo densas y grandes nubes de humo, aparece un transatlántico majestuoso.

—¡A su encuentro! —grita Danilov.

La canoa ha dado una media vuelta y enfila la proa en dirección al buque.

Este se iba acercando y cada vez parecía más enorme. Muy pronto se pueden ver las siluetas de los pasajeros.

"Unos minutos no más y estaremos a bordo", se dice Tioma.

—¡Ahora! —grita Danilov.

El buque estaba muy cerca. Y como ya estaba convenido, Kasitsky disparó al aire dos tiros de revólver para llamar la atención de sus tripulantes; al mismo tiempo Danilov desplegaba una bandera blanca preparada de antemano.

El enorme monstruo transatlántico pasa muy cerca de la canoa, envolviéndola en densas nubes de humo y ensordeciendo a los tres amigos con el horrísono ruido de sus máquinas.

La canoa, sacudida violentamente, empezó a saltar sobre las olas.

—¡Hurra! ¡Hemos sido vistos! Los viajeros agitan sus sombreros y pañuelos...

—Pero, ¿qué significa esto? ¡El buque no se detiene!

—Dispara otra vez, Kasitsky. Y tú, Tioma, agita tu pañuelo —ordena Danilov con voz alterada.

Los amigos hicieron disparos, agitaron los pañuelos y la bandera, gritaron; pero todo fué en vano. El transatlántico seguía alejándose, aumentando a cada instante su velocidad.

¡Qué desencanto!

—Creyeron que les decíamos "adiós" —dice Tioma con tristeza.

—Yo sabía de antemano que este proyecto era una tontería —arguye Kasitsky, arrojando el revólver al fondo de la canoa—. Era estúpido creer que el transatlántico se iba a detener para recogernos a nosotros.

Danilov no dice nada y enfila la canoa hacia el puerto.

El retorno fué triste. La embarcación, impulsada por el viento, avanzaba rápidamente.

—Hay que preparar otro proyecto —dice Danilov a sus amigos.

—¡Tonterías! —replica Kasitsky—. No quiero más Américas así. Te puedes marchar tú solo. Estas son chiquilladas.

—Pero, ¿por qué? —pregunta Danilov algo turbado.

—Porque esto no es serio. Somos demasiado grandes para juegos semejantes...

Tioma guardaba silencio, mirando el lejano horizonte tras el cual ya ha desaparecido el buque que tan cruelmente los ha defraudado.

—¡Hay que meditar!... —insiste Danilov.

—Sí, en la manera de salir bien en los exámenes —concluye Kasitsky con mordaz ironía.

Luego Kasitsky estrecha la mano de sus amigos y a paso rápido dirigióse a su casa.

—Ha perdido el valor —dice Danilov—. Y, sin embargo, la cosa tiene remedio.

Tioma se despide a su vez de Danilov y encamínase a su casa.

¡El proyecto de partir para América ha fracasado! Por una parte, Tioma estaba muy contento de volver a ver a su mamá, a su papá y a toda su familia, que no esperaba ver nunca más. Pero, por otra parte, pensaba con tristeza en los exámenes, en las malas notas, en las inevitables explicaciones con sus padres, en todos los fastidios del colegio. Había creído que todo esto se había quedado atrás mientras él navegaba con rumbo a América, que ya no tendría que ir nunca al colegio, estudiar las lecciones, aprender latín, y de repente todo eso se derrumbaba. América hubiera podido salvarlo, pero ya no le queda esperanza alguna.

Tioma suspira...

Después de Pascuas, los tres cómplices se reunieron de nuevo en la clase, en el mismo banco.

Ya olvidaron algo la amargura del desencanto sufrido. Kasitsky no pudo resistir la tentación de contarlo todo. Hizo un relato humorístico de su aventura fracasada. Tioma le ayudaba. En cuanto a Danilov, no decía nada, contentándose con sonreír.

Los colegiales escuchaban con sumo interés aquella historia, y reían a carcajadas por aquella malaventura de "los tres mosqueteros".

A partir de aquel día, a Tioma, Kasistky y Danilov les pusieron el mote de: "los americanos".

LOS EXAMENES

XI

Y así llegó el día de los exámenes.

Debido al malogrado viaje a América, Tioma estaba muy mal preparado para los exámenes. Comprendía muy bien que tendría que hacer un curso más en el mismo grado, en el tercero.

Rezaba, se persignaba al pasar por delante de las iglesias, evitaba cuidadosamente el cruzarse con un pope cuando iba por la calle. Nada de eso hacía que mejorase su situación. En los exámenes quedaba muy mal.

Pero no tenía el valor de confesarlo a sus padres.

—¿Saliste hoy bien del examen? —le preguntaba su madre.

—Sí, mamá.

—¿Qué calificación te dieron?

—No lo sé. No nos lo dijeron.

—¿Por qué crees entonces que saliste bien?

—Porque contesté a todas las preguntas.

—Pero, ¿estás seguro?

—Sí, mamá.

Por fin terminaron los exámenes.

—¿Qué tal? —pregunta la madre a Tioma.

—He terminado.

—Sé que has terminado, pero, ¿cómo?

—Bien.

—¿En tal caso pasarás al cuarto?

—Supongo...

Las respuestas indecisas de Tioma despertaron las sospechas de la madre.

—¿Cuándo se podrá saber?...

—Mañana, seguramente.

Al día siguiente Tioma llevó la inesperada noticia de que lo habían suspendido en tres asignaturas. Pero que, insistiendo cerca del director, le permitiría el repaso durante las vacaciones.

—Si se lo ruegas así al director, consentirá —dijo Tioma a su madre—. Y yo tendré tres meses para prepararme.

—¡Mentiroso! ¡Holgazán! —exclama la madre después de un penoso silencio.

Y la madre lo rechaza de sí con un gesto de desdén.

Tioma esperaba una escena violenta, airadas reprensiones, pero el desprecio que le manifestó su madre era infinitamente peor.

Marchóse al comedor y se sentó abatido, desesperado. Era verdad. Mentía; se portaba de una manera abominable. Mas, ¿justificaba eso aquel desprecio tan profundo? Jamás en su vida se le había ofendido tan gravemente. ¡Ah, la vida era una cosa terrible!...

Muy pronto entró el padre en el comedor. Acababa de enterarse de todo.

—¡Miserable! ¡Infame! —gritó con cólera y desprecio—. Te voy a meter a zapatero, puesto que no quieres estudiar.

Y al decir esto, salió del comedor, dando un violento golpe a la puerta.

Tioma le saca la lengua, que su padre no pudo ver por haber salido ya. Luego se dice a sí mismo: "Haz lo que quieras. Me es igual..."

El tono del padre le hizo sentirse más desgraciado. Y lo peor era que él mismo tenía que considerarse un infame, un embustero, un desaplicado, que merecía el desprecio. No había nada, nada en absoluto, que pudiera realzarlo ante sus mismos ojos. ¿Qué hacer? ¡Ah! ¡Si pudiese hallar un remedio!

De pronto, Tioma se anima. Ha hallado una solución. Va a morir. Sí, va a morir. Sólo le falta esto: acabar de una vez para siempre con su triste vida.

¡Oh, qué idea!

Una vivísima satisfacción invade el corazón de Tioma. Ya no se siente abatido. Ya está resuelto el problema.

Piensa en el efecto que causará su muerte. Llegan a su cuarto; él ya está muerto. En lugar de Tioma encuentran un cadáver ya frío. Se arrojarán sobre él, gritarán, le llamarán; pero todo será inútil. Sí; él era un mal muchacho, pero con su muerte ha expiado todos sus crímenes. Mamá y papá llorarán amargamente sobre su cadáver. Y él no oirá ya, no entenderá, no sentirá más nada. Ni tendrá más deseos. Lo enterrarán y se quedará solo en la tumba negra, bajo la tierra, entre otros muertos..., solo, noches y días... Y la vida seguirá su curso. Sus hermanas y sus hermanos vivirán; Danilov, Kasitsky y todos sus demás amigos vivirán también..., se pasearán..., irán en canoa..., mientras él, Tioma, no existirá ya, y nunca, nunca podrá volver a la tierra...

Tioma se estremece. Por vez primera piensa seriamente en la muerte, y ésta se presenta ante él horrible, abominable. ¡No! ¡No!... ¡Eso no!... Y, sin embargo, es menester que muera. No hay otra solución. Después de todo lo pasado no puede seguir viviendo...

Extiende la mano para tomar la caja de fósforos, sintiendo en el fondo de su corazón que no se suicidará. Esta seguridad le tranquiliza, y comienza sus preparativos de suicidio de una manera resuelta.

Tomó un puñado de fósforos, y sosteniéndolos en la mano, debajo de la mesa, se puso a arrancar tranquilamente las cabezas. Tenía buen cuidado de que los fósforos, a fuerza de frotamiento, no se encendiesen, para no quemarse las manos.

Hecho esto, echó las cabezas en un tarrito,

y viéndolas, se dijo con placer que, en todo caso, no será él quien se las trague.

Agarró una de las cabezas de fósforo y la tocó con la punta de la lengua. ¡Qué asco! Acaso será mejor tragarlas con agua. De una garrafa vertió en un vaso un poco, como una cuarta parte del vaso. Pero no; sería demasiado para un solo trago. Entonces se levanta, sale de puntillas al corredor, procurando no hacer ruido, y una vez allí, vacía un poco del contenido. Luego vuelve a entrar y se detiene en el centro de la estancia. Aunque está seguro de que no ingerirá los fósforos, se apodera de él una emoción extraña. Ya no está muy seguro de que no ingerirá los fósforos. Su voluntad comienza a decaer. En efecto, ¿por qué no tragárselos? Basta hacer un pequeño gesto, un insignificante movimiento.

Temblando de miedo, tiende mecánicamente la mano hacia los fósforos y los echa en el vaso.

"¿Será verdad que voy a tragarlos?", se pregunta, llevando el vaso con la mano temblorosa a sus pálidos labios.

Su cerebro está en extremo agitado. ¡No! ¡No lo hará nunca! ¡Nunca! ¡Nunca! ¡No quiere morir! Quiere vivir, y vivirá...

De súbito se abre la puerta y aparece Tania. Al instante observa la excitación de Tioma, lanza una ojeada al vaso, a los fósforos, y lo comprende todo.

—¡Artemy! ¿Qué hace usted? —exclama aterrorizada la doncella.

Tioma ya no tiene más que un pensamiento: hay que vaciar el contenido del vaso antes de que Tania tenga tiempo de tomar éste. Con un movimiento rápido bebe el contenido. Luego dirige a Tania una mirada de terror.

—¡Virgen santa! —exclama Tania.

Y sale fuera, gritando:

—¡Señor! ¡Señora! ¡Artemy acaba de envenenarse!...

El padre acude, mira a Tioma y ordena:

—¡Traigan leche!

Tania corre a la despensa en busca de la leche.

Cuando se la da a Tioma para que la beba, el muchacho hace con la cabeza un signo negativo.

—¡Bebe inmediatamente, miserable, o te romperé la cabeza! —grita el padre, al mismo tiempo que le coge por el cuello.

Le oprime con tanta fuerza, que Tioma, para poder respirar, tiene que inclinarse y alargar el cuello. Y en esta posición lamentable empieza a ingerir la leche.

En este momento se oye un grito de la madre, que acude muy sobresaltada.

—¿Qué sucede?

—Nada —responde el general, con desprecio e ira al mismo tiempo—. Tu hijo que hace sus *trucos*...

La madre, al saber lo ocurrido, cae desplomada sobre la silla.

—¿Quisiste envenenarte?...

En esta pregunta había tanta angustia, tanta emoción y dolor, que Tioma siente que su corazón se oprime. ¿Cómo ha podido querer hacer tan desventurada a esa madre a quien ama tanto? No; él será para ella, siempre, toda la vida, un hijo bueno y afectuoso.

Tioma se lanza hacia su madre, toma sus manos y, llorando, empieza a suplicarle:

—Perdóname, mamá... Ya verás... Seré un buen muchacho... un buen hijo. No te haré sufrir más... Ya verás... Perdóname... Olvida...

—Sí; te perdono y olvido todo —dijo la madre, asustada por la excitación del niño.

—Te lo suplico... —sigue diciendo Tioma, temblando como en un acceso febril—. Perdóname y no llores, mamá, mamá adorada...

—Cálmate, Tioma. Bebe más leche —repetía ella, sin advertir que las lágrimas corren aún de sus ojos.

—Bien, mamá. Mira cómo bebo la leche... Ya no hay miedo..., ya no hay peligro. He bebido tres vasos... Además, no ingerí los fósforos. Mira: todas las cabezas quedaron en el fondo del vaso. Sé cuántas había en total, y quedan..., una, dos, tres, cuatro...

Tioma seguía contando las cabezas con una voz convulsiva, aunque era imposible contarlas en realidad, pues se habían disuelto en el agua y sólo ofrecían una masa compacta.

—¡Catorce! —dijo al fin—. No había más. No tragué ni una... Si quieres, beberé otro vaso de leche, pero tranquilízate.

—¡Hay que llamar al instante al doctor!

—No hace falta, mamá. Te lo aseguro. Ya pasó todo...

—No; será mejor que venga el doctor.

El general escupe de indignación ante esa escena y se va a su escritorio.

—Querida mamá —dice entonces Tioma—, déjalo que se vaya... Si tú supieras lo que he sufrido... Si no me hubieses perdonado esta vez, no sé... Hubiera repetido esto... Sí; me habría suicidado... Pero ahora todo está bien. Siento como si hubiese nacido otra vez. Sé que he cometido un crimen hacia ti, pero sé también que voy a repararlo, y esto hace que me sienta alegre y confiado. Escucha, mamá: ve a visitar al director del colegio y pídele que me permita prepararme otra vez para los exámenes. Yo trabajaré, me prepararé bien, y verás cómo salgo aprobado, porque yo soy listo y puedo estudiar...

Tioma hablaba sin cesar, con voz febril, besando las manos de su madre, mientras ésta lloraba. Tania, sentada al lado del niño, también sollozaba.

—No llores más, mamá; no llores, Tania —decía Tioma sin cesar.

Lo excepcional de las circunstancias ha cambiado totalmente las normas de las relaciones entre la madre y el hijo. Este ahora la trata como a un camarada. Y Tania también es ahora como un miembro de la familia que comparte su dolor.

—Entonces, mamá, ¿irás a ver al director?

—Sí, hijo mío, iré.

—¡Ve ahora! Y yo me beberé otro vaso de leche. Con éste serán cinco vasos...

El pensamiento de Tioma pasaba, con incoherencia, de un objeto a otro. Sentía una irresistible necesidad de hablar, de hablar incesantemente. Su madre le escuchaba angustiada; el estado de excitación del niño le inspiraba inquietud.

—Tania, que avisen en seguida al doctor.

—Al instante, señora.

Cuando salió la doncella, la madre quedóse al lado de Tioma, esperando con impaciencia al médico. Y eran inútiles todos sus esfuerzos para que el niño se callase.

—Tranquilízate, mamá —respondía él—. Ya estoy bien.

Y proseguía su charla.

Los niños llegaban del jardín y entraron en la habitación.

—¡No tenéis nada que hacer aquí! —gritóles Tioma.

Y al mismo tiempo los hizo salir y cerró la puerta.

A los pocos minutos llegó el doctor. Examinó a Tioma, luego escribió una receta. El niño tenía quemaduras en el intestino.

—No es grave —dijo el galeno—. Se curará pronto.

Cuando trajeron el medicamento prescrito, el doctor lo vertió en un vaso, y entregando éste a Tioma, le dijo:

—Beba esto ahora. Y luego puede seguir hablando.

Después de beber la poción quiso volver a su charla, pero su excitación desaparecía poco a poco, y de pronto se sintió cansado, abatido, diciendo a su madre:

—Tengo sueño.

Cuando le acostaron durmióse inmediatamente, por la acción del medicamento.

Al día siguiente Tioma estaba fuera de peligro. Sentía cierta debilidad y atonía de estómago, pero estaba alegre, contento, e insistía para que su madre fuese a ver al director del colegio. Sólo cuando entraba su padre en la habitación el niño quedaba silencioso, y se observaba en sus ojos algo que obligaba al padre a marcharse, convencido de que Tioma le guardaba rencor.

Cuando el médico se presentó, la madre dejó el niño a su cuidado y fué a visitar al director del colegio.

—Para no perder tiempo voy a estudiar mientras regresa mi mamá —dice Tioma.

—Muy bien —contesta el doctor.

Tioma tomó sus libros y se puso a estudiar.

El doctor pasó al escritorio del señor Kartachev.

El general comenzó entonces a lamentarse. "La esposa —decía— aplica un mal sistema de educación a Tioma."

—Hará de él un ser débil, sentimental, nervioso.

—Sí, el niño es algo nervioso —dijo el doctor—. En general, vivimos en una época de nerviosismo. Sin embargo, he de recomendar que no se le trate muy severamente. En otro caso, puede suceder algo malo...

—Pero yo quiero que sea un hombre fuerte, y esa blandura no hace sino estropear al muchacho.

—No olvide que en la actualidad el sistema nervioso es más sensible que en la época en que nosotros éramos niños. En todo caso, debo recomendar cierto tacto...

El señor Kartachev suspira y dice:

—Con ese sistema de educación será un hombre inútil.

El doctor se sonríe.

—Yo le aseguro que es un muchacho inteligente y que nada hay que temer.

El señor Kartachev se pone a pasear nerviosamente por el escritorio.

Al poco rato regresa la madre de Tioma. Da muestras de gran alegría.

—¿Consiente el director? —preguntóle Tioma, saliendo a su encuentro con una *Gramática latina* en la mano.

—Sí, hijo mío.

Tioma salta de alegría.

—Mira, mamá. ¡Ya he aprendido de memoria todos los verbos irregulares!...

Pasaban los días. Tioma, enfrascado en el estudio, apenas se daba cuenta de ello. No dejaba los libros de la mano. A ratos, cerraba los ojos y repetía en alta voz lo que había aprendido. Tenía que examinarse otra vez de latín, de geografía y lengua rusa.

En ocasiones, preguntaba a su hermana mayor:

—Zina, ¿quieres examinarme?

La niña tomaba entonces el libro de manos de Tioma y se ponía a preguntarle de la manera más concienzuda. Tioma respondía muy bien a todas las preguntas.

—Es un crimen no estudiar cuando se tiene capacidad como tú la tienes —decía Zina.

—Ya verás... El año que viene seré el primer alumno de la clase.

—Lo dudo.

—¿Apuestas algo?...

—No.

—Porque temes perder.

—No es por esto. Sé que podrías ser el primero de la clase, pero no lo serás.

—Sí, lo seré..., sobre todo si Mania me quiere.

Mania era una amiga de Zina, a la cual Tioma ya festejaba.

Zina echóse a reír.

—Di, ¿me querrá Mania?

—No lo sé. Si lo mereces...

—¡Pues, yo sé que me quiere!

—¡No es cierto!

—¡Sí, es cierto! Y sé lo que te dijo anteayer en el jardín.

—¿Qué es lo que me dijo?

—No lo diré.

—Pues lo diré yo. Mania me dijo que le haces poca gracia y que está harta de ti.

Tioma fija en su hermana una mirada escrutadora para cerciorarse de si dice la verdad. Luego exclama alegremente:

—¡No es verdad! ¡No es verdad! ¡Si no me quisiera, no me hubiese dicho que quiere a *Yuchka* porque es mi perro!...

—Tú das crédito a las palabras más insignificantes. Te lo ha dicho a propósito...

—No, no. ¡Yo sé que me quiere! —grita Tioma triunfalmente—. Cuando la veas, dile que soy su enamorado y quiero casarme con ella.

—No querrá nunca.

—¿Por qué?

—Ella puede encontrar un marido más conveniente que tú. ¿O es que crees que eres irresistible?...

Por toda respuesta, Tioma agarró por el talle a Zina y se puso a bailar con ella.

—¡Déjame! —dice Zina, protestando—. O le diré a Mania que eres un mal chico...

El día de los exámenes, Tania despertó a Tioma a la salida del sol.

El muchacho vistióse apresuradamente, corrió al jardín y allí pasó revista a sus conocimientos. Se hallaba tan emocionado, que perdió el apetito, y no pudo almorzar. Tomó un vaso de té y subió en el coche, conducido por el indispensable Eremey. Poco después llegaba al colegio.

El director asistía a los exámenes de todas las asignaturas.

Tioma responde sin titubear a todas las preguntas. Los profesores adivinan por su enflaquecido rostro que ha trabajado mucho para ponerse al corriente y presentarse a los exámenes. El director escucha en silencio sus respuestas; mira los claros ojos de Tioma, iluminados por una intensa llama interior, y de pronto siente una inclinación afectuosa hacia el muchacho.

Después de terminar los exámenes, el director le dijo cariñosamente:

—Tiene usted excelentes aptitudes y podría ser el orgullo del colegio. ¿Me promete trabajar?

—Sí, señor. Yo quiero trabajar, estudiar —dice Tioma emocionado y encendido como la grana.

—Pues bien: dígale a su madre que ha hecho un excelente examen.

Tioma, feliz, sale corriendo del colegio.

—¡Eremey, felicítame! —grita al cochero—. ¡He salido divinamente de mis exámenes!

—¡Alabado sea Dios! —dice Eremey, suspirando. Luego añade de una manera inesperada—: ¡Mal rayo parta a los exámenes! Se atormenta a los pobres chicos, y ¿para qué? Es menester, mi querido señorito, que sea usted lo antes posible oficial, luego general, como su señor padre.

Probablemente, era la primera vez en su vida que Eremey pronunciaba un discurso tan largo.

—¡A casa! ¡Pronto! —grita Tioma, subiendo al carruaje, rebosante de alegría.

Su madre lo esperaba en el vestíbulo.

—¿Cómo estuviste? —le pregunta impaciente.

—El director me encargó que te diga que hice unos excelentes exámenes.

—¡Gracias a Dios! —dijo la madre santiguándose. Y agregó—: Santíguate tú también, Tioma.

Pero el niño no lo hizo. Pensaba que Dios no había intervenido en su triunfo; que si había hecho unos exámenes brillantes era gracias a su propio esfuerzo.

—¡Tioma! ¡No hay que bromear con esas cosas! —díjole su madre severamente—. ¡Santíguate ahora mismo!

El niño obedeció, sacóse la gorra y se santiguó.

—¡Eres muy malo! —dijo entonces la madre sonriendo—. Sin Dios no podrás nunca hacer nada, ni lo más mínimo. El es quien te dotó de capacidad.

Su madre hablaba dulcemente, y Tioma sintió, al oír estas palabras, que su corazón se dilataba como se abre una flor bajo los rayos solares.

Su madre lo atrajo hacia sí y besó muchas veces a su hijo. Una efusión de ternura desbordóse del corazón de Tioma, quien empezó a besar calurosamente la mano de su madre.

—Ahora es menester que vayas a dar la buena nueva a papá —dijo la madre.

Tioma corrió al escritorio de su padre y gritó lleno de júbilo:

—¡Papá! ¡Salí muy bien en los exámenes!

—Eres un buen muchacho —dijo el padre, besándole en la frente.

Tioma besó a su vez la mano de su padre, y muy contento pasó al comedor.

La mesa estaba servida con cierta solemnidad. El *samovar* brillaba y despedía nubecillas de vapor. Delante del sitio en que se sentaba Tioma había un hermoso ramo de flores en un lindo vaso, y también los pastelitos que le gustaban tanto a él.

La madre le sirve un vaso de té un poco cargado, como le gusta a él, y leche caliente. Tioma tomaba el té con los pastelillos, satisfecho, radiante, sintiéndose el héroe del día.

—¿Saliste bien de los exámenes? —le pregunta Zina, que entra en el comedor en ese momento.

Tioma no se digna responderle, y sigue comiendo.

—Sí, muy bien —dice la madre a Zina.

Ahora Tioma refiere todos los detalles de los exámenes, así como las alentadoras palabras del director. Su madre se siente feliz y orgullosa escuchándole. No saca los ojos de su hijo predilecto. Se diría que ahora no vive sino por él y para él.

—El director tiene un buen corazón —dice—, un noble corazón, a pesar de su aparente severidad.

Tioma no puede hablar. ¡Se siente tan dichoso! Como si fuese otro Tioma regenerado. ¡Oh! Ahora va a comenzar una nueva vida. ¡Valor y ánimo!

EL PADRE

XII

Empezaba a decaer la magnífica salud de Nicolás Semenovich Kartachev. Aparentemente, nada ha cambiado en él: la misma esbeltez, la misma figura airosa, con bigotes y estrechas y pequeñas patillas; la misma raya en el peinado echado hacia las sienes. Sin embargo, tras esa apariencia de hombre bien conservado, se nota un cambio en él. Se volvió más jovial, más afectuoso, y busca a menudo la ocasión de estar al lado de los suyos.

El más impresionado por ese cambio operado en el carácter de su padre era Tioma, pues aquél siempre fué más severo y más rudo hacia él que hacia los demás.

No obstante esa buena voluntad por ambas partes, la aproximación del padre y del hijo verificábase muy lentamente.

—¿Y qué te parece el mar?... —preguntó una noche Tioma a su padre, cuando toda la familia tomaba el té, en compañía del profesor de música, un joven muy delgado, muy modesto y tímido.

—¡El mar! —interrumpió la madre con disgusto—. Se pasan todo el tiempo remando, hasta rendirse... Ayer estuvieron remando ocho horas seguidas, ¡figúrate! Y se embarcan en todo tiempo, aun cuando haya tormenta... Un día terminarán por ahogarse.

—En cuanto a eso, yo soy fatalista —arguye el padre, arrojando bocanadas de humo—. No se muere uno dos veces. Y, por otra parte, hay que morir. Y vale más morir haciendo algo, que esperar la muerte sin hacer nada.

Tioma lanzó una mirada a su padre.

—Escucha —dijo la madre entonces—. En primer lugar, trabaja, estudia como tu papá, cásate, y después hablaremos.

—¡Yo no me casaré jamás! —exclama Tioma—. El marino no tiene derecho a casarse; su esposa es... ¡el mar!

Al decir esto, adoptó una actitud de orgullo.

—¿Entonces, Danilov no se casará tampoco? —le pregunta Zina.

—¡Claro que no! Los dos iremos siempre juntos a bordo de un navío.

Hubo un corto silencio.

—En cuanto al fatalismo —dice el padre de Tioma, dirigiéndose al profesor de música—, le diré a usted que en nuestro servicio militar, como, por otra parte, en cualquier otro servicio, un hombre que no es fatalista no puede hacer su carrera... En Germanstadt, nuestro regimiento estaba en el flanco izquierdo... —al decir esto dirige una mirada a su hijo—. En esa época yo era capitán de escuadrón, y mi tío, coronel. Yo tenía la reputación de un oficial rebelde. Y no lo era en modo alguno. Pero las órdenes estúpidas, absurdas, me desesperaban terriblemente. Bien... A poco estaba montado en mi *Diablo*...

—El caballo de papá —explica Tioma.

—Entonces me dirijo a los oficiales... Desde la colina veíase muy bien todo el valle, ocupado por la vanguardia de los húngaros con dos cañones y unos dos mil hombres formando el cuadro; detrás de ellos hallábase el resto del destacamento, catorce mil hombres. Sobre la colina del otro lado estaban nuestras tropas. "Si se pudiera —me dije yo—, atacando la posición de ese cuadro, aprovechar la ventaja y seguir adelante, sería fácil acercarse sin disparar un tiro". "Para esto hay que sacrificar un regimiento por lo menos, y sólo para acercarse al cuadro", dijo el capitán. Yo comencé a discutir con él, asegurándole que me bastaba con mi escuadrón para deshacer la posición enemiga. Y, en efecto, ¿qué era aquel miserable ejército, con todos sus cañones, fusiles, etc.? Un ejército formado por zapateros, organilleros; en fin, de toda clase de gentuza. En cambio, nuestros soldados son bravos guerreros... Le digo esto a mi tío, y él me responde: "Estás loco. Dices tonterías... Se ve, jovencito, que todavía no sabes lo que es la pólvora... Ve, ve a la posición enemiga..., eso te enseñará". No dijo más. En aquel instante veo al ayuda de campo del comandante en jefe que corre con la orden de enviar el escuadrón contra la posición enemiga. Sin pensarlo apenas, digo entonces al oído de mi tío: "Escucha, tío: o me das satisfacción por tus palabras ofensivas para mi honor, o buscaré otro medio de satisfacción..." Pronuncié estas palabras sin pestañear. Mi tío estaba casado..., era padre. En los campamentos o vivaques escribía a los suyos cartas tranquilizadoras. ¡Y de repente le proponía yo un desafío! El me lanzó una mirada terrible, como preguntándose qué quiere de él ese diablo de sobrino. Escupió de ira, y dirigiéndose a los oficiales, dijo: "Señores: ¿creen que tiene el derecho de ir al ataque?" Luego, me dijo a mí: "Ahora tendremos el gusto de ver cómo te las arreglas. Ataca la posición... Pero, a propósito, ¿quieres decirme quién puede interesarse por ti, desde el momento en que no te queda nadie en el mundo, excepto yo?"

Al llegar a este punto, el padre de Tioma se sonrió y prendió otro cigarro.

En cuanto a Tioma, guardaba silencio, impresionado por lo que acababa de oír.

Luego, el padre, mirando a Tioma de soslayo, prosiguió:

—Y era verdad que en aquella época yo no tenía a nadie, era huérfano... Pues bien: al instante me dirijo hacia mi escuadrón, gritando: "¡Hurra! ¡Hijos míos! Vamos al ataque... Si lo ganamos, el zar nos recompensará. Y yo os daré todo el *vodka* que queráis. ¡Adelante!

¡Aunque sea a la boca del infierno!"... Al dar yo la voz de mando, nos lanzamos al ataque. Al otro lado del barranco, en medio del valle, había una pequeña colina, detrás de la cual yo quería situar al escuadrón, y luego desplegadas las filas, lanzarme sobre el cuadro enemigo. De pronto veo un arroyuelo que antes no había observado. Había que bajar del lado derecho. El arroyuelo no tenía más de seis metros de ancho, pero sus orillas eran muy fangosas. Voy solo. No hay medio de marchar. Mis piernas se hunden hasta las rodillas, y sólo gracias a mi caballo conseguí volver sobre mis pasos... No se puede hacer nada. Voy al pequeño puente para ver la manera de pasar el arroyo por un sitio menos descubierto; pero está en tal estado, que un hombre a caballo puede pasar difícilmente. No se siente tanto la angustia de la muerte cuando se marcha a caballo, aun cuando éste o el jinete caigan... Pero el espectáculo de ver caer al soldado herido, de oírlo gemir, produce mal efecto sobre las tropas. Comprendo que esto los desalienta... Yo mismo me siento intranquilo, pues comprendo que tengo alguna culpa... Algunos soldados caen heridos por las balas enemigas... Siguen cayendo... Ya he perdido un puñado de hombres. Esto pesa en mi conciencia. Entonces me vuelvo hacia mis soldados. Parecen muy disciplinados, pero no dejan de comprender lo que sucede. Entonces les digo: "Compañeros: fué por culpa mía, y pido que me perdonéis... Os juro que si vivo, haré todo lo posible para expiar mi falta; pero, entretanto, no me traicionéis".

Al llegar aquí, el narrador vuelve a fumar.

—Los soldados se animan. "No tema —gritan—. Lo queremos como a un padre"... No hay que olvidar, amigos míos, que ocurría eso en la época del zar Nicolás I, con su disciplina de hierro. Se comprende fácilmente hasta qué punto apreciaban el buen trato aquellos hombres buenos y bravos. Sus palabras inolvidables me conmovieron intensamente. Y aquél fué el momento trágico. Yo mismo estaba tal vez cerca de la muerte. Consideraba a los soldados como hijos míos, y no sólo los compadecía de todo corazón, sino que en aquel momento hubiera dado mi vida por cada uno de ellos. Y los soldados tenían idénticos sentimientos... Bajo el fuego enemigo, ocuparon sus puestos. El espectáculo era realmente soberbio. Era el 25 de julio. El tiempo estaba espléndido, y el sol brilla en el límpido cielo. Todas nuestras tropas se hallaban a la vista... Los ulanos, arrogantes, con sus rojos uniformes. ¡Qué bravura! Empezó el avance, como si se marchase al paraíso, a pesar de la muerte, del infierno que les esperaba a todos..., a pesar de los millares de fusiles colocados ante nosotros...

El padre de Tioma guarda un instante de silencio, como para recordar mejor aquellos trágicos momentos.

—Pues bien: vamos al ataque. Empuñé las bridas de mi caballo, y el animal comienza la marcha. Yo le llamaba *Diablo*. No podía tocársele entre las orejas. Para el caballo eso era una cosa insoportable. Se lanzaba entonces a la carrera, sin ver ante sí ningún obstáculo, ni talud, ni muro, ni el mismo fuego. A menudo se me había dicho que con aquel caballo cualquier día me estrellaría. Pero yo lo quería mucho y no tenía valor para separarme de él... Los corceles empiezan a acelerar el avance. Todo el escuadrón, como un solo hombre, marcha con las picas adelante... La tierra tiembla... La carrera ya es vertiginosa... El enemigo nos espera. No tira... Está preparándose..., para disparar a boca de jarro. Ese silencio nos enerva; quisiéramos oír las descargas de fusilería... Nada... Esto es insoportable... Pero en un abrir y cerrar de ojos, todo cambió. Del escuadrón no se ven más que nubes de polvo... Una terrible mezcolanza de caballos de cuerpos... "¡Adelante!" Nadie se mueve. ¡Qué vergüenza! ¿Qué es lo que veo? Mis soldados retroceden. "¡Hijos míos! ¿Qué hacéis?" les grito. Ellos no me oyen siquiera. ¡Dios! Me siento lleno de cólera... "¡Miserables!"..., grito. Y para salvar la situación, excito a mi caballo entre las orejas. Como siempre, eso lo enfurece. Se encabrita y acaba por lanzarse adelante, en una vertiginosa carrera. Hubo un momento de silencio. No recuerdo sino vagamente lo que pasó... Aquello era una verdadera tempestad. Mi escuadrón me sigue, hasta el último jinete, rompe las líneas enemigas y carga con furia. El enemigo, sobrecogido, deshecho, busca el modo de salvarse, de huir. La batalla es encarnizada. Mis soldados hieren, matan. El ruido es infernal. No sólo mis hombres, sino los caballos, están llenos de furia. Los corceles, con las orejas tendidas, enseñando las mandíbulas, aplastaban a los enemigos.

El narrador guardó de nuevo silencio y empezó a echar bocanadas de humo de su cigarro.

El silencio dura mucho y Zina lo interrumpe:

—Y tú, papá, ¿mataste muchos húngaros?

—No; yo no maté a ninguno —respondió su padre sonriendo—. Mi sable ni siquiera estaba afilado. Además, era un sable muy malo, que no servía para nada.

—Papá, ¿y cómo conseguiste dominar a tu caballo? —volvió a preguntar Zina, a quien le gustaban las cosas precisas.

—Fué otro quien le hizo detenerse... con una bala. Esa bala iba destinada a mí, pero fué a mi pobre caballo al que mató. El caballo había caído con todo su peso sobre una de mis piernas. Mientras yo hacía esfuerzos para librarme, de repente vi a alguien que apuntaba sobre mí. Fué un momento terrible. Yo me despedía ya de la vida. De pronto veo a uno de mis suboficiales que se acerca apresuradamente. Era un borrachín, pero un bravo soldado, de una musculatura poderosa; dió un golpe con todas sus fuerzas al húngaro, asestándole un formidable sablazo en el cráneo. El húngaro no lanzó un ¡ay! siquiera, y cayó muerto de una manera fulminante. Cuando lo miré de cerca, vi que era un muchacho de unos quince años. Con las manos extendidas, miraba al cielo con sus ojos muertos... ¡Ah! ¡Dios mío! ¡Qué cosas he visto!... Por la noche tuve una pesadilla; no veía más que muertos, heridos, toda suerte de horrores... Por la mañana me despertó mi asistente. Mis soldados me creían muerto, y se alegraron mucho al verme.

—¿Y cómo recompensaste al suboficial que te había salvado la vida? —preguntó Zina.

—Quiso que le diesen *vodka*, ¡el borrachín! Pero yo no le di una gota. En lugar de eso, le regalé mil rublos, y fué a su esposa a quien los entregué, no a él.

Al llegar a este punto, el general se levantó y dirigióse a su despacho.

* * *

Algún tiempo después de ese relato, Nicolás Semenovich Kartachev sintióse tan mal, que tuvo que guardar cama. Ya no habría de levantarse más. Las campañas, las heridas, el reuma, han producido sus efectos en aquella fuerte constitución física. Ya no es el mismo Nicolás Semenovich. Sin su uniforme, con la cabeza caída sobre la almohada a causa de la debilidad, cubierto por la ropa de la cama, a través de la cual se advierte un cuerpo flaco y doliente, el pobre Nicolás Semenovich parece agotado, impotente, aniquilado.

Ese aniquilamiento conmovía y provocaba lágrimas involuntarias. Tioma, muchas veces, oprimido el corazón al ver a su padre en aquel estado, apresurábase a salir, llevando consigo a su hermanito Sergio, que sólo tenía nueve años.

—¿Qué tienes, pequeño? —le preguntaba

Fin de "PRIMAVERA

Tioma, viéndole llorar después de salir de la habitación del enfermo.

Volviendo hacia su hermano su pequeño y pálido rostro, Sergio dice con voz temblorosa:

—¡Pobre papaíto! ¡Pobrecito papá!...

Esas palabras hacían sufrir a los corazones infantiles. Sus rostros cubríanse de pequeñas arrugas; las lágrimas se agolpaban a sus ojos y sus corazones se llenaban de tristeza.

—¡Calla, calla! No llores más —decía Tioma, queriendo detener sus lágrimas y las de su hermanito menor.

Y va a ocultarse lo más pronto posible en su rincón, desde donde no se oirán sus sollozos.

Un día, al regresar del colegio, Tioma adivina al instante que la desgracia irreparable se acerca. Come a toda prisa y entra de puntillas en la habitación del enfermo, abriendo con cuidado la puerta.

Su padre no hacía el menor movimiento. Miraba ante sí con semblante pensativo y misterioso. Al verle así, Tioma sintió el impulso de abrazar muy fuerte a su pobre padre, de decirle cuánto le ama; pero el hábito es más fuerte que él. No podía vencer el sentimiento habitual de embarazo y timidez que siempre experimentaba delante de su padre. Y sentóse sin hacer ruido en una silla, cerca de la cama.

El padre fijó su mirada en el rostro del niño sin decir nada, pero con una expresión de ternura. Veía y comprendía muy bien lo que pasaba en aquella alma infantil.

—¿Y qué me dices, Tioma? —preguntó al fin, con voz llena de dulzura y cariño.

Tioma levantó la cabeza. Sus ojos expresaban su ardiente deseo de decir a su padre cosas amorosas; pero no encontraba las palabras necesarias.

"Es triste que yo tenga que aparecer tan frío, tan poco expresivo", piensa Tioma con sincero dolor.

El padre adivina su estado de ánimo y, exhalando un suspiro, dice con tono extraño:

—Consérvate bien, hijo mío.

—Los dos, mi querido papá.

—No, hijo mío... Ya es tiempo de que yo parta..., a un viaje remoto... —agregó al cabo de un instante de silencio.

Hubo una pausa, unos momentos de inquietud y de angustia. Los dos piensan a su manera. El padre, en su pasado. El hijo se siente atormentado por un sentimiento, mezclado de amor a su padre y de pesar por la falta de palabras para expresarlo.

El padre rememora toda su larga vida.

—Yo vivía —dice al fin— como podía hacerlo... Todo pasó ya... Pero tú también vivirás..., sabrás muchas cosas..., y acabarás del mismo modo: al caer en el lecho, esperarás la muerte... Y como la vida se hace más complicada, ésta será más difícil aún... Lo que ayer todavía era bueno, hoy nada vale... Nosotros éramos educados, por decirlo así, en el uniforme militar, y toda nuestra vida se concentraba alrededor de él. Considerábamos el uniforme como nuestro orgullo, como nuestra gloria, como una cosa sagrada... Amábamos la patria, el zar... Pero los tiempos han cambiado... Recuerdo que, siendo pequeño, nada más que el ver a un general me hacía temblar. Era un Dios para mí. En cambio, yo paso ahora por la calle y ni siquiera se fijan en mí. Un petimetre cualquiera pasa al lado tuyo, con la cabeza alta, mirándote a través de sus lentes como si hubiese conquistado el universo... Y es triste en todo caso morir en un medio extraño... Por otra parte, es la suerte de todos... A ti te sucederá lo mismo, y entonces verás cuán triste es que no nos comprendan y no se vea más que el lado débil de los seres.

Al llegar a este punto, el padre incorporóse y miró fijamente a su hijo, con una severa expresión.

—Y ahora escucha —le dijo—. Si alguna vez traicionas al zar, yo te maldeciré desde el otro mundo...

Silencioso, con los ojos desmesuradamente abiertos, inmóvil, Tioma seguía apoyado en el borde de la cama.

Muy pronto, el padre manifestó el deseo de quedarse solo.

Por la tarde el enfermo pareció animarse un poco. Bendijo a los niños y estrechó dulcemente la mano de Tioma, cuando éste, como de costumbre, tomó la de su padre para besarla. Entonces su progenitor le dijo con calma:

—Tú eres ahora el joven dueño de la casa.

Conmovido por estas inesperadas palabras, Tioma comenzó a sollozar, abrazando a su padre y cubriendo de besos su rostro.

En la habitación reina ahora el silencio; sólo de vez en cuando se oye el llanto, lleno de tristeza y desolación, de la familia huérfana; tampoco puede contenerse ya el padre. Una oleada de vida, vibrante y cálida, animó su ser, llegando a su corazón. Su rostro, inmóvil y tranquilo hasta entonces, se estremeció, y cálidas lágrimas comenzaron a caer sobre la almohada. Cuando todos se han tranquilizado y le contemplan en silencio, su semblante metamorfoseado tenía cierta expresión, como si el aura de una vida nueva e incógnita lo envolviese. Su mirada tranquila y un poco severa hablaba de aquel inmenso abismo que le separaba, a él, moribundo, de los que debían vivir aún: el abismo entre el infinito, la eternidad clara y lo que quedaba en la tierra lleno de movimiento, de transformaciones y de pasión.

—Yo os bendigo... Sed dichosos... —murmuró, haciendo la señal de la cruz sobre todos los suyos.

A medianoche todos estaban de pie.

Comenzó la agonía...

Los niños, silenciosos, con los ojos muy abiertos, no se acostaban. Esperaban, angustiados, algo horrible e inevitable.

El padre murió cuando empezaba a alborear.

Su cuerpo descansa sobre una mesa de la sala. Los blancos tejidos y los candelabros encendidos marcan ese límite que existe entre la vida y la muerte. El padre, severo, pero tan bueno y honrado al mismo tiempo; el padre, con quien toda la vida estaba tan estrechamente ligada; cuya presencia se sentía siempre y en todas partes; que penetraba en todas las fibras de la existencia, no podía ser aquella cosa muda, inerte, inmóvil. Era inverosímil creer que había partido para siempre. Parece que ha salido un momento, pero volverá pronto; se sentará y comenzará a fumar en su pipa, con aire alegre y satisfecho. Y contará todas sus campañas, no olvidando a sus camaradas...

* * *

Los candelabros están prendidos; la carroza fúnebre brilla bajo los cálidos rayos del sol. El dilatado y solemne cortejo sigue al catafalco. Sopla la brisa primaveral, llena de aromas, a pesar del polvo y del calor. Se querría ir al campo, arrojarse sobre la fresca y tierna hierba y pensar en todas las alegrías de la vida, mientras el túmulo y el cortejo funerario anuncian la muerte. Ellos recuerdan insistentemente que, muy pronto, desaparecerá para siempre el ser amado.

Las lágrimas anegan los ojos del joven Kartachev. Compadece a su pobre padre, a los vivos y a la vida toda. Piensa en las caricias del amor puro. Ama a su madre..., a todo el mundo..., con todo lo que en él hay de bueno y de malo. Le gustaría pasar por la vida haciendo el bien a todos y luego desaparecer en el infinito azul del firmamento.



¡PLATITA, PO!...

Cuento, por
Juan García Orozco
ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

ILUSTRACIONES DE MARIANO ALFONSO

¿Por qué andás triste, Serapio? —lo interrogó don Ismael.

—Por nada, po... —y Serapio siguió empujando los barriles que acababan de descargar frente al almacén.

—Vos no me decís la verdá. Ya sabés que te quiero como a un hijo.

Serapio terminaba de acomodar el último barril en el patio del negocio, en el cual se amontonaban cajones, botellas, leños y otros enseres y mercaderías. Regresó secándose el sudor con el dorso de la mano morena, mirando contrariado la faz de su patrón y protector, por quien sentía un afecto casi filial, no demostrado nunca por su carácter silencioso, retraído, tímido.

Serapio, en verdad, sentía un hondo afecto por su patrón. Fué recogido por éste a los diecisiete años, e hizo de él un hombre útil después de pacientes consejos y enseñanzas que lograron borrar en el pueblo la fama de haragán y pendenciero que tenía entre la gente de los boliches y las chinitas. Ahora ya había cumplido veintidós años y logrado algunos ahorros que don Ismael le administraba con honradez y afecto. Fué en vano que Serapio, con excusas, le pidiera dinero de sus ahorros para tales o cuales gastos o compromisos: don Ismael no cedía; y era ahora cuando el fiel Serapio, dueño de una regular suma de dinero, base de su futuro bienestar, si sabía ser hábil y prudente, pensaba formar su hogar con la mujer que ya tenía elegida.

Por la noche, después de la cena, y cuando estuvieron solos, don Ismael lo observó y le dijo:

—¿Qué te sucede? Decíme, po...

—Y... qué ha de pasar... —repuso con timidez, bajando los párpados y haciendo pelotitas con las migas de pan.

—Hablá, hombre. Sabés bien que soy como tu padre; te queremos, mi mujer y yo, como a un hijo. ¿No es cierto?

—Es cierto, don Ismael; y yo le estoy muy agradecido...

—Y bueno, por qué no has de contar qué te ocurre...

—Y... que la Dulciria...

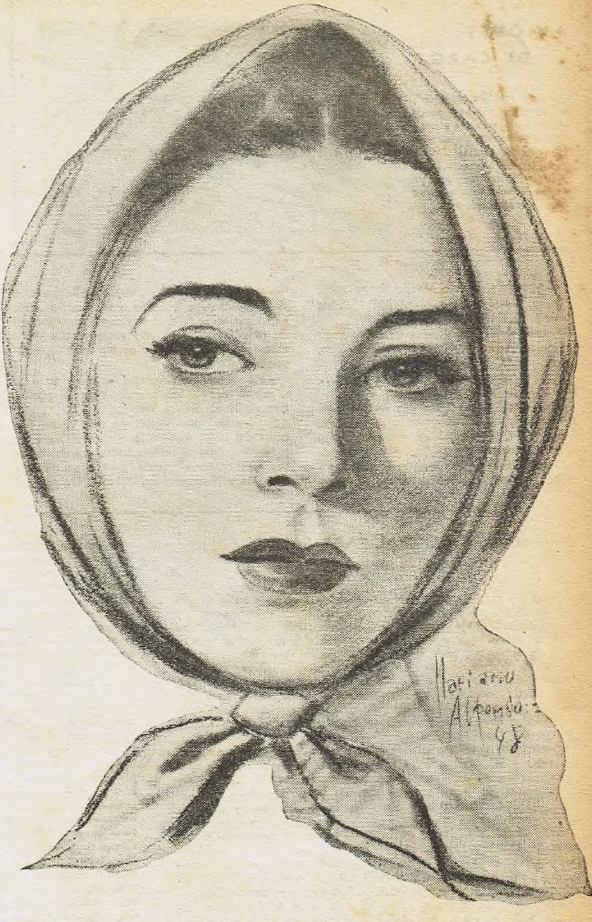
—Ah..., ya..., ¡lo suponía!.. También me lo dijo mi mujer; pero es cosa de varones tener amores y casarse. Comprendo ahora tus pedidos de plata. ¿Y qué dice ella?

—Y... ella..., nada..., que me quiere, po. Pero don Cleto está hecho una furia. Todo porque como tiene alguna plata..., y es presidente del club del pueblo..., y se rejunta con lo principal... Endispués, yo compriendo; mi fama de haragán...

—La tenías, pero ahora no; ya hace rato que sos un hombre trabajador, y tenés tu platita, que yo bien te la guardo. Y si hay correspondencia entre los dos... Es lo prencipal...

—La Dulciria dice que sí... ¡Buena moza está!... ¡Y mucho sufre la pobre!...

—Bueno, mirá —repuso don Ismael levantándose y palmeándolo paternalmente—, dejalo por mi cuenta. Yo lo voy a ver a don Cleto que, aunque no tengo mucha relación con él, bien lo conozco. Orgulloso, no más, se ha puesto porque juntó unos pesos; pero



ya le contaré todíto y de seguro que tendré éxito para vos.

—¡Dios se lo pague, don Ismael!

Y Serapio salió a la calle ancha del pueblo, y sentándose en un banco de madera púsose a fumar contemplando la noche estrellada; pero con el corazón y los anhelos puestos en la Dulciria, en la bella morena de sus desvelos, que allí cerca vivía vigilada sin salir apenas, desde que el celoso don Cleto se enteró de los galanteos de Serapio.

* * *

Después de la confesión que Serapio hizo a don Ismael, no veía la hora que lo hablase a don Cleto para conocer el resultado de su mediación. Seguramente lo vería el domingo en el club. La incertidumbre crecía hora a hora en el corazón enamorado del simple y bueno del mozo. Y aunque tenía fe en el éxito de su patrón, sin embargo, habíase hecho el propósito de raptar a la Dulciria si el padre se oponía. Este pensamiento, no obstante, le nublaba su alma noble, sobre todo por el pesar que le causaría a su protector, y además, porque sus ahorros no estaban en sus manos aún.

—¡Será para mí la florcita esa! —decíase de continuo, y sus ojos retintos, abotagados, de mirada esquiva, ladina, herencia de su sangre aborigen, cobraban un extraño fulgor.

En su cuarto no le faltaban sus buenas bombachas, su cinturón de cuero adornado con monedas de plata, su pañuelo de seda, sus botas, iguales que las del patrón, regaladas por éste un día de Año Nuevo. Podía presumir porque además de ser joven y buen mozo, tenía su dinerito. ¿A qué venía el orgullo de don Cleto, pues?

—No me entiende, po. ¡Me disprecia, sin motivo! ¡Es claro, la fama no más que me han echao en el pueblo! Pero la Dulciria me quiere..., y eso es lo principal... —repetíase este soliloquio hora a hora, siempre con el pensamiento en la amada, ansioso como nunca de la llegada del domingo.

Ese sábado, como de costumbre, salió Serapio a ver a Dulciria, que lo esperaba a la hora de siempre aprovechando que don Cleto jugaba a las cartas en el club con los amigos.

Iba con sus mejores prendas, y lucía por igual sus ricas botas y su alazán brioso. Al tranco, marchaba por el camino de tierra, pensando en Dulciria, a la cual iba a referirle lo conversado con don Ismael.

Un olor a campo húmedo, a albahaca, a eucalipto, a flores silvestres, emergía de todas partes, ensanchándole los pulmones y alegrándole el corazón.

Una luz pequeñita, amarillenta, alcanzó a ver en la ventana de Dulciria.

—Ya me espera..., ya me espera... —se dijo anheloso, feliz.

De pronto sintió nacer en su pecho simple y enamorado aquella idea que lo torturaba y se iba haciendo cada vez más firme: raptarla si se oponía don Cleto.

* * *

—Vea, don Cleto —dijo don Ismael sentándose frente a él en la mesa del club después de saludarse—, tengo que hablarle de un asunto de importancia.

—Y.... hable no más..., pa eso estamos, pa escuchar...

—Se trata de la Dulciria.

—¿De mi hija?

—Sí, de su hija.

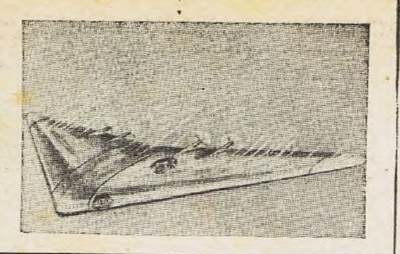
—Ah, ya caigo. Y de ese haragán de Serapio... ¿no?

—Perdone, don Cleto, pero usté está confundido; no es haragán ni mal muchacho. Ya hace ratito que trabaja bajo mi techo y no tengo ninguna queja: es güeno, trabajador, simplazo y tiene su platita..., que yo le he obligao a guardar... Ha de hacer muy feliz a la Dulciria. Y sé que se quieren.

—No puede ser; mi hija no puede querer a ese haragán. ¡Si todo el pueblo sabe quién es el bicho ese! ¿No recuerda cuando andaba tirao por áhi, sin querer doblar el lomo?... ¡Qué duro e'i memoria había sío, po!... Ni me hable de ese...

—Usté está en un error, don... Acuerdesé, po... Mejor que Serapio no va a encontrar la moza. Y ya está en edá de merecer. Serapio le arrastra el ala dende hace rato.

AVIONES DE CARGA



El "ala voladora Northrop", aeroplano experimental, puede cargar unas cincuenta y cinco toneladas, además de su peso de cuarenta toneladas. Esta es una gran conquista, pues hasta la fecha, los aviones no podían transportar una carga mayor que su propio peso.

pio le arrastra el ala desde hace rato.

—No, no; usted está equivocado. Mi Dulciria no hace nada sin mi autorización.

—No crea, don. Y lo peor es que están muy enamorados. Además, el mozo, como le digo, tiene su platita, y bastante...

—Por usté, segurito, nada le va a faltar... ¡Pero mi hija, no creo!

—¡Oh, yo sí; yo sí conozco a las mujeres! Y le aseguro que faltar, nada le va a faltar. Porque, ¿sabe? (le habló en voz muy baja, ojos como para conocer su impresión). He hecho testamento para que cuando muramos yo y mi mujer sea el único heredero de todo. Ya ve, don, cómo tuvo mal ojo. Repito que el muchacho es buenazo y trabajador. Ah, oiga, que no se le vaya a escapar esto, porque él, ni adivina... ¡Mucho amor propio tiene el mozo! Y si sabe que es por esto..., ¿me compriende, no?

—Pierda cuidao, don. Que se casen no más, si se quieren. Mi hija también tiene su platita, que algún día ha de heredar.

Se despidió don Ismael de don Cleto. Iba cerca del oído, mirándolo muy hondo en los pensando cómo el interés había resuelto todo tan fácilmente, allanando el camino al matrimonio a Serapio y la Dulciria. De pronto, cambiando de idea, se dijo que acaso era mejor no ocultar lo hablado al muchacho, porque era su deber revelarle la verdad para que él mismo resolviera. Así fué. Apenas volvió Serapio de ver a hurtadillas a su novia, le dijo:

—Mirá: ahora tenés permiso pa visitar a la Dulciria, y hasta pa casarte cuando querás. Pero debés saber que todo ha sido porque le dije a don Cleto que tenés plata.

—Ajá. ¡Plata! ¡Viejo angurriento! ¡Orgulloso! ¿Qué se habrá pensao? ¡Pues nada será así! —y después de echar una mirada ladina agregó: —Gracias, don Ismael. Ha hecho por mí lo mismito que haría un padre; pero yo resolveré todito con ella no más.

Minutos después galopaba de nuevo hacia lo de la Dulciria. Ahora conocía el alma de don Cleto. Comprendía que a éste no le importaba su fama de haragán, sino saber que tenía dinero, mucho dinero.

—¡La plata! ¡La platita! ¡Aj! —reflexionaba al correr de su caballo, y en su corazón, como una llama perenne, ardía el amor a Dulciria, puro, fuerte, varonil, sin otra razón que la humana.

Nada quiso decirle Serapio a la moza de lo conversado entre don Cleto y su protector. Sólo le habló de su querer, día a día más hondo. Y todo se resolvió como había dicho, "con ella no más".

Pocas horas después, en el alazán, iluminados por el lucero, galopaban los dos, enlazados sólo por el amor, poseídos por el eterno y primordial sentimiento humano, el único que hace felices a las criaturas. ◈

CARGA GENERAL PARA SANTOS

(CONTINUACION DE LA PAGINA 18)

Christian era tacaño porque deseaba abandonar el mar; en lo demás era un hombre bueno; lo que se llama corrientemente bueno.

No sé exactamente lo que ocurrió aquella tarde tras la mampara de vidrios opacos que ocultaba el escritorio del gerente, ni puedo imaginarme la escena, pues, como primer oficial, jamás pasé más allá del arcaico escritorio de caoba en que el viejo capitán de armamentos, compañero de infancia del fundador de la compañía, luchaba con un fárrago de papeles, siempre desordenados, tras una ventana que encuadraba un sucio recoveco del puerto. Por lo que durante el viaje pude entender de las explicaciones de Christian, la alternativa que se le ofreció fué bastante clara.

—No podemos tener un capitán para que navegue a su antojo, ni comprendemos sus razones —fué la respuesta—. Si no quiere ir a Santos nos veremos en la obligación de tomar otro capitán de nuestra confianza, y no nos gusta cambiar cada viaje de comando.

Era un despido claro y terminante en una época en que resultaba difícil obtener un buen comando en otra compañía para un despedido de la Blue Castle. Y Christian estaba en el puente el día que largamos amarras de Thilbury Docks.

Como primer oficial, yo estaba encargado de reunir una nueva tripulación, pues, en esa época, las tripulaciones se renovaban cada viaje. Tan pronto como se sabía que nuestro destino era el puerto de Santos se producía una reacción entre los centenares de marineros desocupados, y la noticia se extendió rápidamente por todos los lugares de reunión y oficinas de enrolamiento.

—¿Santos? Prefiero un viaje en lastre por el Cabo de Hornos en un cuatro palos finlandés —fué la respuesta de un viejo carpintero que salió por la planchada con las manos en el fondo de los bolsillos.

Todo el mundo sabía que muchos barcos estaban fondeados en las radas tropicales sin poder completar sus tripulaciones diezmadas por la fiebre amarilla.

Por fin, pude reunir un puñado de residuos de muelle, lo que en la jerga marina se ha dado en llamar "beachcombers", peinadores de playa. Gente desembarcada de diferentes buques por razones que era mejor no averiguar; por otra parte, hubiera resultado inútil, pues hubiese llegado a la conclusión de que todos sus capitanes y primeros oficiales anteriores eran unos tiranos, injustos y arbitrarios y que los jefes de máquinas eran unos desconsiderados.

Para un marino experto no hay documento más interesante y explícito que una libreta de navegación; exento de toda retórica accesoria, sin repeticiones, sin gerundios, sin cómos ni porqués, la sucesión de embarques y desembarque, el nombre de los buques, los puertos de matrícula y descarga, las fechas y las firmas de los capitanes, pintan con claridad meridiana el carácter del futuro tripulante. Las cubiertas de estas libretas, sucias o limpias, forradas o no; las anotaciones de las contratapas, hechas con lápiz casi siempre, hablan claramente de la ingenuidad, la simpleza o la picardía del hombre y de la habilidad y el amor al oficio del marinero mercante. A ser justo, solamente una cosa se hace ilegible al ojo corriente: las más o menos elaboradas firmas de los capitanes; pero a poco de observarlas se descubre una serie de indicaciones interesantes; firmas breves y nerviosas de capitanes rectos, terminantes, imbuídos de un alto sentido de la responsabilidad (o, quizá, sólo sentido de la auto-importancia), sin complicaciones mentales, buenos marinos; firmas infantiles que ascienden y descienden plácidamente, de hombres simples y rutinarios, buenos capitanes para el armador, tacaños y conservadores; firmas retorcidas, enredadas en rúbricas complicadas y envolventes, que quieren ser personales y sólo muestran doblez y temor a la responsabilidad; firmas que comienzan con un circunloquio de espirales y fenecen desvaídas, de hombres vanidosos, de desplantes extemporáneos y pánicos infamantes. Firmas ilegibles y retorcidas de falsos; firmas sintéticas de organizadores y renovadores; firmas tipográficas de estetas; perfiladas de horteras; angulosas de viciosos; ascendentes de orgullosos y descendentes de lacayos. Pero este es otro asunto y me hubiera resultado más fácil contemplar a cada tripulante a los ojos, y las manos, y la forma de pararse, para conocer su capacidad marinera, su temperamento, su disciplina y su lealtad.

Un verdadero hombre de mar no sabe qué hacer con sus manos pero sabe que nunca hablará con un oficial con ellas en los bolsillos; en ese caso casi siempre las une a la espalda o hace girar en ellas su gorra, se para alternativamente sobre un pie o sobre el otro y responderá siempre: "Sí, señor" o "No, señor", según la ética marinera; mirará de frente y recordará el nombre de todos los oficiales con que navegó, y también sus sobrenombres.

—¿Cuál fué su último embarque?

—En el "Dinha", con el capitán Smith, al que llaman el "Ñato".

—¿Por qué desembarcó?

—Porque el buque amarró.

El otro, el rata de muelle, el marinero de paso, meterá las manos en los bolsillos, se moverá con desparpajo, la gorra metida hasta las orejas y hablará más de lo corriente, desplegando amplios conocimientos de los artículos tales y cuáles y casi siempre queda desembarcado de los distintos buques en una forma más o menos complicada, con in-

tervención de los cónsules o desertando en puertos inesperados.

—¿Cuál fué su último viaje?

—En un panameño. Hice el viaje hasta Cape Town y desembarqué porque la comida era una porquería.

—¿Quién era el capitán?

—No recuerdo; era un griego alto, picado de viruelas, que nos mataba de hambre. Nos presentamos al cónsul, pero los dos estaban de acuerdo...

Sin embargo no estaba en condiciones de seleccionar mucho y pude llamarme afortunado cuando reuní una tripulación completa que nos permitiera, al jefe de máquinas y a mí, dormir tranquilos de vez en cuando.

Por lo que a mí respecta no puedo aducir méritos de ninguna especie por la realización de semejante viaje, ni siquiera el de temeridad o coraje. La única razón era el deseo de completar mi navegación como primer oficial para rendir mis exámenes de capitán. Además, yo era joven, absurdamente joven y absurdamente sano; aun creía en la lealtad, el coraje y la constancia; y la fiebre amarilla me tenía sin cuidado.

* * *

Zarpamos un atardecer neblinoso, después de terminar la carga y apenas cerradas las escotillas.

El estado de ánimo de Christian inspiraba piedad; su angustia pintábase sutil en la voz profunda y en un rodar fugaz de sus ojos grises. Mientras descendimos el Támesis y barajamos la costa del Canal de la Mancha, su preocupación se mantuvo oculta ante las boyas que parpadeaban intermitentes y las sirenas de los buques faros que mugían prisioneros en la niebla.

Los silbatos de los buques que pasaban, mostrando de pronto entre la bruma sus luces lacrimosas, nos mantuvieron en el puente durante dos días y dos noches; con la atención irradiando en todas direcciones, cansados e insomnes, encerrados en un mundo pequeño e ilimitado a la vez; encerrados en nosotros mismos y proyectándonos simultáneamente más allá de los sentidos, como animales primitivos o como átomos desorbitados. Uno a cada banda del puente, con el pecho apoyado en la regala, la cabeza hacia adelante, acompañados por el palpitar de la máquina y el periódico bramido del silbato que envolvía en borbotones de vapor la silueta negra de la chimenea, no hablábamos más que lo necesario.

—¿Lo oye?

—Sí, señor, por babor...

—Ponga máquina despacio...

Repiqueteaba el telégrafo de las máquinas, allá abajo, donde el maquinista de guardia vigilaba el manoteo de las bielas y los cigüeñales; sonaba la respuesta en el puente, y la máquina aminoraba su voltejear mientras el buque iba deslizándose lento en el medio fosforescente, como si tanteara cauteloso al enemigo que se acercaba. El llamado del otro buque se iba acercando y los dos se hablaban durante unos instantes entre la niebla; luego se separaban lentamente.

—Toda adelante — y Christian volvía a su puesto de estribor, enfundado en su brillante impermeable negro.

En la obscuridad veía brillar el punto luminoso de su cigarrillo y adivinaba sus pensamientos. Sólo una vez se me acercó y habló unas palabras como para evadirse de su angustia.

—No quiere despejar... niebla de porquería... Y todo para ir a parar a ese puerto... — Luego se volvió a estribor metiendo, de paso, la cabeza en el resplandor del compás, para vigilar el rumbo que el timonel mantenía hierático como una vestal.

Más allá de Uesant el tiempo aclaró y pusimos rumbo directo a la costa brasileña. Christian, después de dormir durante unas horas, comenzó a dar rienda suelta a su obsesión; no podía hablar de otra cosa que de la diabólica fiebre amarilla. El sabía cómo era, y se extendía en detalles horripilantes sobre los síntomas y efectos de la enfermedad. Se pasaba el día repasando la anacrónica "Guía médica para capitanes", libro empírico, donde la farmacopea inglesa se prodigaba en medicamentos heroicos, terminando invariablemente por recomendar: ..."y en caso de que no se obtuvieran resultados satisfactorios, notando mejoría del enfermo con disminución de la temperatura, se debe recalar al puerto más próximo solicitando la asistencia de un médico". Dejo a cargo de ustedes imaginar la situación de un capitán de velero con un enfermo grave en medio del océano Indico o en una calma ecuatorial. En el recetario de este emocionante libro se prodigaban con largueza los Polvos de Dover, el ácido fénico, los polvos de ipecacuana, el sulfato de sodio y el ácido pícrico, pero sobre todo reinaba soberana una misteriosa mixtura llamada "Black Drough", primera receta de cualquier capitán para dolencias dudosas de marineros mañeros; creo que era laxante, en el mejor de los casos. En cuanto a la cirugía no pasaba más allá de las ventosas, las ligaduras y los entablillados, y si no recomendaba las sanguijuelas era simplemente porque resultaban difíciles de obtener a bordo; a veces, para terror de los capitanes, recomendaba dar algunas puntadas; hacía algunas incursiones en los lavajes de estómago, pero tímidamente, aunque se extendía un tanto pródigo sobre la disentería, culpando de ella a las "aguas malas" y los "alimentos en lata". ¡Libro emocionante e ingenuo! Aun guardo un ejemplar, editado en 1875, como recuerdo de los tiempos idos, de páginas amarillentas y sobadas, oliendo a tabaco y caoba.

A medida que el "Bellatrix" iba dando cuenta de las latitudes, los temores de Christian se exteriorizaban con más vehemencia y sus temores se derramaban especialmente sobre el jefe de máquinas, un viejo amable y pacífico, escéptico, o por lo menos indiferente, para todo lo que no fuera la presión de las calderas y las rotaciones de la máquina; sentado sobre la escotilla de la carbonera o acodado en la barandilla, fumaba su pipa con parsimonia premeditada, mientras Christian le iba describiendo los horrores de la enfermedad.

Sus temores fueron adquiriendo matices religiosos y más de una vez lo sorprendí leyendo un viejo libro de oraciones.

En una oportunidad le sugerí que el mejor medio de disminuir la posibilidad de contagio sería mejorar la alimentación de la tripulación, a fin de fortificar su resistencia a los gérmenes, pero esta idea, que en alguna forma directa o indirecta se cruzaba con sus intereses, fué prontamente desechada.

Ni el encuentro con la barca de cuatro palos "Flora", encalmada en los 2° de latitud norte, pudo distraerlo un tanto de sus terrores. Cuando, a su pedido, paramos la máquina en su proximidad, el primer oficial vino a bordo con un paquete de correspondencia para despachar en Santos y algunos viejos periódicos de Boston y se llevó su buena charla sobre los síntomas del Yellow Jack; cuando lo acompañé hasta la escala de gato comenzó en forma significativa:

—¿Qué le pasa al viejo?

* * *

No bien subió al puente el práctico de Santos nos informó jovial que la fiebre estaba intensificándose en la ciudad, y consideraba esta noticia como un asunto natural. Conversaba voluble sobre los numerosos funerales de víctimas de la fiebre a que había asistido, provocando la tirria de Christian, que lo escuchaba desde lejos, sudando copiosamente.

El puerto, calcinándose bajo el sol de enero, presentaba un aspecto hostil; las casas, pintadas de blanco y ocre, refractaban la luz formando una calima rojiza que flotaba sobre ellas y de la que emergían los campanarios grises de las iglesias barrocas. Las basuras arrojadas al río frente a los buques flotaban sobre el agua atigrada y aceitosa. Los buques abandonados dormitaban sobre las cadenas del ancla como cuervos abotagados; en un intento de aislar la plaga eran utilizados como lazaretos; calcinados por el sol, con lamparones blancos y rojizos del óxido en el casco; con sus jarcias desfocadas, parecían ellos mismos enfermos agonizantes. De vez en cuando la superficie tornasol del río era rasgada por las "catraias" que transportaban enfermos a los buques y los muertos a los crematorios de tierra.

Durante el viaje, Christian y el mayordomo habían preparado meticulosamente el alojamiento del capitán para resistir a la plaga; cada hendidura fué calafateada con la mayor atención, los ventiladores taponados y los ojos de buey cerrados a tope; los mamparos y muebles fueron rigurosamente desinfectados y sobre las puertas se colgaron sábanas impregnadas en ácido fénico.

Desde que se dió el primer cabo de amarre al muelle, Christian me llamó al puente para darme sus instrucciones. Yo atendería todos los trámites ante los agentes, aduana y cónsul; en fin, cuantos asuntos requerían la atención personal del capitán en tierra, pues él se hallaba muy enfermo para ello; cada noche le debía dar las novedades del día por el tubo acústico que comunicaba el puente de navegación con su camarote, naturalmente, previa desinfección de la boca con gárgaras antisépticas; luego se metió rápidamente en su camarote, dejando caer ante mí la sábana impregnada de ácido fénico.

En mi camino al consulado y la oficina de los agentes hallé en las calles un extraño palpitar espectante, de selva petrificada, de estanque despoblado; nada de grupos confidenciales en las esquinas; los raros viandantes caminaban silenciosos, con las cabezas gachas como si quisieran evitar encuentros; algunas fogatas quemábanse lentas en las plazas. Muchas casas de negocios cerradas, con sus postigos oscuros, habían sido abandonadas por sus dueños, refugiados en las colinas próximas. Los carros fúnebres cruzaban ruidosos por las calles mal empedradas y semi desiertas. No sé por qué, pensaba que no era ese el lugar de mi destino final y caminaba confiado, curioseando, al pasar, en los portales y los patios oscuros y silenciosos.

Los estibadores negros, encargados de la descarga del "Bellatrix", aceptaban la situación estoicamente, con la naturalidad del que sabe que no hay otra salida: trabajar para comer. Lo hacían en silencio sin lanzar los clásicos gritos de "¡Arría!" y "¡Vira!", moviendo los brazos como espantapájaros en las señas convencionales que ponen en movimiento o detienen en seco los ruidosos guinches de vapor.

Solamente los frailes y los curas eran más visibles que en tiempos normales; a veces algún estibador del muelle doblaba la rodilla ante un fraile que pasaba y pedía la bendición. Las campanas de las iglesias doblaban continuamente y cada crepúsculo se encendían en los atrios hogueras para ahuyentar a los espíritus diabólicos: costumbre nacida en los tiempos de la esclavitud negra, concesión hecha por el cristianismo al Voo-doo africano, rito de sangre y de fe, de fuego y sugestión, mezcla de danza y de plegaria, de candombe y de sacramento.

Las procesiones desfilaban lentas y silenciosas por las "traversas" oscuras, encabezadas por estandartes chillones y Cristos torturados, en tallas medievales de artesanos negros; los hombres caminaban en columnas, con velas encendidas en las manos, arrastrando los pies

tras una fe salvaje, nacida en la ignorancia y proyectada en la angustia; fe en el que predicó la humildad y la tolerancia; fe en los milagros; fe que talla altares, forja rejerías y cubre de oro las capillas.

Había poco que hacer a bordo, y para evitar que los tripulantes bajasen a tierra se suspendieron los adelantos en dinero; por las tardes se levantaba la planchada que daba al muelle, pero algunos bajaban por los cabos de amarre, a medianoche. Otros se quedaban fumando, acodados en la borda, contemplando las luces de los escasos cafés próximos, donde las mestizas iban y venían sirviendo "cafecinhos" y "cachasa"; fumaban hondo y lanzaban el humo ruidosamente. De vez en cuando el rasgueo de una guitarra cruzaba revoloteando la cubierta. Los barcos lazaretos blanqueaban a la luz de la luna.

Las noches resultaban interminables, con insomnios alucinantes cargados de mosquitos, en las cuchetas de madera recalentadas por el sol de la tarde. Sentados en cubierta velábamos hasta el amanecer, charlando con el jefe de máquinas, añorando las nieblas de Liverpool y Glasgow.

La fiebre estaba en todas partes; los comerciantes de Santos que no se habían retirado al interior y permanecían en sus escritorios, iban cayendo uno a uno.

A bordo del "Bellatrix" se trabajaba día y noche en la descarga y carga para zarpar sin demora. Se habían colocado defensas especiales en los cabos de amarre, pues corrían rumores de que el contagio era ocasionado por las ratas, como en la peste bubónica; pero las ratas invadieron el buque de cualquier manera no bien empezamos el cargamento de café.

Por encima de todo esto, el capitán Christian no pensaba abandonar su camarote; yo continuaba haciendo de intermediario en todos los negocios del buque y echando, de paso, una mirada sobre su rapacidad en lo que se refería a comisiones y bonificaciones de cargadores y estibadores. Cada día, a través del tubo acústico, me interrogaba acerca de las comisiones ofrecidas y recibidas, mientras lo que ocurría al buque y a la tripulación parecía tenerlo sin cuidado. Christian podía, quizás, caminar por el Valle de las Sombras, pero la verdad es que lo hacía sin perder su objetivo principal.

Cuando terminamos el cargamento nos preparamos para zarpar; dos o tres desertores hubieran podido ser reemplazados por dos o tres centenares de "beachcombers" locales, ansiosos de abandonar aquel puerto de horror. Con el mismo práctico a bordo nos hicimos a la mar, y solamente cuando desembarcó, Christian hizo su aparición en el puente. Estaba pálido y sudoroso; cuando le informé que todo estaba en orden, no respondió una palabra, pero sus facciones estragadas hablaban elocuentemente de los tormentos mentales que había sufrido. ¿Humillado? Quizá. Pero seguramente sentía que había perdido el prestigio en que se apoya la autoridad del capitán.

Nuestro destino era Nueva York y el "Bellatrix" empezó a taladrar las latitudes a lo largo de la costa brasileña, cabeceando a los alisios.

Dos noches más tarde un marinero se sintió enfermo; el mayordomo y yo visitamos el castillo de proa donde yacía el hombre enfermo; luego regresé al puente a informarle a Christian, que permanecía silencioso contemplando el horizonte.

—Indiscutiblemente está enfermo: alta temperatura, semi-delirante, piel reseca y quebradiza...

No teníamos enfermería, pero la aislación impusiese; lo llevamos al pañol del carpintero, convirtiendo el banco en cucheta y obturando la puerta con una sábana impregnada en ácido fénico; hasta que todo estuvo listo no volví a ver al capitán, que continuaba en el puente, ensimismado en la lejanía.

—¿Piensa recalar a puerto, señor? —pregunté.

—¿A un puerto? —contestó irritado, como si me culpara del contratiempo—. Nos pondrían en cuarentena por tres o cuatro semanas aunque no fuera "eso".

Nunca llamaba a la enfermedad por su nombre.

—Que todo el mundo tome baños calientes con solución de ácido fénico, usando agua del condensador, y una dosis de laxante para cada uno... Vea eso...

Aun conservaba el recuerdo de su enclaustramiento voluntario y no pude dejar de pensar en cuál sería su reacción al verlo entrar en su camarote rápidamente, sin dirigirme una mirada.

Pero algo más fuerte que su egoísmo, que sus temores y que su tacañería, debió impulsarlo a realizar un gesto que iba más allá de lo humano, más allá de lo que yo podía esperar de un capitán común; algo que había nacido quizá de su silenciosa y persistente contemplación del horizonte; algo que puesto en el otro platillo de la balanza lo redimiría del vergonzoso y cobarde emparedamiento de Santos; algo que, proyectado del fondo de su error, le devolviera el misterioso e imponderable ascendiente de un verdadero capitán; algo que no tiene nombre preciso, ni se mide con palabras, ni galones, ni gestos y que es una mezcla sutil de dignidad y justicia, de hombría y lealtad, de lucidez y tolerancia.

Emergió de su camarote oliendo a desinfectante, vestido con pantalones de brin y camisa blanca. Empuñando la caja del botiquín se dirigió a proa, diciéndome de paso:

—Ocúpese del puente.

Entró en la enfermería improvisada y permaneció allí al cuidado del enfermo, olvidado de todos sus temores pasados. Las comidas se le dejaban a la puerta, a través de la cual le informaba de la marcha del buque dos veces por día; cuando otro hombre cayó enfermo, el mismo Christian lo llevó al refugio improvisado, ante el silencio de todos los hombres, que suspendieron sus menesteres para contemplarlo desde lejos.

Todo resultaba paradójico en el buque: el hombre acobardado de Santos volvía a ser un capitán en el mar. No me atrevo a llamarle héroe, porque creo que él mismo no intentaba serlo; más de una vez, en el puente, me preguntaba cuántos hombres serían capaces de hacer lo que él hacía, luego de aquel tremendo ridículo de Santos. ¿Y por qué lo hacía?

Todo resultaba paradójico; nunca una tripulación cumplió mejor que aquella, compuesta de residuos de muelle y sobrantes de la marina mercante; cumplía con diligencia, como si deseara merecer la aprobación de Christian, oculto tras la sábana que cerraba la carpintería; hasta el cocinero abandonaba de vez en cuando las cacerolas y, limpiándose las manos en el delantal, echaba una mirada hacia el castillete, silenciosamente.

El primer enfermo murió a la altura de Barbados; el mismo Christian lo cosió en un trozo de lona mientras decía:

—Más tarde nos veremos —y le leyó los oficios antes de arrojar el cuerpo por la borda. Desde el puente lo contemplábamos mudos, sin poder imaginarnos hasta dónde llegarían las cosas.

Un aire de melancolía flotaba sobre el buque, y las conversaciones nacían dolorosas y forzadas para agonizar en la indiferencia y la apatía.

Pocos días después, el segundo enfermo se recuperó y lo vimos andar por cubierta con la timidez de un gato mojado, relatando con voz apagada las alternativas de su enfermedad.

Treinta días después de zarpar de Santos, tomamos práctico de Nueva York en el pontón-faro "Ambrose", un ceniciento amanecer de invierno en que el viento Norte afeitaba las caras con navaja de hielo. Christian no apareció en cubierta hasta que fondeamos en la zona de Cuarentena, una hora más tarde. Con los cabellos gris oscuro, enflaquecido y pálido, parecía haber duplicado su edad durante su encierro con la muerte. Temiendo la plaga, como la temía, creo que su gesto fué el mayor acto de coraje que yo haya conocido.

Nunca me explicó los motivos que lo impulsaron a proceder como lo hizo, pero comprendí desde el primer momento el espíritu de su resolución, la calidad de su sacrificio. Era esa fuerza que mueve al hombre a hacer cosas sin premio, al artista a crear y a la mujer al sacrificio sin palabras, sin gestos y sin lágrimas; la fuerza sin nombre que redime al hombre de su condición de animal y hace perdonarle sus miserias y sus crímenes, que lo eleva de entre el montón y por encima de la vanidad y el egoísmo.

Cuando el médico de Sanidad llegó a bordo, izamos la bandera amarilla, y el "Bellatrix" entró en cuarentena; Christian, después de un examen riguroso, fué internado en un hospital y allí murió de fiebre amarilla pocos días después.

En un momento de lucidez, dictó una carta para su esposa y me dió instrucciones para avisarla, agregando como corolario:

—Envíale una carta... No haga cable..., saldría muy caro...

Sin embargo, la tripulación insistió en pagar el cable, pensando que era lo último que podía hacer por él. ◆

HORMONAS PARA LAS PLANTAS



Está demostrado que las plantas y gajos arraigan mejor en la tierra y se desarrollan con mayor rapidez si antes de plantados se sumergen en una preparación de agua y "Hormone A", es decir, proveyéndolas de hormonas.

SUCESO EN EL RIO

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 23)

Tendió a lo largo del piso el cuerpo del chico y le practicó la respiración artificial, con suma solicitud, en silencio y con aterradora serenidad. El agua le salía de la boca, pero no daba señales de vida. Al cabo de un tiempo, el hombre desesperábase en la operación; extenuado, se sentó para secarse las gotas de la frente.

Más de una larga hora trató de volverlo en sí, ensayando todo lo que sabía, sin resultado. Se resignó al fin. ("Era mi hijo; no puedo llorar porque no me vienen las lágrimas").

Recogió el aparejo, que estaba tirante; había pescado un gran surubí. ("Cómo le hubiese gustado verlo"). Alzó después el ancla y empuñó los remos, con serena gravedad, dando la espalda al cuerpo yacente del hijo.

Oíanse ritmos onomatopéyicos. El "braebric" enérgico de los remos contestaba al "gla-gla" del agua contra la madera del bote.

Oscurecía; vió a lo lejos encenderse las primeras luces del pueblo en el rancherío de la costa. Por el movible farol comprendió que su mujer lo esperaba en la playa. La sorda presencia de las aguas, al rozar el bote, lo envolvió en un estado de ánimo atroz.

Era ya de noche cuando se aproximó a la costa. Su mujer lo alumbraba con el farol. La observó sin atreverse a hablar de la desgracia que ignoraba. La vió más sola que nunca. Pero en su rostro apareció una sonrisa. Miró para atrás; no quería creer lo que veían sus ojos, pero su hijo estaba allí, sentado en el bote, moviendo sus descalzos pies. ("Me vienen las lágrimas ahora").

Durante ese tiempo, ni una palabra dijo el hombre. El chico permanecía quieto, y callado mirando el agua, como alucinado, hasta que la madre le dijo:

—Vamos, hijo. ◈

LA OTRA GLORIA DE BELISARIO...

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 15)

fuerza de repetirse, parecía haber perdido su divinidad. Entonces, los que llegamos tarde para verlo en su cenit, asistimos a la aparición de un nuevo Belisario Roldán: el dramaturgo.

Fué el 11 de marzo de 1915, en el teatro Apolo, con un drama que se titulaba *Los contagios*. Angelina Pagano era la primera actriz y el director artístico don Joaquín de Vedia, aquel admirable comadrón de nuestra escena, que había asistido ya a alumbramientos famosos, como el de Florencio Sánchez.

Los que conocían al orador prejuzgaban al comediógrafo, anticipando su fracaso, por considerar como negativos para la escena los factores mismos que más influían en su triunfo como orador. Pensaban que una cosa era la arquitectura de la retórica imaginativa y otra la arquitectura teatral. Lo que era cierto, sin duda; pero Belisario Roldán, al construir su obra dramática, tuvo esto muy en cuenta, y con ella triunfó como autor de teatro. Bien es verdad que, al término de la representación, cuando el público reclamó su presencia en escena, y ante la insistencia de los aplausos y los requerimientos que se le hacían desde la sala hubo de hablar, el encanto de su palabra logró cautivar al auditorio con mayor fuerza que ninguna de las escenas que acababan de desarrollarse en el escenario. A la salida, un espectador comentaba:

—La obra no está mal, pero habla mejor él que por boca de los actores...

Otra vez en la cumbre

Al año siguiente, el 28 de abril de 1916, estrenaba en el teatro Buenos Aires *El rosal de las ruinas*.

Dos años llevaba ya la guerra europea. Dos años de horror superado día a día. El espanto de Verdún hacía estremecer al mundo. Los estragos de la contienda se iban extendiendo. A la guerra se mezclaba la revolución en Irlanda. En el canal de la Mancha era hundido por un submarino alemán un barco de pasajeros, contándose entre sus víctimas el compositor español Enrique Granados, que volvía a su patria después de haber dado a conocer en Norteamérica su ópera *Goyescas*, donde se consagraba su genio musical. La neutralidad se hacía cada vez más difícil. Los Estados Unidos se disponían a intervenir...

Un clima de apasionamiento conturbaba los ánimos en nuestra capital. Aliadófilos y germanófilos andaban a la greña. Se clamaba por la ruptura de relaciones con Alemania. La actitud belicista contaba con el ímpetu verbal de Leopoldo Lugones. Pero se clamaba también por la paz...

En esas circunstancias subió a escena el poema dramático de Belisario Roldán *El rosal de las ruinas*. Todo el mundo sabe que no se trata de una comedia política, ni hay en ella tesis, ni intención moralizadora, como en su primera obra. Pero el conflicto sentimental que alienta en sus escenas se desarrolla el año 1870, en la provincia de Entre Ríos, durante el primer levantamiento de López Jordán. Es decir, que hay en la lejanía histórica de aquel drama, como en la hora del mundo en que va a estrenarse, un fondo de guerra. Y este es el gran acierto del poeta dramático.

Otros aciertos tiene esta obra, no cabe duda, en el planteamiento del conflicto, el dibujo de los caracteres, la graduación de los efectos, el lenguaje, la medida de las escenas; en fin, en todo aquello que es patrimonio de la técnica teatral; pero el gran acierto del poeta dramático está en la captación de un sentimiento actual y unánime, para llevarlo a escena a través de su obra, donde se debaten pasiones particulares y donde toda actualidad queda descartada. Ese sentimiento es el de la paz.

Como se trata de un sentimiento religioso, el poeta, consciente e inconscientemente, lo suscitará en un ambiente adecuado. Y ese ambiente será el locutorio de un convento, en una escena presidida por la imagen de Cristo. Es allí donde la madre superiora dice:

Vamos a rezar ahora
la plegaria por la paz...

Belisario Roldán, que como orador conoce la magia de las palabras, sabe también cómo esa magia produce sus efectos. Las que pronuncia la superiora son como el anuncio de la gran sinfonía que va a iniciarse. Luego viene una breve escena de relleno, en tanto acuden las monjas: escena que corresponde o equivale a la afinación de los instrumentos por los músicos un instante antes de comenzar la ejecución. Ya está el espectador en suspenso ante la escena. Y la oración por la paz comienza:

En un caos que aterra,
la hoz de la guerra
sin ley ni cuartel
segando las vidas agosta el vergel
en todo el confín.
¡Oh, Caín y Abel!
¡Oh, Abel y Caín!

....

La emoción es como un incendio que se extiende rápidamente, inflamando todos los corazones. Es la comunión del poeta con el alma colectiva. El consuelo que el hombre espera del arte estaba allí. La intensidad de la emoción dependía del momento. Y aunque aquella oración a la paz conservara siempre su virtualidad poética, la emoción que produjo al recitarse en público por vez primera no volvería a repetirse en toda su intensidad. Y he aquí que en el poeta dramático revivió aquella noche la divinidad del orador. De nuevo arrebataba al público, alcanzando un triunfo clamoroso.

Escribiría luego otras obras. Pero aquella seguiría siendo "su" obra. Las rosas, siempre lozanas, de su *rosal de las ruinas*, darían un nuevo perfume a su gloria.

Dijérase que la poesía, a la que supo enaltecer tan bellamente en aquellos juegos florales de los que fué mantenedor en su juventud, correspondía de aquel modo al culto que rindió siempre a ella. Porque bajo los fuegos de artificio de su oratoria brilló siempre una pura luz de poesía. Jamás empleó su magia de la palabra para un fin bastardo, y porque supo ser sincero, halló en su corazón aquella vena poética, que le otorgó una nueva gloria, cuando su gloria de orador empezaba a marchitarse. ◈

En el próximo número:

RODO, PEREGRINO DE LA ETERNA BELLEZA

En Alaska



—¡Qué oro ni qué oro! ¡Estoy buscando mi dentadura!

Olvidadizo



—A ver si saca de una vez su abono, señor Harris. Este es el segundo sombrero que perforo.

EL GALOPE

(CONTINUACION DE LA PAGINA 27)

sido hombre con fe disponible y pienso que no podré llegar a creerlo todo... Siempre fuí pródigo en indiferencias, y si alguna vez pensé en la religión como problema, fué para razonar cómo los seres religiosos pueden no ser supersticiosos; qué suerte de seguridad les lleva a creer en los misterios de la fe — que pueden ser enormes supersticiones — y a descreer en las pequeñas supersticiones, que pueden ser enormes verdades descuidadas. ¡Cómo administran, distribuyen y seleccionan en materia tan sutil! En fin, le dije a Prudencio que no creía, porque era la verdad; pero como contra todo mi deseo soy fácilmente sugestionable y no puedo conservarme impasible, me favoreció mucho que él, asombrosamente tranquilo, me hallara razón. Hasta agregó que todos eran cuentos de ignorantes y tonterías. Mucho más importancia que el ritual de la noche tenía para él una botella de ginebra casi llena, con que le había convidado. Con ánimo robusto, el hombre estaba dedicado a vaciarla y a cantar coplas.

Le repetí que nos apuráramos, a fin de poder llegar a hora a lo de Marciano. Buscando deliberadamente otras explicaciones para mi absurda excitación (otras, además de la oscuridad, del viento, de los batidos trapos negros), recordé cuánto me impresionan los estados de ánimo colectivos... "Todos creen aquí" — pensaba yo, y agregaba con secreta debilidad: — "pero tenemos razón nosotros, aunque estemos borrachos..."

A pesar de que las linternas también me impresionan, por nada del mundo hubiera apagado la mía. De rato en rato iluminaba la cara de Prudencio, y él, siempre sonriente, aprovechaba para ver cuánto le quedaba de ginebra.

Estábamos llegando a Pueblo Nuevo cuando se detuvo para hacer aguas. Al reanudar la marcha, recuerdo que comenzó de nuevo a cantar fuerte:

Si solterito me viera
no me volviera a casar
por lástima de mis ojos
no los hiciera llorar...

Entonaba con el aire de la baguala. Podía haber alguna intención en sus versos, y le hice callar.

—En noches como ésta no me gustan coplas ni cantos —le dije—; quiero cumplir y nada más. Vamos ligero.

Cuando nos alcanzó la luna me alegré mucho. En la quebrada, ella es la gran riqueza del cielo y de la tierra, y su presencia me tranquilizó. Tomé la huella del camino, seguido por Prudencio y su botella.

Fué cerca de la curva de don Cosme, cuando sentimos un galope.

—Viene de arriba —dijo Prudencio.

—Sí —le contesté—, deben estar más allá de la casa del maestro Yavi (le aclaro que aquí, arriba es el norte, y abajo es el sur; pura verdad topográfica). Son muchos —agregué—, más de veinte o treinta, ¿no?

Mi compañero escuchaba atento.

—Viene del lado del cementerio —dijo—, pero más me parece una tropilla de arreo que se ha asustado, porque el galope es muy junto y fuerte...

No pude menos que admirarle, era una observación formidable.

—¡Tenés razón —le repliqué—, tenés razón! Doblando otra vez el camino, la toparemos.

Ya en la ruta vimos las huellas del callejón, que se extendían blancas, trepidantes y solitarias. El galope se acercaba frenético y clarísimo, pavoroso.

No había calle ni senda transversal; entró a dominarme el miedo y miré a Prudencio como para que me salvara. El, a mi lado, pestañeaba rápidamente. Yo quería disparar; el galope ya estaba a pocos metros y era como el de un malón. Entonces, para mí que Prudencio se perdió, se enloqueció. Tiró la botella hacia adelante con energía espantosa, como para pegarle a alguien.

—¡Guarda! —gritó, y me empujó hacia la cuneta.

Yo rodé entre los yuyos; el galope me envolvió en ruido. No vi a nadie, no vi nada. Cuando pasó, busqué a Prudencio... Lo encontré como quince metros atrás de mí, mutilado y pisoteado; todavía caliente, húmedo, vaporoso de sangre y tierra.

No me atrevo a decirle nada a mi esposa. No me preocupa la idea de que mañana iré a declarar, pero... ¿debo creer? ◈

Aquí le contestamos

COCA TORRES, *Laguna Larga*. — Quien trata esos asuntos ha de ser, sin duda, el Jefe de Personal. Diríjase, pues, a dicho funcionario.

RAMÓN CODA, *Corrientes*. — 1º Aunque no podemos asegurarlo en forma categórica, se trata, muy posiblemente, de la misma persona. Debe usted de estar equivocado en cuanto a la nacionalidad del autor que cita. 2º Por el momento, no.

JOVEN ESCRITOR, *Capital*. — Diríjase a la oficina de personal de la Flota Mercante del Estado, Sarmiento 580, Buenos Aires.

WILFREDO F. BOCACCIO, *Pehuajó*. — Lea lo que contestamos al señor Juan Parejo, en esta misma sección.

RENÉ M. ALMADA. — Se trata de un caso cualquiera, tomado al azar y cuya identidad no es posible establecer. Si desea usted ver cumplidos sus anhelos de bien, diríjase a la Cruz Roja Argentina. Sin duda su pedido tendrá un eco favorable a sus deseos.

GASTÓN LASSO, *Cartago*. — En términos generales, podemos adelantarle que, por la índole de su argumento, es harto difícil que alguna editorial desee adquirir su trabajo con miras a la publicación.

AMIGO DE LEOPLÁN, *San Cayetano*. — Ante todo, debe asegurarse la propiedad literaria de la obra. Luego, cada concurso literario se hace sobre ciertas bases, las cuales podrá usted solicitar una vez abierta la inscripción de obras.

JUAN PAREJO, *Venezuela*. — El exceso de originales que espera turno de lectura y publicación nos impide, por ahora, aceptar nuevas colaboraciones espontáneas.

En esta sección contestamos todos las preguntas de carácter general que nos formulan nuestros lectores. No se devuelven los originales de colaboraciones espontáneas ni se mantiene correspondencia sobre ellas. La correspondencia debe dirigirse siempre a Esmeralda 116, Buenos Aires.

ALMIDON DE PAPAS



Chacarero santafesino (Santa Fe). — *En esa discusión con su amigo, le asiste a usted la razón, pues el principal uso industrial de las papas se halla en la fabricación de almidón.*

UN LECTOR DE LEOPLÁN, *Capital*. — No hay más que añadirle un colorante vegetal, en la cantidad necesaria, al producto natural.

LUCHA. — Debe colocar la limonada en botellas de unos 250 cc., llenándolas solamente hasta la mitad. Luego se vierten sobre la limonada, y cuidando que no se mezcle, 80 partes de agua destilada, y encima de ésta 30 partes de bicarbonato de potasio al 1/10. Se cierran las botellas sujetando los corchos con alambre y se guardan en lugar fresco.

MENDOCINA, *Mendoza*. — Se recubren con una solución de laca en placas; se dibujan los motivos con un estilete, luego de lo cual se muerden con ácido sulfúrico diluído. En seguida es necesario sumergirlas en una disolución de sulfato de cobre, y una vez lavadas se tratan con carbonato de potasio disuelto en agua.

T. J. DE P., *Azul*. — 1º Es bisiesto un año de cada cuatro. Si tiene en cuenta que 1948 lo es, le será fácil hacer sus cálculos. 2º Es una aleación pirofórica de cerio con óxido y nitruro del mismo metal.

WOLMER O. TERRA, *Montevideo*. — La operación se realiza con dos soluciones, la primera de las cuales está compuesta por sal de Seignette en agua destilada, y la segunda por nitrato de plata y amoníaco.

CARLOS MÉNDEZ, *Capital*. — Es, efectivamente, un alcaloide del opio.

ALAMBIQUE, *Capital*. — Para preparar el licor de dátiles se trituran 4 kilos de estos frutos y se deja la pasta en cinco litros de agua durante 4 días. Luego se le añaden 4 litros de alcohol y 4 kilos de azúcar. Se clarifica y se le da color.

PRINCIPIANTE, *Córdoba*. — Como usted habrá podido observar, LEOPLÁN no publica, sino muy ocasionalmente, obras de esa índole. En estos últimos casos se seleccionan siempre obras de autores universalmente consagrados.

PRECIOS DE SUSCRIPCION "LEOPLAN"

Anual .... **$ 14.—**
Semestral .... **„ 7.20**

Estos precios rigen para todo el país, América y España.

Imp. Cía. Gral. Fabril Financiera, S. A. Iriarte 2035, Bs. Aires • Abril 1948